ANTOLOGÍA MORAL

POR

ANTONIO DE LA PEÑA Y REYES



LIBRERÍA DE LA VDA. DE CH. BOURET

PARÍS
23, Rue Visconti, 23

MÉXICO
45, Av. Cinco

1920

ANTOLOGIA MORAL

IMPRENTA FRANCO-MEXICANA, S. A.—1A. DE LA ACADEMIA, 10.—MÉXICO, D. F.

ANTOLOGÍA MORAL

EJEMPLOS MEXICANOS DE
VIRTUDES, CON NOTAS
HISTÓRICAS Y BIOGRÁFICAS

ESCRITAS POR

ANTONIO DE LA PEÑA Y REYES

PRÓLOGO DE

D. LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN



LIBRERÍA DE LA V^DA DE CH. BOURET

PARÍS
23, RUE VISCONTI, 23

MÉXICO
45, AV. CINCO DE MAYO, 45

1920

PATRIOTISMO, VALOR, HONRADEZ, CARIDAD,

ENERGÍA, GENEROSIDAD,

MODESTIA, ABNEGACIÓN, LEALTAD,

GRATITUD,

AMOR A LA FAMILIA, AL ESTUDIO,

AL PROGRESO, Etc., Etc.

PRÓLOGO

Escribo estas líneas preliminares a este libro, por afecto y admiración al hombre y al escritor, a quien conocí casi niño, a quien he querido más que como amigo como hermano, y a quien he aplaudido porque todos sus escritos han sido consagrados al elogio de nuestros literatos y en alabanza de nuestras grandes personalidades.

Antonio de la Peña y Reyes posee la bondad de su padre, mi inolvidable maestro don Rafael Ángel de la Peña, y su cultura y corrección para escribir la lengua castellana; y como su padre, no ha envidiado la gloria de otros, sino que ha procurado glorificarlos en bien de la patria y de nuestras letras.

Desde sus mocedades demostró tales inclinaciones, y para prueba de ello citaré su primer libro intitulado "Algunos poetas", al que siguieron los que llevan por títulos "Muertos y Vivos", "Artículos y Discursos". Todos consagrados a hacer resaltar los méritos literarios y personales de insignes autores o de políticos eminentes.

Todavía más. Cuando se vió obligado a residir últimamente en el exterior; cuando lejos de su suelo natal sufría el desengaño del olvido de sus nobles servicios prestados sin compromisos bastardos; cuando le atormentaba el inmenso dolor de no haber podido cerrar filialmente los ojos del ser más santo; no consagró su pluma a recriminar a sus enemigos, ni a conspirar contra intereses que le perjudicaron. Entonces, vivió de su trabajo; y publicó libros tan útiles a la enseñanza como lo es su *"Cartilla Popular de Ortografía"*, que piensa reimprimir substituyendo los ejemplos tomados de autores cubanos con citas de textos mexicanos.

Otra obra digna del mayor encomio comenzó a publicar en Cuba con el título de *"Vidas y Tiempos"*, diccionario biográfico nacional del que sólo ha impreso hasta ahora el primer volumen, letras A a D.

Los artículos biográficos que comprenden el volumen no son simples reproducciones de datos o extractos de estudios ajenos, como es costumbre colectar y copiar en esta clase de obras.

Peña y Reyes ha hecho una obra ímproba y original. Con limitados elementos, con los pocos libros que pudo haber a las manos, relativos a la materia, con los recuerdos e impresiones de personas a quienes había tratado en México o de los escritos que había aquí leído, y con el doliente patriotismo despertado por la nostalgia o por las agrias y repetidas diatribas y censuras, que de viva voz o en los periódicos hacían muchos respecto a nuestros hombres y a nuestras cosas, escribió los artículos que informan *"Vidas y Tiempos"*, entre los que podría mencionar varios que son verdaderas monografías de la vida y épocas de los individuos que figuran en la obra. Si hay en ella omisiones, son involuntarias. Si hay errores, son disculpables. Insisto en que escribió con mezquinos materiales y reminiscencias de antiguas lecturas. En cambio, de muchos contemporáneos a quienes trató íntimamente o conoció por lo que contaban sus maestros y amigos, salva en su obra Peña y Reyes retratos exactísimos y los juzga con el acierto del que observa de cerca los originales.

La misma nostalgia patriótica y las mismas burlas o críticas que oía y leía, cuando emprendió la obra *"Vidas y Tiempos"*, le sugirió la idea de formar la *"Antología Moral"* que hoy publica.

Ni las amarguras, ni las decepciones que enfermaban a los compatriotas desterrados, ni el natural desencanto que se apodera de los que estudian nuestra historia de México independiente, período de continuadas guerras fratricidas, de ambiciones rastreras y de rapacidades vergonzosas, entibiaron un

solo momento el cariñoso y patriótico calor que siempre ha sentido al enaltecer a todos aquellos de nuestros hombres que han honrado de algún modo a nuestra tierra mexicana.

Antonio de la Peña y Reyes ha impuesto a su nueva obra un título muy acertado, por el fin determinado o propósito que tuvo al concebirla.

Pero su "Antología Moral" tiene también, aparte de ser un relicario de toda clase de virtudes, privadas y públicas, el doble mérito de contener una selección de los mejores trozos literarios de nuestros escritores, y noticias biográficas de ellos e históricas de las épocas en que existieron o en que acontecieron los sucesos que narran en las páginas copiadas.

Leyendo esta obra de paciencia benedictina y de culto fervoroso por la Patria, se siente uno fortificado y consolado, al evocar esta pléyade de héroes en todo género, que al través de la historia palpitante de malas pasiones que agitaban a los conquistadores crueles, a los encomenderos avaros, a los virreyes negociantes y a los gobernantes tiranos, no pocos de ellos aparecen más grandes por aquella gente que pudo contagiarlos y por aquella atmósfera viciosa que pudo haberlos inficcionado.

La "Antología Moral" tiene para mí otra cualidad, rara en los que escriben aquí nuestra historia: el espíritu imparcial y justo que ha inspirado al autor, a fin de no excluir a las individualidades que figuraron en las diversas etapas de nuestra existencia social, y que militaron en contrarios partidos o banderías políticas.

Esta equidad que debería presidir siempre en la investigación de la verdad, que es fin principal del historiador, en un libro de Moral es indispensable. Así lo comprendió Peña y Reyes, y sereno y recto, hace resaltar con ejemplos elocuentes, el heroísmo o la virtud, en cualquiera que la haya poseído, haya sido señor azteca o gobernante hispano; presidente liberal o conservador; monja escrupulosa o heroína audaz; fraile humilde o seglar altivo; escritor jacobino o reaccionario;

porque el autor se ha compenetrado del asunto que informa su obra, y ante la Moral, cívica o religiosa, íntima o pública, no debe haber distinciones, y ante la Moral, nuestros grandes hombres todos fueron iguales, háyanse llamado Cortés o Cuauhtémoc, Hidalgo o Riaño, Juárez o Miramón, Osollo o Degollado, Ramírez o Aguilar y Marocho.

Peña y Reyes ha sido, pues, un atrevido y valiente buzo que ha bajado impávido al fondo tenebroso del mar agitado de nuestra historia.

Ni tiburones ni ballenas le han arredrado. Ni ha encallado en los bancos o arrecifes de malas pasiones. Ni los cantos seductores de las sirenas políticas o sectarias le han seducido.

Explorador tenaz de todo aquello que constituye una virtud ejemplar, que poder hacer resplandecer como modelo o ejemplo que imitar, ha surgido incólume sobre la superficie y ha arribado con esta preciosa arca que encierra el libro de su "Antología Moral", incrustada de perlas y corales.

México, diciembre de 1919.

Luis González Obregón.

DEFENSA HEROICA DE LA PATRIA

La defensa de la ciudad por los tenohca es un hecho asombroso, digno de ponerse en parangón con la de Sagunto y de Numancia, con la de Zaragoza. Los guerreros, casi desnudos, con armas débiles, entregados a sus propias fuerzas, combatían contra hombres cubiertos de hierro, prevenidos del acero y del fuego, apoyados con un sinnúmero de aliados. Casi siempre derrotados, volvían a la pelea sin faltarles nunca el ánimo, aunque convencidos de que les esperaba una muerte segura, que preferían a perder la libertad. Acabados los mantenimientos comieron las sabandijas del agua, los insectos del suelo, las yerbas, las hojas y las cortezas de los árboles, escarbaron la tierra para sacar las raíces. Los insepultos cadáveres colmaban los fosos, obstruían las calles, llenaban las casas; la corrupción envenenó el aire y la peste pavorosa sobrevino. Arrasados los edificios hasta los cimien-


Cuauhtémoc

tos, luchaban sobre los escombros, refugiándose después a lo que en pie quedaba; vendidos por sus amigos, abandonados por sus aliados, puestos sus traidores súbditos en abierta insurrección, hicieron frente a todos, y además a los hombres blancos y barbados, a los dioses a quienes el antiguo profeta destinaba el dominio de la tierra.

Combatieron y combatieron sin tregua ni descanso; nadie habló de rendirse, no obstante haber sido solicitados frecuentemente con la paz; cayó la ciudad (1) en poder del enemigo cuando no era más que ruinas; cuando los hombres estaban muy mermados y hambrientos, débiles, cansados, y ni tenían armas, y quedábales sólo el macahuitl que con dificultad podían blandir; cuando el contagio hacía inútil todo esfuerzo; cuando estaban desamparados hasta de sus mentidos y cobardes dioses, pródigos en prometimientos, avaros a la hora de cumplirlos. Admira la defensa, asombra aquella tribu indómita; inspira respeto y entusiasmo la noble figura del rey Cuauhtémoc. (2)

Manuel Orozco y Berra. (3).

(1) 13 de agosto de 1521.

(2) Ultimo monarca azteca; digno de la inmortalidad por su valor heroico y por su patriotismo inmaculado. Fué un defensor excelso de su tierra y de su raza. Subió al trono a principios de 1521. Bernal Díaz dice que era "mancebo de hasta 25 años, bien gentil hombre para ser indio, y muy esforzado; y se hizo temer de tal manera que todos los suyos temblaban de él". Ixtlilxóchitl y otros historiadores citados por el erudito escritor D. Jenaro García opinan que cuando comenzó a gobernar era "de edad de 18 años, famosísimo capitán, cual convenía por el tiempo y trance en que se veían los mexicanos."

Murió ahorcado por orden de Cortés, en Izancanac, en febrero de 1525. Su nombre quiere decir águila que cae; y, "en efecto, su jeroglífico es una cabeza de águila con el pico hacia bajo, cual si quisiera expresar que de la mayor altura se precipita en el abismo."

(3) Insigne historiador. Nació en México el 8 de junio de 1818. Murió en la misma ciudad, "muy pobre de bienes; pero muy rico de gloria", como dice un biógrafo, el 27 de enero de 1881. Fué profesor, Ministro de Fomento, Consejero de Estado, Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, Director del Archivo General de la Nación, etc. En sus últimos años desempeñó un modesto empleo en la Casa de Moneda de México. Publicó muchas y muy importantes obras sobre Historia, Geografía, Filología, Etnografía, Cartografía, etc., etc.; pero las más notables son la "Geografía de las Lenguas y Carta Etnográfica de México" y la "Historia Antigua de México". "Nada se sabe, ha dicho un escritor, que en esta obra no exista, y todo tiene allí su verdadero carácter nacional despojado de preocupaciones y de prevenciones de sistema."

El Sr. Orozco y Berra fué un benemérito de las letras y de las ciencias, a las que consagró su vida entera.

GRANDEZA DE CUAUHTÉMOC

No pocos guerreros, al aceptar una grave situación, han entrevisto la sonrisa de la gloria al través del infortunio pasajero. Cuauhtémoc no esperaba ya ni un jeroglífico en los anales de piedra de su nación, porque estos anales, como la nación misma, iban a reducirse a polvo con la desaparición de la ciudad... Nada: ni esperanzas de auxilio, ni móviles de vanidad, ni el respeto de los vencedores, ni una estrella en el cielo, ni una señal en los altares; nada podía alentarlo. En torno de él y de su ciudad todo era odio, todo abandono: todo se veía obscuro; todo estaba callado; era la catástrofe extendiendo su negra tela de sombras.

No había salvación posible. Sí; una sola, como dice el poeta... no esperar ninguna. Ese es el momento en que surgen los héroes, y Cuauhtémoc se alzó entonces tan grandioso, tan único, que eclipsó a todos los héroes antiguos y dominó con su figura aquel cuadro aterrador.

Morir por la patria: este fué su lema desde entonces, y sintiéndose fuerte con tal resolución, se decidió a no dar ni pedir cuartel a sus enemigos, como en efecto no lo dió ni lo pidió, ni en el sitio, ni des-

pués, ni prisionero delante de Cortés (1), ni más tarde en la hoguera, ni al pie del árbol en que fué ahorcado... jamás.

Ignacio M. Altamirano (2).

(1) Conquistador famoso por sus hazañas épicas. Nació en Medellín, Extremadura, España, en 1485. Murió el 2 de diciembre de 1547, en Castilleja de la Cuesta.

(2) Literato ilustre. Indio de raza pura, por medio de su talento, de su saber y de su carácter conquistó una alta posición política y una envidiable gloria literaria. Nació en Tixtla, Guerrero, el 12 de diciembre de 1834. Murió en S. Remo, Italia, el 13 de febrero de 1893. Poeta, orador, crítico, novelista, historiógrafo, legó en todos los géneros por él cutivados, obras dignas del mayor elogio. Trabajó incensantemente por la creación de una literatura nacional, e ilustró con sus doctas enseñanzas a dos generaciones de escritores. Fué profesor, diputado, Subsecretario de Fomento, Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, Cónsul General de México en Francia, coronel del Ejército Republicano en la época de la Intervención y del Imperio, etc., etc. En el sitio de Querétaro (1867) distinguióse por su valor, y por el entusiasmo patriótico con que arengaba a las tropas liberales.



"HE AQUÍ NUESTROS CUERPOS PARA QUE SIRVAN DE ALIMENTO"



D. Nicolás Bravo

En un pueblecito perdido en las escabrosidades de la Sierra de Xaliaca o Tlacotepec, en el Sur, el Gral. D. Nicolás Bravo, sufría tremendo sitio de los realistas. Estaban a sus órdenes el citado Catalán, uno de los más valientes defensores de la Independencia, y un puñado de valientes; pero la situación era tan crítica, que la rendición se hacía esperar de un momento a otro. "No era que faltase el valor: era que hacía algunos días que las provisiones se habían agotado y el desaliento había invadido a los insurgentes, algunos de los cuales veían la capitulación como halagüeña esperanza".

El general Bravo hizo un esfuerzo supremo. Sacrificando los sentimientos humanitarios que siempre lo distinguieron, mandó diezmar a sus soldados para que comiesen los demás. La orden iba a cumplirse, cuando doña Antonio Nava, esposa de Catalán, y doña Catalina González, seguidas de un numeroso grupo de mujeres, se presentaron al General y con varonil actitud le dijo la primera:

—Venimos porque hemos hallado la manera de ser útiles a nuestra patria. No podemos pelear, pero podemos servir de alimento. He aquí nuestros cuerpos que pueden repartirse como ración a los soldados, y dando el ejemplo de abnegación, sacó del cinto un puñal y se lo llevó al pecho; cien brazos se lo arrancaron, al mismo tiempo que un alarido de entusiasmo aplaudía aquel rasgo sublime... No satisfecha la heroína, a quien llamaban LA GENERALA, con aquella grandiosa acción, algún tiempo después, cuando contempló ensangrentado el cadáver de su esposo, que asesinado por los realistas había sido llevado a la presencia del gran Morelos, y cuando éste intentaba consolarla manifestándole que por la patria aún mayores sacrificios debían hacerse; doña Antonia Nava, con voz entera y ahogando su dolor, dirigió a Morelos estas sencillas pero elocuentísimas palabras:



D. Luis González Obregón

"No vengo a llorar; no vengo a lamentar la muerte de mi esposo; sé que cumplió con su deber; vengo a traer cuatro hijos, tres pueden servir como soldados, y otro que está chico, será tambor y reemplazará a su padre."

¿Qué otra cosa hizo Cornelia, la madre de los Gracos?

Luis González Obregón. (1).

(1) Ilustre historiador y bibliógrafo nacido en Guanajuato el 25 de agosto de 1865. Ha publicado numerosas obras, tan eruditas como amenas y útiles. Es individuo de número de la Academia Mexicana y correspondiente de la Real Española. Fué hace algunos años Director del Archivo General de la Nación, cargo que desempeñó con un celo y un acierto dignos del mayor encomio. Entre sus obras más notables merecen ser citadas las siguientes: México Viejo, Apuntes biográficos y bibliográficos de D. José Joaquín Fernández de Lizardi, Biografía de D. José Fernando Ramírez, Los Precursores de la Independencia, Novelistas mexicanos del siglo XIX, México en 1810, Vetusteces, y la Memoria histórica de las obras del Desagüe del Valle de México.



LA PATRIA ANTE TODO

Nada omitió el Virrey para hacer que Guerrero (1) desistiese de su empresa: promesas las más lisonjeras de dinero, de empleos; amenaza de fuerzas empleadas en su persecución. Por último, hasta los respetos de un anciano padre pusieron la ternura filial de este hombre extraordinario a la prueba más terrible en que puede hallarse un hombre... Don Pedro Guerrero, padre de don Vicente, se decidió desde el principio por el partido de los españoles, hasta llegar el caso de entrar en servicio activo contra los patriotas, teniendo que combatir muchas veces contra las partidas de su propio hijo, habiendo salido herido en una pierna. Retirado del servicio, no dejaba de escribir a éste, persuadiéndole que abandonase una causa que no ofrecía ninguna esperanza de felices resultados.


D. Vicente Guerrero

Don Vicente Guerrero, que había abandonado a su esposa y a una hija de tierna edad por consagrar-

se al servicio de la patria, no era capaz de acceder a los consejos ni a los mandatos de un padre que hablaba en favor del despotismo y de las preocupaciones. Pero el Virrey creyó que la presencia del padre causaría más efecto sobre la obstinación del joven caudillo, y al efecto se le autorizó para dirigirse solo a verlo... Partió el anciano Guerrero, y encontró a su hijo en medio de sus tropas, proyectando nuevas tentativas contra el enemigo. La presencia de su padre le causó una impresión tan viva, que no pudo ocultarla ni a sus oficiales, ni a su padre mismo: le tenía un amor tierno y una veneración profunda, ambas cosas efecto de los sentimientos que le había inspirado en su juventud. El joven retiró a su comitiva y esperó a que su padre le hablase. Éste le hizo ver los peligros a que estaba expuesto; lo desesperado de la causa, cuya única esperanza era el mismo Guerrero; la benevolencia del Gobierno que ofrecía mantenerle su grado y hacerle una donación grande en numerario. Le representó la suerte de su familia desgraciada, de su esposa en prisión, de su hija abandonada a la suerte. Por último, se arrodilló delante de su hijo, le abrazó las rodillas y llorando le pidió que volviese al seno de su familia y aceptase las ofertas del gobierno. Guerrero oyó con serenidad a su padre; lloró con él, y sin decirle palabra, llamó a sus oficiales, y dirigiéndose a ellos, les dijo: "Compañeros: ¿Veis a este anciano respetable? Es mi padre. Viene a ofrecerme empleos y recompensas en nombre de los españoles. Yo he respetado siempre a

mi padre; pero mi patria es primero." Le besó la mano y le suplicó no volviese a verlo, si tenía por objeto su visita separarlo de sus compromisos.

Lorenzo de Zavala. (2)

(1) Héroe de la Independencia, insigne por su valor, por su patriotismo, por su desinterés y por su constancia. Nació en Tixtla el 10 de agosto de 1783. Murió fusilado en Cuilapa, víctima de una infame traición, el 14 de febrero de 1831. En 1829 fué Presidente de la República.

(2) Célebre escritor y político. Nació en Mérida el 3 de octubre de 1788. Murió el 16 de noviembre de 1836. Sufrió persecuciones, en su juventud, por la causa de la emancipación política del país. Después, fué Diputado a Cortes, Diputado al Congreso de la Unión, Gobernador del Estado de México, Secretario de Hacienda, Ministro Plenipotenciario en Francia, etc., etc. Influyó poderosamente en acontecimientos públicos muy importantes y dió a la estampa obras tan notables como el "Ensayo Histórico de las Revoluciones de la Nueva España" y el "Viaje a los Estados Unidos". Por desgracia, cooperó a la revolución de la Acordada, en 1828, y en 1835 y 1836 a la independencia de Tejas, como diputado por el distrito de Harrisbourg.



UN SITIO ÉPICO

Aumentaba el hambre cada día durante el sitio de Cuautla (1) : las provisiones se habían agotado, los comestibles de las tiendas del pueblo termináronse a mediados de abril. Los soldados y los habitantes pacíficos, macilentos, parecían espectros errantes entre los ensangrentados escombros. El aguardiente y la miel, que no escaseaban, era el único alimento de aquellos patriotas resueltos a defenderse mientras alentasen fuerzas bastantes a sostener una arma en sus manos. Comprábase a precio de oro el alimento más ingrato, y los animales inmundos, ranas, lagartijas e iguanas eran el pasto delicioso de aquellos hambrientos, y cuando ya no tuvieron ni este extremo recurso, comieron cueros remojados... Y el hambre, la sed, el calor insufrible, los alimentos malsanos, las vigilias, trajeron a los sitiados la peste... No había tiempo ni espacio para enterrar a los muertos, y se hacinaban los cadáveres entre los atrios de las iglesias y entre los escombros, infestando la atmósfera; y a muchos destrozaban las bombas que no cesaban de caer, esparciendo sus miembros mutilados.

En esta escena de horror y de muerte, Morelos (2) acudió al recurso de improvisar fiestas sencillas en

los puntos más expuestos al fuego del enemigo... elegía preferentemente para estas diversiones el terreno próximo al construído por Galeana para defender la toma de agua, y allí muchas tardes, al alcance de las balas realistas, y acompañado de los principales jefes, tomaba parte en los bailes y jamaicas de sus bravos soldados.

Daban al viento las músicas sus alegres acordes, y todo era animación y estrepitosa algazara en aquel campamento azotado por el hierro, el hambre y la peste. Los disparos de los cañones realistas no eran bastantes a terminar las fiestas, y cada uno de ellos era recibido con aclamaciones y vivas a la Independencia. Alguna vez fué tan nutrido el fuego de los sitiadores, y estuvo en tanto peligro la vida de Morelos, que sus soldados lo obligaron, casi por la fuerza, a guarecerse detrás de las trincheras del reducto.

Admiraban los realistas tan heroico y sereno valor, que nada era suficiente a abatir, y por eso Calleja (3), mezclando la impostura a la verdad, hacía sin quererlo, el más cumplido elogio de aquella resistencia admirable.

"Si la constancia y actividad de los defensores de Cuautla, escribía al Virrey el 24 de abril, fuese con moralidad y dirigida a una causa justa, merecería algún día un lugar distinguido en la historia. Estrechados por nuestras tropas y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos: entierran sus cadáveres a son de repiques en celebridad de su muerte gloriosa, y festejan con algazara, bailes y borrachera, el regreso de sus frecuentes salidas,

cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de desgracias o de rendición."

Julio Zárate. (4)

(1) Uno de los más goriosos de América. Duró setenta y dos días, dice el Sr. Zárate; desde el 19 de febrero de 1812 en que fué rechazado Calleja en el primer ataque a la plaza, hasta el 1o. de mayo siguiente, último día en que Morelos se sostuvo en sus gloriosos atrincheramientos. En la madrugada del 2, rompió el sitio con una audacia inmortal.

(2) El héroe más grande de la Independencia Mexicana. "Ninguno como él, dice un biógrafo, desplegó tanta actividad ni tanto genio; ni paseó sus armas triunfantes por mayor espacio de nuestro territorio..." Su valor heroico, su talento militar y político, su abnegación patriótica, su consagración absoluta al triunfo de la causa que defendía, lo mismo que su honradez y sus aptitudes para mandar y para organizar, constituyen las sólidas bases de la inmortalidad de este caudillo. Nació en Valladolid, hoy Morelia, el 30 de septiembre de 1765. Murió en S. Cristóbal Ecatepec, pasado por las armas, el 22 de diciembre de 1815. En su juventud fué labrador. En 1795 ingresó al Colegio de S. Nicolás, de Morelia. Abrazó la carrera eclesiástica, y en 1801 obtuvo por oposición los curatos de Carácuaro y Necupétaro.

(3) D. Félix María Calleja y del Rey, jefe del ejército realista sitiador de Cuautla; Virrey, más tarde, de la Nueva España, y Conde de Calderón. Gobernó de 4 de marzo de 1813 a 20 de septiembre de 1816. Fué un militar valiente y hábil, pero en extremo sanguinario. Nació en Medina del Campo. Murió en Valencia. Vino a América en 1789, como capitán del Regimiento de infantería de Saboya, con el Conde de Revillagigedo.

(4) Distinguido historiógrafo y orador parlamentario. Fué Diputado al Congreso de la Unión, Ministro de la Suprema Corte de Justicia, Profesor de Historia, Secretario del Gobierno de Veracruz, Subsecretario de Relaciones Exteriores y Senador de la República. Escribió en "México a través de los siglos", con pluma magistral, la historia de nuestra independencia. Dió también a la estampa, entre otros trabajos notables, una magnífica biografía de Morelos. Nació en Jalapa el 12 de abril de 1844. Murió en S. Angel (D. F.) en noviembre de 1917.

PROEZA INAUDITA

Las circunstancias se iban haciendo cada vez más críticas (en el ataque a la hacienda de San Eustaquio, en abril de 1811), hasta que dentro del grupo de los artilleros se destacó un hombre de elevada estatura y de atlética complexión, muy conocido en el ejército por su extraordinaria fuerza.

Se llamaba Valdivia (1); se había alistado en el ejército de Torres; en la batalla de Calderón (2), se distinguió por haberse defendido, desarmado como estaba, de dos dragones de Flon (3), a quienes mató de una sola bofetada a cada uno; de una "guantada", como decían sus compañeros de armas.

Se acercó al oficial que mandaba la fuerza y le dijo sencillamente:

—Mi jefe, se necesita una cureña para el cañón, y como no la hay, yo puedo hacer de cureña.

—¿Tú?, dijo el oficial, estupefacto; pero no comprendes que esto es imposible?

—Yo aguanto el cañón.

—Pero aunque lo aguantes: el rechazo sólo del cañón te puede matar.

—Veremos, y aunque me mate, se salva el ejército si cae la puerta.

—Como quieras, pero puedes morir.

—Hagamos la prueba, mi jefe. ¿Me da usted permiso de ser cureña?

—Haz lo que quieras, respondió el oficial, encogiéndose de hombros.

—Amárrenmelo recio, muchachos, dijo entonces Valdivia a sus compañeros.

Empezó entonces una escena extraña, en medio del silencio que había sucedido al estruendo de los disparos, pues unos y otros, queriendo ahorrar sus municiones, habían establecido una tregua tácita.

Los artilleros sujetaron con lazos fuertemente el cañón a la espalda de Valdivia, después de poner varios sarapes entre el cuerpo y el arma, tanto para que ésta quedase más firme, como para amortiguar el golpe. Una vez terminada la operación, Valdivia se puso en pie con facilidad y situándose frente a la puerta de la hacienda, dijo al oficial:

—Apunte usted bien, mi jefe.

Fué cargado el cañón y hecha puntería. Valdivia, que se había arrodillado, bajó la cabeza; se dió fuego a la mecha y el tiro partió, yendo a dar a un ángulo de la puerta, que aunque quedó agujerada y crujió, no cedió.

Una descarga cerrada de los defensores, asombrados de tanta audacia, y temerosos de que la puerta cediera, se escuchó, y al mismo tiempo se levantó entre los asaltantes un clamoreo entusiasta, y muchos gritaron: —Otro tiro y la hacienda es nuestra.

Valdivia, densamente pálido, pero sin dar señal al-

guna de debilitamiento, levantó la cabeza y el cuerpo para ver los efectos que había causado el cañonazo, y dijo:

—Se necesita otro cañonazo.

Fué cargado de nuevo el cañón y rectificada la puntería. La bala sacó de quicio a la puerta y la hizo medio caer sobre los escombros que se habían amontonado por la parte de adentro para reforzarla. Pero la brecha quedaba abierta y el oficial insurgente lanzó inmediatamente su gente al asalto, sin escuchar un ¡ay! desgarrador que la cureña humana había lanzado, ni ver que Valdivia había caído, cuan largo era, sobre el suelo.

Sólo una mujer, una soldadera de las que acompañaban al ejército, se lanzó a socorrer al humilde héroe que había quedado olvidado; ayudada de otras, cortó las ligaduras que sujetaban el cañón al hombre, quitaron con mucho trabajo el arma haciéndola a un lado y trataron de ayudar a Valdivia a levantarse.

¡Pero imposible! Aquel Hércules que había resistido dos disparos, no pudo ya ponerse en pie, y aunque no tenía ningún hueso roto, su organismo había sufrido tal exceso, que había quedado contrahecho..

Alejandro Villaseñor y Villaseñor. (4).

(1) Humilde, pero admirable héroe de nuestra independencia Con el cuerpo hecho pedazos, vivió el resto de sus días.

(2) Librada en el Puente de Calderón, cerca de Guadalajara, el 17 de enero de 1811, por las tropas insurgentes contra las realistas al mando de Calleja. El choque fué horroroso, dice el Sr. Orozco y Berra: "los independientes oponían una resistencia tenaz que los hubiera salvado, cuando una granada cayó sobre un carro de municiones

y lo incendió. A la explosión retembló el campo; los materiales inflamados volaron a lo lejos sembrando la muerte; las tropas de las inmediaciones echaron a huir amedrentadas, y el resto de la línea se desconcertó."

(3) D. Manuel Flon, Conde de la Cadena, muerto en la persecución que al frente de unos dragones hizo a los insurgentes, terminada la batalla. Fué militar de innegable valor, pero muy sanguinario.

(4) Abogado y escritor, muerto hace pocos años. Fué uno de los principales redactores del periódico "El Tiempo". Publicó varios trabajos históricos muy interesantes.



UNA HAZAÑA DE ALLENDE


D. Ignacio Allende

Es un hecho bien averiguado, que los indios de Hidalgo llegaban, en la batalla del Monte de las Cruces (1), hasta las baterías españolas, y pretendían tapar con sus sombreros de palma las bocas de los cañones.
Allende, (2) al recorrer los puntos de más peligro, tratando, aunque en vano, de organizar el ataque y de reducirlo a las reglas de la táctica española, observó que los enemigos habían enmascarado unas piezas de artillería con unas ramas, de manera que las columnas que atacaban, llegaban hasta cierta distancia, y allí eran desbaratadas por la metralla.

En el instante, sin calcular el peligro ni los obstáculos, dice a los que le rodean:

—Es menester quitar esas piezas, y la batalla será nuestra; seguidme.

Desata el lazo que llevaba en la grupa; pone las espuelas a su caballo, y seguido de algunos rancheros, corre sobre aquel horno de fuego que cubría la

verdura de los árboles. Se oye una detonación que reproducen los ecos de las montañas, y el intrépido caballero y los que le seguían quedan envueltos en una nube rojiza de humo. ¡Todo se ha perdido!...

¡Viva México!, grita Allende, que había escapado de la metralla; y de un salto llega a donde están las piezas, les tira el lazo, y lo mismo hacen los rancheros; amarran a la cabeza de las sillas, ponen las espuelas a los caballos y se llevan la artillería, dejando a los soldados españoles atónitos, con la mecha, el estopín y las balas en la mano.


Batalla del Monte de las Cruces

La batalla se gana completamente; todos los oficiales y soldados españoles quedan tendidos en el campo, y Trujillo (3) merced a su caballo se escapa y se presenta como un fantasma sangriento a anunciar la catástrofe al Virrey.

Manuel Payno. (4).

(1) Ganada por los insurgentes a los realistas el 30 de octubre de 1810.

(2) Héroe de la Independencia. Alma de la conspiración de Querétaro y del movimiento de Dolores. Valiente, patriota, hábil en asuntos militares, enérgico para reprimir los abusos de las fuerzas insurgentes indisciplinadas. Allende tiene además de estos merecimientos el de haber

muerto en aras de nuestra emancipación política, fusilado en Chihuahua en 1811. Nació en S. Miguel el Grande—hoy Allende—el 20 de enero de 1779.

(3) D. Torcuato Trujillo, célebre jefe español que combatió con mucha crueldad a los partidarios de la Independencia.

(4) Distinguido escritor y político. Nació en México el 21 de junio de 1810. Fué diputado, profesor, ministro, senador, cónsul. Figuró en muchos acontecimientos públicos importantes. Dió a la estampa novelas que han alcanzado, con justicia, gran popularidad, como *El Fistol del Diablo* y *Los Bandidos de Río Frío*. En colaboración con el Gral. Riva Palacio escribió el conocidísimo y muy interesante *Libro Rojo*. Publicó además, un Compendio de Historia de México; varios trabajos sobre Economía Política y numerosos artículos literarios. Como Secretario de Hacienda, trabajó patrióticamente por introducir economías, moralizar el ramo y arreglar la Deuda. Murió en S. Angel, D. F., el 4 de noviembre de 1894, después de una larga y útil existencia.



CÓMO MURIÓ ANDRÉS DELGADO, "EL GIRO"

Al amanecer del 2 de julio de 1819, las fuerzas de Don Anastasio Bustamante habían salido de Salamanca, rumbo a Santa Cruz, en la seguridad de sorprender al indomable guerrillero que, según las nuevas recibidas de fuente autorizada, hallábase tranquilo, sin sospechar de nadie, en una choza de las inmediaciones del rancho de San Nicolás, situado en el fondo de la barranca de "La Laborcilla". En la madrugada del 3 de julio, rodean la choza soldados de Bustamante, a la orden del alférez del Cuerpo de San Luis, don José María Castillo; al ruido que producen los caballos, despiértase el valeroso indígena, y sin tiempo de recoger sus armas, deslízase por el grupo de los acompañantes de Castillo; a un centenar de pasos y en el fondo mismo de la barranca, lucha con el jefe de la expedición, cuerpo a cuerpo, hasta caer moribundo con terrible herida de lanza en el pecho; hace esfuerzos inauditos por levantarse, y al fin lo consigue, apoya sus espaldas sobre unas piedras, arráncase del pecho el arma mortífera, y hiere con ella a Castillo y a tres de los soldados que lo acompañaban. La rendición del héroe se hace imposible, y desde lejos y lapidándolo, es como logran terminar con su existencia.

"El Giro" (1) cae para no levantarse más, vitoreando a la patria y a su independencia: los dos bellos ideales de su vida.

Fulgencio Vargas.

(1) Guerrillero insurgente, célebre por su valor temerario. Era oriundo de Salamanca. Luchó al lado del heroico Mina. El teatro de sus principales acciones fué El Bajío.



UN QUERETANO INSIGNE POR SU CARIDAD

El Sr. D. Juan Osio y Caballero (1), edificó en Querétaro los conventos y las iglesias del Carmen, de San Pedro y San Pablo y de los jesuítas; construyó la Casa de Loreto y el templo de San Antonio; fundó el convento de Capuchinas y el Colegio de San Javier, para cuya dotación de cátedras y de becas, regaló una hacienda; dotó a doscientas doncellas; dejó fondos para cincuenta limosnas semanarias; fundó setenta capellanías para sacerdotes desvalidos; proporcionaba doscientos o trescientos pesos a los peregrinos pobres, a fin de que pudieran continuar su camino, y tenía encargado a los médicos y a los eclesiásticos que le diesen cuenta oportuna de las necesidades de los enfermos, para aliviarlas en el acto. En Guadalajara concluyó la iglesia de Santo Domingo; en Tepozotlán, gastó sesenta mil pesos en reparar el noviciado; en México, edificó de nuevo el templo de Santa Clara, ayudó a la construcción del Colegio de Belem, proporcionó recursos, durante treinta años, para la manutención de las alumnas, y dió ciento cincuenta mil pesos, aparte de otras muchas cosas necesarias, a los jesuítas encargados de convertir y civilizar a los habitantes de California.

En esta labor de caridad constante gastó todas sus rentas e invirtió toda su fortuna. Cuentan los biógrafos que cada año hacía testamento, y que al otorgarlo, siempre las obras de misericordia prescritas en el anterior estaban realizadas. En 1669 hizo repartición de todos sus bienes: sólo dejó para sí un humilde Crucifijo; y de esta suerte, el Cristo que había sido su maestro en el amor al prójimo, fué su compañero inseparable en los últimos días de la humana jornada; el que, como símbolo de Caridad y de Esperanza, juntó, en el instante postrero, aquellas manos pías que tantos beneficios derramaron.

Antonio de la Peña y Reyes. (2)

(1) Ilustre sacerdote queretano, tan caritativo como humilde. Nació en 1644. Cuando era secular, fué alguacil mayor de Querétaro. Renunció, siendo ya eclesiástico, el título de "Adelantado de las Californias", y dos obispados en España. Murió en la citada ciudad de Querétaro el 11 de abril de 1771. Fué sepultado en la Santa Casa de Loreto, dentro de una caja de hierro, en la que se puso el siguiente epitafio: "Hæc requies mea".

(2) Autor de la obra "*Vidas y Tiempos*" publicada en la Habana en 1915. De ella están tomadas las líneas en que se habla del Sr. Caballero, así como otras reproducidas en páginas posteriores.



$800.000 EN OBRAS BENÉFICAS

El Ilmo. Sr. Don Lázaro de la Garza (1), Arzobispo de México, hizo innumerables obras, ya para el fomento del culto, ya para la educación de la juventud, o ya, en fin, para el socorro de los pobres. En esto, dice un biógrafo, agotó su patrimonio y todos los emolumentos de su empleo y dignidades, calculándose en más de ochocientos mil pesos lo invertido por él en obras de caridad. Era patente a todo el mundo cuán estrechamente vivía el caritativo prelado: ni una alhaja, ni un mueble de algún valor, usó en su casa o persona; su comida era muy sencilla, su servidumbre muy escasa; y todo su porte igual, no tememos asegurarlo, al de los santos obispos que son objeto de veneración pública. Como Santo Tomás de Villanueva, juzgaba que la más pequeña cantidad que sobrase a un obispo, era una sustracción para los pobres.

Francisco Sosa. (2).

(1) Prelado insigne por sus virtudes. Nació en el pueblo de Pilón (Nuevo León) el 17 de diciembre de 1785. En 1837 fué nombrado obispo de Sonora, y en el desempeño de este cargo llevó a cabo una labor verdaderamente evangélica. Promovido al Arzobispado de México, tomó posesión de él el 11 de febrero de 1851. En la época de la Re-

forma, defendió con energía los derechos de la Iglesia. Falleció, desterrado, en Barcelona, el 11 de marzo de 1862.

(2) Nació en Campeche el 2 de abril de 1848. Ha prestado a las letras mexicanas importantes servicios con la publicación de obras tan útiles como son: "El Episcopado Mexicano", las "Biografías de mexicanos distinguidos", el "Manual de Biografía Yucateca", "Los Contemporáneos", las "Efemérides históricas y biográficas", etc. Ha sido diputado, senador y Director de la Biblioteca Nacional. Es miembro correspondiente de la Real Academia Española. Injustamente olvidado, pasa en Coyoacán los últimos años de su meritoria vida.



ENERGÍA Y PATRIOTISMO DE UNA MUJER

Conducida a la cárcel Doña Gertrudis Bocanegra de Vega, (1) fué interrogada sobre la conspiración que se le atribuía, excitándola además a que dijera los nombres de sus cómplices. Ella contestó con toda entereza que no los tenía; pero que aunque los tuviera, jamás los denunciaría.

El Comandante le instó repetidas veces, y por varios días, para que confesara, prometiéndole que se interesaría con el Virrey para que la perdonara y le devolviera la libertad a ella y a sus hijas, pues éstas también habían sido detenidas. Ofrecióle, además, la devolución del dinero y alhajas de que las tropas realistas habían despojado a su familia en una de sus haciendas, estando ella ausente. ¡Todo inútil!

La Sra. Bocanegra, con gran energía, siguió sosteniendo que no tenía cómplices, y agregó que si era culpable se le castigara con la pena que quisieran, aun cuando fuese la de muerte. Despechado el Comandante, apeló a las amenazas y al terror para vencer tan firme resistencia. Leyó a la prisionera el bando del Virrey, en virtud del cual deberían ser

fusilados y colgados los que tomaran parte en la insurrección, o de cualquier manera la ayudaran y favorecieran, o bien conspiraran para procurar su triunfo, advirtiéndole que esa pena se le aplicaría a ella, si continuaba negando el hecho que se le imputaba.

Doña Gertrudis contestó con toda valentía y entereza: "Que estaba resuelta a todo, aun a sufrir la pena de que hablaba el bando realista, y que podía disponer de su persona como se juzgara conveniente, siempre que se le probara aquello de que se le acusaba".

No se dió por vencido el jefe realista ante una respuesta tan terminante, pues él quería a todo trance averiguar quiénes eran los comprometidos con aquella heroica mujer para sublevar las tropas de su mando. Mas la Sra. Bocanegra, firme como en el primer momento, volvió a repetir que no tenía cómplices, y que aunque los tuviera, jamás diría sus nombres. Ya con esta última contestación, el Comandante no tuvo otra salida que condenar a muerte a la heroína, ordenándole que se dispusiera para ser fusilada al día siguiente...

La heroína resistió aún a las instancias que le hicieron sus hijas y el ministro de Dios, para poner de su parte lo que fuese necesario a fin de salvar su vida, y resuelta a morir antes de que otros sufriesen por su causa, recibió todos los auxilios de la religión con ánimo entero y abnegación sublime.

Así marchó al cadalso. Con toda la energía de su gran carácter, arrancóse la venda que cubría sus ojos, y arengó al pueblo para que no desmayara en la lucha y siguiera trabajando para conseguir su independencia.

Victoriano Agüeros. (2)

(1) Heroína insurgente, hija de un rico español vecino de Pátzcuaro. Luchó valientemente en los campos de batalla. El 10 de octubre de 1817 fué fusilada en la referida población.

(2) Distinguido literato. Publicó entre otras obras, un tomo de biografías de escritores mexicanos, otro de "Cartas literarias", varias leyendas, y una biblioteca de autores nacionales, digna del más entusiasta elogio. Fué fundador y director del famoso periódico católico *El Tiempo*. Nació en Tlalchapa, Guerrero, el 4 de septiembre de 1854. Murió en París en 1911.



CARIDAD Y VALOR

Un carácter decidido y una alma generosa manifestáronse de manera memorable en 1810, cuando Calleja y Flon entraron en Guanajuato. Sedientos de venganza los dos jefes españoles, por los crímenes que los insurgentes habían cometido en Granaditas. (1) quisieron saciarla en una sociedad inerme e inocente; y cuando Calleja mandó tocar la orden de degüello general, y Flon, Conde de la Cadena, se apresuró a cumplirla, de aquel cuadro siniestro, entre la ferocidad inaudita de los vencedores y el angustioso espanto de los vencidos, surgió un ministro de Terceros, con el tosco sayal en el cuerpo juvenil y con la augusta efigie de Cristo crucificado, como símbolo de justicia y emblema de protección para los desamparados, en la diestra valiente y generosa. Se arrodilló a los pies del sanguinario realista, y su actitud y sus palabras impidieron que la orden se cumpliese.

Aquel fraile era D. José María de Jesús Belaunzarán (2), después obispo de Linares. Su memoria debe ser profundamente respetada.

Antonio de la Peña y Reyes.

(1) En la Alhóndiga de Granaditas, defendida heroicamente por el intendente Riaño y tomada por las fuerzas de Hidalgo el 28 de septiembre de 1810.

(2) Nació en México el 31 de enero de 1772. Murió en la iglesia de la Profesa, de la misma ciudad, el 11 de septiembre de 1857. Fué un sacerdote ejemplar y un enérgico defensor de los privilegios eclesiásticos.



HEROÍNAS ILUSTRES

Fué en una noche tempestuosa del mes de agosto de 1814. Cerca del pueblo de Valtierrilla, Guanajuato, bajo las órdenes de don Ignacio García, una partida de realistas se hallaba empeñada en sostener reñida acción con un grupo de patriotas independientes. La lucha era prolongada y heroica. La lluvia proseguía, y el terreno fangoso surcado de arroyos aumentaba las dificultades de aquella gloriosa acción que duró desde las ocho y media de la noche hasta las siete y media de la mañana del día siguiente. No refiere el parte respectivo quiénes fueron los vencedores: solamente hace constar que cayeron prisioneros los patriotas Miguel Yáñez, José Esquivel y Eustaquio Hernández, "emisarios de la mayor confianza de los rebeldes."

García lo participó así a su jefe superior don Agustín de Iturbide, quien no tuvo piedad de los vencidos, pues él mismo refiere que los mandó pasar por las armas. Se fusiló al mismo tiempo, dice, a María Tomasa Estévez, comisionada para seducir a la tropa, y que habría sacado mucho fruto por su bella figura, a no ser tan acendrado el patriotismo de estos soldados.

Las ejecuciones se verificaron en la entonces villa de Salamanca, en el mismo mes de agosto de 1814.

La heroína María Tomasa Estévez no necesita de nuestros elogios. Su mismo enemigo se los hizo. Murió por su patriotismo y por su hermosura.

Hay otra heroína de humilde origen; pero que no debemos olvidar, porque fué también mártir de la Independencia. Se llamaba Luisa Martínez, esposa de Esteban García Rojas, alias "El Jaranero", la cual tenía un tendajón en el pueblo de Erongarícuaro, allá por los años de 1815 a 1816.

En el pueblo todos eran "chaquetas", es decir, partidarios de los realistas; pero ella era amantísima del bando contrario. Servía, de corazón, a los guerrilleros insurgentes; con actividad les proporcionaba noticias oportunas, víveres, recursos, y les enviaba además, comunicaciones de los jefes superiores, con quienes sostenía continuada correspondencia. Un día fué sorprendida por don Pedro Celestino Negrete (1), y fusilada de orden de éste en uno de los ángulos del cementerio de la Parroquia de Erongarícuaro, el año de 1817.

Poco antes de morir, dirigiéndose a Negrete, le dijo:

—"¿Por qué tan obstinada persecución contra mí? Tengo derecho a hacer cuanto pueda en favor de mi patria, porque soy mexicana. No creo cometer ninguna falta con mi conducta, sino cumplir con mi deber."

Negrete permaneció inflexible, y Luisa Martínez cayó atravesada por las balas de los realistas.

Luis González Obregón.

(1) Célebre general realista, que peleó después en favor de la Independencia a las órdenes de Iturbide. Fué miembro, a la caída de éste, del Supremo Poder Ejecutivo. Distinguióse por su valor, por su actividad, por las consideraciones con que trataba a sus subalternos y por el odio con que combatió durante muchos años a los soldados insurgentes. Nació en S. Esteban de Carranza, señorío de Vizcaya, el 19 de mayo de 1777. Desterrado con motivo de la conspiración del P. Arenas (1827), murió algunos años después en Burdeos. Sin dispensarle favor, dice el Sr. Tornel, puede asegurarse que la mitad de nuestras provincias del Interior, le fueron deudoras de su independencia.



NUESTRO GUZMÁN EL BUENO

Terminaba el año de 1814. Tres años hacía que el intrépido don Julián Villagrán (1) ponía en grande agitación un inmenso territorio, que sostuvo con increíbles prodigios de valor. La plaza de Zimapán era defendida por él bizarramente, cuando fué hecho prisionero en Huichapan, su hijo don Francisco.

Intimóse a don Julián rendición bajo la promesa de que se libertaría a su hijo, y él obtendría indulto. Villagrán contestó heroicamente a tan indigna propuesta, y los defensores del rey sacrificaron a Francisco Villagrán, en el mismo pueblo de Huichapan, escogiendo para la ejecución la esquina de su casa, donde quedaron estampados los sesos que las balas hicieron saltar.

Las gacetas del gobierno virreinal, queriendo obscurecer las glorias de Villagrán le llamaron "padre desnaturalizado", y dijeron que el suyo había sido un acto de barbarie. Pero no faltó quien echase en cara a los españoles su inconsecuencia en vituperar a un americano lo mismo que tanto exaltaban en un paisano—Guzmán el Bueno—cuyo nombre es uno de los que más adornan las páginas de su historia.

Francisco Sosa.

(1) Insurgente. Murió en defensa de la causa de la Independencia, fusilado por los realistas. "Conducido por la traición al glorioso altar del martirio, dice el patriota D. Andrés Quintana Roo, unió su sangre a la de su propio hijo que rehusó redimir al vil precio de un vergonzoso rendimiento." El Estado de Hidalgo le ha erigido una estatua en el Paseo de la Reforma.

QUE CORRA NUESTRA SANGRE

Junto con los valientes guerrilleros Encarnación Rosas y José Santa Anna, estableció el Pbro. Marcos Castellanos (1), en 1812, su cuartel general en un punto (Mexcala) del lago de Chapala, y allí rechazó innumerables veces los terribles ataques de los realistas, dejando muchas de ellas, según partes de los mismos españoles, "teñidas de sangre las aguas y las playas". Ni el teniente coronel Angel Linares, ni el general Pedro Celestino Negrete pudieron domeñar a aquellos bravos insurgentes, que resistieron también heroicamente el bloqueo establecido por el coronel José Navarro y ordenado por el general Cruz. "Antes de comenzar el asedio, dice el Sr. Pérez Verdía, el general Cruz mandó a un comisionado para intimar a los insurgentes. El comisionado fué recibido por varios indios, sin que se sepa con certeza el lugar, y leyó un cartelón del general español en el que los incitaba a una conciliación y los amenazaba con que correría la sangre si no se sometían. Al concluir la lectura de aquel documento, el enviado preguntóles cuál era su determinación, y

todos ellos contestaron en el mismo instante: "que corra la sangre."

Tal como contestaron, así sucedió: durante largos meses corrió a raudales, en incesantes peleas, la sangre de aquellos rudos pero inmortales paladines, y desesperados los iberos de ver que no había manera de que esos hombres se rindiesen, destruyeron los sembrados y las rancherías "en términos de que no quedase más que zacate". El hambre tampoco logró doblegar a Castellanos ni a sus compañeros: vacilantes y cadavéricos continuaban batiéndose con fiera, con indomable bizarría; vino la peste, y resistiéronla también con igual estoicismo, hasta que a fines de 1816, después de luchar sin tregua contra toda suerte de enemigos "entregaron sus áridos peñascos, dice el Sr. Zárate, cuando el rigor de todas esas plagas reunidas, les impidió esgrimir las armas con sus brazos desfallecidos por el hambre... El padre Castellanos volvió a su curato de Ajijic, y todavía en 1826, cinco años después de consumada la indepencia, y diez de terminada su portentosa defensa, languidecía viejo, enfermo y olvidado de sus compatriotas."

El brigadier Cruz, al celebrar en nombre del gobierno virreynal la capitulación, y en testimonio, sin duda, del respeto que merecían esos heroícos soldados, prometió que lejos de perseguírseles se les reedificarían sus pueblos; entregaríanseles bueyes y semillas para cultivar sus campos; se les adminis-

trarían los sacramentos sin estipendio alguno, dejarían de pagar el tributo, y el insurgente Santa Ana quedaría como gobernador de la isla.

Antonio de la Peña y Reyes.

(1) Antiguo cura de Ocotlán. En noviembre de 1810 abrazó la caúsa de la Independencia, a la que sirvió con épico heroísmo y absoluto desinterés.

D. Encarnación Rosas, dice el Sr. Pérez Verdía, "era indígena, natural de Tlachichilco e hijo del pescador Pedro Rosas; hallábase entonces en la flor de su juventud, y reunía a una constitución atlética un valor digno de la causa que defendía". Se cree que murió peleando por ésta.

D. José Santa Ana, cubierto de honrosas heridas y acompañado sólo de sus gloriosos recuerdos, escribe el Sr. Zárate, vivió en la obscuridad y la pobreza, prolongándose su existencia hasta 1852.



DEFENSOR DE SU PUEBLO



Árbol de la Noche Triste

Cuitláhuac (1) es una hermosa figura en la historia de la Conquista. Libre de las preocupaciones de su pueblo, no vió jamás con reverencia a los pretendidos hijos de Quetzacoalt; tratólos siempre con desconfianza y ceño, siendo su voto constante como consejero, no dejarlos penetrar en el Imperio, ni menos recibirlos de paz en México: en esta conducta se mostró patriota y previsor. El roce inmediato con los blancos debió afirmarle en sus juicios, encendiendo en su pecho un rencor que sólo debía extinguirse con la muerte. Ayudó a Cacama, en alentar a las tribus contra los extranjeros, valiéndole estos manejos ser llevado al cuartel y amarrado a la cadena gorda.

En mala hora Cortés lo puso en libertad; al breve tiempo los guerreros mexica tomaban las armas, y conducidos por el bravo caudillo atacaban furiosos las fortalezas de los teules. Con desprecio de armas

poderosas que causaban inmensos estragos, combatió y combatió en primera fila hasta arrojarlos de Tenochtitlán, desbaratándolos en los puentes: cautivó a los castellanos retraídos en el cuartel, y lanzó la multitud de los escuadrones a los campos de Otompan, en donde más por la fortuna que por las armas, fué vencido.

Buscó sin fruto la alianza de sus enemigos y procuró estrechar los vínculos entre los elementos del Imperio, cosa imposible ya después de los pusilánimes desaciertos del imbécil Motecuhzoma. Peleó sin descanso, poniendo en movimiento las guarniciones, oponiéndolas por todas partes, al paso de los invasores; casi siempre era derrotado y, sin embargo, volvía a la carga: estas derrotas eran ya necesarias, pues el invasor no estaba solo, teniendo a su lado la muchedumbre de los traidores a la patria. La fama no ha sabido tejer un cumplido elogio de este monarca azteca; proviene el olvido de haber pertenecido a los vencidos, y de haberse atraído el odio de los vencedores. Un lisonjero se atrevió a estampar estas palabras: Vivió pocos días, pero bastantes para que su tibieza y falta de aplicación dejasen poco menos que borrada, entre los suyos, la memoria de su nombre.

No dictaron estas frases la justicia ni la buena fe; si los blancos lo despreciaron como a bárbaro, su memoria durará mientras exista el recuerdo de la Noche Triste. (2).

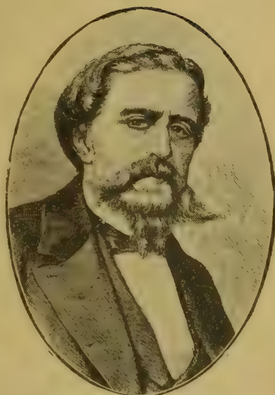
Manuel Orozco y Berra.

(1) Monarca azteca, patriota y aguerrido. "Fué señor ochenta días", dice un historiador. "Creemos con Orozco y Berra, agrega el erudito escritor don Jenaro García, "que Cuitláhuac gobernó como jefe desde la muerte de Moctecuhzoma; pero que no fué alzado rey hasta el mes de Ochpaniztli, "o sea el 7 de septiembre". Debe haber muerto, víctima de las viruelas, a fines de novimbre de 1520. Era hermano de Moctezuma, y precedió gloriosamente, en el trono, al heroico Cuauhtémoc.

(2) Memorable derrota sufrida por Cortés el 30 de junio de 1520. Fué tal la desmoralización del ejército, dice el Sr. García, que Francisco de Aguilar asegura que varios españoles quedaron tendidos "de miedo y espanto sin herida alguna, desmayados; y como todos íbamos huyendo, no había hombre que ayudase y diese la mano a su compañero, ni aun a su propio padre ni hermano (a) su propio hermano." Cuitláhuac fué el jefe vencedor en esta sangrienta y célebre batalla.



UN RASGO HEROICO



D. Rómulo Díaz de la Vega

La conducta observada en la acción de la Resaca (1) por el general don Rómulo Díaz de la Vega (2), ya se le considere como soldado al estarse batiendo, ya como prisionero de guerra, en todo se ve el temple de alma y nobleza de sentimientos de este ilustre general.

No importa que sus soldados hayan dado la espalda al enemigo; él, firme en el puesto que le había confiado el general en jefe, lucha heroicamente, ni se retira, ni se rinde; la muerte primero que dar un paso atrás. Tres dragones se arrojaron sobre él; no le hace, no ve el número ni la fuerza; puede manejar sus armas y esto le basta para defender a su patria. El capitán May, al ver tanto heroísmo, ordena a aquellos dragones que lo capturen sin lastimarlo. El general, extenuado de fatiga, aun lucha, pero al fin sucumbe a una fuerza superior, y es hecho prisionero.

Conducido luego por sus aprehensores al cuartel enemigo, se le exige jure no volver a tomar las armas contra los invasores. Ridícula pretensión, descabellado propósito; él, que había luchado contra fuerzas

muy superiores; él, que había expuesto su vida con la mayor serenidad; él, que prefirió morir atravesado por la espada enemiga antes que rendirse, proponerle que desistiese de defender a su patria y se le otorgaría libertad, fué un acto verdaderamente torpe, desconocer el valor y nobleza de este ilustre general. La prisión, el destierro y aun la vida, habría gustoso sacrificado antes que ofrecer el abandonar a su país en la hora del peligro. Grata será para siempre a los mexicanos, la memoria de este distinguido jefe. "Honorum memoria in æternum manet.

Emilio del Castillo Negrete. (3)

(1) Ganada por el Gral. Taylor al Gral. Arista el 9 de mayo de 1846. "Antes de medio día, dice el Sr. Roa Bárcena, determinó el expresado Gral. Arista esperar allí (en un punto llamado la Resaca de Guerrero) a Taylor, que se había movido de Palo Alto en seguimiento suyo. Se incurrió en el error de creer que no atacaría esa misma tarde, ni menos en la noche, y, en consecuencia, fueron desenganchadas las mulas de los cañones, descargado el parque y tomadas algunas otras disposiciones cuyo efecto resultó funestísimo a la hora de la refriega."

(2) Célebre por el valor heroico de que dió muestras, tan brillantes que el Congreso lo declaró, en 1847, Benemérito de la Patria. Con anterioridad había obtenido una cruz de honor por su bizarra conducta en el asalto al fuerte del Alamo, Texas, tomado por las tropas mexicanas, al mando del Gral. Santa-Anna, el 6 de marzo de 1836; y la Legislatura de Puebla habíalo declarado Benemérito de esta entidad. Fué Comandante General de Yucatán, Gobernador del Distrito, Jefe Militar de México dos veces: la segunda, en substitución del Gral. D. Martín Carrera, que renunció la Presidencia el 11 de septiembre de 1855. Murió en Puebla en octubre de 1877.

(3) Laborioso escritor jalisciense. Dejó entre otras obras interesantes, que han prestado útiles servicios a los aficionados a los estudios históricos: "México en el siglo XIX", "Galería de Oradores Mexicanos en el siglo XIX" e "Invasión de los Norte Americanos en México"

PRESIDENTES HONRADOS

Para honra de México se puede asegurar que la mayor parte de los presidentes se han retirado del puesto, pobres unos, y otros hasta en la miseria; y a su muerte han venido a destruirse las calumnias esparcidas durante su vida, por el espíritu de partido.



Gral. D. Valentín Canalizo

Victoria murió, lo que puede llamarse en la miseria, y una hacienda, "El Jobo", que pasaba por suya, era, en realidad, de la familia del Sr. Martínez de la Torre, quien la recibió en herencia. Don Vicente Guerrero no dejó sino unos cuantos pedazos de tierra, sin valor, en el Estado que lleva su nombre; y sus nietos viven hoy del fruto de su trabajo y de los escasos bienes que les ha proporcionado la economía y honradez del Sr. don Mariano Riva Palacio. Bustamante, hombre sin familia, morigerado y económico, apenas tuvo con que subsistir durante su destierro en Europa. El general don Miguel Barragán murió en una pobreza tal, que su hija tuvo, pocos meses después del falleci-

miento de su padre, que buscar su honrosa subsistencia estableciendo un expendio de tabacos. Don Valentín Canalizo, que también desempeñó la presidencia y que obtuvo diversos empleos militares de categoría, no dejó a su muerte ni la más insignificante cantidad para que se pudieran educar sus hijos que estaban en los colegios. Don Valentín Gómez Farías, al día siguiente que dejaba el gobierno, tenía que ocurrir a la generosidad de sus amigos, y todos sus grandes bienes consistían en una casa de poco valor en el pueblo de Mixcoac, la que encierra los restos de ese honrado y buen patriota. Al general don José Joaquín Herrera, cuando estaba moribundo, en una pequeña casa del rumbo de San Cosme, fué necesario que de la Tesorería General se le enviaran $200, a cuenta de sueldos como militar antiguo, para las últimas medicinas y gastos de su entierro. Arista, cuya reputación y probidad se atacaron de la manera más injusta y acerba, murió en el extranjero, favorecido por la buena amistad de Don Manuel Escandón, y cuando se liquidó su testamentaría, sus bienes no alcanzaron para pagar a sus acreedores. Comonfort apenas dejó a sus hijos un mezquino patrimonio, fruto de sus economías y resto de insignificantes propiedades que tenía antes de figurar en la política.



Gral. D. Miguel Barragán

Manuel Payno.

LA HONRADEZ DE MORELOS

Inmensas sumas de dinero pasaron por las manos de Morelos en esos cinco años, (1810—1815), y todas las aplicó a la causa que propugnaba, sin dejar nada para sí, al grado que tuvo que vender su ropa para emprender la marcha de Uruápan a Tehuacán.

Julio Zárate.



UN PESO FUERTE POR ÚNICO CAUDAL

Ramos Arizpe (1) como diputado a Cortes nada omitió por mejorar la situación de su tierra; Arizpe provocó cuantas leyes y decretos juzgó útiles; Arizpe colocó a todos sus paisanos; Arizpe socorrió a los que supo hallarse indigentes; y Arizpe, en fin, nombró virrey a Don Juan O'Donojú (2) para que facilitara la emancipación de México. ¡Y en medio de tal poder, y de la reputación prestigiosa que gozaba ese hombre virtuoso, satisfacía sus necesidades con treinta reales de vellón al día. Yo lo he visto sentado en una mala silla, rodeado de títulos y potentados, comer un frugal almuerzo con cubiertos de boj, en platos de loza ordinaria. Yo lo he visto salir de Madrid para Francia con un peso fuerte en el bolsillo por único caudal; y el que se hallaba reducido a tal extremidad era el mismo hombre por cuya dirección y mano se habían gastado para procurar la emancipación de las Américas ¡más de 700,000 pesos!

¡Falsos patriotas, hombres corrompidos de esta época, he aquí la Virtud! Especuladores políticos, sanguijuelas de la sangre de los pueblos, ahí tenéis el tipo del desprendimiento heroico!

Manuel Gómez Pedraza. (3).

(1) D. Miguel Ramos Arizpe, ilustre patriota y político. Nació en el Valle de S. Nicolás de la Villa del Saltillo, Estado de Coahuila, el 15 de febrero de 1775. Murió el 28 de abril de 1843. Fué diputado a Cortes y al Congreso General, Deán de la Catedral de Puebla, Plenipotenciario para negociar tratados con la República de Chile, Chantre de la Iglesia Metropolitana de México y Secretario de Justicia. Distinguióse por su talento, por su probidad y por su energía. Se le llama el Padre de la Federación.

(2) Ultimo virrey de la Nueva España. Llegó a Veracruz el 30 de julio de 1821; firmó con Iturbide los tratados de Córdoba en los que se reconocía nuestra independencia, y falleció de pleuresía, en México, el 8 de octubre del mismo año.

(3) Célebre político y orador elocuentísimo. Nació en Querétaro según unos, y en Soto la Marina, según otros, en 1779. Comenzó su carrera en las filas realistas, contribuyó a la captura de Morelos, y llegó a tener el grado de teniente coronel. Después ciñó la banda de general; fué Gobernador y Comandante Militar de Puebla, diputado, senador, Secretario de Guerra y Presidente de la República, puesto del que tomó posesión en la ciudad de Puebla el 24 de diciembre de 1832, y que pocos años antes, con motivo de la revolución de la Acordada había renunciado como candidato triunfante, prefiriendo entonces expatriarse. Murió, siendo Director del Monte de Piedad, el 14 de mayo de 1851. Cítase como discurso memorable suyo el que pronunció en la Cámara de Senadores en defensa del Tratado de Paz con los Estados Unidos.



EMPEÑABA SUS ALHAJAS



D. José Joaquín de Herrera

Uno de los más bellos rasgos de la vida de don José Joaquín de Herrera (1), tuvo lugar a los pocos días de haber ascendido esta vez a la Presidencia. Tomaba un mal almuerzo sirviéndose de un pobre mantel y de un cubierto de fierro, cuando entró al aposento el Sr. Riva Palacio, Secretario de Justicia y Encargado del Despacho de Hacienda, y no pareciéndole decente que el Primer Magistrado de la República se tratara de esa manera, le propuso enviarle cincuenta o cien pesos a cuenta de las grandes cantidades que le adeudaba el Erario; pero el Sr. Herrera dió esta respuesta: "Hace poco tiempo que empeñé en el Monte de Piedad una de las últimas alhajas que me quedaban, y aun no he consumido el dinero; atienda usted, señor Ministro, a los gastos más urgentes y olvídese por ahora de mí." Respuesta tanto más digna de elogio cuanto que los gobernantes acostumbraban vivir en la abundancia, las comodidades y el lujo.

Estos rasgos de desinterés personal resaltaban en medio del sombrío y pavoroso cuadro que ofrecía la República, cuyo futuro parecía ser la disolución, y cuyo presente no podía menos que reducirse a la desmembración del territorio.

Manuel Rivera Cambas. (2).

(1) Presidente de la República, venerable por sus virtudes. Nació en Jalapa, en 1792. Muy joven sentó plaza en las filas realistas. En 1820 se retiró a Perote, en donde estableció una botica; poco después se adhirió al Plan de Iguala. Prestó muy buenos servicios a la causa de la consumación de la Independencia, y en 1821 tenía ya el grado de brigadier. En 1824, 1834 y 1836 desempeñó la Secretaría de Guerra Varias veces estuvo al frente del Poder Ejecutivo. En la segunda de ellas (1844—1845) se exacerbaron las dificultades con los Estados Unidos. El Gral. Herrera, conocedor de la triste situación del país, perteneció entonces al partido que deseaba un arreglo decoroso En 1851 entregó el Poder al Gral. Arista, habiendo sido ésta la primera ocasión en que la Presidencia se trasmitió de una manera legal y pacífica. Murió el 10 de febrero de 1854. Su rectitud inmaculada lo hace acreedor al respeto de la posteridad.

(2) Historiador. Publicó entre otras obras, útiles una sobre la Intervención y el Imperio, Los Gobernantes de México, la Historia de Jalapa, México Pintoresco, etc.



RESOLUCIÓN HEROICA

Hidalgo (1) permaneció inflexible y acabó de vestirse. Las horas pasadas en compañía de Allende no fueron de provecho; el peligro era incierto, se consideraba tal vez como remoto, y corrió el tiempo en pláticas inútiles; cuando hubo seguridad del daño, y la pérdida fué inminente, no quedó otro recurso que tomar una resolución propia de las circunstancias. Sin ánimo de exagerar; sin otro intento que dar a cada uno lo que le pertenezca, debemos convenir en que Hidalgo se mostró grande en aquel momento: su primer intento no fué recurrir a la fuga; su carácter sacerdotal lo ponía al abrigo de la muerte por una conspiración abortada, y casi ninguna cosa tenía que temer de la violencia: contaba con grandes probabilidades de salir a salvo de la tormenta. Sin embargo, se decidió a combatir por sus ideas, sabiendo que los conjurados estaban presos, y rotos, por lo mismo, los hilos de la revolución; que los compañeros que le quedaban estaban aterrados; que no te-



D. Miguel Hidalgo y Costilla

nían fuerzas ni armas que oponer a sus contrarios; que corría a una muerte segura, pues él mismo había repetido que los autores de semejantes empresas no gozaban de los frutos que producían.

Sin elementos de ninguna especie, sin plan, sin combinación, saltar resueltamente a la arena para combatir, sólo podía ser obra de una alma de buen temple, por más descabellado y loco que el paso se suponga. Mas sea de ello lo que fuere, la resolución de Hidalgo fué de inmenso resultado para los destinos de nuestra patria: fué la pequeña causa de que resultan las grandes consecuencias; una de esas acciones que influyen en el adelantamiento y progreso de la humanidad.

José M. Lafragua. (2).

(1) Padre de la Patria. Nació en el rancho de S. Vicente, al sur de la hacienda de Corralejo, en Pénjamo, Guanajuato, el 8 de mayo de 1753. Murió fusilado en Chihuahua, el 30 de julio de 1811. Hizo sus estudios en el Colegio de S. Nicolás de Valladolid, hoy Morelia; pero los grados de bachiller en Artes y en Teología los recibió en la Real y Pontificia Universidad de México, en 1770 y 1773. En el primero de los citados establecimientos desempeñó acertadamente los cargos de profesor de Prima de Sagrada Teología, tesorero y rector. Desde 1793 hasta 1800 fué cura de S. Felipe, y en 1803 se hizo cargo de la parroquia de Dolores, en sustitución de su hermano D. Joaquín. En el ejercicio de estas funciones llevó a cabo una labor progresista altamente benéfica para sus feligreses. En 1810 inició nuestra independencia dando con ello, por los peligros y las dificultades de la empresa, una muestra inequívoca de patriotismo y de valor, que le granjeó para siempre el primer sitio en el alma de la República.

(2) Político, jurisconsulto y literato, nacido en Puebla el 2 de abril de 1813. Fué diputado, senador, Ministro de Gobernación, de Relaciones Exteriores, y de México en España. En el desempeño de todos estos puestos reveló siempre talento, ilustración y patriotismo. Con mo-

tivo de las reclamaciones de España; de la cuestión de Belice, sostenida con Inglaterra, y de la de límites con Guatemala, dejó muestras perdurables de su habilidad, tacto y energía. Falleció en México el 15 de noviembre de 1875. Legó sus libros y la cantidad de $20,000 a la ciudad de Puebla para la formación de una biblioteca, que hoy lleva su ilustre nombre.



LA PROEZA DE UN NIÑO

"Entonces (1) un niño de doce a trece años de edad, llamado Narciso García Mendoza, natural del pueblo, y que a la sazón se hallaba oculto entre las casuchas del lado norte de la plaza de San Diego, vió venir la columna enemiga de dragones de Guanajuato, con su valiente y arrojado jefe a la cabeza, el Conde de Casa Rul, que montaba un alazán hermoso y de gran alzada.

Los dragones venían a todo correr, sable en mano; jadeantes y sudorosos sus caballos, y ellos, ahogándose por el calor, el polvo y la fatiga.

Avanzan, llegan junto al parapeto, en donde se encuentra un cañón solitario, al que sólo le hacían compañía mudos y yacentes soldados nuestros, que habían caído allí mortalmente heridos, pero vitoreando a nuestra causa y a nuestro gran Morelos. El niño García Mendoza no esperó más. Saltó sobre los muertos; pisó sobre la sangre encharcada, ya fría, que derramaron nuestros bravos artilleros, cuyos cuerpos estaban tendidos aquí y allá, y corrió en dirección de la pieza. Uno de los jinetes, previendo lo que el niño iba a ejecutar, extiende su espada sobre la trinchera y hiere a Narciso en el brazo derecho.

El niño, para no caer, se afianza de una estaca... y rápido como el pensamiento que había concebido, toma la mecha encendida que se hallaba allí enclavada y da fuego al cañón. Relampaguea la luz del fogonazo: el humo de la pólvora asciende por los aires; el disparo hace ensordecer los oídos y estremecer el piso, la trinchera y las casas de la calle...

El Conde de Casa Rul cae herido, y es llevado por los suyos para morir después. Algunos dragones quedan muertos al lado del parapeto; otros, bien contusos, y todos acobardados, retroceden, huyen, dejando también el cadáver del que hirió al valiente, al sublime niño.

Galeana, que había logrado restablecer el orden, aparece en esos instantes en aquel callejón, que por algo se llamó de "El Encanto", y tras de la trinchera abandonada mira al niño herido; pero orgulloso, satisfecho y sonriente. Lo toma en brazos, lo estrecha con efusión y lo lleva ante el gran Morelos, a quien relata su acción heroica. Morelos sabía apreciar y premiar actos tan grandes, como el de García Mendoza. También lo abraza y le señala un tostón diario como premio. Nosotros, los patriotas insurgentes, salvados aquel día por hechos tan memorables como los de aquel niño, lo paseamos triunfante por las principales calles de Cuautla, todavía manchadas sus ropas con la sangre de la herida que recibió en el brazo; gritándole entusiastas vivas, y saludándole con atronadores aplausos los habitantes del pueblo, los niños, las jóvenes decentes, las mujeres

de nuestros soldados, éstos y nuestros jefes, incluso el gran Morelos..."

Aquí concluyó el viejo veterano la sencilla narración de aquel heroico episodio, que todavía no graba el cincel en mármoles, ni se ha fundido, como se debiera, en bronces inmortales.

Luis González Obregón.

(1) Después del combate de la plaza de S. Diego, en el sitio de Cuautla, el 19 de febrero de 1812.



LA CARIDAD DE UN ARTESANO

Don José Sáyago (1), condolido de la suerte de las mujeres dementes, que vagaban por la ciudad expuestas a sufrir los mayores padecimientos, de acuerdo con su esposa que abundaba en las mismas ideas humanitarias y filantrópicas, tomó por su cuenta el socorro de aquellas infelices mujeres recogiéndolas en su casa y taller, situado en la calle de Jesús María. Ofrecía lo que le sobraba, porque era pobre y humilde, como ya lo hemos dicho; alimentaba a esa porción de infelices con los productos de su industria, y a la vez que él se privaba de lo necesario, era infatigable en proporcionarles cuanto pudiera aliviar su desgraciada condición.

Sáyago, al hacerles aquel bien inmenso, no aguardaba recompensa, puesto que les faltaba la luz de la inteligencia para reconocer las bondades de su protector... Durante algunos años perseveró en tan caritativa empresa, hasta que ayudado en ella por el venerable Arzobispo Don Francisco Aguilar y Seixas (2), trasladó su hospital frente al Colegio de San Gregorio, permaneciendo en él las infelices dementes hasta el año de 1698 en que, por la muerte del referido Arzobispo, se hizo cargo de ellas la Congregación del Salvador. Este fué el origen del esta-

blecimiento benéfico que existe al presente en la calle de la Canoa, con el nombre de Hospital del Divino Salvador, o Casa de Asilo para Mujeres Dementes.

Francisco Sosa.

(1) Humilde carpintero nacido en México en el siglo XVII; digno, precisamente por su pobreza, de las más entusiastas alabanzas.

(2) Arzobispo de México. desde 1682 hasta 1698. Durante su episcopado llevó a término muchas y muy piadosas obras, como la fundación del Colegio de S. Miguel de Belem y del Hospital de la Misericordia, para mujeres casadas. Puso la primera piedra de la entonces Colegiata y hoy Basílica de Guadalupe. el 25 de marzo de 1695

Falleció el 14 de agosto de 1698. Sus restos descansan en la capilla de S. Felipe de Jesús, en la Catedral de México, en donde se hallan también los de D. Agustín de Iturbide.



VA MI ESPADA EN PRENDAS; VOY POR ELLA

—Asistentes, traigan aquí el almuerzo. Esto lo decía Morelos bajo la granizada de balas del fortín de la Soledad, y en inminente riesgo; sin embargo, allí daba sus órdenes, tranquilo; allí inspiraba su serenidad y ardimiento.

Entretanto, el teniente coronel Don Guadalupe Victoria (1) sostenía una encarnizada lucha del otro lado del foso, inmediato al juego de pelota; oía empeñado el tiroteo en las calles y plazas; envidiaba los triunfos de sus compañeros, que anunciaban los repiques del Carmen, Santo Domingo y San Diego; pero sus obstinados adversarios, defendidos por el foso, le dirigían una granizada de balas y hacían replegar a sus soldados; rasgaban el aire las granadas y las bombas; en el agua del extenso foso caían a plomo los cadáveres....

—Aquí los aguardamos, gritaron los insolentes realistas.

Entonces Victoria, desnudando el acero, les dijo:

—Va mi espada en prendas; voy por ella.

En seguida se arrojó al foso. A pocos momentos proclamaba la libertad sobre la muralla enemiga.

Terán, Galeana, Larios, Matamoros y Morelos mismo habían penetrado en la ciudad (2), sosteniendo

en cada calle un combate; disputándose palmo a palmo un terreno sembrado de cadáveres. El estrépito de las armas, el repique a vuelo de las campanas, los gritos de vencedores y vencidos; la confusión, el tumulto, ofrecían cierto contraste con las puertas de las casas cerradas y con el aspecto lúgubre de la ciudad, que parecía esperar consternada, la decisión de lucha tan sangrienta.

Guillermo Prieto. (3)

(1) D. Miguel Fernández y Félix, preclaro insurgente, que adoptó el simbólico nombre de Guadalupe Victoria. Nació en Tamazula, Durango, en 1789. Murió en Perote el 21 de marzo de 1843. Fué el primer Presidente de la República. Durante su gobierno (1824 1829) se rindió la fortaleza de Ulúa, último baluarte de los españoles, y quedó abolida, de hecho, la esclavitud. Victoria, dice un biógrafo, fué un militar valiente y pundonoroso y un ciudadano esclarecido. De su honradez y de sus buenas intenciones no se atrevieron a dudar ni sus más encarnizados enemigos.

(2) Oaxaca, tomada a viva fuerza por Morelos el 25 de noviembre de 1812. "A acuartelarse a Oaxaca" fué la orden que el inmortal caudillo dió, la víspera, a sus soldados, y que éstos heroicamente obedecieron.

(3) Político, orador, poeta, periodista, diputado, ministro. Nació en México en la calle del Portal de Tejada el 10 de febrero de 1818. Murió en Tacubaya en marzo de 1897. Fué el cantor del Pueblo y de la Patria; de la Libertad y de sus héroes. Sus versos le sobrevivirán perennemente.



LOS MILLONES DEL CLERO Y LA HONRADEZ DE UN MINISTRO

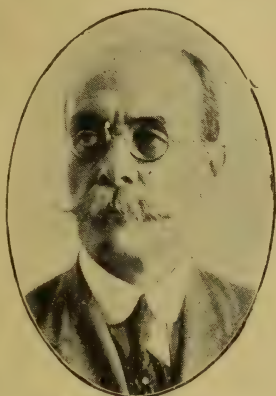

D. Guillermo Prieto

Guillermo Prieto poseyó cualidades que le dan lugar estimadísimo en la vasta galería de personajes de antaño: me refiero a su honradez. Es probado que pasaron por sus manos cerca de $300.000,000, cuando la desamortización de los bienes eclesiásticos, y que no sólo no conservó ni uno de ellos, sino que renunció a la suma de $200,000, que de gratificación le correspondían como a Ministro de Hacienda, por llevar a cabo la desamortización famosa. Sin que de maldiciente se me tache, puedo afirmar que no siempre ha sido de práctica honradez tamaña.

Y ya hemos visto su fortuna: sus rimas, su biblioteca, su modesta "Casa del Romancero", en Tacubaya, y una corona de laurel. Porque fué coronado, con aplauso grandísimo; una manifestación espontánea y sin precedente entre nosotros.

Cuentan los que saben de esta coronación, que cuando el poeta salió a la calle seguido de sus admiradores literarios, al concluir el banquete en que le ofrecieron ese premio preciadísimo, no bien la gente del pueblo se enteró de lo que motivaba esa

agrupación de personas de levita y chistera, caminando por mitad del arroyo en pos de un viejo que le era conocidísimo, empezó a engrosarse la cauda que lo seguía, y empezaron a cruzar por los aires gritos de "Viva Guillermo Prieto", "Viva nuestro poeta", "Viva el poeta del pueblo", hasta el punto de que los gendarmes tuvieron que encauzar el curso de ese río voluntario; y Guillermo Prieto, conmovido, al aire sus canas mal defendidas por la montera, y en la diestra temblorosa su polvoriento sombrero hongo, no atinaba a responder y a pagar tales muestras de cariño, sino con sonrisas truncas por la emoción, y lágrimas de dicha que de sus ojos cegatos e inquietos le resbalaban lentamente.


D. Federico Gamboa

Federico Gamboa (1).

(1) Ilustre novelista y dramaturgo. Nació en México el 22 de diciembre de 1864. Ha sido diputado, profesor, Subsecretario y Secretario de Relaciones Exteriores, Ministro en Centro América, en Bélgica y en Holanda y Embajador Especial en España. Pertenece a la Real Academia Española y a otras corporaciones nacionales y extranjeras que, al acogerlo en su seno, han otorgado justa recompensa a sus grandes merecimientos literarios.

CARITATIVO Y SABIO

Larga fué su vida, y la empleó toda don Joaquín García Icazbalceta (1) en derramar beneficios. Rico desde la cuna, conservó y aumentó su hacienda sin extorsionar jamás a los pobres, sin aprovecharse indebidamente del trabajo de éstos, sin practicar jamás la usura, esa plaga de nuestra sociedad, que parece tentar más a los que más riquezas poseen y que tan claramente anatematiza el Evangelio. Jamás se conoció en sus vastas posesiones territoriales esa esclavitud disimulada, tan común en algunas regiones del país, que encadena al peón toda la vida a determinado amo y a determinada tierra, sin esperanza de mejorar su tristísima suerte. Exactísimo en sus pagos, tenía además, una caja de ahorros, como él la llamaba, para cada uno de sus empleados, desde los más humildes hasta los más altos, y consistía en realidad, en regalos sistemáticos que les hacía en ocasiones solemnes de la vida de ellos mismos o de sus esposas y sus hijos. ¿Se casaban? Él les proporcionaba los gastos necesarios, sin cargárselos en cuenta. ¿Nacían sus hijos, venían las enfermedades a afligirlos, llegaba la muerte a contristarlos? Él les abría generosamente su caja y aliviaba sus penas y necesidades.

Las obras de misericordia que ejercía con los suyos, practicaba igualmente con los extraños. Las Conferencias de México largos años lo vieron visitando las casas de los pobres y socorriéndolos generosamente...

Grandes como fueron sus obras de misericordia corporales, quedan eclipsadas junto a las espirituales. Empresa meritoria es, en verdad, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, perdonar las injurias, y todo esto lo practicó en alto grado el Sr. Don Joaquín García Icazbalceta. No sólo le concedió el Señor grandes riquezas, sino también el dón inestimable de la sabiduría.

Ignacio Montes de Oca y Obregón. (2).

(1) Insigne historiador. Nació en México el 21 de agosto de 1825. Murió en la misma ciudad el 26 de noviembre de 1894. Dió a la estampa numerosas obras propias y ajenas que han sido de inmensa utilidad para el estudio de nuestro pasado. Entre las escritas por él, ocupan lugar preferente su libro sobre Fr. Juan de Zumárraga primer Obispo y Arzobispo de México, y su Bibliografía Mexicana del siglo XVI. Fué no sólo un literato eximio, sino también un agricultor muy distinguido, un bienhechor de los pobres y un protector del arte tipográfico. Consagró su vida entera al estudio, al trabajo y a la caridad.

(2) Obispo de S. Luis de Potosí; entre los Árcades de Roma, Ipandro Acaico. Es miembro de las Reales Academias Española y de la Historia. Profundo conocedor de las literaturas clásicas; orador sagrado y académico de elegantísima palabra; poeta castizo, y prelado muy erudito en ciencias eclesiásticas, el Sr. Montes de Oca ha traducido a los bucólicos griegos y publicado varios tomos de versos, sermones y pastorales.

SE ARROJARON DESDE UN VOLADERO

Imposible sería, en las breves líneas de este artículo, seguir a don Nicolás Bravo (1) en su brillante carrera militar. Bástenos decir que en combates posteriores, formando parte de las fuerzas que escoltaron al Congreso de Chilpancingo en su célebre peregrinación de Uruapan a Tehuacán, o luchando sin cesar al lado de Morelos, primero, y más tarde en las montañas del Sur, junto con los Rayones, Guerrero y Montes de Oca, no obstante el desaliento que en las filas insurgentes ocasionó la muerte del héroe de Cuautla, dió incesantes muestras de constancía, de abnegación, de patriotismo y de bizarría; de nobleza y de honradez tamañas que, cuando en 1817, cayó prisionero, el mismo general realista Armijo pidió al Virrey que no se le aplicase la pena de muerte, súplica a la que accedió Apodaca (2). No pudo entonces llegar a pronunciarse sentencia alguna en su contra, como que, según observa atinadamente un biógrafo, "por grande que fuera la obsecación del gobierno virreinal, y por terrible que fuese el anatema que hacía pesar sobre los insurgentes, no podía atribuír a Bravo otros crímenes que los de un acendrado amor a la patria, y actos en que manifestó constantemente una nobleza y una heroicidad sin ejemplo."

En el glorioso sitio de Cóporo (3), verbi-gratia, rechazó varias veces al enemigo, y su situación fué tal, que él mismo dice: "Mis sitiadores abundaban de todo, cuando yo de todo carecía: el perro muerto y el caballo fueron el plato más regalado con que muchos días satisfice mi hambre"; y cuando esta situación llegó a ser insostenible, cuando él y los suyos no tenían víveres con que alimentarse ni municiones con que defenderse, antes que caer en poder de los realistas, a quienes tan valientemente habían resistido, prefirieron todos—Bravo y sus subalternos—y las mujeres y los hijos de éstos, arrojarse desde un voladero... Reducido a prisión, soportóla con admirable entereza hasta 1820, en que puesta en vigor nuevamente la Constitución de 1812, la libertad de imprenta recobró sus fueros, el Tribunal del Santo Oficio y el de Seguridad Pública quedaron suprimidos, y las puertas de las cárceles fueron abiertas.

Antonio de la Peña y Reyes.

(1) Héroe de la Independencia. Nació en Chilpancingo por los años de 1784 a 1790. Comenzó su carrera militar, luchando contra los realistas en la vanguardia de Morelos, el 16 de mayo de 1811, en el ataque a Chichilhualco; la terminó combatiendo a los americanos en Chapultepec, el 13 de septiembre de 1847. Valiente en la pelea; digno y constante en la adversidad; magnánimo en la victoria, el Gral. Bravo legó con su admirable perdón a los prisioneros españoles, una página inmortal en nuestros fastos. Sus eminentes servicios lo llevaron a los puestos más altos del país: fué, en 1822, miembro de la Regencia; después del imperio de Iturbide, individuo del Supremo Poder Ejecutivo; posteriormente, Vicepresidente de la República, Presidente del Consejo y Primer Magistrado de la Nación, tres veces: una como interino

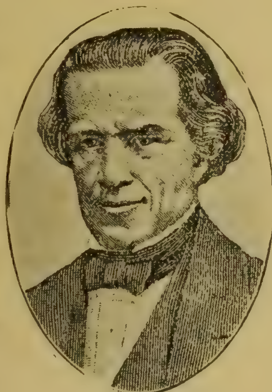
del 10 al 17 de julio de 1839 y como sustituto, del 26 de octubre de 1842 al 5 de marzo de 1843 y del 28 de julio al 4 de agosto de 1846. Murió en Chilpancingo, envenenado, según parece, el 22 de abril de 1854.

(2) Juan Ruiz de Apodaca, sexagésimo primer virrey de la Nueva España. Nació en Cádiz en 1764. Murió el 11 de enero de 1835. Gobernó desde el 20 de septiembre de 1816 hasta el 5 de julio de 1821, día en que lo depusieron algunos oficiales españoles capitaneados por don Francisco Buceli. Apodaca se distinguió por su espíritu moderado y benévolo. Estas cualidades ocasionaron su caída; pues los realistas exaltados creyeron que con ellas perjudicaba a la causa del Rey. Fué nombrado Conde del Venadito, como premio por la aprehensión del ilustre insurgente Mina, llevada a cabo en el rancho de ese nombre.

(3) Principió este sitio en enero de 1815. Los independientes al mando de los Rayones y de Bravo, se defendieron heroicamente hasta 1817, en que abandonaron el fuerte.



CUATRO VECES PERDONÓ A SUS DEUDORES



D. Melchor Ocampo

La divisa de Don Melchor Ocampo era: "Me quiebro, pero no me doblo". Esta actitud corresponde a un hombre que todo lo somete a los dictados del deber. Efectivamente, era tal su pureza que habiendo heredado una hacienda, cuando pudo conocer que en conciencia no debía considerarse dueño de ella, abandonó esa propiedad, reservándose sólo una pequeña finca que llamó Pomoca, en donde vivía retirado del mundo, para entregarse a la lectura y al estudio de las plantas.

Su amor a los pobres se revela por el hecho de háber perdonado cuatro veces las deudas a los sirvientes de su finca. Dulcificó las costumbres de los trabajadores que estuvieron bajo su dependencia, y les enseñó cuanto podía serles útil. Sirvió a su patria con gran desinterés. Al hacerse la nacionalización de los bienes de la Iglesia, es decir, cuando fueron vendidos esos bienes por el gobierno de Juárez, del que formaba parte Ocampo, éste pudo haber adqui-

rido una fortuna considerable; pero como casi todos sus compañeros, demostró con su desinterés que no buscaba beneficios personales, sino la felicidad del pueblo.

Ocampo estuvo desterrado en tiempo de Santa Anna, y cuando Juárez inició la Guerra de Tres Años, como Presidente Constitucional, anduvo errante con él, y sirvió a su lado como Ministro, en Guadalajara y en Veracruz. Al triunfar Juárez, Ocampo renunció la cartera y se retiró a su finca de campo en el Estado de Michoacán.

Allí vivía tranquilamente cuando fué aprehendido el 1o. de junio de 1861, por el guerrillero Lindoro Cajiga, que peleaba contra el gobierno de Juárez.

Cajiga condujo a Ocampo a Tepeji del Río. El 3 de junio se le dijo al prisionero que iba a morir. Con serenidad imperturbable Ocampo escribió su testamento. Al medio día fué llevado al campo para la ejecución. Después de caminar un buen espacio, el prisionero preguntó al jefe que lo conducía si aún faltaba mucho para llegar a donde se le debía fusilar.

Como el jefe contestase que sí, Ocampo dijo: No es necesario caminar más. Este sitio es tan propicio como cualquiera otro.

Y murió con la serenidad del filósofo.

Carlos Pereyra. (2)

(1) Ciudadano ilustre por la firmeza y honradez de sus convicciones. Nació en México el 6 de enero de 1814. En su juventud viajó por Europa, en donde adquirió grandes conocimientos científicos. Después dedicóse a la política. Fué diputado, senador, varias veces ministro, y Gobernador del Estado de Michoacán. En el desempeño de este puesto protegió mucho la instrucción pública y los establecimientos de beneficencia. Consagró también especial atención a la defensa del país, organizando tropas para combatir a los americanos. Como diputado al Congreso Constituyente, tomó parte muy activa en la formación de la Carta Magna de 57: como reformista, son suyas las leyes de separación de la Iglesia y el Estado, del estado civil y supresión de monasterios. No sólo tuvo un carácter enérgico, sino también una vasta cultura y un corazón muy generoso.

(2) Erudito historiador y distinguido sociólogo. Nació en Saltillo el 3 de noviembre de 1871. A su incansable laboriosidad y a sus profundos conocimientos debemos muchas obras muy importantes sobre historia de México y de América, lo mismo que sobre cuestiones políticas de trascendencia. Ha sido diptado, profesor, Subsecretario de Relaciones Exteriores y Ministro de México en Bélgica y Holanda.



LA ABNEGACIÓN DE MORELOS

Si como guerrero ocupa Morelos el primer puesto entre los caudillos de la Independencia, como hombre político le corresponde un lugar distinguidísimo. Rompió con mano audaz el velo con que los iniciadores de la revolución ocultaban el verdadero objeto de sus trabajos, y débese a su iniciativa el Acta de Independencia de Chilpancingo (1); organizó un gobierno que no había, y que fué después el centro de tantos esfuerzos aislados; inspiró la formación del Código de Apatzingán (2), reunión de principios teóricos y de declaraciones abstractas, pero que levantó a gran altura la causa de la patria. Luego, cuando sonó la hora de los reveses; cuando sus armas perdieron su brillo en la infausta campaña de Valladolid (3), los hombres a quienes él había llamado para formar el gobierno, lo inutilizaron para adquirir nuevas victorias, confiándole un puesto de honor, incompatible con el mando de las armas.

A todo se resignó el héroe: afrontó la desgracia con la misma serenidad con que en otro tiempo aceptó la fortuna; se inclinó sumiso y obediente ante las decisiones del poder que él mismo había erigido, y más grande entonces que cuando se hallaba colocado en la cima de la prosperidad, dió su vida por

salvar la de sus compañeros, legando a la posteridad y a sus compatriotas el ejemplo de morir con impávida entereza, por la patria y la libertad.

Julio Zárate.

(1) Declaración de la independencia de México, hecha por el Congreso de Anáhuac, en Chilpancingo, el 6 de noviembre de 1813.

(2) Primera Constitución Mexicana, expedida en Apatzingán por el Supremo Congreso, el 22 de octubre de 1814, y promulgada el 24 del mismo mes y año.

(3) Terminó con la batalla de Puruaran, 5 de enero de 1814, en la que fueron derrotados los insurgentes por los jefes realistas Llano e Iturbide. El preclaro Matamoros cayó en poder del enemigo, y conducido a Valladolid, hoy Morelia, fué fusilado el 3 de febrero.



EL FUNDADOR DEL MONTE DE PIEDAD

El trabajo y la fortuna le dieron al Conde de Regla (1), un caudal cuyo monto jamás se supo, porque en su desprendimiento jamás hizo balance; ganaba y gastaba a mano larga, sin cuenta ni razón, dejando a Dios el cuidado de que llenara sus arcas, y se las llenaba; él en justa recompensa, todo lo puso a la disposición de Dios: hipotecando todo su caudal por escritura pública, para la reducción de los apaches y de toda la provincia de Coahuila, con el fin de que el nombre de Dios fuese conocido y adorado hasta nuestras fronteras. Mucho fué esto, mas no lo único que hizo: repuso casi todo el espacioso convento de la Cruz, de Querétaro; sacó de cimientos el de San Francisco, de Pachuca; edificó el de San Fernando, de México; y dejó comenzado el de las Capuchinas, de la Villa de Guadalupe. En el orden político no fué menos espléndido: su primer acto fué prestar al Ayuntamiento de Querétaro, ciudad donde empezó a trabajar, y cuando comenzaba a formar su fortuna, veinte o veinticinco mil pesos, de que no cobró rédito cuando se le devolvieron. Diversas ocasiones auxilió al Rey de España con no cortas cantidades, y regaló para la armada española un buque en que gastó trescientos mil pesos. Pero lo que no

puede reducirse a guarismos es lo que a los pobres daba: con trescientos mil pesos fundó el Monte de Piedad (2), que aun existe, donde se han aliviado y se alivian incontable número de pobres; no pueden contarse las huérfanas que donaba, las familias que socorría, las religiosas que mantenía en sus conventos, y sobre todo, el dinero que derramaba por calles y plazas, pues una de sus costumbres era salir por las tardes de su casa llevando debajo de la capa una taleguilla con dinero, para socorrer las necesidades que se encontraba; todo esto dejando tan entero su caudal como si no sacara de él un solo peso.

¡Bendito caudal, bendita mano, y bendito Dios que crió semejante hombre!

José M. Marroqui (3)

(1) Don Pedro Romero de Terreros, insigne bienhechor de los pobres, nacido en la villa de Cartagena, España, el 10 de julio de 1710, y muerto en la hacienda de San Miguel Regla, el 27 de noviembre de 1781. Fué sepultado en la iglesia del Convento de San Francisco, en Pachuca. "Con su muerte, dice el Marqués de San Francisco, descendiente suyo, perdió el Estado el constante y generoso auxilio que con sus riquezas le prestaba; los desvalidos perdieron su tesoro; el Rey, el súbdito más leal y desprendido, y la Religión su más firme apoyo".

(2) Inaugurado el 25 de febrero de 1775 en el Colegio de San Pedro y San Pablo. En 1836, quedó establecido en el edificio que hoy ocupa.

(3) Autor de la interesantísima obra "La Ciudad de México", y de otros varios trabajos muy conocidos, entre ellos, de un estudio sobre los verbos irregulares. Nació en la capital de la República el 6 de febrero de 1824. Murió en la misma población el 24 de abril de 1898. Fué, según su biógrafo el Sr. González Obregón, estudiante aprovechado, médico filantrópico, profesor instruído; muy recto en costumbres, acciones y palabras.

CUMPLIMIENTO DEL DEBER

El 13 de septiembre de 1847, el ejército americano, después de las acciones de Churubusco y Molino del Rey, asaltó el castillo de Chapultepec, último baluarte que quedaba en pie por el lado Sur de la ciudad. Nuestras tropas se replegaban en desorden, las guardias nacionales habían sido destruídas, batiéndose con denuedo y desesperación; y el pueblo, sintiéndose abandonado, no prestaba una cooperación eficaz para combatir al extranjero. Sólo los jóvenes alumnos del Colegio Militar, situados en el cerro, juraron morir antes que entregar el punto que se les había confiado, y aquellos niños, roca a roca y piedra a piedra, lucharon con un heroísmo sublime, batiéndose cuerpo a cuerpo con los rudos y gigantescos soldados del Norte, y murieron despedazados por las balas o heridos por las bayonetas. La ciudad, entre tanto, presentaba un aspecto desolador: el terror estaba pintado en todos los semblantes, y sólo el pueblo de los barrios, aunque desarmado e impotente, rugía de rabia, queriendo detener el paso de los invasores. En aquellos terribles momentos, en muchas casas de la aristocracia del dinero se enarbolaban pabellones de diversos países, escondiendo con mengua una nacionalidad vendida y abrigándose bajo

una nacionalidad robada. Y esta cobarde superchería, la cometieron especialmente muchos banqueros que se habían enriquecido especulando con los negocios y con los desastres de México.

Grandes grupos de gentes corrían por las calles huyendo del Sur y Occidente, que era por donde se temía que entraran primero los americanos. Un hombre, montado en un mal caballo, cruzaba en tanto las calles en sentido contrario, dirigiéndose al rumbo de Chapultepec, por donde se oía vivísimo el fuego de la fusilería. Era el Dr. D. Rafael Lucio, (1) que marchaba al lugar del combate. Y como cuantos le encontraban le hacían ver que el enemigo avanzaba triunfante, contestaba que era el médico de los alumnos, y entonces más que nunca tenía que cumplir con su deber yendo a curar a los heridos. Y en efecto, llegó al Castillo, presenció lo más rudo del combate, y permaneció prestando los servicios de la ciencia a los que caían despedazados por los proyectiles americanos. El ejército mexicano se retiraba en dispersión, el terror se difundía por todas partes, y sólo los alumnos del Colegio combatían aislados, abandonados, sucumbiendo al fin. Hasta entonces se retiró el Dr. Lucio, habiendo concluído su misión.

Hilarión Frías y Soto. (2).

(1) Médico ilustre por su sabiduría, no menos que por su modestia, su desinterés y honorabilidad. Nació en Jalapa el 2 de septiembre de 1819. Murió en México el 31 de mayo de 1886. A los 24 años de edad se encargó de la dirección del Hospital de San Lázaro, puesto que desempeñó hasta 1860, dedicándose durante todo ese tiempo, con

la mayor asiduidad, al estudio de la enfermedad llamada MAL DE SAN LAZARO. Fué también profesor y director de la Escuela N. de Medicina. En el patio de este edificio existe un busto suyo; y en el Paseo de la Reforma, una estatua que, merecidamente, le erigió el Estado de Veracruz. Por el rasgo que refiere el Sr. Frías y Soto, el Gobierno le otorgó una medalla de oro, primero, y una cruz después: medalla y cruz, dice el Sr. Sosa, que el modestísimo sabio jamás ostentó en su pecho. El Sr. Lucio fué también una autoridad muy respetada en materias artísticas.

(2) Médico, periodista y orador parlamentario. Fué redactor en jefe de EL SIGLO XIX, y diputado al Congreso de la Unión en muchos períodos constitucionales. Tanto en la prensa como en el Parlamento, se distinguió por sus dotes de polemista. Publicó numerosos artículos políticos, históricos, críticos y literarios: los últimos con el seudónimo de *El Portero del Liceo Hidalgo*. Era oriundo de Querétaro. Murió en México, hace algunos años.



$149.00 EN ROPA.—LA HONRADEZ DE UN PRESIDENTE

Demuestra la inmaculada probidad del Sr. Juárez (1), el hecho de que después de haber vivido con ejemplar modestia, observado costumbres impecables y ejercido sucesivamente durante 26 años las elevadas funciones de Diputado al Congreso de la Unión, Gobernador de Oaxaca, Secretario de Justicia, Presidente de la Suprema Corte, Secretario de Gobernación y Presidente de la República desde 1858 hasta 1872, dejó a su muerte sólo la modesta fortuna de $151,233.81, según aparece del siguiente inventario de bienes de su sucesión hereditaria, formado el 18 de abril de 1873 por don Pedro Santacilia y Lic don Manuel Dublán, aprobado por el Juez 3o. de lo Civil y elevado a escritura pública por el notario José Villela, el 19 de mayo del propio año, el cual obra original en el Archivo de Notarías de esta ciudad:


D. Benito Juárez

"Cuerpo de bienes del Sr. Lic. Don Benito Juárez: Dinero encontrado en la casa mortuoria, según la

cuenta del albaceazgo, $573.00.—Id. en poder de los Sres. Metodio y Blanco, $20,119.88.—Cobrado de la Tesorería General por cuenta de sus alcances como Presidente de la República, antes de que se expidiera la liquidación que obra en autos, $1,500.00.—Cobrado en la misma oficina después de expedida la liquidación, según la cuenta del albaceazgo, $5,000.00. —Productos de las casas de México desde 19 de julio de 1872 hasta la fecha, $5,120.00—Importan sus alcances como Presidente de la República, deduciendo de la liquidación la cantidad que expresa la partida anterior, $12,479.45.—En alhajas, $562.00.—En muebles y menaje de casa, $4,153.25.—Una calesa usada y un tronco de mulas, $500.00.—La casa número 4 del Portal de Mercaderes, $29,827.67.—La id. núm. 3 de la 2a. de San Francisco, $33,235.82.—La id. núm. 18 de la calle de Tiburcio, $28,754.00.—La íd. en Oaxaca, en la calle del Coronel, $3,566.46.—Libros, su valor, $922.53.—Acciones de minas y ferrocarril . . $4,770.00.—Ropa de uso, su valor, $149.75.—Importa el cuerpo de bienes, $151,233.81".

Genaro García. (2).

(1) Don Benito Juárez, esclarecido ciudadano. Nació en San Pablo Guelatao Oaxaca, el 21 de marzo de 1806. En 1833 recibió el título de abogado. Además de los puestos citados por el Sr. García, desempeñó los de Regidor del Ayuntamiento de Oaxaca, Diputado a la Legislatura del Estado, Juez de lo Civil y de Hacienda, Secretario de Gobierno, Magistrado del Tribunal Superior y Director del Instituto de Ciencias y Artes. En todos ellos distinguióse por su acrisolada honradez. Perseguido por Santa Anna, estuvo, primero, preso en Ulúa, y más tarde desterrado en Nueva Orleans, en donde sufrió grandes pri-

vaciones. Regresó a México en 1855, para unirse al general Don Juan Alvarez, jefe de la revolución de Ayutla, quien al triunfo de ésta, lo nombró Ministro de Justicia. Posteriormente, fué Presidente de la Suprema Corte y Secretario de Gobernación del general Comonfort. Con motivo del Golpe de Estado, asumió después de haber sufrido una prisión, y en virtud de que tenía el carácter de Vicepresidente de la República, la Primera Magistratura del país. Establecióse con su Gabinete en Guanajuato, en enero de 1858. Desde esta época hasta el 18 de julio de 1872, en que murió, su vida fué una lucha constante: bregó por el restablecimiento de la Constitución; bregó por el triunfo de la Reforma; bregó por la salvación de la Patria, y luchó, por último, contra los partidos políticos y contra las revoluciones intestinas.

Juárez, dice uno de los escritores que más lo han censurado, el grandilocuente Bulnes, fué sereno y augusto como la virtud; intransigente como la verdad; inmaculado como candidato a mártir; liberal firme y valiente; capaz de exponer su vida y perderla, de errar de montaña en montaña, de disputar su presa a las fieras de los bosques, de dormir al aire libre en el lecho de crespones del paludismo, de morir envenenado por un pantano o colgado de los pies por un guerrillero.

(2) Historiador eruditísimo. Nació en Fresnillo, Zacatecas, el 17 de agosto de 1867. Ha publicado varias obras notables, entre ellas la que tiene por título "Carácter de la Conquista Española en América y en México, según los textos de los historiadores primitivos". Acaba de dar a la estampa otra, muy curiosa, sobre el venerable Don Juan de Palafox y Mendoza. Le somos también deudores de la primera edición auténtica de la "Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España, por Bernal Díaz del Castillo"; de una excelente colección de documentos inéditos o muy raros para la Historia de México, y de las magníficas publicaciones hechas por el Museo Nacional, cuando estuvo encargado de la dirección de este establecimiento.



DESINTERÉS PATRIÓTICO

Que Guerrero hubiese entregado el mando a uno de sus antiguos jefes, a un compañero de sus glorias o de sus infortunios: a Bravo, prisionero; a Victoria, prófugo; a Terán, indultado, habría sido siempre una acción noble y generosa, porque siempre bajaba del puesto a que tan digna y justamente había subido; pero al fin aquellos hombres habían, con más o menos fortuna, con más o menos acierto, sostenido la misma causa. Pero reconocer por jefe al más encarnizado de sus enemigos (1); al más robusto apoyo del gobierno español; al que por tantos años había derramado la sangre de los mexicanos, y reconocerlo sin más garantía que su palabra de honor, fué, preciso es confesarlo, una acción eminentemente heroica y que pocos ejemplos tendrá en la historia. Aquella generosa abdicación, aquella voluntaria obediencia, prueban la grandeza de alma de Guerrero que todo lo olvidaba: orgullo, resentimientos, honores, gloria, ambición, poder, todo, ante el servicio de la patria. Para valorar la extensión de este sacrificio, es indispensable recordar aquella lucha de once años, en que día por día y hora por hora, había visto Guerrero a Iturbide en las filas de los opresores; aquellas escenas terribles en que ambos habían sido

actores, y los peligros corridos, y la sangre derramada en los campos y en los patíbulos, y el hambre y la sed... sólo el amor a la patria y un temple de alma muy superior pudieron ser fundamentos de tan noble acción.

Guerrero no sólo puso a disposición de Iturbide su persona y su ejército, sino su nombre, su gloria y su influencia... Guerrero, representando toda una época de sacrificios, era la garantía más completa para la sociedad mexicana de que no podía temer un engaño, viendo unido al nuevo caudillo—Iturbide—con un hombre a cuyos pies se habían estrellado, sin quebrantar la firmeza de su corazón, la desgracia con todos sus horrores y la seducción con todos sus halagos.

José M. Lafragua.

(1) Al jefe realista don Agustín de Iturbide, a cuyo talento Mexico debió después la consumación de su independencia.



NI UN PESO, NI UN CUADRO, NI UN LIBRO.—HONRADEZ DE UN MINISTRO

Antes de pasar adelante, convendrá que apuntemos uno de los rasgos característicos de don Ignacio Ramírez ("El Nigromante") (1): su honradez. La época en que él desempeñó las Secretarías de Justicia y de Fomento, fué, puede decirse, una época para poner a prueba la integridad de su manejo. Millones de pesos manejó en los meses que tuvo a su cargo aquellas carteras, y nadie, ni sus más encarnizados enemigos, podrían decir que se hubiese manchado apropiándose la parte más insignificante de los tesoros que por sus manos pasaron. Él tan ardiente cultivador de los tesoros históricos, no tomó un solo libro de los millares sacados de las bibliotecas de las órdenes religiosas; él, amante y conocedor de las obras pictóricas, no llevó a su casa uno solo de los magníficos cuadros extraídos de los claustros; él, que había sufrido persecuciones y que había apurado todos los infortunios del triunfo, no buscó la recompensa adjudicándose propiedad alguna para pasar el resto de sus días. Y cuando, elevado por sus méritos, lo vimos desempeñando en varios períodos el puesto de Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, probo como el que más, integérrimo

conservó limpio y puro su nombre de la vergonzosa nota del peculado. Doce años formó parte Ramírez (1868-1879) del primer tribunal de la Nación, ilustrando con su palabra elocuente, con su profunda ciencia, las más arduas cuestiones sometidas a la Corte de Justicia, con integridad e independencia incomparables.

Francisco Sosa.

(1) Célebre político y literato; famoso por su talento e ilustración vastísima, por sus ideas radicales, por su labor en el Congreso Constituyente y en la época de la Reforma, lo mismo que por las persecuciones de que fué objeto, con motivo de la defensa que, impávido, hizo siempre de los principios democráticos; por su escepticismo desolador y por su ironía aguda e implacable. Fué diputado, Ministro de Juárez y del Gral. Díaz, secretario del general Comonfort, Secretario de Gobierno de los Estados de México y Sinaloa, profesor en la Escuela Nacional Preparatoria, etc. Nació en San Miguel de Allende el 22 de junio de 1818. Murió siendo Magistrado de la Suprema Corte de Justicia en la ciudad de México, el 15 de julio de 1879. "En la casa de aquel Ministro de la Reforma, dice el Sr. Altamirano, de aquel representante del pueblo, de aquel gran ciudadano, reinaba una pobreza extrema, tal, que no había ni con que hacer los gastos más urgentes".

El 5 de febrero de 1889 fué descubierta, en el Paseo de la Reforma, una estatua que el Distrito Federal mandó erigir en honor de Ramírez; y en el mismo año aparecieron, publicados por el Gobierno, dos tomos que contienen las principales obras de este ilustre escritor.



CUMPLIÓ SU PALABRA



Gral. D. Martín Carrera

D. Martín Carrera (1), abandonando las efímeras grandezas de su transitorio gobierno, limitado, según hemos dicho, a la capital de la República, se retiró a su hogar, satisfecho, sin duda, de haber sido siempre un hombre enérgico y prudente, conciliador y modesto, aguerrido como militar y abnegado como gobernante. Al escalar las cumbres del Poder había dicho en un manifiesto: "La opinión pública será mi norte, y protesto con lo más íntimo de mi corazón, que no tengo ambición de ninguna clase, y que desde el momento en que yo perciba cualquier desvío de ella, para que conserve este difícil puesto, estoy pronto a dejarlo; así como también lo desocuparé decididamente, si al probar mis fuerzas encuentro que no son suficientes"; y al mirar que la opinión pública consideraba ilegal su nombramiento; que en los Estados se desconocía su autoridad; que los jefes de la revolución negábanse a celebrar una junta en Dolores Hidalgo con los representantes del Gobierno,

y que numerosas personas de la ciudad de México le manifestaban en una acta que lo desconocían como Presidente, cumplió lo que había ofrecido, y presentó la renuncia de su cargo.

En el ejercicio de éste, puso en libertad a los presos políticos; restituyó a su familia a los que se hallaban fuera de sus hogares; permitió la más absoluta libertad de imprenta, a pesar, dice él "de que conocía bien que yo había de ser la primera víctima"; derogó la ley de conspiradores y la que dejaba impunes a los empleados concusionarios; volvió a su destino a los empleados que la administración anterior destituyó violentamente; expidió una convocatoria para la reunión de un Congreso Constituyente, y separó en los Estados el mando político del militar. "He sido, pues, decía al relatar estos actos, todo de la revolución en sus objetos y de la nación en sus intereses; pero se juzga al revés, que soy un obstáculo, y cumpliendo con mi promesa de retirarme, tan luego como lo conociera, me separo de todo mando".

Antonio de la Peña y Reyes.

(1) General de División. Nació en Puebla en 1806. A la edad de nueve años abrazó la carrera militar. A la de doce fué nombrado oficial instructor del regimiento expedicionario de Fernando VII. Cuando Iturbide proclamó el Plan de Iguala, se adhirió a la causa de la Independencia. En la época de la invasión americana, peleó valientemente como Comandante General de Artillería. Fué diputado, senador, Consejero de Estado, Gobernador político y militar del Distrito de México, Director General de Artillería, y Presidente de la República, nombrado por una junta de representantes de los diversos departamentos

del país, que convocó el Gral. Díaz de la Vega, a raíz de la caída del Gral. Santa-Anna en 1855. Ejerció el mando desde el 14 de agosto hasta el 12 de septiembre del mismo año. Murió en México, el 22 de abril de 1871. "Los hombres que como el Gral. Carrera dice don Vicente García Torres, sólo dejan una memoria limpia de toda mancha; los gobernantes que bajan al sepulcro sin que una sola mancha haya empañado su recuerdo; los políticos que no llevan a su patria al averno de la anarquía, esos merecen el bien de la humanidad y la gratitud de sus conciudadanos".



PATRIOTISMO Y RECTITUD.—LA LEY ANTES QUE EL PODER


Gral. D. Mariano Arista

Arista (1), combatido por las armas en una gran extensión de la República, acudió al Congreso para que se le concedieran facultades extraordinarias; pero la Cámara no quiso otorgárselas; y entonces, aquel gobernante honrado que no tenía para defenderse ni hombres ni dinero; que luchaba con la oposición parlamentaria, con las calumniosas diatribas de la prensa, con la penuria del Erario, y con el incremento de la revolución, lejos de disolver al Poder Legislativo, como sus partidarios le aconsejaban, y de prolongar por medio de disposiciones que en este caso él hubiera dictado, una guerra que habría ensangrentado al país, renunció el 5 de enero su alto puesto; retiróse a la vida privada, y, más tarde, proscrito por Santa-Anna, salió rumbo a Europa. "Yo he querido y debido, decía en su renuncia, arrostrar con las resistencias que me presentaron las turbas revolucionarias; pero no puedo ni debo traspasar la barrera que me opone la Constitución, garantizada por

mi palabra y juramento. Presidente de la República, y como tal, fiel guardador de la ley fundamental, la cumplo y la obedezco hasta el último momento, resignando conforme a ella la alta magistratura que me confirió la nación, pues que el nombre y las prerrogativas son una carga gravemente pesada y un título estéril cuando no las acompañan el poder y los respetos que les son inherentes...” Ni el poder ni el oro torcieron la rectitud de su conciencia, y antes que transgredir las leyes, que acudir a medidas arbitrarias y que asolar a su patria, trocó las pompas palaciegas por las melancólicas soledades del campo y del olvido.

Sorprendióle la muerte en tierra extranjera; muy lejos de la patria defendida por él con hechos de heroísmo, y honrada con un acto de noble y memorable desprendimiento: las pasiones que en vida lo combatieron sin tregua, vino el tiempo a acallarlas, y en vez de los discursos agresivos, de los acres artículos y del estruendo del combate armado en contra suya, surgieron las alabanzas de la gratitud y de la justicia. El Gobierno lo declaró en 1856, Benemérito de la Patria; y cinco lustros más tarde, España y Portugal tributáronle imponentes homenajes: un buque ibero trajo sus restos a las playas mexicanas, y el pueblo y las autoridades supremas de la República congregáronse en torno de los venerables despojos para honrarlos en memorable apoteosis. Tal es lo que acontece casi siempre a nuestros hombres públicos. Victorias y derrotas; loores y denuestos; persecuciones y alabanzas; ingratitudes y grandezas.

constituyen las opuestas etapas de su existencia política, hasta que llega la Historia y discierne a cada uno el lugar que debe ocupar en el recuerdo de los pósteros. Entonces, sólo entonces, se sabe si fueron fundadas esas ingratitudes, justicieros esos patíbulos, merecidos esos exilios, dignos de encomio esos cantos de admiración al caudillo victorioso...

Antonio de la Peña y Reyes.

(1) Nació en San Luis Potosí el 26 de julio de 1802. Sirvió primero en las filas realistas; en junio de 1821 se presentó a Iturbide, y después de la consumación de nuestra independencia, tocóle luchar contra los franceses, contra los sublevados de Texas y contra los americanos. Con motivo de las derrotas sufridas por nuestro ejército en las batallas de Palo Alto y la Resaca de Guerrero, pidió que se le abriese un proceso. La Comandancia Militar del Distrito y Estado de México declaró con fecha 27 de mayo de 1846, que no había méritos para que fuese condenado. Intervino activamente en nuestras agitaciones políticas, sufriendo por ello muchas vicisitudes. Fué Comandante General de México, Ministro del Supremo Tribunal de Guerra, General en Jefe del Ejército del Norte, miembro de la Junta del Código Militar, Secretario de Guerra y Marina y Presidente de la República, desde el 15 de enero de 1851 hasta el 5 de enero de 1853. "El gobierno del Gral. Arista, dice el Sr. Don José M. Mena, fué marcado como uno de los que con más economía manejó los caudales públicos, sujetando sus gastos a medio millón de pesos mensuales; también redujo al ejército permanente, y se puede decir que fué el primero que intentó moralizarlo y organizarlo, para bien de la Nación".

Recto y desinteresado como gobernante; valiente hasta el heroísmo como militar, el Sr. Arista, no obstante las formidables luchas que durante su administración tuvo que sostener, fué asímismo un celoso protector de las artes, las letras y las ciencias. A él se debe el establecimiento definitivo de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Falleció a bordo del vapor "Tagus", el 7 de agosto de 1855. Sus restos, trasladados a México en octubre de 1881, descansan en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

UN GENERAL QUE COSÍA SU ROPA

Acabo ahora de redactar un manifiesto a la nación con motivo de la captura de la conducta en Laguna Seca: voy a leerles unos párrafos, por si acaso creen que valgan la pena.

Y leyó—don Santos Degollado—(1) aquel escrito elocuentísimo, enérgico, en que palpitan trozos de entrañas humanas arrancados a la fuerza y ofrecidos todavía sangrando a la voracidad de ese Huichilobos sanguinario e impasible que se llama la popularidad.

"Había reservado para mí y para los míos, dice, un nombre puro que legar a mi familia; pero un día la necesidad, en nombre de mi causa, llamó a mis puertas para pedirme ese nombre y entregarlo a la maledicencia, y yo consentí en entregarme como reo y sufrir ese suplicio peor que el martirio, porque en el martirio consuela la mano generosa de la gloria..."

Al fin entramos al cuarto de Miravete. Luego que nos desceñimos las espadas, mi amigo cogió la palmatoria de cobre con la vela de sebo, y me dijo:

—¿Sabes tú lo que es un millón de pesos? ¿Lo has visto en tu vida?

Y como le contestara que no me figuraba lo que

fuera, me llevó a una pieza inmediata, y me mostró una "trincha" de sacos de arpillera alineada en el muro. Al principio las talegas de duros me hicieron el efecto de talegas de arena; pero a poco, a medida que la flama del mísero y apestoso velón pasaba cerca de ellas, veía al través de las toscas mallas muchos ojuelos brillantes que me miraban como curiosos... Aquellas miradas, ora claras, ora amarillentas, según que procedieran de la plata o del oro, me parecían las de las monjas que había visto en el convento de Santa Mónica, al través de la reja del coro: llenas de promesas, pletóricas de esperanzas, hablando a todos los sentidos y a todas las potencias; pero ¡ay! tan inasequibles unas como otras.

Descansamos al lado de aquella caverna de Alí Babá, y al día siguiente despertamos a buena hora.

—¿Se habrá dormido el jefe?, me dijo Miravete, cuando después de aguzar el oído, se convenció de que Don Santos no dictaba al sempiterno escribiente. ¡Bah!, estará haciendo oración mental como acostumbra, y por eso no se mueve ni deja entrar a nadie.

Espió un rato por la puerta entreabierta y luego me hizo seña de que acudiera a mirar algo que le parecía muy interesante. El General estaba en la cama; a su lado se hallaba una bolsa que contenía hilo, agujas, dedal, botones, tijeras y mil útiles de costura, amén de esparadrapo, tafetán inglés, ungüento, árnica y otras muchas cosas de aplicación varia. Don Santos, sin los anteojos obscuros, y ca-

lados otros que a la cuenta permitían distinguir mejor los objetos, zurcía sus pantalones, sus eternos pantalones negros, que lo mismo le servían para las recepciones como para los caminos y las batallas.

Miravete, con los ojos llenos de lágrimas, se retiró de la puerta, y balbuciente me dijo:

—¡Qué hombre, amigo Pérez, qué hombre! Mientras custodia cientos de miles de pesos, remienda su ropa para no ser gravoso a nadie... Si esto no es virtud y heroicidad, no sé a qué se llamará así...

Victoriano Salado Álvarez. (2)

(1) Caudillo de la Reforma. Nació en Guanajuato el 31 de octubre de 1811. Fué bautizado al día siguiente, poniéndole por nombre José Nemesio Francisco. Se ignora qué razones tuvo don Santos para cambiarlos por el del día de su bautismo. En su niñez y en su juventud sufrió muchas pobrezas. Debido, sin embargo, a su carácter enérgico, y al amor que profesaba al estudio, llegó a poseer vastos conocimientos en varias materias. Durante 20 años prestó sus servicios en la Haceduría de la Catedral de Morelia. Abrazó la causa de Ayutla; fué diputado al Congreso Constituyente; luchó, después, con una abnegación, un desinterés y una constancia ejemplares, por el triunfo de la Reforma. En 1861 pidió permiso a la Cámara para ir a escarmentar a los asesinos de Don Melchor Ocampo; concedida la licencia, fué muerto en el primer encuentro que tuvo, el 15 de junio de dicho año, en el Monte de las Cruces. General en Jefe del Ejército, Gobernador del Estado de Jalisco, Ministro de Relaciones y de Guerra, don Santos Degollado demostró en todos los puestos que se le confiaron una gran honradez y una modestia extraordinaria. Por sus virtudes llamósele el SANTO DE LA REFORMA; por sus continuos fracasos militares, el HEROE DE LAS DERROTAS. Nunca lograron éstas, sin embargo, extinguir su ardiente y patriótica fe. Maximiliano, al hablar de Degollado, decía: "No lo comprendió su siglo. No lo conoció su patria."

(2) Historiador, novelista y crítico distinguidísimo. Posee una gran cultura y maneja gallardamente nuestro idioma. Ha publicado

muchos libros, tan eruditos como amenos y galanos. Entre ellos: De mi cosecha; De Santa Anna a la Reforma, y La Intervención y el Imperio. Nació este ilustre escritor en Teocaltiche, Jalisco, el 30 de septiembre de 1867. Ha sido diputado, senador, Subsecretario de Relaciones Exteriores, Secretario General del Gobierno del Estado de Chihuahua y Ministro Plenipotenciario en Guatemala, El Salvador y el Brasil.



LOS NIÑOS HÉROES


D. Juan de D. Peza (padre)

Cómo se enternecía mi padre hablándome de los alumnos del Colegio Militar, niños sublimes, de los cuales murieron unos en sus puestos, otros cayeron mortalmente heridos y los demás fueron hechos prisioneros!

—"Mira, hijo mío,—me dijo— esta condecoración la llevamos todos los que concurrimos a la defensa del Valle de México; pero ninguno la merece tanto como los alumnos que combatieron en Chapultepec. Esos sí fueron dignos del amor, del aplauso y de la bendición de la Patria.

"El Gral. Santa Anna, al ver amagado a Chapultepec, ordenó que los jóvenes alumnos se fueran a sus casas, pero todos ellos se negaron a obedecerlo y contestaron: "Nos quedamos aunque no haya víveres, aunque no nos den nada: si nos recogen nuestras armas, nos quedarán nuestros brazos".

"Eran cerca de cincuenta bisoños. El Gral. Monterde no estuvo con ellos porque tenía que desempeñar una comisión como jefe de línea. Manuel Azpil-

cueta, subdirector del Colegio, estaba muy enfermo, lo mismo que Mariano Andrade. El único jefe que quedó allí con los oficiales subalternos, fué Domingo Alvarado, capitán de la primera compañía, hombre muy pundonoroso y que nunca lo citan,

"Los nombres de Melgar, de Suárez, de Barrera, de Montes de Oca, de Escutia y de Márquez (1), son pronunciados con veneración santa, porque nada debe glorificarse como a los muertos en defensa de la bandera que simboliza el alma de una nación libre.

"¡Qué muchachos aquellos! Su armamento era muy malo; sus años, muy escasos, pues frisaban entre los trece y los diecisiete; pero su arrojo, su fe en la causa que sostenían, su deseo de rechazar al enemigo o morir maldiciéndolo... eso... no tenía límites... eso en todos ellos era igual y sublime.

"Arrollado y deshecho el Batallón de San Blas, y muerto su jefe, el heroico Xicotencatl (2), que tenía catorce heridas en el cuerpo, el cual se envolvió para salvarla, en la bandera a que hoy se le tributan honores, el ejército americano se arrojó sobre los alumnos del Colegio Militar. El encuentro fué terrible y desastroso. Los niños sucumbieron al empuje y sus enemigos quedaron asombrados de tanto heroísmo. Hubo chiquitín que al querer atravesar con la bayoneta a un soldado invasor, apenas le desgarró el uniforme, porque no tenía la fuerza física necesaria para traspasarlo.

"Ya vencidos los alumnos, el general Scott (3), en la glorieta principal del cerro, los invitó por medio del intérprete a que juraran no volver a tomar

las armas contra los americanos. Esto produjo una gritería inmensa: todos se negaron, hasta el despensero Yantadas y el criado José María.

"Scott, montado en su caballo prieto, contemplaba conmovido la escena y llenó de elogios a los alumnos.

"A ellos corresponde, por derecho y por justicia, esta cruz que miras sobre la solapa de mi levita".

Juan de Dios Peza. (4).

(1) A los nombres, inmortales ya en nuestra historia, de estos gloriosos defensores de México, hay que agregar los de los heridos: subteniente Pablo Banuet, y alumnos de fila Andrés Mellado, Hilario Pérez de León y Agustín Romero, y los de los que cayeron prisioneros con el Gral. Monterde, director del Colegio: capitanes Francisco Jiménez y Domingo Alvarado; tenientes Manuel Alemán, Agustín Díaz, Luis Díaz, Fernando Poucel, Joaquín Argaiz, José Espinosa y Agustín Peza; subtenientes Miguel Poucel, Ignacio Peza y Amado Camacho; sargento Teófilo Nores; cabo José T. de Cuéllar; tambor Simón Álvarez; corneta Antonio Rodríguez y 37 alumnos de fila.

(2) Don Santiago Xicotencatl. De este insigne patriota dice el eminente historiador Don José M. Roa Bárcena, lo que sigue: "Incidentalmente he llamado a Xicotencatl el héroe de aquel día, y lo fué en efecto. A la hora del asalto Santa Anna lo envió con el batallón de San Blas, excepto alguna compañía, en auxilio del punto; y, sin poder ya llegar al Castillo, jefes y soldados se batieron en la falda y en la pendiente del cerro, hasta morir casi en su totalidad. Indudable es que allí tuvieron lugar la herida y la alarma de Pillow y las vacilaciones de sus tropas".

(3) Winfeld Scott, jefe del ejército americano. Por dificultades que tuvo con otros generales invasores, fué destituído. El 18 de febrero de 1848 entregó el mando al Gral. Butler. "Curioso es el hecho, dice el Sr. Roa Bárcena, de que con pocos días de diferencia desaparecían del escenario en México, los dos principales actores: Santa Anna, el caudillo nuestro en la defensa, y Scott, el más caracterizado de los invasores".

(4) Poeta aplaudido en todos los países de habla castellana, por la encantadora sencillez con que cantó los afectos más puros. Sus ver-

sos han sido publicados en numerosas ediciones, y muchos de ellos, traducidos al francés, al inglés, al italiano y al ruso. Peza fué también un ameno prosista y un delicioso conversador. Vió la primera luz en México el 28 de junio de 1852. Falleció en la misma ciudad en 1910. Sus CANTOS DEL HOGAR, sus TRADICIONES Y LEYENDAS, sus MEMORIAS, RELIQUIAS Y RETRATOS y sus HISTORIAS DE LA BENEFICENCIA son sus principales obras.



UN HÉROE ANÓNIMO

La víspera del bombardeo de Chapultepec, tuve ocasión de recorrer los puestos ya ocupados por el enemigo, como preliminares del asalto y toma de la llamada fortaleza. En los molinos de trigo y de pólvora hormigueaban las fuerzas de Pillow, ciñendo a poca distancia la parte occidental del cerro. Al Sur se destacaba formidable artillería, y se veían escalones para trepar la cerca y descender como en trampolines al interior, y mucha fuerza en la Hacienda de la Condesa, al frente de un hornabique defendido por soldados mexicanos. En la puerta del bosque, que daba entrada a la calzada, estaba el Gral. Santa Anna con su numerosa comitiva de ayudantes, jefes, oficiales y cuantos se acercaban a pedir instrucciones y recibir órdenes.

A mi regreso de los puntos que acabo de describir, hablé con el coronel Juan Cano (1), uno de los que después fué heroico en el asalto en que perdió la vida.. Cano era un hombre de treinta o cuarenta años; su cabeza germánica, yucateca, pálido, carirredondo, de unos ojos penetrantes y alegres; una boca llena de risa y chiste. Estatura regular, rechoncho y listo de movimientos... Murió dando ejemplo

de valor sublime, alentando sereno y grandioso, a los que quedaban defendiendo a la patria en la parte alta del cerro. Allí murió también el general Pérez, hombre modestísimo, que ejecutaba, casi desapercibido, actos de valor y abnegación, que por silenciosos, no ha podido encarecer la Historia.

Como he dicho yo estaba en la puerta del bosque cerca del Gral. Santa Anna; pero éste, afrontando los fuegos a pecho descubierto, y nosotros guarecidos por la casa del guardabosque; por esta razón he podido rectificar que, en lo llamado jardín botánico había familias de alumnos, cuyos clamores y angustia difundían el espanto; puedo asegurar que lo más reñido del combate fué donde ahora se encuentra el monumento, y que la muerte de Xicotencatl, excelso, y de sus ínclitos soldados, fué un tanto fuera de la tapia, y cercano a donde hoy está el edificio con la maquinaria para la conducción del agua.

A propósito de los soldados de Xicotencatl, no olvidaré en mi vida un episodio que se impuso, trágico y sublime, a mi corazón de joven. Habían muerto, luchando como leones, Xicotencatl y sus soldados. El general Santa Anna seguía con ansiedad las peripecias de aquel encuentro formidable. De pronto vió venir hacia la puerta a un soldado de Xicotencatl; le pareció un desertor, un cobarde; el soldado daba pasos largos y precipitados; estaba pálido y brillaban sus ojos como llamas.

—Bribón! Cobarde! le gritó Santa Anna, fuera de sí de ira. ¿Dónde está tu coronel?

El soldado hizo alto; vió a Santa Anna sin decir palabra; rodaron dos lágrimas de sus ojos; quitó la mano de sobre su pecho despedazado por las balas, y cayó muerto frente al General.

Guillermo Prieto.

(1) Nació en Mérida el 21 de febrero de 1815. Hizo sus estudios en París con tal aprovechamiento que el rey Luis Felipe le ofreció el grado de capitán de ingenieros. Cano rehusó cortésmente esta distinción, manifestando que ya estaba al servicio de su patria. En efecto, había aceptado el empleo de teniente, que le propuso el Gral. Bustamante. Con este carácter desempeñó importantes y peligrosas comisiones durante nuestra guerra con los franceses, en 1838. En 1841 pacificó la Sierra de Querétaro, y en 1847 murió gloriosamente por la Patria.



MORIR QUEMADO ANTES QUE CAER PRISIONERO

El 13 de octubre de 1865, a las once de la mañana, llegó la división de Arteaga al pueblo de Santa Ana Amatlán, situado en la tierra caliente. Los soldados habían caminado de noche, sin rancho, sin tiempo para restaurar sus fuerzas. Ni se acuartelaron tampoco, sino que pusieron sus armas en pabellón, y rendidos de cansancio, cayeron en profundo sueño. Los jefes hacían lo mismo en las habitaciones en que se habían alojado.

Aun no transcurría una hora cuando los vecinos de Amatlán oyeron un sordo rumor, como el de la tempestad que se avecina: a intervalos, en medio de aquel ruido, se elevaban voces ininteligibles, extrañas. Luego, más claro, gritos de "Viva el Imperio" se escucharon en la calle, y se vió una verdadera avalancha de jinetes precipitarse sobre el campamento.

No había tiempo de tocar generala.

El primero de nuestros jefes que comprendió la sorpresa fué el coronel Villada, quien inmediatamente se dirigó a incorporarse a su batallón; en el tránsito se vió rodeado de exploradores de Méndez (1) y estuvo en peligro su existencia, hasta que uno de los oficiales de la columna enemiga lo hizo prisionero. El general Arteaga y sus ayudantes fueron

aprehendidos en su alojamiento. Por todas partes aparecían los jinetes de la guerrilla de Méndez conduciendo presos a nuestros oficiales. Nuestros soldados se dispersaron en distintas direcciones, ocultándose entre la tupida maleza del campo. Apenas los traidores pudieron apoderarse de ochenta, a quienes el cansancio o las enfermedades impidieron la fuga. Pocos instantes después, el grueso de la columna, con Méndez a la cabeza, hacía su entrada en el pueblo, cuando ya no tenían enemigo que combatir.

Sólo dos hombres luchaban como leones, guarecidos en una casa y acorralados por más de cincuenta adversarios. Primero dispararon los fusiles de sus asistentes; después hicieron uso de sus pistolas, y cuando el parque estuvo agotado, lanzaban contra los asaltantes toda clase de objetos. Uno de aquellos hombres admirables, el que parecía de mayor graduación, mandó prender fuego a la casa para morir entre las llamas más bien que caer prisionero. Se ejecutaba ya la orden. En aquel momento un ayudante de Arteaga, conducido por una escolta del Imperio, comunicó a aquellos luchadores sublimes que el general en jefe les ordenaba rendirse. Entonces Salazar (2) y su amigo y subalterno Jesús Ocampo, que acababa de ser gravemente herido, salieron de la improvisada fortaleza y se entregaron al enemigo.

Todo había terminado. En la tarde, ya en sus cuarteles los imperialistas, estando los prisioneros en medio de numerosos centinelas y las familias de

Amatlán presas aún del espanto y de la tribulación, la música militar de Méndez hizo alarde de tocar los cantos patrióticos de los republicanos, y profanaba el himno nacional.

Eduardo Ruiz. (3).

(1) Ramón Méndez, general imperialista, nacido en Ario, Michoacán. No sólo en el campo de batalla, sino en el mismo patíbulo, dió muestras de un valor admirable. Aprehendido en Querétaro, después de la caída de esta plaza, fué fusilado en la Alameda de la misma ciudad, el 19 de mayo de 1867.

(2) Carlos Salazar, general republicano. Nació en Matamoros el año de 1829. Luchó contra los americanos en 1847; y por los principios liberales, en la revolución de Ayutla y en la guerra de Reforma. Posteriormente, estuvo en el glorioso sitio de Puebla (1863) y en la batalla del 5 de Mayo. Pasó después, a Michoacán, en donde hizo una brillante campaña contra los imperialistas. Víctima de la ley de 3 de octubre de 1865, expedida por Maximiliano, fué fusilado en Uruapan, en unión de Arteaga, Díaz, Villagómez y González, el 21 del mismo mes y año. Momentos antes de ser pasado por las armas, se puso la mano en el pecho y ordenó "con voz de trueno" que allí disparasen: sobre su noble corazón que tantos actos heroicos había inspirado.

(3) Distinguido escritor, nacido en Paracho, Michoacán, el 22 de mayo de 1839, y muerto en Uruapan, el 16 de noviembre de 1902. Escribió una interesantísima Historia de la Guerra de Intervención en ese Estado; un tomo de poéticas leyendas michoacanas; una extensa biografía de don Melchor Ocampo y un Tratado de Derecho Constitucional. Fué mucho tiempo Procurador General de la República. En la época de la Intervención, Secretario particular del Gral. Riva Palacio y Auditor de Guerra. Falleció siendo Magistrado de la Suprema Corte de Justicia de la Nación.



"PREFIERO QUE MI FAMILIA MUERA EN LA MISERIA ..."

El 3 de enero de 1864, habiendo Arteaga (1) llegado a ser gobernador de Jalisco, hacía una retirada al sur del Estado, y unas veces avanzaba y otras retrocedía, hacia Michoacán y México, como general de división y en jefe del Ejército del Centro, por nombramiento de don Benito, hecho desde Paso del Norte. No obstante su posición llevaba una vida de pobre. Su honradez fué tal, siendo gobernador de Querétaro, que salió como había entrado, atenido a su sueldo de general, pagado con irregularidad. Una vez se le presentó el director de las escuelas manifestando que carecían de útiles y libros y que aquello no podía seguir así. El pagador Román Pérez, que tenía en caja doscientos veinte pesos, dió doscientos pesos, por orden de Arteaga, al director, y los veinte sobrantes al correo que esperaba. Luego Arteaga, sacando un reloj de oro, dijo a su ayudante Jacinto Hernández: "Dile a Jiménez que me preste cincuenta pesos por este reloj". Jiménez era un empeñero muy conocido de Arteaga por la frecuencia con que acudía a él, y la cantidad que ahora le pedía iba a servir para los gastos de su casa. Otra vez, don Cenobio Díaz indujo a la Sra. Dolores Medina, que gozaba de influencia cerca de Arteaga, a que le

pidiese un poder para denunciar y adjudicarse la Casa de Ejercicios, un edificio de la ciudad de Querétaro. Y contestó Arteaga: "Qué! ¿Dar yo poder? Qué ¿el pueblo me ha puesto de gobernador para robar? Prefiero que mi familia muera en la miseria y no que digan algún día, al verla con lujo: sí, está rica porque su padre robó cuando fué Gobernador del Estado".

Anteriormente, cuando fué herido en Acultzingo y estaba postrado en cama, en la casa número 16 de la 1a. calle de la Merced, Juárez, de visita, le ofreció dieciséis mil pesos.—"No, señor, contestó, no recibo nada: mi tropa sí los necesita; yo puedo vivir como quiera". En Michoacán, de jefe de las tropas republicanas, no se apartó de la misma línea de conducta... La víspera de su ejecución, envió a su madre la siguiente carta, que se publica por primera vez: "Uruapan, 20 de octubre de 1865.—Sra. doña Apolonia Magallanes de Arteaga.—Mi adorada madre: El 13 de octubre he sido hecho prisionero por las tropas imperiales y mañana seré decapitado; ruego a usted, mamá, me perdone el largo tiempo que contra su voluntad he seguido la carrera de las armas. Por más que he procurado auxiliar a Ud. no he tenido recursos con que hacerlo, si no fué lo que en abril le mandé; pero Dios queda y no dejará perecer a usted y a mi hermana la "yanquita" Trinidad. Porque no fuera a morirse de dolor no le había participado la muerte de mi hermano Luis, que acaeció en Tuxpan, en los primeros días de enero del año pasado. Mamá: no dejo otra cosa que mi nombre sin

mancha, respecto a que nada de lo ajeno me he tomado, y tengo fe en que Dios me perdonará mis pecados y me recibirá en su gloria. Muero como cristiano y me despido de Ud., de Dolores y de toda la familia, como su más obediente hijo q. b. s. m.—*José M. Arteaga*"... A los pocos días la Sra. Magallanes recibía un reloj, un real y otra carta del mártir en que le decía: "Es el único patrimonio que le dejo, defendiendo a mi patria".

Angel Pola. (2).

(1) General de División, Jefe del Ejército del Centro. Gobernador de Jalisco y de Querétaro. Nació en México el 7 de agosto de 1827: en su juventud fué sastre y dependiente de una casa de comercio. Militó, primero, a las órdenes de Zuloaga. Abrazó después la causa de Ayutla y la de la Reforma. A ambas prestó grandes servicios. No obstante los vínculos de amistad y de gratitud que lo unían con Comonfort, no secundó a éste cuando dió el golpe de Estado: lejos de ello, defendió entonces con más entusiasmo que nunca las ideas liberales, en Querétaro, Michoacán y Jalisco. Vino la Intervención, y él fué de los primeros en combatirla. En la acción de Acultzingo (1862) salió al encuentro de los invasores, resultando en ella herido. Hecho prisionero en Santa Ana Amatlán, fué fusilado en Uruapan el 21 de octubre de 1865. Un monumento erigido en esta población perpetúa su memoria y la de los patriotas mexicanos que con él lucharon, en el Estado de Michoacán, por la soberanía de la Nación. "Arteaga, dice el Sr. Sosa, era valiente hasta la heroicidad y constante hasta la muerte".

(2) Autor de varios estudios biográficos muy interesantes por los datos originales que contienen. El Sr. Pola ha publicado, además, con eruditas notas, una colección de obras históricas.



LA CORREGIDORA: SU PATRIOTISMO Y SU ENTEREZA



Doña Josefa Ortiz de Domínguez

"¡Qué ánimo, dice con inmensa justicia Ignacio Ramírez, refiriéndose a doña Josefa Ortiz de Domínguez, en un discurso que los mexicanos deberíamos escribir con letras de oro, qué ánimo tan generoso se necesitaba entonces entre los dijes del tocador y las devociones del oratorio, y las preocupaciones de raza y el orgullo de una clase distinguida, para comprender el amor a los esclavos, para transportarse a las esferas de la democracia, para desoír los anatemas de la iglesia, para desdeñar los insultos de parientes y amigos, para estrechar entre sus brazos cubiertos de gasas al ensangrentado pueblo y para sacrificar marido, hijos, hermosura, riqueza, todo, por dirigir desde las rejas de una prisión el primer saludo a la Patria"; a esa patria, señores, que hoy bendice a la célebre Corregidora, y que recuerda con orgullo, una por una, las virtudes todas de su corazón.

Yo he leído rasgos de su alma que me la presentan noble y altiva cuando en el camino de su cautiverio

ni los alimentos del Gobierno español quería aceptar; demócrata sincera cuando en el efímero imperio de Iturbide rehusó el empleo de primera dama de honor de la Emperatriz; humanitaria y sagaz cuando los infames excesos de Granaditas por los que, según un biógrafo, escribió al Sr. Hidalgo reprobando con inaudita energía aquellos hechos, y haciendole comprender que no eran esos los medios que debían emplearse para prestigiar a la revolución; compasiva con los que la habían torturado con persecuciones y con cárceles, cuando los sucesos del Parián (2) contra los capitalistas españoles, porque entonces según el mismo biógrafo, hizo salir en el acto de su casa a un héroe insurgente que si no había cometido sí había tolerado aquellas deshonras para México; desinteresada y patriota cuando, triunfante su causa, no quiso aceptar ninguna de las recompensas que le otorgaba la Junta constituída para premiar a los que habían luchado por la independencia de la patria; por último, señores, levantada y profética en las rejas de su prisión, al exclamar ante los guardias que la rodeaban: "tanto soldado para custodiar a una sola mujer; pero yo con mi sangre les formaré un patrimonio a mis hijos: el patrimonio de la libertad".

Yo recuerdo estos rasgos, y comprendo entonces la justicia que simboliza esta estatua, glorificación de una mujer, de una época y de un sexo. (3).

Antonio de la Peña y Reyes.

(1) Heroína de la Independencia. Nació en la ciudad de México. Hizo sus estudios en el Colegio de las Vizcaínas, en donde la conoció el Lic. Don Miguel Domínguez, que fué después su esposo y que desempeñó el cargo de Corregidor de Querétaro. Invitada por Allende, acogió con el mayor entusiasmo la causa de la Independencia. Descubierta la conspiración que existía para llevar a cabo ésta, envió a Hidalgo un aviso a fin de que proclamara nuestra emancipación política; pero sabedoras las autoridades de que estaba comprometida en la insurrección, la aprehendieron, lo mismo que a su esposo, a quien ella había hecho que abrazase tan patriótica causa. Trasladada a México, después de algún tiempo fué nuevamente condenada a clausura, y permaneció tres años en el convento de Santa Catalina de Sena. Murió en México el 2 de marzo de 1829. Sus virtudes privadas fueron tan grandes como sus cualidades cívicas: con entereza extraordinaria y con desinterés absoluto, prestó a su tierra nativa un inmenso servicio; con una vida sin mancha cumplió en el hogar los santos deberes de madre y de esposa. "La práctica de todas las virtudes era, dice un biógrafo, la que con la palabra y el ejemplo enseñaba".

(2) Mercado construído en la Plaza de Armas. Fué saqueado vergonzosamente, el 4 de diciembre de 1828, como consecuencia de la revolución de la Acordada, y del odio que existía contra los comerciantes españoles realistas o "chaquetas".

(3) Véase el discurso pronunciado por el autor, en nombre del Ayuntamiento de la ciudad de México, el 5 de febrero de 1900, en la inauguración de la estatua levantada a doña Josefa Ortiz de Domínguez en la Plaza de Santo Domingo, de la capital de la República.



LAS VIRTUDES DE UNA HEROÍNA



Doña Leona Vicario

Poco tiempo después, Leona Vicario contrajo matrimonio con Quintana Roo, en Tlalpujahua, según lo dice uno de sus biógrafos. Formaba parte del Congreso de Chilpancingo el prometido de Leona; y obligado éste a andar de aquí para allá, a causa de las persecuciones de las fuerzas realistas, a todas partes lo siguió nuestra heroína. Los diputados y personas que los acompañaban se habían visto expuestos constantemente, durante toda su peregrinación, a ser muertos o aprehendidos por los numerosos soldados realistas que los perseguían. Además, habían tenido que sufrir penosísimos trabajos y privaciones inauditas; casi nunca recibían dinero, y si alguno alcanzaban era en cantidad irrisoria; comían los alimentos "más groseros", a veces sin sal; el pan muy negro, el maíz tostado y el piloncillo se distribuía como el "pan bendito"; alojábanse en común dentro de las miserables chozas que encontraban, y solía suceder que durmieran al raso entera-

mente, como en el llano de Atunes. El mismo Supremo Congreso llegó a celebrar sus sesiones a la intemperie, bajo de unos naranjos, en la hacienda de Zanja; por último, su escolta se reducía a ochenta soldados "desnudos" y armados solamente de garrotes, excepto cinco que tenían fusiles.

Leona sufrió aquellas desdichas sin cuento, estoicamente, con ánimo imperturbable, sin arrepentirse un solo momento de haber abrazado la causa de la Independencia, ni manifestar tampoco la debilidad propia de su sexo. Por lo contrario, día a día andaba entre los soldados inmutablemente serena, afable y sonriente, saludándolos con cariño, repartiéndoles sus alimentos, animándolos cada vez que salían a combatir, alabándolos si volvían victoriosos, o confortándolos si regresaban derrotados y curando por su mano a los heridos: era para ellos un ángel tutelar. Alguna vez que el Supremo Congreso mostró flaqueza, Leona se presentó ante él para "alentarlo con decisión varonil y exhortarlo a concluir la empresa, despreciando la muerte y los cadalsos".

Leona y su esposo se instalaron (terminada la guerra) en la casa número 2 de la 3a. calle de Santo Domingo, o de los Sepulcros; y allí Leona, sin dejar nunca de cumplir con sus "obligaciones de buena ciudadana" y de sincera creyente, se consagró a su hogar "como fiel esposa y cuidadosa madre de familia" y a hacer el bien a cuantos lo necesitaban y acudían a ella; mantuvo al benemérito pero pobrí-

simo P. Sartorio, durante sus últimos años, y a otros individuos, y convirtió su casa en "asilo de muchos pobres"; de su desprendimiento daban también testimonio las ricas alhajas que lucía la imagen de la capilla del Rosario, de Santo Domingo. Por todo lo cual, su viejo amigo don Carlos M. Bustamante la llamaba "el ornamento de su sexo y la gloria de su patria".

Genaro García.

(1) Heroína de la Independencia. Consagro a esta causa su talento, su actividad, su fortuna y su juventud. Sufrió por ella persecuciones y cárceles. Nacida en 1789, encargóse de su educación, por haber quedado huérfana desde muy niña, un tío suyo que era realista intransigente. Leona Vicario, a pesar de esta circunstancia, puso todas sus energías al servicio de los insurgentes. Con ellos estaba en comunicación constante, y no sólo les transmitía las noticias que podían interesarles, sino que para ayudarlos en su patriótica empresa, vendió sus joyas. Por estos trabajos en favor de la insurrección, se le puso presa en el Colegio de Belem de las Mochas. Ofreciósele indulto si delataba a sus cómplices; pero negóse a ello, con indecible entereza. Libertáronla de su cautiverio los coroneles Vázquez, Aldana, Arróyave y Alconedo, sacándola del Colegio disfrazada. Fuése entonces a Oaxaca, en donde el señor Morelos le dispensó una acogida cordialísima, y desde esa época volvió a prestar, en medio de grandes peligros y sufrimientos, sus esclarecidos servicios a la Patria. Falleció en México en agosto de 1842.



LA MADRE DE UNOS HÉROES

El Campo del Gallo y el Cerro del Cóporo fueron durante mucho tiempo, baluartes formidables defendidos por los hermanos don Ignacio, don Ramón y Francisco Rayón (1), cuyos nobles hechos están ligados por tal manera, que no es fácil establecer una división entre los que a cada uno corresponde. Familia de héroes fué, como en otro libro nos complacidos por los hermanos don Ignacio, don Ramón y y como en este lugar se trata no más de uno de sus miembros, juzgamos que sería injusto atribuir a nuestro personaje la gloria toda de la formación y de la defensa de esos baluartes inmortalizados ya por la historia. Pero ¿podríamos resignarnos a no estampar en estas páginas la respuesta que la digna matrona que llevó en su seno a estos héroes, dió en Cóporo, cuando hecho prisionero uno de ellos, don Francisco, tuvieron los realistas la osadía de proponer a la espartana señora la vida de éste, a condición de que los dos restantes se indultasen. "Prefiero, dijo, la muerte de todos mis hijos, a la afrenta del indulto que se les ofrece". Pues bien, los que tributaban loores y admiración a Pérez de Guzmán, el defensor de Tarifa, porque con varonil entereza,

sin ejemplo, optó entre faltar a su deber militar y perder a un hijo amado, lo segundo, esos mismos llamaron fiera a la heroína michoacana, y sacrificaron a su hijo por el delito de amar a la patria...

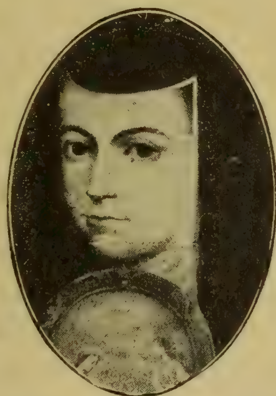
Francisco Sosa.

(1) Héroes de la Independencia. De ellos referiremos varios hechos en páginas posteriores.



"DIÓ DE LIMOSNA HASTA SU ENTENDIMIENTO"

Era imposible que un espíritu como el de Sor Juana (1), hiciese las cosas a medias. ¿La habían herido en el nudo del corazón, porque no era aún santa? ¡Pues a serlo como la que más!


Sor Juana Inés de la Cruz

La primer diligencia que hizo para declararse la guerra y conquistarse a sí misma sin dejar a las espaldas enemigos—nos cuenta el P. Calleja—fué una confesión general de toda su vida pasada, valiéndose para descorrer lo vivido, sin alguna doblez, de aquella su (nunca más que para este fin) memoria felicísima. En esta confesión general gastó algunos días "y eso que ni de condición ni de ignorancia era escrupulosa".

Hecha esta confesión general "presentó al tribunal divino en forma de petición causídica, una súplica en que no se estorban lo discreto y lo muy fervoroso". Redacto asimismo dos tratados espirituales y escribió dos protestas con su sangre.

Pero la mayor prueba a que se sujetó fué la de

vender sus libros para los pobres, con lo que "dió de limosna hasta su entendimiento".

Citemos de nuevo al P. Calleja, quien con su tan característico lenguaje nos refiere que "la amargura que más sin estremecer el semblante pasó la madre Juana, fué deshacerse de sus amados libros, como el que en amaneciendo el día claro, apaga la luz artificial por inútil; dedicó algunos para el uso de sus hermanas y remitió copiosa cantidad al Sr. Arzobispo de México para que, vendidos, hiciese limosna a los pobres". Lo propio hizo con los instrumentos músicos y matemáticos "que los tenía muchos, preciosos y exquisitos; las preseas, bujerías y demás bienes, que aun de muy lejos le presentaban ilustres personajes, aficionados a su famoso nombre, todo lo redujo a dinero para los pobres".

Hay que advertir que no fué ésta la primera vez que Sor Juana se deshizo de sus riquezas para darlas. Era caritativa por excelencia, y frecuentemente, como hemos apuntado, "de muchos regalos continuos y preseas ricas, que le presentaban, las religiosas pobres eran acreedoras primeras, y después personas en la ciudad necesitadas. Graduaba bien el socorro, sin guardar para sí "ni aun la veneración de limosnera ni aun la vanidad de dadivosa".

En esta vez, empero, el abandono de sus bienes fué total, pues en su celda no dejo más de "tres libritos de devoción y muchos cilicios y disciplinas".

Tan admirable desprendimiento produjo en México emoción hondísima. El propio Arzobispo, que

lo era el Dr. don Francisco de Aguiar y Seixas, movido sin duda por el emocionante ejemplo, al año siguiente, según nos cuenta el Dr. Castorena y Ursúa, vendió su biblioteca, diciendo a varios doctores que se la compraron: "San Nicolás obispo vendió sus libros para dar limosna a los pobres. En la calamidad del tiempo me falta que darles, vendo los míos. Cuando hubiese menester estudiar ¿no me hará vuestra merced favor de prestarme los suyos?"

No contento con esto el caritativo varón, enajenó todas sus alhajas, hasta las vinajeras, y, pocas horas antes de su fallecimiento, vendió su cama, "derramando a los mendigos su corto precio".

Ya se ve, pues, cómo Sor Juana hasta en la santidad hacía escuela.

Desasida ya de su exclusivo amor, de aquella biblioteca adorada, compuesta de cuatro mil volúmenes, que le habían regalado en su mayor parte cuantos escribían o imprimían en México y en todas las Españas, "como a la fe de erratas", aquella enorme alma, desnuda, entregóse apasionadamente a la penitencia.

Empezó a tratarse con tan despiadados rigores que, alarmado su confesor el P. Antonio Núñez, fuéle a la mano, rogándole que templase sus ímpetus, lo cual le costó arduo esfuerzo lograr..

Una vez los padres de la Compañía de Jesús preguntaron a este padre "que cómo le iba a la madre Juana de anhelar a la perfección", y respondió:

"Es menester mortificarla para que no se mortifi-

que mucho yéndola a la mano en sus penitencias, porque no pierda la salud y se inhabilite; porque Juana Inés no corre en la virtud sino vuela".

Y así, volando en la perfección, alcanzando con el heroico esfuerzo de su espíritu la negación absoluta de sí misma, pasó la madre los dos últimos años de su existencia y llegó a principios de 1695, en que según la bella frase de su biógrafo "enfermó de caritativa".

Arribada su ánima vasta y potente a esa dejación de todo, que es el morir en vida, ¿qué le quedaba ya sino morir de veras?

¡Con la primavera que en nuestros valles asoma desde abril, como novia que tiene prisa, para aquel espíritu asomó también la misteriosa y divina muerte, que es quizá nuestra primavera ¡oh Arcano! después del hosco hielo de la vida!

Amado Nervo. (2).

(1) Sor Juana Inés de la Cruz, celebérrima poetisa, llamada la Décima Musa. Nació en San Miguel Nepantla, el 12 de noviembre de 1651. Desde muy niña dió muestras de un ardiente amor al estudio y de un talento extraordinario. Por éste y por la ciencia que llegó a adquirir, fué en su juventud la admiración de los sabios y de los magnates: entre estos últimos, del Virrey Conde de Mancera, de cuya esposa fué nombrada dama de honor. Poco tiempo desempeñó tal cargo. Persuadida quizá, como dice el padre Calleja, de que no podía hallar par en el mundo, abandonó los esplendores palaciegos para encerrarse en un convento. A los 17 años tomó el hábito de carmelita descalza en el monasterio de San José, hoy Santa Teresa la Antigua, y tres meses después, el 24 de febrero de 1669, profesó en el de San Jerónimo. Desde entonces, vivió únicamente para Dios y para la Ciencia. Ninguno acaso, dice el sapientísimo Feijóo, la igualó en la universali-

dad de conocimientos de todas facultades. Puede asegurarse, afirma don Juan Nicasio Gallego, que las primeras obras poéticas de mujer que por su variedad, extensión y crédito, merecen el título de tales, son las de Sor Juana. Sus versos, asienta Menéndez Pelayo, son de lo más suave y delicado que ha salido de pluma femenina.

Insigne como poetisa, fué casta, humilde, piadosa y caritativa como monja. En 1695 una peste invadió al convento de San Jerónimo; Sor Juana, que siempre que se hallaban enfermas sus hermanas "si no es para guisarlas la comida o disponerlas los remedios, no se apartaba de su cabecera", consagróse en esta vez a atenderlas, con tal empeño, que, víctima del contagio, "cae en el lecho moribunda". "Y no se levanta más dice el Sr. González Obregón. En vano la ciencia acude presurosa a su socorro. Vanos también son los clamores y rogativas que por su salud tocan las campanas de los conventos. Serena como una santa, recibe a Dios por última vez en la tierra, y tranquila cierra los ojos para abrirlos de nuevo hasta el Cielo". Falleció el 17 de abril de 1695.

(2) Nació en Tepic el 27 de agosto de 1870. Murió en Montevideo el 24 de mayo de 1919. En los momentos en que escribimos estas líneas, sus restos vienen a bordo de un barco de guerra uruguayo, escoltados por buques de otros países. El glorioso poeta merece este homenaje excepcional. Si en el siglo XVII fué Sor Juana, en la lírica, "Portento del Nuevo Mundo y Admiración del Antiguo", en los tiempos presentes fuélo también el admirable autor de "La hermana el Agua"; el excelso espíritu que conquistó en todas las tierras en que se habla la lengua castellana, el cetro de la Poesía.



HÉROES CONOCIDOS Y HÉROES OLVIDADOS

En los apuntes para la historia de la guerra con los Estados Unidos, se da idea bastante exacta de la batalla del Molino del Rey (1); pero mis impresiones personales hacen que reaparezcan en este momento a mi presencia, León, Balderas, Arrivillaga, Margarito Suazao, Gelaty y Miguel Echeagaray.

León (2), alto de cuerpo, muy trigueño, recio de carnes, serio al extremo, se siente herido, lo disimula y cuando cae se anima, levanta la voz y vitorea a México; le conducen en una camilla, y habla de que le hagan pronto la curación para volver al combate.

Balderas (3), arrastrándose con la espada en alto, alienta a sus soldados, desangrándose hasta caer en los brazos de su hijo Antonio. ¡Qué escena de dolor! partía el alma: el padre moribundo, entero y valiente, el hijo trémulo, anegado en llanto, tratando de hacer su voz serena. Fué conducido a una choza cerca de la iglesia de Chapultepec, donde expiró.

La historia de Arrivillaga tiene para mí algo de curioso.

Arrivillaga era un relojero feicito, fofo de carnes, de ojo travieso, boca risueña; el chico más alegre.

servicial y honrado que pueda imaginarse. Tan pronto confeccionaba una chicha sabrosísima, como alistaba una caja de música, ayudaba a adornar una mesa, un salón de baile o un altar de Viernes de Dolores.

Frecuentaba una tertulia de personas apreciabilísimas, a que concurrían, entre otros, Balderas y Manuel Balbontín, modelo de caballeros y de patriotas. En esa tertulia llamaban a Arrivillaga *el Chato,* unas veces, y otras, el *Capitán,* alusión a un noble mastín así nombrado porque no tenía dientes, y esto se refería a la dulzura de carácter y a lo inofensivo de Arrivillaga. Este se aficionó apasionadamente a Balderas, y cuando el general marchó para el Molino del Rey, se declaró su compañero, su asistente, sus pies y sus manos, como suele decirse. Balderas cuidaba de no exponerlo a peligro alguno. El *Chato* guardaba el equipaje, disponía la comida, tenía listas las armas y el caballo del jefe, y se hacía querer de todos por su caballerosidad y finura.

Al empeñarse la batalla del Molino, seguía ansioso al jefe; cuando fué herido estuvo a su lado al caer; arrojó las ropas y medicinas que tenía en las manos; recogió una espada de un muerto, la empuñó, e incontenible, frenético, sublime de coraje y bravura, se puso al frente de un grupo de valientes y embistió al enemigo; tan grande, tan ardiente y tan irresistible, que restableció el orden en la batalla, y acribillado de heridas, verificó su transformación

en héroe de aquella gloriosa jornada. Arrivillaga murió de relojero de Palacio, y dejó un hijo, digno heredero del nombre de su padre.

Margarito Suazo era un artesano humildísimo, que se hizo querer en su Cuerpo de Mina, por su subordinación y bondad, y así se le nombró abanderado. El día de la acción, Margarito se excedió en el cumplimiento del deber. Atropellado por un gran número, y hecho una criba a bayonetazos, quedó por muerto asido a su bandera. Sintiendo que moría, se incorporó, se despojó de su ropa, enredó su bandera a su cuerpo que chorreaba sangre, y expiró.

Pero a más de Gelaty, de Colombris y de Norris, el héroe de aquella jornada fué Echeagaray. (4)

¡Oh, si yo fuese pintor! Si fuera pintor presentaría a aquel adalid, épico, glorioso, con su cabello rubio, flotando como un resplandor de oro, alzado en los estribos, con su espada fulgente; avanzar entre nubes de humo y metralla, al retumbar de los cañones; pisando cadáveres, avanzar, dispararse, arrojar la espada, abalanzarse a los cañones que nos habían quitado los enemigos, restituirlos, soberbio, festejoso, radiante, a sus filas, obligando a la gloria a que diera a la misma derrota las grandiosas proporciones del triunfo. Echeagaray murió pobre, olvidado con un anatema inmerecido; duerme en un sepulcro casi ignorado. Yo le amé con toda el alma; yo le defendí con ardor. Yo acato y ensalzo su memoria, henchido de dolor por las injusticias del destino.

Guillermo Prieto.

(1) 8 de septiembre de 1847. Gloriosa aunque adversa fué para México esta jornada, dice el Sr. Roa Bárcena; y si antes que en las lomas de Tacubaya no hubiesen albeado a centenares en las de la Angostura, Cerro Gordo y Padierna, los cadáveres enemigos, la historia de esta sola jornada refutaría el aserto atribuído al general Grant—teniente en ella y con posterioridad vencedor de la Confederación del Sur y Presidente de los Estados Unidos—de que nuestros soldados huían al simple aspecto de las bayonetas norteamericanas".

(2) Heroico defensor de la Patria. Nació en Huajuapan, Oaxaca, el 4 de junio de 1794. Comenzó su carrera en las filas realistas; pero al proclamar Iturbide el Plan de Iguala, abrazó la causa de nuestra independencia, a la que prestó muy buenos servicios, pues debido a las victorias militares de León, toda la provincia se adhirió al referido Plan. Sus ideas republicanas hicieron que en 1823 se levantara en armas contra el Imperio. Posteriormente fué diputado a varios Congresos, entre otros, al primero que tuvo la República. Pacificó en distintas ocasiones a su tierra natal, y de ella fué gobernador y jefe de las armas. Cuando la guerra con Francia, en 1838, recibió el nombramiento de segundo en jefe de la División del Centro, y como el gobierno careciera de recursos, de su peculio particular dió ocho mil pesos para la guarnición. "La página más gloriosa de su administración (en Oaxaca), dice el Sr. Sosa, es la que encierra la historia de la incorporación del Soconusco a la República (1842) debida a su iniciativa y a su esfuerzo. En esta ocasión, como en otras que ya mencionamos, León contribuyó con sus propios recursos pecuniarios al sostenimiento de las tropas que mandaba. "Al frente de una brigada oaxaqueña, se presentó en la época de la invasión americana para combatir a los enemigos de la Patria. Con el heroísmo de que había dado constantes muestras en su agitada y brillante vida de soldado, murió, peleando por nuestra soberanía, y resistiéndose hasta el último momento a que lo retiraran de la línea de combate.

(3) Esclarecido patriota. Nació en San Miguel el Grande, el 18 de octubre de 1797. Su padre lo dedicó al oficio de sastre. En 1827 fué nombrado capitán de la Milicia Cívica, ramo al que perteneció muchos años y del que llegó a ser inspector general. Alcanzó igualmente el grado de coronel. En 1828 el cuerpo de artillería en que prestaba sus servicios, tomó parte en la revolución de la Acordada; pero Balderas trabajó enérgicamente por impedir el saqueo del Parián y por restablecer el orden. Fué siempre un hombre honrado; de carácter digno y enérgico; de costumbres modestas, y muy amante de su familia, de su patria y del pueblo. En páginas posteriores referiremos varios hechos que demuestran las grandes virtudes que poseía este ilustre ciudadano. Su muerte fué tan gloriosa como la del Gral. León.

"Casi a los primeros disparos, dice el Sr. Don José M. Marroquí, fué herido con una posta en una pierna; se desangraba aunque no mucho; dijéronle que se retirara y él contestó que herido en una pierna tenía caballo, y montó en efecto; en este estado se le dió orden de salir al encuentro de los americanos, que estaban casi sobre el Molino; salió, logró detenerlos y los vió próximos a volver caras: una bala le derribó atravesándole el vientre de parte a parte. Recibióle en sus brazos un sargento, que ayudado de otros soldados, le llevó a una casita del pueblo de Chapultepec, donde murió poco después. Gastó sus últimos momentos en imponerse del estado de la batalla y sus últimas palabras fueron: "Pobre patria mía."

(4) Teniente coronel en aquella época, del 3o. Ligero. Después ascendió hasta General de División; pero por haber militado en las filas reaccionas, la ingratatitud de sus compatriotas conservó más tarde, ocioso, dice el Sr. Roa Bárcena, el brazo que tan alta y gloriosamente sostuvo la bandera de México en el Molino del Rey. Falleció en la capital de la República en febrero de 1891.



RASGOS HEROICOS



Asalto a Monterrey

La ciudad de Monterrey, fortificada a última hora, sufrió el primer ataque de los invasores americanos, el 21 de septiembre de 1846. Después de una valiente resistencia, el enemigo se apoderó del primer punto de defensa, el Fortín de la Tenería; más tarde del de la Federación; al día siguiente del cerro del Obispo, cuya guarnición no había sido reforzada, y por último de la primera línea de fortificaciones.

"Al amanecer del día 23, dice el Sr. don Heriberto Frías en sus "Episodios Militares Mexicanos", pudo observar el general Quittman desde su posición de la Tenería el abandono de la primera línea; dando parte de ello al general Taylor, quien ordenó que fuesen ocupados inmediatamente aquellos puntos,

disponiéndose un asalto a la ciudad por la parte oriental.

"Avanzó al efecto el Regimiento de Rifleros de Missisippi, sin encontrar resistencia, hasta dar contra las trincheras interiores, donde fué saludado a metrallazos. Tuvo que replegarse bajo el fuego de nuestra infantería que coronaba las azoteas. El general Quittman envió como refuerzo el regimiento de Tenesee y el regimiento tejano del Este, que avanzaron con más precaución por las azoteas, por las huertas y el interior de las casas, ganando el terreno palmo a palmo, y dando lugar a combates parciales y aislados en que se luchaba cuerpo a cuerpo, pecho contra pecho, bayoneta contra bayoneta, disparándose los fusiles y los rifles a quemarropa, hundiéndose las espadas hasta la empuñadura, dentro de los vientres de los combatientes, en el colmo del furor y del odio".

El 23 de septiembre los americanos eran ya dueños de varios puntos de la ciudad, a pesar de la enérgica defensa que de ellos se había hecho, y el 24, el general Ampudia tuvo que capitular... Así terminó aquella épica refriega, en la que el triunfo estuvo varias veces a punto de ser nuestro.

Si las armas mexicanas no alcanzaron la victoria, obtuvieron en cambio lauros que el tiempo nunca podrá marchitar. Del heroísmo de nuestras tropas y de la homérica grandeza de algunos de sus jefes, guardan nuestros fastos históricos el recuerdo más

respetuoso; y en estas páginas venerables hállanse amorosamente consignados, entre otros, los nombres del teniente coronel Mariano Moret, que al frente de cincuenta lanceros de Guanajuato llegó hasta la línea enemiga; que muertos todos sus heroicos camaradas, él solo acuchilló a los americanos y regresó a su punto después de haber recibido muchas heridas; el del general Mejía, que al tener noticia de que en el Fuerte de la Purísima habíase agotado el parque, contestó: "No se necesita parque cuando hay bayonetas"; el de la ilustre dama doña María Josefa Zozaya, que en medio del fragor de la pelea recorría los lugares de mayor peligro repartiendo víveres entre los soldados y animando a éstos a que continuaran con denuedo la santa lucha por la patria ofendida, y el del general Ampudia, que si, como hemos dicho, capituló, no quiso hacerlo en condiciones deshonrosas; antes bien, desechó propuestas de rendición absoluta, con juramento de no volver a esgrimir las armas en contra del invasor, y repuso que antes de aceptar tales bases quedaría sepultado con todas sus tropas y con todos los habitantes de la ciudad, bajo los escombros de Monterrey. "La defensa y la capitulación de Monterrey, dice el ilustre historiador Roa Bárcena, honran a México, y salvan del olvido los nombres del general Ampudia y de sus compañeros de armas".

Antonio de la Peña y Reyes.

(1) D. Pedro Ampudia, natural de la Habana, donde nació el año de 1803. Sirvió en las filas realistas hasta el mes de agosto de 1821, en

que se adhirió a la causa de la independencia. Peleó después contra los españoles que habían permanecido en Ulúa; contra los tejanos y contra los invasores del 46-47, distinguiéndose en muchas acciones de guerra, lo mismo que en diferentes circunstancias de su vida militar, que fué muy azarosa, por su valor indiscutible. Desempeñó varios cargos, entre otros los de jefe del Ejército del Norte, Gobernador y Comandante militar de Yucatán y de Nuevo León y Comandante militar de Tamaulipas. En medio de grandes peligros desempeñó comisiones importantísimas, sofocando unas veces rebeliones, salvando otras archivos, fondos y material de guerra, o haciendo que volviesen al orden constitucional varios Estados. Murió en México el 7 de agosto de 1868.



UN DUELO ÉPICO


D. José M. Morelos

Calleja iba en un coche a retaguardia de las columnas, pues seguro de su triunfo, no juzgó necesario montar a caballo y ponerse a la cabeza de sus tropas. Morelos, que había notado gran movimiento desde muy temprano, en el campo enemigo, comprendió que muy pronto iba a ser atacado, y adoptó las medidas que creyó indispensables para resistir con vigor; dió orden de que se dejase a las columnas llegar hasta cerca de la plaza sin hacerles fuego, y confirmó en el mando de la fortificación amenazada al intrépido Galeana. (1).

Siguió avanzando la tropa realista; entró en el extremo norte de la calle Real, y al llegar a la plazuela de San Diego—en Cuautla—desenganchó sus cañones y los puso en batería frente a la trinchera defendida por los independientes. Rompiéronse entonces los fuegos de ambos lados: los realistas disparaban con rapidez, y sus contrarios pausadamente, como para no malgastar su escaso parque. Pron-

to envolvió una espesísima nube de humo a la plaza de San Diego, nube que rasgaba como lenguas de fuego las descargas de la artillería española. Galeana había saltado al parapeto y se batía a pecho descubierto disparando su carabina. El coronel realista Sagarra, que mandaba la batería, hubo de distinguir al fin al hombre que tan osadamente hacía fuego sobre sus artilleros, y reconociéndole, se dirigió hacia él con rapidez y le disparó su pistola a quemarropa. Ileso quedó, sin embargo, el bravo Galeana, y echándose a la cara su arma, mató a Sagarra, y despojándolo de sus armas le asió de un pie y así metióle dentro del perímetro fortificado. "La tropa enemiminga, testigo presencial de este suceso, dice Bustamante en su "Cuadro Histórico", enmudeció como atónita y avergonzada; tanto le impuso este brío digno de los tiempos de Roma".



D. Félix M. Calleja

Julio Zárate.

(1) Don Hermenegildo Galeana, Mariscal del Ejército Insurgente. Nació en Tecpan el año de 1762. Fué, durante varios años, administrador de la hacienda llamada San José del Zanjón. El 7 de noviembre de 1810 él y otras personas de su familia se alistaron en las filas de Morelos, de las que llegó a ser uno de los más esforzados capitanes. Tan importantes fueron los servicios que en ellas prestó; tan ardiente su patriotismo, y de tal manera extraordinaria su bizarría, que cuéntase que cuando supo su muerte el héroe de Cuautla, exclamó: "Ya no soy nada; acabáronse mis brazos." Combatiendo heroicamente

comenzó en Acapulco su carrera militar, y de igual suerte la terminó en Coyuca de Benítez, el 27 de junio de 1814. Después de un reñido combate con las fuerzas del realista Avilés, un soldado enemigo le atravesó el corazón con una bala. Cortóle después la cabeza para exhibirla, puesta en la punta de una lanza; pero el mismo jefe Avilés, ordenó que se les diese sepultura en la puerta de la iglesia "porque era la cabeza de un hombre honrado y valiente".

Galeana fué casado seis veces. "Este hombre, dice Don Carlos M. de Bustamante, en quien la valentía era una segunda naturaleza; que jamás atacó al enemigo a retaguardia, y que era terribilísimo en una acción de guerra, era, por el contrario, un cordero en los momentos de paz y fuera de la acción. Jamás hizo fusilar a ninguno, aunque tuviera orden de hacerlo... a su nombre siempre acompañó como correlativa, la idea de hombre de bien, y aun el mismo Calleja lo tuvo siempre en ese concepto".

UNA VICTORIA DE GUERRERO


D. Manuel Payno

En 1814 Guerrero había hecho una laboriosa campaña en el sur de Puebla; había militado a las órdenes del gran Morelos; había pasado muchas aventuras y peligros, y era ya, por fin, uno de los héroes de la Independencia; pero se hallaba en una situación singular. Los azares de la guerra y la envidia de sus enemigos, le habían dejado reducido a un soldado asistente, a un fusil sin llave y a dos escopetas. Con estas terribles fuerzas emprendió una tercera campaña. ¡Es singular! Todos estos hombres es fuerza que tengan algo del hidalgo de la Mancha en el cerebro. Un sabio, en vez de lo que hizo Guerrero, entierra las escopetas, despide al soldado y se encierra en su casa. Guerrero, sin embargo, salió a los pocos días de su situación, de una manera inesperada.

Se presentó por el rumbo una fuerza española al mando de don José de la Peña, de cosa de 700 a 800 hombres. En cuanto lo supo, imaginó que la Pro-

videncia le deparaba un armamento y material de guerra, tal cual se lo había figurado. En lo más silencioso y negro de la noche, recorrió el pueblo de Papalotla; despertó a los indígenas, los armó con palos, y un puñado de hombres medio desnudos, atravesó en silencio las humildes chozas del pueblecillo hasta la orilla del río. Allí Guerrero dió el ejemplo, y todos se arrojaron al agua; y aquel cardumen de extraños peces dió en la orilla opuesta sin haber hecho el menor ruido. El campamento del enemigo estaba a poca distancia. Guerrero cae sobre él, y los soldados de España son derrotados a garrotazos, quedando algunos muertos, otros atarantados, y los más, presa del pánico, pues no acertaban a concebir cómo tan de repente tenían a los enemigos encima. Cuando amaneció el día, Guerrero, como lo había pensado, era dueño de 400 fusiles y de un abundante material de guerra.

Manuel Payno.



LA CARIDAD DE D. MELCHOR

Un día se hallaba Don Melchor Ocampo debajo de unos árboles a la orilla de un camino, cuando llegaba a su hacienda un atajo suyo que le servía para transportar las semillas. Un peón que no le había visto exclamó:

—Con este atajo sería yo feliz.

—Tómalo, es tuyo, contestó Ocampo, y haz porque se realicen tus deseos, pensando en tu familia.

Otra vez venía caminando de Tuxpan para Pateo, en compañía del Sr. Lic. Luis Couto. Les sorprendió una tempestad deshecha. El Sr. Couto se abrigó con un capote de hule y el Sr. Ocampo se quitó el sarape y lo ofreció a un mendigo, que asombrado le dijo:

—No, señor, el sarape hace falta a su merced.

—Recíbelo, yo voy a llegar a la hacienda y no lo necesito.

—Pero dirán que me lo he robado, señor.

—Dí que yo te lo regalé.

El Sr. Ocampo sabía que al escuchar su nombre, nadie podría dudar de la verdad del regalo.

El filósofo llegó a su hacienda, enteramente mojado, porque no quiso reservarse ni siquiera la mitad del abrigo.

El Sr. Ocampo compró un solar en Morelia para dedicarse al cultivo de las flores en los ratos que le dejaban libres los trabajos del gobierno. Sembró plantas exquisitas, confiando el cuidado del jardín a un hombre del pueblo, permitiéndole que vendiera las flores, sin más restricción que la de dar a una hija del propietario, las que quisiera para su tocador. Una vez que aquella joven hizo uso de tal derecho, el ingrato jardinero le manifestó su desagrado en términos descomedidos. Luego que el Sr. Ocampo supo tan desagradable ocurrencia, quiso vengarse del ofensor de su hija, y lo hizo como acostumbraba. Remitióle la escritura pública en la que trasmitía al jardinero la propiedad de la casa y solar, a título de donación perpetua.

Eduardo Ruiz.



NOBLEZA DE "EL PENSADOR"



D. José Joaquín Fernández de Lizardi

"El Pensador" (1) reunió a su patriotismo, a su energía, a sus relevantes méritos de escritor, un corazón grande y noble. Muchàs veces, en medio de la continua lucha que sostuvo para subsistir, pues había vivido en la pobreza, procuró ejercer una virtud que constituyó una de las más bellas prendas de su excepcional carácter: la Caridad. En más de una ocasión se le vió conducir a su casa a personas que se encontraban en la miseria, para darles no solamente el techo hospitalario y alimentos, sino también vestidos que él mismo se quitaba para cubrir a aquellos necesitados. Esto nos ha referido una respetable anciana que conoció al Pensador, y que fué testigo de tan nobles acciones. Así es que Fernández de Lizardi tuvo la dicha de poseer dos joyas valiosísimas que no siempre se hermanan, dos joyas que forman una de las más bellas cualidades que pueden existir: el talento y la virtud. Pe-

ro aquel hombre había difundido de cuantos modos le había sido dado, el bien, y su fin se aproximaba, su misión iba a concluir.

"La desgracia quiso, dice un biógrafo, que ya fuese por el trabajo personal del ejercicio de la pluma, ya por la constitución reseca y débil, o por la configuración del pecho y pulmones, contrajese una tisis pulmonar que, poco a poco, le fué consumiendo", a tal grado, añadiremos nosotros, que la ciencia se declaró impotente para curarle. Víctima de esta enfermedad, que durante un año se le agravó demasiado, murió el día 21 de junio de 1827, a las cinco y media de la mañana. Fué sepultado en el atrio de la iglesia de San Lázaro, donde la amistad colocó una sencilla y humilde lápida, que debido a las transformaciones que ha sufrido este cementerio, hoy no se ha podido encontrar, y por consiguiente nos priva de saber dónde descansan sus restos.

No importa; el sepulcro recoge los despojos que pronto se convierten en polvo despreciable; pero la Inmortalidad es la encargada de conservar algo más imperecedero, algo que vive más a través de las edades, y la Inmortalidad ha recogido para siempre el nombre de Don José Joaquín Fernández de Lizardi.

¡Qué importa que ignoremos el lugar donde yacen sus humanos restos, si dejó indelebles huellas, legándonos una obra que creó una literatura propia y nacional; si sabemos que fué uno de los más inmaculados patriotas, y uno de los partidarios más ardientes de la Reforma y el Progreso; si sus escritos contie-

nen ideas tan avanzadas, como la de la instrucción obligatoria; si estamos seguros que algún día la Patria le hará justicia, elevándole un monumento que, en lenguas de mármol o de bronce, proclame sus altos méritos literarios y sus preclaras virtudes, para que sirvan de ejemplo y sean imitadas por la posteridad!

Luis González Obregón.

(1) Don José Joaquín Fernández de Lizardi, nacido en México el 15 de noviembre de 1776. Estudió Filosofía en el Colegio de San Ildefonso. Recibió en la Universidad el grado de bachiller. Fué encargado de Justicia en Tasco y en una de las cabeceras del partido de la costa del Sur. Defendió con la pluma y con la espada la causa de la Independencia. Propuso, el primero en nuestro país, la instrucción obligatoria; abogó por la libertad de los esclavos, por la del pensamiento, por la tolerancia de cultos y por la República democrática y federal. Enérgico censor de vicios y de abusos, a la vez que propagandista incansable de ideas civilizadoras y patrióticas, sufrió cárceles, excomuniones y odios, llegando a tal extremo estos últimos "que no podía salir con frecuencia a la calle, porque en cierta ocasión, una caterva de léperos lo iban a apedrear, y no había "mozo ni moza" que lo quisiera servir en su casa". Escribió piezas dramáticas, pastorelas, calendarios, fábulas, novelas, periódicos, misceláneas, e innumerables folletos. Entre los periódicos, el más notable fué "El Pensador Mexicano", y entre las novelas, "Las Noches Tristes", Don Catrín de la Fachenda", "La Quijotita y su prima" y "El Periquillo Sarniento", celebérrima obra que tiene, como dice el Sr. López Portillo y Rojas, inconcusamente, el mérito de haber sido el primer estudio crítico de la vida neohispana, el primer eco de nuestra voz y la primera reproducción de nuestra imagen. Publicada en México en 1816; reproducida en Cuba, en España, en Portugal y en Inglaterra; reimpresa en numerosas ediciones, ha perpetuado el nombre de su insigne autor, quien aparte de ella, cuenta para merecer nuestros homenajes con sus luchas por la Independencia y con sus sufrimientos por la Libertad.

LA POBREZA DE UN HÉROE

Oscurecido, casi olvidado, vivió Don Ramón Rayón (1), desde el tiempo de Iturbide hasta el año de 1834 en que Santa Anna le encomendó la pacificación del Departamento de Michoacán. No entra en nuestro plan referir los pormenores de la campaña de Morelos, para lo cual necesitaríamos llenar muchas páginas. Diremos, sí, que en ella se ostentó de nuevo esforzado y entendido... Para conocer la grandeza de alma de Rayón, basta citar algunas palabras de la proclama que dirigió a los hijos de Morelia el 14 de junio de aquel año (1834) al tomar la plaza, después de varios días de continua y desastrosa lucha:

"Al presentarme, dice, a las puertas de esta hermosa ciudad, mi corazón, enemigo de sangre, lanzó un hondo gemido. El viejo soldado de la patria no podía experimentar gusto en ceñir cabellos blancos empapados en las lágrimas de esa misma patria adorada. La muerte de tantos valientes michoacanos, dignos de defender mejor causa; la ruina o quebranto de tantos bellos y costosos edificios; los sufrimientos y privaciones de la parte inculpable y pacífica de la población, todo, todo, lo sentía vivamente al par de vosotros. Nadie, pues, ha debido extrañar que al tomar yo esta plaza no hubiese sido mi

primer cuidado multiplicar las prisiones y levantar patíbulos. Mi inclinación y mis principios repugnan estas medidas irritantes, que afortunadamente para mí y para mi patria, se hallan también en contradicción con las instrucciones privadas y con las órdenes más expresas del Presidente de la República. Es preciso decirlo muy alto: las heridas que se abren en el corazón de los hermanos, sólo pueden sanar con el bálsamo de la clemencia".

El buen éxito de la campaña de Morelia hizo ver a Santa Anna en Rayón un general sobresaliente, y cooperar a su elección para Gobernador del Estado de México. En ese puesto se condujo de una manera digna de su preclaro nombre, y con su proverbial valor sofocó varias conspiraciones, sorprendiendo per sonalmente algunas reuniones numerosas.

Aun tiene para nosotros un título que aventaja a los ya expuestos: Rayón era honrado como el que más. Pasaron por sus manos inmensas sumas, de 1810 a 1817, en que entregó la fortaleza del Cóporo, y lejos de apropiarse parte alguna, cuando terminó en 1821 la guerra, se encontró sin recursos para sostener a su propia familia, y se dedicó a la extracción de salitres y azufre y a otras varias industrias; emprendió una negociación de ferrería, y vió siempre en el trabajo, la fuente de la verdadera riqueza y el título que honra más al hombre, hasta pocos días antes de su muerte. Cuando regresó de la campaña de Morelia, dió cuenta a la Comisaría de Hacienda hasta del último maravedí gastado en la expedición.

Hallándose un día en una junta de Hacienda, y tratándose de la gran deuda interior, comenzó el Ministro Mangino a lamentarse de la inmensa cantidad de créditos reconocidos. Rayón, al oírle, no pudo contenerse y le dijo: "No hallará usted en estos papeles un recibo mío; yo todo lo he pagado, y a nadie he robado nada". El Ministro declaró con lealtad que tenía sobrada justicia para expresarse de aquella manera.

A pesar de que el Congreso de Chilpancingo le honró con el nombramiento de Teniente General, que en otros fué después reconocido con el de General de División, él no fué más que de brigada, porque jamás solicitó nada de los gobiernos.

Don Ramón López Rayón falleció en México el 19 de julio de 1839. Su nombre pasará a las venideras generaciones, y éstas, más justicieras tal vez que nosotros, le bendecirán como al de Hidalgo, como al de Morelos, como al de Guerrero.

Francisco Sosa.

(1) Héroe de la Independencia; natural de Tlalpujahua, donde nació por el año de 1775. Hallábase dedicado al comercio cuando estalló la insurrección iniciada por Hidalgo. A ejemplo de su hermano don Ignacio, lanzóse a la lucha por la emancipación política de la Colonia, y con el objeto de que sus servicios fuesen de mayor utilidad, se consagró al estudio de la fortificación. Suyos fueron los trabajos de este género llevados a cabo para la defensa de Zitácuaro, así como los de fundición de cañones, fabricación de fusiles y de material de guerra, de que los insurgentes hicieron uso en diversas ocasiones. En la batalla librada en Zitácuaro el 1o. de enero de 1812, recibió cinco heridas y perdió un ojo. La defensa del Cóporo, fortaleza que él mismo construyó, es una de las páginas más brillantes de su vida militar.

PROBO, PATRIOTA Y DESINTERESADO

Ramos Arizpe en todos los puestos que ocupó dió muestras inequívocas de gran talento, vasta instrucción, mucha energía, raro desinterés, nobles sentimientos y acendrado patriotismo.

Cuando el poder absoluto disolvió las Cortes en 1824, el rey Fernando VII trató de ganar a Ramos Arizpe, ofreciéndole el obispado de Puebla; pero el esclarecido patriota exclamó: "Yo no he salido de mi tierra a mendigar favores del despotismo; la misión que se me confió es de honor y no de granjería". Esta noble conducta le atrajo el odio del monarca, y estuvo veinte meses preso en un calabozo de Madrid, y desterrado después cuatro años en la Cartuja de Valencia, hasta 1820, cuando se restableció el régimen constitucional.

En esa ocasión tuvo lugar un hecho que, por sí solo, demuestra los generosos sentimientos de Ramos Arizpe: a sus esfuerzos, principalmente, debió la vida del despótico gobernador de Valencia, Elío, que cayó en manos de los constitucionalistas, y que antes había contribuído a la prisión del doctor coahuilense.

Desempeñando, por segunda vez, el cargo de diputado a Cortes, los mexicanos que en éstas figuraban,

hicieron una exposición pidiendo la independencia de México, regido por el gobierno constitucional a cargo de un Borbón; pero Ramos Arizpe manifestó en pleno Congreso y sin arredrarse "que él no consideraba conveniente para su patria la monarquía, y menos con un Borbón".

Haciendo uso del gran influjo que tenía en las Cortes, favoreció a los mexicanos residentes en España y contribuyó a la emancipación de México; él influyó poderosamente en que se nombrase virrey a O'Donojú, quien debía facilitar nuestra emancipación política.

Ramos Arizpe, por cuyas manos pasaron gruesas sumas para procurar la libertad de México, mientras estuvo en Europa, fué siempre pobre, y en Madrid vivía con treinta reales de vellón diarios.

Como diputado en México al Congreso de 1823, fué uno de los que más contribuyeron a formar la Constitución de 1824, y por eso le llaman el Patriarca de la Federación Mexicana.

Francisco Pimentel (1)

(1) El 2 de diciembre de 1832, nació en la ciudad de Aguascalientes este eminente sabio, autor de eruditísimas obras sobre historia, filología, crítica, economía política, etc., entre las cuales deben ser citadas su Historia Crítica de la Poesía en México, la Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México, y medios de remediarla; y el Cuadro Comparativo y Descriptivo de las Lenguas Indígenas de México, trabajo de tal manera notable, que fué premiado con medalla de oro por el Instituto de Francia. El Sr. Pimentel perteneció a numerosas corporaciones científicas y literarias. Sus obras merecieron calurosas alabanzas de sabios americanos y europeos. Falleció en la capital de la República el 14 de diciembre de 1893.

"PASÓ JUNTO AL ORO SIN MANCHARSE..."



D. Ignacio Mariscal

Sí os diré, en cambio, porque conviene no echarlo en olvido, que este hombre—don Ignacio Mariscal (1)—cuyo desaparecimiento lloramos todos para no ser menos que la patria misma, que se ha recogido en imponente duelo, sí os diré que entre las virtudes que lo hacen grande entre los grandes, comparable a esos varones inmortalizados por Plutarco, descollaban dos principalísimas:

Pasó junto al oro sin mancharse; pasó junto a los honores sin envanecerse.

Pruébalo el que no obstante que fué asesor del Gobierno para la ejecución de las Leyes de Desamortización, Ministro de Justicia, Magistrado de la Corte, Presidente del Tribunal, Ministro de Relaciones Exteriores por casi treinta años, Ministro diplomático en ocasiones varias, y reanudador de amistades con alguna Potencia poderosa, y depositario de todas las confianzas de los distintos jefes de Estado con quienes colaboró, ha muerto modesto y po-

bre; por lo que cabría aplicarle la hermosa frase que un legislador reputado escribió en elogio fúnebre de un ilustre historiógrafo mexicano:

"Murió escaso de recursos, pero rico de gloria".

Yo, señores, a falta de títulos nobiliarios que no pueden existir en la República, legaré a mi hijo el para mí nobilísimo de que este anciano apoyara más de una vez en mi brazo agradecido, su longevidad gloriosa, y que sus labios, nunca manchados con el perjurio o la mentira, llevaron hasta mi inteligencia para iluminarla y hasta mi corazón para estimularlo, íntimas confidencias de sus épocas azarosas, de cuando los vaivenes de su larga vida política, ora lo arrastraron hasta las orillas de los precipicios, ora lo encumbraron hasta las alturas del poder y la grandeza.

Y lo mismo en los tiempos prósperos que en los adversos, no hay memoria de que se alterara esa serenidad suya para juzgar de hombres y sucesos; ni esa su conformidad para seguir siempre por la línea recta que jamás abandonó; el único sendero que conocieron sus pasos.

Federico Gamboa.

(1) Ilustre diplomático, a quien debe el país grandes servicios. Fué un patriota intachable, un funcionario integérrimo y un literato distinguido. Nació en Oaxaca el 5 de julio de 1829. Murió en México el 16 de abril de 1910. "La vida del señor Mariscal, dijo en los funerales de este gran ciudadano el inolvidable Don Joaquín D. Casasús, tiene una útil enseñanza. Si se necesita de una larga vida para aprender a vivir, también se necesita de una larga vida para

aprender a morir. Por eso si Mariscal pudo vivir como un sabio, logró morir como un justo, y no tuvo necesidad de pedirle a la vida un día más, porque vivió todo el tiempo necesario para usar de ella dignamente." Así fué en realidad. Miembro del Congreso que expidió la Constitución de 57; colaborador de Juárez en la obra de la Reforma; Secretario de nuestra Legación en los Estados Unidos durante la época de la Intervención y del Imperio; Ministro de Justicia y de Relaciones, el señor Mariscal luchó por los principios democráticos, en tiempos en que hacerlo era osadía; instituyó el Jurado; reglamentó el Amparo; organizó los tribunales de Justicia; defendió, secundando al ilustre Don Matías Romero, los derechos de México, en los días aciagos en que se hallaban hollados por un ejército extranjero; dió término a viejas controversias diplomáticas e inició o reanudó relaciones con numerosos países, debiéndose a él, lo mismo que al insigne Gral. Díaz, la política internacional que nos atrajo el respeto de todas las naciones civilizadas. Usó, pues, dignamente de su vida; y como si sus servicios políticos no bastasen, hay que agregar los que prestó a las letras, de las que fué cultor apasionado. Sus admirables traducciones y sus donosas poesías satíricas, le dan puesto muy alto en nuestros anales literarios; su honradez y su patriotismo, se lo otorgan en nuestros fastos cívicos.



JUÁREZ EN OAXACA

Juárez es inmaculado en el gobierno de Oaxaca. Levanta fuerza para la defensa del país contra la invasión americana, aun en más cantidad de la que se le pedía; establece una maestranza para hacer cañones y proyectiles; reforma todos los ramos de la administración; decreta impuestos para la instrucción pública y reglamenta minuciosamente el cobro de las contribuciones, para tan noble objeto; establece escuelas normales y colegios preparatorios y expide buenos reglamentos para la propaganda de la instrucción, moralidad de los maestros e inversión de arbitrios municipales para el fomento de la educación popular; arregla el desbarajuste de la Hacienda, amortiza la deuda que se venía acumulando en cerca de veinte años y deja de existencia unos cincuenta mil pesos en la Tesorería del Estado.

Y ¿sabéis cómo vivía aquel hombre que realizaba cosas que parecen imposibles? Casi en la miseria. De labios de una persona respetable que fué su escribiente en aquella época, sabemos que algunas veces solicitaba anticipos de cantidades muy pequeñas sobre su sueldo para poder sufragar gastos imprevistos en asuntos que muchas veces no eran particulares, como el envío de correos, remuneración a algún mozo por recargo de trabajo oficial, etc. Y se

dice que era tal el respeto y admiración que esta conducta inspiraba, que el entonces tesorero, Sr. don Luis Fernández del Campo, siempre quería, sin lograrlo nunca, anticiparle más de la cantidad pedida, temiendo que sufriera grandes escaseces en su hogar.

Y ya que os he tocado su humildad estoica, os diré otros rasgos que revelan al hombre. Juárez aludía frecuentemente a una pequeña cicatriz que se le notaba en una de las comisuras labiales: era resultado de la herida que se causara cierta vez al rompérsele el jarro con atole que conducía para la casa del Sr. Salanueva. (1).

Nunca se desdoró de referir también el mortificante estreno de su primer levita, él que había nacido entre harapos.

Adalberto Carriedo (2)

(1) Don Antonio Salanueva, "encuadernador de oficio". "Pertenecía a una especie de frailes que llamaban terceros descubiertos en la tercera orden de San Francisco". En su casa estuvo como sirviente el señor Juárez, y allí aprendió a leer y a escribir. "El señor Salanueva, dice el Sr. Carriedo, tenía que asistir todas las noches a la iglesia de San Francisco con un estandarte que amparaba a una imagen religiosa. Juárez conducía el estandarte; a su regreso regaba las macetas, surtía de agua a la casa y, como hemos dicho, se iba a la cocina para estudiar al amor de la lumbre".

(2) Escritor oaxaqueño, autor de una interesante biografía de Juárez que fué leída en las escuelas del Estado de Oaxaca, el 21 de marzo de 1906, primer centenario del nacimiento de Don Benito.

NOBLE Y HONRADO

Hay hechos que resumen una vida, marcan un carácter. Son como el eje de cristalización para los minerales: en torno del hecho axial vienen a conglomerarse los demás, según el mismo plan de formación. Tal fué la ocupación de México por Porfirio Díaz (1), el 21 de junio de 1867. (2). Redoblaban las alarmas en la ciudad. Se temía la entrada en tumulto de un ejército impaciente, ebrio de triunfos. Fusilados serían en montón los jefes traidores. Luego llegaría su turno a los tenderos franceses. Estos bravos calicots, hijos en su mayor parte de la alpina Barcelonette, llegaron a creer, según antes dijimos y conviene repetir, en una Saint-Barthélemy mexicana. Algunos había a quienes el índice popular señalaba como a los principales beneficiados de la Intervención, con las pingües ganancias realizadas a su sombra.



Gral. D. Porfirio Díaz

El espectro del saqueo, surgiendo de nuestra peor

historia revolucionaria, acabó de turbarles, y se armaron. Cerraron sus tiendas y esperaron la entrada del ejército liberal como irrupción de hordas, subidos en las azoteas, rifle al lado. Entretanto el general Díaz consagraba toda su atención a una entrada en orden... El resultado de sus medidas se reflejó en una entrada que pareció el regreso de una parada militar en tiempo de paz. Ni un tiro, ni siquiera un grito sedicioso... Los comerciantes barcelonetas, empinados en sus azoteas, esperaron indefinidamente el saqueo. La visión que entonces tuvieron ante aquellas hordas organizadas, entrando en columna, acuartelándose, distribuyéndose en patrullas de vigilancia, licenciándose después en parte a la voz de su jefe, fué la visión del porvenir. Día llegaría en que la hazaña de orden del 21 de junio de 1867 se continuase bajo la autoridad del mismo hombre, por más de veinte años.

Este hecho ha sido expresado por el Gral. Díaz en sus "Memorias" con sencillez lacónica:

"Así se realizó, sin derramamiento de sangre, la ocupación de la plaza el 21 de junio de 1867, quedando prisioneros todos los jefes y oficiales que la defendían.

"Conservé el mando de la plaza desde el 21 de junio hasta el 15 de julio, en que hizo su entrada el Presidente Juarez. Licencié algunas fuerzas, despedí otras y quedé con un ejército de veinte mil hombres, con el cual recibí al Presidente de la República".

El Jefe del Ejército de Oriente no carecía de

fondos Lo decían sus veinte mil hombres regularmente pagados, nutridos y no mal vestidos en lo general. ¿Cómo había improvisado una fortuna pública sobre las frescas huellas del Imperio y la invasión en bancarrota? El mismo nos lo explica:

"Durante el sitio de México logré pagar con puntualidad no solamente los haberes de la fuerza que estaba a mis órdenes, sino hacer con regularidad los demás gastos públicos del territorio en donde ejercía mando, y hasta tener un sobrante considerable en mis arcas. Los ingresos de que disponía fueron las contribuciones ordinarias de los Estados que estaban a mis órdenes y algunas multas o composiciones que hice con personas que residían en la capital o en los Estados, que tenían sus fincas o propiedades fuera de ella y que se habían comprometido con Maximiliano, por lo cual habían incurrido en la pena de confiscación. Conseguí, además, bajo mi crédito personal y cuando ocupé la capital, dos préstamos importantes... cuyos préstamos fueron reembolsados antes de llegar el Presidente Juárez. A su Ministro de Hacienda, en su oportunidad, se entregó una existencia que resultaba en la caja del cuerpo de ejército de mi mando, de $87,232.19..."

Seguramente que la cifra de $87,232.19 no era el total de la existencia puesta a disposición del Ministro de Hacienda por el Jefe de Oriente. Sus "Memorias" en este punto se quedan cortas, al revés de lo que pasa en otras Memorias inclinadas a

aumentar las cifras. He aquí la respectiva comunicación al Ministro de Hacienda, publicada en los periódicos de la época:

"Ejército Mexicano. Línea de Oriente. General en Jefe. Sección de Hacienda.

C. Ministro: Al dimitir hoy nuevamente el cargo de General en Jefe del Ejército y Línea de Oriente, juntamente con las amplias facultades con que el Supremo Gobierno me había investido, tengo el honor de manifestar a Ud. que queda a su disposición en la Comisaría general del Ejército, la cantidad de ciento cuatro mil pesos; en la Administración de Rentas del Distrito Federal, tres mil quinientos diez y seis pesos, quince centavos; y en la Oficina de Contribuciones, ocho mil ciento ochenta y cuatro pesos, diez y nueve centavos; no haciendo mención de las rentas de correos, papel sellado y bienes nacionalizados, por ser de poca consideración hasta ahora los rendimientos de las dos primeras y ningunos los de la última.—Libertad y Reforma.—México, julio 13 de 1867.—Porfirio Díaz.—C. Ministro de Hacienda y Crédito Público.—Chapultepec".

La impresión que produjo en el país este general que se retiraba del mando entregando una gruesa suma, hasta los centavos, fué intensa. Los generalotes de revolución habían sentado precedentes terribles en materia de finanzas militares. No se concebía que llevasen cuentas de ingresos más que metidas en las pistoleras, a riesgo del imprudente que osase reclamarlas... El nombre de Porfirio Díaz

resonó desde entonces por el país, como el de un militar que rendía cuenta detallada del ingreso y egreso, abría las cajas al poder civil y le entregaba más de lo que esperaba. Lo más sorprendente es que ese militar quedaba pobre, mal pagado por el Gobierno mismo a quien salvara de la inopia...

Salvador Quevedo y Zubieta. (3)

(1) Presidente de la República. Fué bautizado en Oaxaca, su ciudad natal, el 15 de septiembre de 1830. Murió en París el 2 de julio de 1915. Como militar, defendió gloriosamente a su patria; como gobernante, la engrandeció. Las pasiones políticas desencadenadas en contra suya desde hace varios años, niegan sus virtudes y sus servicios; pero ha de llegar el día en que la Justicia resplandezca, y entonces figurará en la Historia, el heroico soldado de la Segunda Independencia, a quien ni amenazas ni promesas, ni sufrimientos ni peligros lograron apartar del cumplimiento del deber, como un modelo intachable de patriotismo y de valor. Entonces también, el Presidente hoy tan combatido, surgirá con derechos indiscutibles para la gratitud de la República, que le debió con la paz y con el crédito, con el orden interior y el prestigio en el extranjero, las bases que pudieron servirle para su perfeccionamiento político, su desarrollo intelectual y su prosperidad económica. Entre tanto, tributemos a su memoria, los que fuimos partidarios del Gral. Díaz y somos todavía sus admiradores, los que tenemos la íntima y profunda convicción de que amó mucho a México y de que le hizo innegables beneficios, un ferviente homenaje de admiración y de respeto.

(2) Después del sitio de México. El general imperialista Márquez entregó el mando de la plaza al general Tavera, el cual capituló. El 20 de junio, en la noche, los comisionados de este jefe, firmaron con el general Alatorre, representante del general Díaz, el convenio respectivo. Al día siguiente entraron las fuerzas republicanas, que durante cinco años habían luchado contra la Intervención y el Imperio. El jefe del Ejército de Oriente, dió en esta ocasión, como ya lo había hecho diferentes veces durante la gloriosa y patriótica campaña, muestra inequívoca de austera modestia, absoluto desinterés o intachable probidad.

(3) Médico, abogado y escritor jalisciense. Ha dado a la estampa

una interesante historia de la administración del Gral. Don Manuel González, algunas, novelas, una obra "Recuerdos de un emigrado", con prólogo de don Emilio Castelar, y un ensayo de psicología histórica del Gral. Díaz, muy bien documentado. Ha sido Cónsul General de México en Bélgica, con residencia en Amberes. Nació en Guadalajara el 20 de noviembre de 1860.



LA HONRADEZ DE GUERRERO

En este intervalo, y una sola vez, tuve ocasión de estar cerca del general Guerrero. Era de elevada estatura y anchos y refornidos brazos, sin corresponder sus piernas largas y delgadas a su busto magnífico: la tez morena, el cabello tosco, amontonado sobre la frente, sus ojos negros de una penetración y una dulzura incomparable, patilla pobladísima, boca recogida y sincera.

Aunque modesto, no tenían encogimiento sus maneras, y su voz tiple y disonante era lo único que repugnaba en él a la primera impresión. Cerca de él se sentía la bondad de su alma, y tenía ciertos dejos de inocente ranchero, que realmente cautivaban.

Yo lo vi en la casa de mi tío, Tesorero del Ayuntamiento, que tenía cierta importancia política; se rodeó de chicuelos y nos asombró su parecer sobre nuestros trompos, nuestras chicharras y las graves consultas sobre nuestros papalotes.

Aquel carácter grave y sencillo, aquel talento que hacía olvidar su ignorancia, y aquella bondad que no le abandonó ni en el patíbulo, eran las dotes características de Guerrero.

Un pariente mío, Ticó, que fué su fidelísimo ayudante, me dió curiosísimos detalles que corroboran mis aserciones.

Sobre su moralidad y desinterés, quiero particularizar un hecho en que no se ha detenido, como debía, la Historia. En 1821, al partir Iturbide a combatir a Guerrero, se le encomendaron cuantiosos caudales para embarcarlos en Acapulco. Iturbide los detuvo en su poder, faltando aun a sus compromisos con los particulares.

En los momentos de la proclamación del Plan de Iguala, Iturbide tuvo que hacer una salida precipitada con sus fuerzas, y dejó a Guerrero en depósito los caudales, diciéndole que en caso necesario, tomase lo que fuese bastante para sus tropas. Como se sabe, las tropas de Guerrero no podían estar en peor situación.

Viviendo a la intemperie, hambrientas, desnudas y mal armadas, eran masas de hombres sostenidas por el amor a su jefe y a su causa, que sentían más de lo que pudieran razonar. Un sombrero era como una curiosidad artística; los zapatos, artículos desconocidos, y en su menú cuotidiano, cuando había plátanos y se bebía "tuba", se llegaba a los esplendores de Recamier.

Iturbide volvió de su expedición, y al ver el mal estado de las tropas de Guerrero, le reconvino porque no estuviesen mejor atendidas.

—¿Y el dinero que dejé a Ud?

—Ahí está.

—¿Por qué no ha tomado Ud., como le dije, para sus tropas?

—Porque me lo dejó en depósito.

—Sí, pero le dije a Ud. que tomase lo necesario.

—Bueno; pero yo de nada necesito.

—¡Ea! tome Ud. seis u ocho mil pesos para Ud. y sus soldados.

—Señor... recoja su dinero y no me los mal enseñe.

Guerrero devolvió el depósito a Iturbide sin haber dispuesto ni disponer de un solo centavo.

Quisiera detenerme en la vida íntima de este héreo para hacer patentes sus altas virtudes; pero me basta lo indicado, y lo que la historia refiere, para dar a conocer su alto carácter.

Guillermo Prieto.



REHUSÓ QUINIENTOS MIL PESOS



D. Valentín Gómez Farías

Gómez Farías (1) era uno de aquellos hombres que se adelantan a la época en que viven; él fue quien inició la Reforma; él fue quien con heroico brío dió paso a las nuevas ideas. No hay necesidad de decir cuántos odios se concitó, cuántas resistencias se opusieron a su tarea de progreso.

"Era un tiempo de prueba, dice uno de sus biógrafos, refiriéndose a aquel en que Farías empuñó las riendas del Gobierno; la guerra civil y la peste con todos sus desastres afligían a México y habrían trastornado la moral y hecho vacilar a otro espíritu de menos temple que el de Gómez Farías, para quien las dificultades no eran más que fuertes estímulos de su voluntad generosa y decidida. Aun se conservan vivos los recuerdos de aquella actividad asombrosa y de la multitud de expedientes que salieron de aquella cabeza privilegiada, para combatir la peste, atenuar sus horrores, auxiliar a las clases desvalidas y consolar al pueblo. El

Presidente de la República aparecía entonces como el genio de la humanidad. En cuanto a la guerra civil, la situación no era menos triste y desalentadora. Conocidas las tendencias de Farías a destruir los privilegios y el poder del clero y del ejército, uno de tantos pronunciamientos (2) de que se ha plagado la historia de México había estallado y tomado creces, al grado de que los más entusiastas sostenedores del Gobierno desesperaron de su causa y desertaron a proporción que los sediciosos incrementaban. Tal asonada cundió a la capital, y entonces el Vicepresidente quedó solo. Sus medios de resistencia consistían en un puñado de sesenta cívicos al mando del general don Juan Pedro Anaya. Farías, lejos de abatirse, redobló su vigor y mandó intimar rendición al cuartel general de los militares pronunciados; éstos, cerradas las puertas, respondieron haciendo fuego que los cívicos no podían contestar. Se les mandó que atacaran y los cívicos retrocedieron acribillados por las balas. Cuando el Vicepresidente vió esto desde los balcones de Palacio, bajó en el acto a ponerse al frente de ellos y su presencia restableció el ataque que terminó con la toma del cuartel. Hasta entonces fué cuando Farías hizo uso de sus facultades extraordinarias; procedió contra los revoltosos que días antes no disimulaban sus trabajos de conspiración, y al restablecerse el orden, ocho días bastaron al Sr. Farías para levantar, armar y regimentar cerca de seis mil cívicos resueltos a defender la autoridad constitucional.

"Medida por el clero, continúa el mismo biógrafo, la voluntad férrea del vencedor, tentó corromperlo, porque sabía que con semejante hombre a la cabeza del país, acabaría el poder eclesiástico antes de mucho tiempo, y al efecto se le hizo entender que el clero le aceptaría por caudillo, dispensándole una confianza que no le merecía el general Santa Anna. Un compadre del señor Farías, clérigo, llamado el Dr. Guerra, ofreció al caudillo demócrata medio millón de pesos, que dijo, debía asegurar a su familia y se pondrían desde luego a su disposición. Farías rechazó indignado tal oferta, y por ello al verificarse la reacción se le persiguió y aun se tuvieron datos de que se pretendía asesinarle. Con ellos en la mano, algunos quisieron motivar un proceso; pero el Sr. Farías se opuso abiertamente, y prefirió expatriarse. No tenía para vivir fuera del país más que su biblioteca, que era lo único que poseía y la vendió al Gobierno de Zacatecas".

Rasgos como los que acabamos de citar para comprobar la energía, la rectitud y las cívicas virtudes que adornaban a Gómez Farías, abundan en la historia de su vida.

Francisco Sosa.

(1) Célebre político, nacido en Guadalajara el 14 de febrero de 1781. En la misma ciudad recibió el título de médico. Pasó, después, a la de Aguscalientes, en donde levantó y sostuvo a sus expensas un batallón destinado a luchar por la consumación de la independencia. En esa época fué electo diputado a las Cortes españolas. Más tarde, el voto popular llevóle a formar parte de nuestro primer Congreso.

en el que propuso, en unión de otros representantes, que Iturbide fuera designado emperador. En el seno de la misma Asamblea, combatió la política del infortunado monarca, cuando vió las arbitrariedades que con ella se cometían. Desde 1824, en que ocupó una curul en el Congreso Constituyente, fué defensor de las ideas liberales más avanzadas, trabajando especialmente por su triunfo, en el Estado de Zacatecas, en el que desempeñó el cargo de vicegobernador, y en las diversas ocasiones que tuvo encomendada la Presidencia de la República. En una de ellas (1833), las disposiciones del Sr. Gómez Farías contra las clases privilegiadas, dieron lugar al pronunciamiento del coronel Escalada, que el 7 de junio de ese año fué secundado en la capital. El Sr. Farías observó entonces la enérgica conducta de que se habla en las líneas anteriores a esta nota. El 26 de febrero de 1847, disgustadas con él las mismas clases, ocurrió el vergonzoso pronunciamiento de "los polkos", en los momentos en que la nación necesitaba de la sangre y de los recursos de sus hijos para combatir a los invasores americanos. Retirado del poder, en 1850 postulósele para que lo ocupase nuevamente; en 1855 fué designado presidente de la Junta de Representantes que, con motivo del triunfo de la revolución de Ayutla, se instaló en Cuernavaca, y con posterioridad perteneció al Congreso Constituyente que expidió la Constitución de 1857. Como Presidente de esta ilustre Asamblea, firmó la Carta Fundamental de la República. Murió el 5 de julio de 1858, después de una larga existencia, en la que ni las cárceles ni los destierros, ni los odios políticos más enconados, escasearon a este enérgico paladín de las ideas reformistas.

El elogio más elocuente que puede hacérsele, es el que le consagra el sabio Dr. Mora: "Investido del peligroso poder dictatorial, dice, y en la tormenta más deshecha, salió con las manos vacías de dinero y limpias de la sangre de sus conciudadanos."



"SI HUBIERA PARQUE NO ESTARÍA UD. AQUÍ"

La heroica defensa del convento de Churubusco (1), hecha entre otros mexicanos ilustres por el general don Pedro María Anaya (2), da a la figura venerable de este patriota la grandeza de la epopeya. Después de derrotas incesantes sufridas por nuestras abnegadas tropas, debido, unas veces, a falta de previsión o de competencia; y otras, a inexplicables órdenes de los jefes, el invasor americano había llegado hasta las puertas de la Metrópoli. Vencidas en Padierna (3), Santa Anna dispuso que el resto de las fuerzas se retirase a diferentes sitios, y que una pequeña brigada se replegara hacia el puente de Churubusco. Él mismo se dirigió a este punto, y habiendo encontrado a la brigada, perseguida por las tropas del general Worth, intentó hacer la defensa del puente, con suerte tan adversa, que no pudo lograr que pasasen los carros del parque, el cual se incendió poco después, produciendo esta catástrofe, lo mismo que los movimientos del enemigo, una confusión indescriptible en nuestras fuerzas, y como consecuencia de ella, la pérdida del puente con tanta desventura defendido.

Mientras estos tristes sucesos acaecían, en el con-

vento un grupo de soldados homéricos peleaba, con una pujanza digna del bronce y de la épica, en contra del invasor que quería apoderarse del edificio. Con unas cuantas piezas de artillería había rechazado al general Twigs; pero, ganado el puente, el general Worth reforzó el ataque al convento, en cuyos viejos muros resistieron cerca de cuatro horas aquellos bravos batallones de Guardia Nacional (4), hasta que se incendió el parque y la defensa fue imposible; esa heroica defensa sostenida sin esperanza alguna de victoria, en medio de las llamas y en contra de un enemigo superior. Cuando el general americano entró en el convento y preguntó por el parque, del fondo de aquellos claustros vetustos enrojecidos todavía por el fuego, y del grupo de aquellos héroes inmortalizados ya por la Historia, surgió un hombre severo como la justicia que representaba, augusto como el dolor moral que lo afligía, con las quemaduras del incendio en el cuerpo viril, y contestó al jefe enemigo: "Si hubiera parque, no estaría usted aquí".

Este hombre era el general don Pedro María Anaya. Desde esa fecha—20 de agosto de 1847—fue más que un hombre; el símbolo glorioso de la dignidad y el heroísmo.

Antonio de la Peña y Reyes.

(1) El 20 de agosto de 1847, al mando del general Rincón. En ella murió gloriosamente en una carga a la bayoneta, el teniente coronel don Francisco Peñúñuri, y resultó herido el joven escritor don Luis Martínez de Castro, que falleció poco después. "Los valientes

defensores, dice un historiador, no llegaron a enarbolar la bandera blanca pidiendo rendirse. Fué necesario que el capitán Smith, que llegó el primero al parapeto, se diera cuenta de lo que ocurría, y él, no aquellos heroicos guerreros, plantara la bandera blanca... El Gral. Twigs, que mandaba la columna de ataque, no pudo menos, cuando a su vez llegó, que arengar a sus tropas encomiando el valor desplegado por sus prisioneros."

(2) Nació en Huichapan, en 1795. En julio de 1811 sentó plaza como cadete en el Regimiento de Tres Villas. Desde ese año hasta el de 1821, en que se adhirió a la causa de la Independencia, concurrió a veinte acciones de guerra. Fué Presidente de la República, de 20 de abril a 20 de mayo de 1847 y de 14 de noviembre del mismo año, hasta enero de 1848.

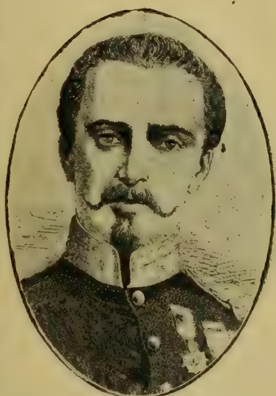
(3) La tarde del 19 y primeras horas del 20 de agosto de 1847. En esta acción, halló una muerte gloriosa el Gral. José Frontera, natural de Querétaro, y jefe de la Caballería. Al ver que algunos de sus soldados se desbandaban, gritó: "miren cómo muere por su patria un soldado mexicano", y en unión de otros valientes, se arrojó sobre el enemigo.

(4) Llamados Independencia, Bravos, Hidalgo y Victoria, Formábanlos estudiantes, artesanos, empleados, médicos, comerciantes y propietarios. En sus filas se hallaban hombres tan notables como el insigne poeta y diplomático don Manuel Eduardo de Gorostiza, el senador don José Ramón Malo, sobrino de Iturbido, don Félix Galindo, el Dr. don Miguel Jiménez, don Leopoldo Río de la Loza, don Francisco Vértiz y don Francisco Ortega, ilustres en nuestros anales científicos. Como ayudantes del General en jefe, prestaron también grandes servicios, don Vicente García Torres, famoso periodista, y don Juan José Baz, célebre político.



"EN EL NOMBRE DE DIOS, ARRIBA NOSOTROS"

Pasaron algunas horas antes de la batalla del 5 de mayo de 1862) (1) y Zaragoza ordenó su línea. A Negrete (2) estaba confiado el honor de Guadalupe (3). En unión de Negrete iban a combatir jefes pundonorosos como Berriozábal. Negrete mandó a sus soldados echarse pie a tierra. El quedó con la mirada fija en Rementería. Zaragoza asumió entonces la actitud histórica del hombre de fe que espera tranquilo la victoria o la muerte.



General Lorencez

Entonces el sol ascendía ya, fulgurante, rojo, imponente. El valle estaba silencioso con ese silencio grave de las horas fatídicas. La desdichada México parecía aguardar en una actitud de dolorosa expectación entre sus majestuosos volcanes, y se sentía difundirse en derredor de los combatientes algo poderoso y terrífico como el aliento de Dios.

Por fin la columna francesa atravesó lenta y silenciosa el espacio de Rementería al cerro; se perdió en ondulaciones, entre las sinuosidades que están al

pie; desapareció, y de repente, la cabeza de los tiradores zuavos, con la roja "calotte" coronando la tostada frente, con la mirada chispeante, asomó por entre las arrugas de la colina; sonaron los primeros tiros, y a poco, la columna entera apareció rígida, compacta, atrevida, trepando a paso gimnástico... cuando se detuvo y dió un paso atrás estremecida, en medio de una nube de humo y de fuego. Eran los zacapoaxtlas que se levantaban a su vez, lanzando un grito salvaje y precipitándose al encuentro de aquellos leones, leones también ellos!



Batalla del 5 de Mayo

Negrete había dado orden a Zacapoaxtla de atraer al enemigo a la línea, y fué necesario repetírsela para hacerlo replegarse. Replegóse; la columna se adelantó impetuosa, y entonces Negrete, sacando del alma palabras que no se preparan y del pecho una voz que sólo viene en los combates, gritó: "Ahora, en nombre de Dios, arriba nosotros". Sí; Negrete invocó el nombre de Dios e hizo bien. Era invocar la justicia contra el crimen que se apoya en la superioridad. La línea mexicana se levantó también te-

rrible y a un fragor unísono y a un relámpago que envolvió la cumbre, sucedió un chasquido estridente. Eran las bayonetas que se cruzaban. Entonces el combate era general. Rugía el cañón de Guadalupe, y apenas se divisaba entre la negra humareda, la aguja de la torrecilla y el pabellón tricolor flameando, mecido por el aliento de la muerte y de la gloria.

La gritería era confusa. Al ronco acento del francés, se mezclaba la aguda gama del zacapoaxtla y el grito burlón de nuestro soldado del pueblo, apenas distinguido entre los tiros y los toques de muerte. Los franceses vacilaron y retrocedieron en desorden. Nuestra línea avanzó. Un silbido hizo callar al enemigo, y en medio de su silencio resonó una voz seca e imperiosa. La línea francesa se organizó de nuevo y cargó con furor.

Negrete mandó replegar a sus soldados a sus antiguos puestos, y una vez a pie firme, volvió a recibir al enemigo con un fuego terrible. Entonces éste huyó, huyó pronta, desordenadamente, despedazado por nuestros valientes mexicanos.

En Guadalupe los franceses eran muertos hasta en los fosos a que los condujo su bravura, y el cañón los despedazaba, y sus columnas bajan del cerro desesperadas y nuestros clarines anunciaban el triunfo. El combate estaba decidido. Nuestros pocos dragones perseguían a los fugitivos de Guadalupe, mientras que Porfirio Díaz y Lamadrid dispersaban otra columna de 1000 hombres por la llanura de la derecha en que está el camino de Veracruz, y la hacían reple-

garse corriendo hasta la hacienda de San José, a la que llegaban también los rechazados del cerro, llenos de pavor.

¡Dios había protegido la causa del pueblo!

El telégrafo anunciaba en dos palabras este suceso a México, que palpitaba de ansiedad. Y como si la Naturaleza hubiera querido tomar parte en la grande epopeya, una nube, negra y preñada de lluvia, se cernió sobre el campo de acción, y abrió su seno, lavando con sus torrentes la púrpura que tiñera el flanco de la colina.

Ignacio M. Altamirano.

(1) Ganada por el general don Ignacio Zaragoza, en Puebla, al general Lorencez y a sus subalternos Bernard, Mallat y L. Heriller. "Cuatro columnas de mil hombres cada una, dice el Sr. Pérez Verdía, lanzó el jefe francés, y todas fueron rechazadas tres veces, teniendo que abandonar el campo a las cuatro de la tarde, con una pérdida de 513 entre muertos y heridos, impidiendo un fuerte aguacero que se continuara la persecución, que era también difícil, porque derrotados los invasores como estaban, tenían todavía más fuerza numérica que Zaragoza".

(2) El cerro de Guadalupe.

(3) Don Miguel Negrete, valiente general nacido en Tepeaca, Puebla. Peleó contra los americanos. Después de haber militado en las filas liberales, sentó plaza en las reaccionarias, que abandonó más tarde, en virtud de la ley de amnistía dada por Juárez en 1861, para combatir a los enemigos de la patria. Distinguióse entonces por su bizarro comportamiento. En aquella época fué Ministro de la Guerra. Después del triunfo de la República se pronunció contra el Gobierno. Aprehendido y condenado a muerte, el Sr. Gral. Don Porfirio Díaz pidió al Sr. Juárez, y lo obtuvo, el indulto de "su valiente compañero de armas del 5 de mayo". El general Negrete murió en México el 1o. de enero de 1897.

"NUNCA HE TENIDO SOBERANO!"



Mariscal Bazaine

El más respetable núcleo de defensa en pro de la causa nacional se hallaba a la sazón (1865), en Oaxaca, cuya capital había sido hábilmente fortificada por el general don Porfirio Díaz, dispuesto a resistir el ataque del enemigo. Éste había hecho grandes sacrificios para conducir su material de sitio cerca de la ciudad, y el mariscal Bazaine (1), comprendiendo la importancia de aquella campaña, salió de México a tomar el mando directo de las operaciones... Estableció su cuartel general en la hacienda Blanca, y el 17 de enero comenzó a cercar simultáneamente la ciudad por el norte y el sur... El 4 de febrero rompió el enemigo sus fuegos, que le fueron contestados vigorosamente por la plaza; sin embargo, las operaciones del sitio prosiguieron con la mayor actividad, y Bazaine dispuso el asalto para la madrugada del día 9. Entretanto el disgusto de la población, causado por las medidas violentas

que había sido necesario tomar para la defensa, sembraron el desaliento en las tropas republicanas, dándose varios casos de escandalosas deserciones. En tal situación toda resistencia era inútil; así fué que, poco antes de que principiara el ataque, el general Díaz pidió una capitulación, y siéndole rehusada, se presentó en el cuartel de Bazaine, a quien dijo:

—No le proporcionaré a usted una victoria final; la ciudad sucumbirá al primer ataque, porque no tiene defensores; yo soy el único responsable de la resistencia que se ha hecho, y estoy a la disposición de usted pidiendo sólo la debida consideración para mis valientes compañeros y mi ciudad natal.

—Cediendo antes, tal vez se hubiera usted puesto bien con el gobierno, y librádose del cargo de alta traición contra su soberano, replicó Bazaine en un tono mezclado de respeto y sentimiento.

—¡Nunca he tenido soberano! contestó Díaz con orgullo, y seré siempre enemigo de los enemigos de mi país.

—Podrá ser, dijo Bazaine irónicamente; pero recuerde usted que ha faltado a su palabra dada en Puebla.

—¡Es falso!, exclamó el primero, levantándose con altivez, ¡jamás he faltado a mi palabra!

El comandante en jefe pidió que se trajese a la vista lo que constase sobre los prisioneros de guerra y que se leyera la parte relativa al general Díaz. El ayudante titubeó y pasó el libro a Bazaine, quien leyó: "Juro defender la causa de la libertad y de

mi país con toda mi energía, reconociendo el derecho de los franceses de vigilarme". Bazaine cambió rápidamente de tono y con un saludo cortés se despidió del prisionero.

Díaz, sus oficiales y una parte de sus soldados fueron conducidos a Puebla (2); y Bazaine, después de algunos días de reposo, volvió a la capital, en donde entró el 25 de febrero, al mismo tiempo de saberse que Tehuantepec había caído en poder de los imperialistas.

José M. Vigil. (3)

(1) Francisco Aquiles Bazaine, Mariscal de Francia. Vino a México con el ejército expedicionario, de cuyo mando se encargó, en sustitución del general Forey, en 1863. Ejerció gran influencia en el gobierno de Maximiliano, y tuvo con este príncipe graves desavenencias. El 26 de junio de 1865 contrajo matrimonio con doña Josefa Peña y Azcárate, nieta de D. Juan Francisco Azcárate, famoso Síndico del Ayuntamiento de México, en 1808. En febrero de 1867 salió del país al frente de las últimas tropas francesas. Tomó parte en la guerra franco-prusiana. Sentenciado por el delito de traición, logró fugarse de la isla de Santa Margarita, en que se hallaba preso, en agosto de 1874. Murió en Madrid en septiembre de 1888.

(2) Al entrar como prisionero el Gral. Díaz en esta población, "todos nos quitamos el sombrero como si tocasen el Himno", dice un testigo. El Caudillo estuvo preso, primero, en Loreto; después en Santa Catarina, y más tarde en el Convento de la Compañía o Colegio Carolino (hoy del Estado), del cual se evadió de una manera temeraria. Ni él, ni sus camaradas el general Santiago Tapia, el coronel Miguel Castellanos Sánchez y el capitán de Artillería Ramón Reguera, quisieron suscribir el documento que les presentaban los austriacos, para que se comprometiesen a no volver a tomar las armas en contra de la Intervención y del Imperio. Libre ya, sin otros compañeros que un mozo y un guía, reanudó su lucha contra los invasores de la patria; y dos días después de su fuga, el 22 de septiembre, al frente de 14 hombres, caía sobre la guarnición de Tehuicingo; el 23 derrotaba a

los imperialistas en Piaxtla, y el 1o. de octubre a Visoso, en Tulcingo. Más tarde vinieron las victorias de Miahuatlán, la Carbonera, Oaxaca, Puebla y la entrada triunfal en la ciudad de México, digno coronamiento de las luchas sostenidas durante un lustro, en defensa de la independencia nacional, por el glorioso jefe del Ejército de Oriente. "Así devolvió con creces a la República, dice el ilustre Don Justo Sierra, en el momento del supremo esfuerzo, el ejército, los elementos y la plaza, perdidos en 65".

(3) Insigne literato y ejemplar ciudadano. Nació en Guadalajara el 11 de octubre de 1829. Desde su juventud consagróse al estudio de las letras. Historiador, crítico, periodista, filósofo, autor dramático, filólogo, humanista, el Sr. Vigil publicó innumerables trabajos que revelan profundo talento e inmensa erudición. Prólogos, biografías, estudios literarios, traducciones de clásicos, polémicas filosóficas, discursos académicos, magistrales juicios críticos, obras históricas, etc., forman el rico caudal que legó a la literatura mexicana. Escribió, además, durante muchos años, en los principales periódicos del país, como "El Monitor Republicano" y "El Siglo XIX". Fué diputado a varios Congresos de la Unión, Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, profesor de la Escuela Nacional Preparatoria, Presidente de la Academia Mexicana, correspondiente de la Real Española, y Director de la Biblioteca Nacional. Puede afirmarse, con toda justicia, que a su ciencia y laboriosidad se debe la organización de este establecimiento. Murió en la capital de la República el 18 de febrero de 1909.



DIGNIDAD Y DESINTERÉS


Gral. D. Ignacio Comonfort

El 12 de diciembre de 1855 se publicó el decreto por el cual fué nombrado Presidente substituto de la República el general don Ignacio Comonfort, y con este motivo hubo en la capital escenas lamentables de desorden, que promovieron gentes descontentadizas y apasionadas...

No era Comonfort hombre que en medio de tales demostraciones aceptase un puesto, que por otra parte no podía ofrecer ningún aliciente ni aun a la ambición más desmesurada; y aunque bien conocía que significaban muy poco los gritos que contra él se habían levantado, bastaba para su delicadeza y su decoro, el que se opusieran algunos, para que él se negara abiertamente a tomar posesión de la Presidencia. En vano se señaló día para la ceremonia y en vano le rogaron el Presidente interino, los hombres del gobierno y sus numerosos amigos; él permaneció invariable en su resolución, y no cedió al fin sino a los dobles esfuerzos

de la amistad y del patriotismo, que se juntaron en un momento solemne, para vencer aquella resistencia.

Era grande la agitación que había en la capital, y don Juan Álvarez (1) conoció que si se prolongaba aquella crisis, podía sobrevenir algún grave trastorno. Entonces el anciano Presidente sale de Palacio, dirígese a casa de Comonfort, le saluda y le abraza con toda la efusión de camarada y de amigo; y casi con las lágrimas en los ojos, representándole el peso de sus años y de sus dolencias, e invocando los santos nombres de la amistad y de la patria, le ruega que acepte el puesto para el cual le había nombrado. Comonfort no pudo resistirse, y aceptó resignadamente la misión de honor y de sacrificios que se le confiaba.

La conducta del general Álvarez, descendiendo voluntariamente del poder para volver a la vida privada, y rogando a otro con ese poder tan codiciado, es un rasgo de desprendimiento y abnegación de que ofrece pocos ejemplos la Historia. En nuestro siglo de relajación y de torpes ambiciones, sólo podía elevarse a tanta altura el modesto ciudadano que pocos días después, ya en camino para el rincón de su tierra natal, escribía estas hermosas palabras dignas de un republicano de los tiempos antiguos: "Pobre entré en la Presidencia, y pobre salgo de ella; pero con la satisfacción de que no pesa sobre mí la censura pública, porque dedicado desde mi más tierna edad al trabajo personal, sé manejar el arado

para sostener a mi familia, sin necesidad de los puestos públicos, donde otros se enriquecen con ultraje de la orfandad y de la miseria".

Anselmo de la Portilla. (2).

(1) Héroe de la Independencia y caudillo de la revolución de Ayutla. Nació en el barrio de la Tachuela, del pueblo de Santa María de la Concepción Atoyac, que hoy lleva su nombre, en el Estado de Guerrero, el 27 de enero de 1790. El 17 de noviembre de 1810 sentó plaza, como soldado raso, en las filas de Morelos, y desde esa fecha, hasta el año de 1821, luchó constante y valerosamente por el triunfo de nuestra emancipación política, distinguiéndose en la acción del Aguacatillo, en el ataque de Tres Palos, en el de la fortaleza de Acapulco, en la fortificación del cerro del Veladero, donde se sostuvo largo tiempo, y en la toma de Tixtla. Vencedora la causa por la que había sacrificado su fortuna y vertido su sangre, pues sólo en el último de los combates mencionados recibió nueve heridas, figuró en muchos acontecimientos notables, entre otros, en la guerra contra los americanos. En 1854 fué nombrado general en jefe del Ejército Restaurador de la Libertad, que lidió en los campos de batalla por el triunfo del Plan de Ayutla. Obtenido este triunfo, la Junta de Rrepresentantes de los Estados, reunida en Cuernavaca, lo eligió Presidente de la República el 4 de octubre de 1855. En 1861 el Congreso lo declaró Benemérito de la Patria. Después de 57 años de servicios, falleció en la hacienda de la Providencia, el 21 de agosto de 1867.

(2) Inolvidable periodista, nacido en Sobremazas, Santander, España, el 3 de febrero de 1816; muerto en México el 3 de marzo de 1879. Fué el apóstol de la fraternidad entre mexicanos y españoles. La vida de Washington, la Historia de la revolución de Ayutla, México en 1856 y 1857 y el famoso periódico "La Iberia", son pruebas elocuentísimas de las altas dotes que, como escritor, poseía el Sr. de la Portilla. Estas dotes, lo mismo que las raras virtudes de que se hallaba adornado, y la trascendencia de la hermosa labor de concordia que fué el culto de su vida, conquistáronle tal admiración, que el célebre orador parlamentario Don Joaquín Alcalde propuso en la Cámara de Diputados, al día siguiente del fallecimiento del Sr. Portilla, que se declararse que había merecido bien de México este insigne español; justo tributo de gratitud a quien había influido poderosamente en el ánimo del general Prim, para que España se retirase de la intervención tripartita!

IMPAVIDEZ EN EL PELIGRO. EL PODER DE LA PALABRA

Nos asomábamos a las puertas, y el escándalo no cesaba; el sol brillaba en todo su esplendor, y sólo lo opacaban una nube de polvo y el brillar de muchas armas meneadas por cien manos.

De repente sentimos que la confusión aumentaba; nuevos gritos, nuevos aspavientos, nuevo alboroto.

—¡Traición, traición! gritaban muchos.

—Vienen a fusilarnos, dijo como a la sordina, poniéndose las manos en las mejillas, uno de cara pecosa, de barbas rubias y ojos azules que se apareció en la puerta. No tardó la estancia en ser invadida por la soldadesca...

Juárez, impávido, estaba cogido del pestillo de la puerta; junto a él, Ocampo; detrás, Prieto, Ruiz y Guzmán...

Cuando esperaba oír que se mandara "Fuego", después del ruido de los muelles de los fusiles, una voz estentórea, tonante, como salida de un instrumento que vibrara y no de un pecho humano, gritó con todas sus fuerzas: "¡Levanten esas armas! ¡Levanten esas armas! Los valientes no asesinan, los valientes no matan a mansalva... El 5o. batallón ha defendido siempre a la patria, ha atacado a los enemigos de México, no se ha cebado en hombres in-

defensos, en hombres que esperan la muerte cruzados de brazos... ¡Levanten esas armas!...” Y siguió hablando, hablando, hasta transformarse, hasta perderse de vista. Ya no era el alegre compañero, el poeta festivo, el cantor de los regocijos populares; era un sér desconocido, un hombre extraordinario, que a todos nos electrizaba, a todos nos hacía derramar lágrimas como si ventilara una causa ajena y no nuestra propia causa, la causa de nuestra vida. Los soldados, primero quedaron atónitos, con las armas preparadas y listos los gatillos, después se conmovieron hasta el enternecimiento... Prieto seguía hablando; ya no era el orador que increpaba; era el huracán que bramaba, el león que rugía, el profeta que amenazaba con castigos y daños. Al fin los ejecutores alzaron las armas. Guillermo vitoreó a Jalisco, y un grupo tierno pero heterogéneo, se formó entonces: los soldados que nos abrazaban, jurando que no nos matarían; Bravo, el jefe de la escolta, que se adhería a nosotros y tomaba nuestro partido; y todos, principalmente Juárez y Ocampo, que felicitábamos a Prieto llamándole el salvador de la Reforma, el salvador de vidas preciosísimas... (1).

Victoriano Salado Álvarez.

(1) El 14 de marzo de 1858, el Sr. Juárez, sus ministros y varias personas que lo acompañaban, estuvieron a punto de ser fusilados por el capitán don Filomeno Bravo, en el Palacio de Guadalajara, don-

de se hallaban presos con motivo del pronunciamiento del coronel Landa, ocurrido la víspera. "Todos los testigos presenciales, dice el Sr. Vigil, refieren con admiración el valor frío y tranquilo del Sr. Juárez, que ni se movió del puesto que ocupaba, ni dió señal alguna de emoción cuando iba a ser sacrificado; así como la presencia de ánimo de Prieto, que con su elocuente y oportuna palabra desarmó a sus enemigos".



MORIBUNDO, CUMPLIO CON SU DEBER

Nuestros desastres en la guerra con los Estados Unidos, pagados con nuestra humillación y nuestra vergüenza, revelan en el Congreso de Querétaro (1) a un orador potentísimo; al diputado don José M. Cuevas (2), que se arranca a las garras de la muerte, se hace conducir a la Asamblea, sube trabajosamente a la tribuna; y allí, intérprete de los corazones fuertes que a la honra y a la dignidad de la patria posponen todos los bienes de la tierra, prorrumpe en elocuentísimo discurso, como jamás vibrara en labios mexicanos. Aquella su palabra trémula, apagada, más acento de tumba que de espíritu viviente, es queja, es deprecación, gemido, conjuro, grito de guerra, de titán, que aun tendido en tierra, no se rinde al hado, no capitula con el vencedor. Y la perdida causa de la guerra alcanza el voto de una minoría que, si lo es relativa por el número —treinta y cinco votos contra cincuenta y uno—es mayoría por su significación, por el valor intrínseco que aquilata el de aquellos denodados mexicanos que prefieren la muerte a la ignominia. Y la voz de

Cuevas no se oyó más: su discurso fué la oración fúnebre de la mutilación de la patria, a la que tan grande alma no podía sobrevivir.

Manuel Sánchez Mármol. (3).

(1) Reunido en 1848 para examinar el Tratado de Paz celebrado con los Estados Unidos, en Guadalupe Hidalgo, el 2 de febrero de dicho año. Hablaron en contra, en la Cámara de Diputados, los Sres. Aguirre, Arriaga, Cuevas, Doblado, Muñoz, Pacheco, Prieto, Rodríguez y Villanueva; y en la de Senadores, los Sres. Morales, Robredo y Otero.

(2) Miembro prominente del partido conservador. Don Guillermo Prieto, refiriéndose al hermoso rasgo de patriotismo relatado por el Sr. Sánchez Mármol, dice: "Concluyó de hablar el orador, y cayó como exánime sobre la camilla... entonces, como si se tratara de un padre por el amor o de un niño, o un ser de cristal, se le rodeó, se le abrigó, y se le prodigaron cuidados al hombre que se había hecho adorable. Los diputados se disputaron el honor de llevarlo a su casa en hombros, y sin saber cómo, se armó una procesión de cirios y hachones, que acompañó al orador hasta su casa." Imponente y merecido homenaje a un venerable patriota, que, al borde ya de la tumba, fué a cumplir con su sagrado deber!

(3) Literato muy culto, nacido en Cunduacán, Tabasco, el 25 de mayo de 1839. Escribió varias novelas y una monografía: "Las Letras Patrias." Distinguióse especialmente por la donosura de su estilo. Fué, además, un abogado notable. Desempeñó diversos cargos públicos, entre otros, los de diputado al Congreso de la Unión, Senador de la República, y Secretario General del Gobierno del Estado de Tabasco. Perteneció al profesorado de la Escuela Nacional Preparatoria y a la Academia Mexicana de la Lengua. Murió en México en marzo de 1912.



POR LA GLORIA DEL CADALSO!

Desde luego supe en la ciudad (Uruapan) que el General en jefe disponía verificar una gran parada, a fin de conocer el efectivo de sus tropas y sus elementos de guerra, y que sería aprovechado aquel acto para entregar el estandarte al regimiento de "Lanceros de la Libertad". Temíase que la solemnidad no tuviese el brillo correspondiente, porque en aquel año las lluvias fueron abundantísimas y tenaces, produciendo inundaciones en muchas comarcas del país. En octubre aún cubrían el cielo negras y pesadas nubes, y en la tierra una luz difusa entristecía el ánimo de los hombres y daba tintes siniestros a la vegetación. Pero amaneció el día 5 fijado para la ceremonia, y hubo entonces un sol esplendoroso, brillando en el Oriente; el aire húmedo y limpio se mecía en imperceptible brisa que suspiraba entre el follaje. A lo lejos se oían el redoble de los tambores y el metálico són de los clarines. Los batallones y escuadrones se dirigieron al espacioso llano que se dilataba al Oriente de la población; allí formaron la extensa línea de batalla. A poco, el General en jefe, acompañado del cuartel maestre Carlos Salazar, del general Riva Palacio y de los Esta-

dos Mayores, llegó al campamento y fué saludado con los acordes del Himno Nacional.

Entonces se oyó la voz de Salazar, mandando la parada; las fuerzas abrieron sus filas y se pasó revista. Después, el general Arteaga entregó al coronel Anda el estandarte destinado a su regimiento.... Concluído el acto, la tropa desfiló a acuartelarse; los jefes se encaminaron a una de las más hermosas casas de campo de la ciudad, mansión llena de poesía, que más tarde recibió el melancólico nombre de Cineraria. Allí iba a verificarse un banquete que la Municipalidad ofrecía a los caudillos republicanos.

¡Cuántos arranques de patriotismo escuchamos aquel día en los brindis de Riva Palacio, de Salazar... de todos! Se celebraban allí las hazañas de los compañeros de gloria e infortunios que quedaron en los campos del combate. En la mesa, los rostros de los convidados revelaban un enternecimiento marcial. De repente la orquesta de Paracho, esa dulcísima y gemebunda música de los "purépecha", nos dejó oír una triste canción entonada en tarasco. Era un himno a la pérdida de Puebla; el recuerdo de aquel día en que muchos defensores de la plaza quedaron sepultados entre los escombros producidos por la artillería francesa, en que otros perecieron al rigor de las armas, y los demás partieron a remotas tierras en duro cautiverio; y el cantar concluía: "Y no hemos de lamentar la pérdida de aquella ciudad heroica? ¿Y no hemos de llorar

a aquellos hombres que juraron de corazón defendernos?"

Las lágrimas corrían por las mejillas de todos al vibrar de las endechas que parecían sollozos.

Aun duraban los ecos de aquel cantar sentido, cuando vimos a Arteaga en pie, en la mano la copa, en los ojos un destello del sol de la libertad.

Y oímos brotar de los labios del héroe estas palabras: "Señores, por la gloria del cadalso".

Todos nos inclinamos ante aquella mirada, y sobrecogidos de emoción escuchamos aquella voz profética. Sublime era la actitud del caudillo, saludando a la muerte y ofreciéndose en holocausto por la patria. (1).

Eduardo Ruiz.

(1) Ocho días después, el general Arteaga fué hecho prisionero en Santa Ana Amatlán. El 21 del mismo mes de octubre, murió fusilado en Uruapan.



¡PRIMERO ES LA PATRIA!


Gral. D. Nicolás Régules

Régules (1), rápido en sus evoluciones como Aquiles, a quien se da en la Iliada el epíteto de raudo; dotado del arte de engañar al enemigo por medio de astutos movimientos, frustrando así todos sus planes, admiró a Michoacán con sus proezas, y las fuerzas que le iban persiguiendo no consiguieron a pesar de todos sus esfuerzos, más que ser testigos de su prodigiosa actividad y de su arrojo. El ataque de Tacámbaro (2) fué concebido y realizado en un momento. La columna que atacó de frente fué mandada por el coronel Villada. El teniente coronel Jiménez mandaba la del flanco derecho; el teniente coronel Villanueva la del flanco izquierdo y el coronel Eguiluz la caballería. Lanzado el primer disparo por la pieza de montaña a que nos referimos arriba, la guarnición se puso en movimiento. En aquellos instantes una idea infame cruzó por no sabemos qué cerebro. La esposa (3) y los hijos del general Régules estaban en poder de los belgas. ¿Qué mejor escudo? La infortunada ma-

dre y el más tierno de los pequeñuelos, fueron llevados a la fortificación, y en ésta, al punto de mayor peligro. ¡Al asalto! clamó Régules. En este instante, alguien, horrorizado o compasivo, le señaló el grupo trágico que en la frontera de la fortificación se destacaba. ¿Qué iba a hacer Régules? Aquel minuto de terror supremo fué de los que tienen para el alma la duración de todo un siglo. El clarín de la patria confundía su marcial toque con la voz suplicante del amor y con el sollozo de los niños. Régules, sereno como un hombre de Plutarco, gritó de nuevo: ¡Al asalto!


Manuel Gutiérrez Nájera

La patria había vencido, como venció también, siglos atrás, en el ánimo heroico de Guzmán el Bueno. La patria es nuestra madre; mas cuando se ama, la patria está en el pecho de esos niños que son como una prolongación de nuestra vida, como el último término de la Trinidad sublime del amor; está, viva y ardiente, en el corazón de la mujer amada. La patria quiere nuestras vidas y las damos; pero la esposa es más que la vida y que el alma. Para vencer en esta lucha, para ahogar el amor, como Otelo a Desdémona, para esgrimir la cuchilla contra todo lo que amamos, es necesario hallarse revestido de "triple bronce", según la frase de Horacio, no ser un hombre, ser un semi-dios. El asalto fue reñidísimo. El caballo alazán que montaba el general Régules cayó acribillado por las balas. Tomó otro, y en per-

sona, en medio de una lluvia de balas continuó dirigiendo las operaciones. Podía decirse que sus propios soldados disparaban contra él, porque hacían fuego contra su esposa y contra sus hijos. ¿Puede darse situación más trágica? Las muestras de valor de los compañeros de Régules fueron incontables. Allá, Pablo Jiménez, sin parque ya y sin armas, se bate con los extranjeros, cuerpo a cuerpo; Luis Robredo muere tomando una trinchera; José Vicente Villada incendia una de las puertas del convento, e iluminado por el incendio es el blanco de todos los disparos; Villada cae herido cuando penetra denodadamente por uno de los puntos fortificados; todo es muerte, la sangre humea por todas partes, y en medio del fragor de la pelea, ante el convento envuelto por las llamas, Jáuregui (4), el noble joven a quien la sombra de su padre anima, cae herido mortalmente.

Los belgas, ya perdidos y refugiados en el interior de aquella hornaza, izaron la bandera blanca, volviendo los fusiles por la culata. Los clarines tocaron parlamento. Los soldados patriotas se acercaron confiadamente al edificio. En este instante la bandera blanca fué arrancada con violencia, y una descarga de fusilería recibió a los bizarros asaltantes... La lucha fué breve, y momentos después, la columna que mandaba el coronel Villada, entraba, la primera, a la fortificación. El clamor de las tropas pedía ejemplares represalias... A manera del ángel que detiene la cuchilla en el pasaje bíblico, aparecieron entre

aquellas tropas la esposa y los hijos del general Régules. Dios había preservado sus vidas; Dios pagaba las deudas de la patria.

La piedad venía con ellos, porque la piedad en horas tales, sólo puede abrigarse en el corazón de una madre o en el alma de un niño. Los prisioneros belgas fueron perdonados, y cuando las tropas de Régules hambrientas y agonizantes de cansancio, se retiraban de aquel sitio, el General dió orden para que diesen a los belgas los recursos con que contaban aquel día para comer. Los soldados republicanos dieron su propio pan al enemigo. Algunos días después, el joven Jáuregui moría.

Manuel Gutiérrez Nájera. (5)

(1) General de División. Nació en Quintanilla Sopeña, Burgos, España, el 21 de agosto de 1822. En su juventud luchó contra los carlistas. En 1845 llegó a México; sentó plaza en nuestro ejército, en cuyas filas tocóle combatir contra los americanos, primero; por el plan de Ayutla y la Reforma, después, y contra la Intervención y el Imperio más tarde. Distinguióse en todas estas épocas por su valor indiscutible. "Cuando aparecieron en Veracruz los ejércitos de la convención tripartita, dice don Eduardo Ruiz, Régules solicitó su retiro, no queriendo combatir contra España, su antigua y noble patria, por más que ya no se considerase sino como mexicano; pero desde el momento en que el general Prin apartó al gobierno ibero de la injusta agresión, Régules no insistió ya en su solicitud. Entonces, con más ardor que nunca, con todo el patriotismo de su alma, corrió a empuñar las armas para combatir, como lo hizo sin descanso, sin vacilación, con una fe invencible en el triunfo, contra las huestes de Napoleón III y contra los traidores a la patria".

(2) El 11 de abril de 1865. La plaza estaba defendida por el mayor Tydgad, quien falleció pocos días después, a consecuencia de las heridas que recibió en este combate. Los belgas tuvieron que lamentar

también la pérdida del capitánChazal, hijo del Ministro de la Guerra de su país.

(3) Doña Soledad Solórzano de Régules, mexicana ilustre.

(4) Don Rosendo Jáuregui, hijo del Lic. don Agustín Jáuregui, fusilado por Márquez, en Tacubaya, el 11 de abril de 1859. Seis años después, el 11 de abril de 1865, se presentó al entonces coronel don José Vicente Villada, y le dijo: "Hoy es el aniversario de la muerte de mi padre. Quiero vengarlo o morir. Pido la gracia de ponerme al frente de la columna". Quien así hablaba, dice el distinguido escritor don F. Javier Gaxiola, apenas tendría 20 años. Volvía de México, en donde había retado a Márquez, quien rehusó el duelo... Combatía por la libertad y por su padre. ¿Qué héroe más digno de la estrofa épica?"

(5) Exquisito poeta y admirable prosista, reputado en todos los países en que se habla nuestra lengua, como uno de los ingenios más donosos que han honrado a las letras castellanas: en las cuales, antes que otros artistas soberanos, ejerció grande influencia. Gutiérrez Nájera, que firmó muchos de sus escritos con el seudónimo de EL DUQUE JOB, no sólo fue un espíritu altísimo, sino también un hombre dotado de relevantes prendas morales. Nació en México el 22 de diciembre de 1859. Murió en la misma ciudad, querido y admirado por todos, el 3 de febrero de 1895. Fue diputado al Congreso de la Unión, redactor de "La Libertad", "El Partido Liberal", y "El Universal", y Director de la "Revista Azul", inolvidable periódico literario fundado por él y por el Sr. don Carlos Díaz Dufóo, distinguido publicista, cuya labor intelectual es tan conocida como justamente elogiada.



PATRIOTISMO Y HONRADEZ

Viven aún algunos, muy contados viejos, que asistieron a aquellos días de duelo inenarrables (sitio de Veracruz por los americanos, en 1847) ; pero aún recuerdan ellos a Gutiérrez Zamora (1), aún se les llenan los ojos de lágrimas al recordar a aquel hombre de mirada penetrante que dominaba a sus subalternos y los hacía morir con gloria en aras de la nacionalidad.

"Comandante de la Guardia Nacional, dice el Sr. Morales Suárez en unos apuntes que bondadosamente remitió a nuesto editor, comenzó a hacerse notar por su extraordinario valor y sangre fría ante el peligro.

"El 24 de marzo de 1847, al frente de la columna compuesta de las compañías de Granaderos y Cazadores que defendían la ciudad, estuvo en observación del enemigo desde el "Cementerio", lugar próximo al campamento americano, hasta que se retiraron las tropas que parecía iban a dar el asalto. En un opúsculo titulado "Un Tributo a la Verdad", escrito por don Antonio de Mária Campos, se lee "que el mayor Zamora fue el primero en dar el ejemplo a los jefes de los cuerpos, arrollándose a la cintura la

bandera de su batallón, para que no cayera como trofeo de guerra, en poder del enemigo".

Pero no es éste su único acto de valor y de dignidad. Cuando por los estragos del sitio, la capitulación se hizo necesaria, la Guardia Nacional, que al mando de él constituía una parte de la reserva, declaró que no se rendía. No rendirse ante aquel cuerpo formidable que desde el 22 hasta el 26 de marzo disparó más de 7,000 proyectiles sobre el puerto, que mantuvo una lluvia de hierro sobre la población, que arrasó gran parte de los edificios y redujo a los habitantes a la miseria, es un acto cuyo valer somos los primeros en proclamar.

Ayax desafiaba a los dioses...

...Durante la campaña de 1858 a 1859, Gutiérrez Zamora estuvo a punto de ser víctima de asesinos traídos de la Isla de Cuba por hombres que se decían sus amigos. En esa misma época, los jefes del partido reaccionario, comprendiendo que él era el principal obstáculo para que las operaciones sobre la plaza diesen buenos resultados, le enviaron un comisionado, y éste, en nombre de aquéllos, le propuso que pidiera una licencia para separarse del gobierno del Estado, por tres o cuatro meses; que de aceptar, tenía a su disposición la cantidad que señalara en el Banco de Europa que mejor quisiera. Zamora contestó: "Yo doy el doble si no me vuelven a hacer semejantes proposiciones". Tales son, a grandes rasgos, la vida y el carácter de aquel grande hombre, de

aquel inmortal Gutiérrez Zamora que no tiene aún una estátua que perpetúe en las generaciones del porvenir sus altos y gloriosos hechos.

José P. Rivera .(3).

(1) La defensa del puerto fué de tal manera notable, que el mismo general americano Scott, dijo en un manifiesto: "Somos testigos, y como parte afectada, no se nos tachará de parciales, cuando hemos lamentando con admiración que el heroico comportamiento de la guarnición de Veracruz en la valiente defensa que hizo fué infamado por el general (Santa Anna), que acaba de ser derrotado y puesto en vergonzosa fuga por un número muy inferior al de las fuerzas que mandaba en Buenavista: que este general premió a los pronunciados en México siendo promovedores de la guerra civil, y ultrajó a los que singularmente acababan de distinguirse resistiendo más allá de lo que podía esperarse, con una decisión admirable".

(2) Don Manuel Gutiérrez Zamora, nacido en Veracruz el 24 de agosto de 1813. En el bombardeo de los americanos, en la expedición de las leyes de Reforma y en el segundo sitio de Miramón, dió muestras de valor y de energía: así como en los diversos puestos públicos que tuvo a su cargo, reveló un alto espíritu progresista. El fué el primero que tuvo la idea de transformar en puerto la rada de Veracruz: él llevó a cabo, en unión de otros veracruzanos distinguidos, la erección del hospital que en la actualidad tiene su nombre, y a él se debe la construcción del ferrocarril de Medellín. Según algunos escritores, débesele también que don Benito Juárez firmara las Leyes de Reforma, pues resistíase a ello el Presidente, en virtud de que no lo consideraba oportuno. Gutiérrez Zamora fué gobernador de su Estado natal. Poco antes de morir, abandonó el lecho para defender a los obispos que el gobierno liberal había desterrado, y a los cuales, algunos individuos del pueblo, hicieron manifestaciones censurables. Falleció el 21 de marzo de 1861.

(3) Distinguido literato veracruzano, muerto en junio de 1915. Escribió unos "Cuentos de mi tierra", notables por la fidelidad de sus descripciones: y numerosos artículos de crítica, reveladores de una vasta cultura.

UN CAUDILLO PROBO Y MODESTO

Nada le hacía (a don Santos Degollado) dar un paso atrás; nada le desalentaba; nada hizo desviar un ápice su constancia. Derrotadas sus tropas en la Estancia de las Vacas, el 13 de noviembre de 1859, volvía a la carga más constante en San Luis, en seguida en Lagos, después en el Bajío. El 12 de noviembre, víspera de la batalla en Estancia de las Vacas, tuvo una conferencia, bajo un mezquite, con Miramón, entre la Calera y la hacienda del Rayo. No pudieron llegar a ningún acuerdo. Al despedirse, Miramón dijo a Degollado:

—Mañana lo derroto a usted, como tres y dos son cinco.

A lo que respondió don Santos: Mi deber no es vencer, sino combatir por principios que al fin tienen que triunfar, porque son los de una revolución grandiosa, que en el orden moral, está verificándose en todo el país.

Y era la verdad. Don Santos Degollado no tuvo otra mira en toda la revolución. Siempre pobre, estaban primero sus soldados que él. Cuando había, los jefes, sin distinción, recibían un peso por cabeza; pero don Santos Degollado rara vez recibía sueldo. Lo poco que tenía lo iba gastando con una economía proverbial.

Una botella de vino en la mesa, a la hora de comer, lo inquietaba hasta la nimiedad. Le decía al proveedor:

—No ponga usted vino en la mesa. Dirán que si para esto queremos los préstamos. Basta una comida sencilla sin estos lujos. Es preciso cuidar de los recursos del soldado y no verse obligado a gravar con más contribuciones a los pueblos, que son los que pagan todo esto.

No quería ni que los jefes en las ciudades ocupadas fueran al teatro, para que no dieran qué hablar. Cuando llegaba su tropa a algún pueblo, prefería hospedarse en la casa consistorial que en una de familia, para evitar molestias. Muchas ocasiones sucedía que tras de larga jornada en que el cansancio y el hambre estaban por matar a la tropa, al Estado Mayor y a él, se negaba caballerosamente a aceptar las ofertas que familias enteras le hacían al llegar a un punto.

—Excelentísimo señor, pase Ud. a la mesa con su Estado Mayor.

—Gracias, mil gracias. No se molesten ustedes, señoras. Si ya comimos...

Más de una vez el general don Miguel Blanco le llegó a decir:

—¡Cómo, señor! ¿Usted mismo arreglando su ropa?

Y no era don Santos Degollado a secas; era Ministro de Guerra y Marina y general en jefe del Ejército Federal.

Ángel Pola.

LA HONRADEZ DE UN GRAN VIRREY

Don Luis de Velasco (1) siguió su feliz y acertado gobierno hasta el 31 de julio de 1564 en que murió, habiendo servido el virreinato durante catorce años. Fué sepultado con gran solemnidad en la iglesia de Sto. Domingo, que estaba entonces en lo que después fué Inquisición. Su cadáver fué conducido en hombros de cuatro obispos que se hallaban reunidos para el 2o. Concilio Mexicano (2). El Cabildo Eclesiástico de México, informando al rey Felipe II de la muerte de D. Luis de Velasco, le dijo: "Ha dado en general a toda esta Nueva España muy gran pena su muerte, porque con la larga experiencia que tenía, gobernaba con tanta rectitud y prudencia, sin hacer agravio a ninguno, que todos le teníamos en lugar de padre. Murió el postrer día de julio, muy pobre, y con muchas deudas, porque siempre se entendió tener por lo principal hacer justicia con toda limpieza, sin pretender adquirir cosa alguna, más que servir a Dios y a V. M., sutentando el reino en suma paz y quietud".

En el gobierno del insigne don Luis de Velasco, y en el de su antecesor Mendoza, que entre ambos duraron treinta y un años, se arregló toda la administración política, civil y religiosa de la Nueva España.

Lucas Alamán. (3)

(1) Segundo virrey de la Nueva España. Gobernó desde el 25 de noviembre de 1550 hasta el 31 de julio de 1564. Dos títulos tiene para la inmortalidad este egregio varón: la apertura de la Universidad de México, llevada a cabo el 25 de enero de 1553, y la libertad concedida a más de ciento cincuenta mil indios, sin contar a sus mujeres e hijos, que se hallaban en las minas dedicados a rudísimos trabajos. El insigne virrey libertó de la esclavitud a esos seres desventurados, a pesar de la tremenda oposición que para ello le hicieron los crueles traficantes de la raza vencida. "La libertad de los indios, dijo entonces el enérgico y compasivo don Luis de Velasco, vale más que todas las minas del mundo; y por las rentas reales no se deben atropellar las leyes humanas y divinas".

No contento con esto, prohibió, además, que los indios fuesen empleados como bestias de carga, aun cuando para esta clase de trabajo se contara con su consentimiento, y se les pagase retribución. Estas disposiciones bastan para perpetuar la memoria del recto gobernante que las dió.

(2) Reunido en México en 1565. El Sr. Riva Palacio observa que en él "comenzó a establecerse en México el fuero privilegiado de los eclesiásticos, que tres siglos después ha sido uno de los motivos de larga y sangrienta guerra civil".

(3) Famoso historiador y político, nacido en Guanajuato el 18 de octubre de 1792 y muerto en México el 2 de junio de 1853. Hombre de convicciones arraigadas, de profundo talento y de instrucción vastísima, el Sr. Alamán es uno de los escritores más notables que nuestro país ha tenido. Diputado a Cortes, Ministro de Relaciones varias veces, Miembro del Poder Ejecutivo y del Congreso General, Presidente del Ayuntamiento de México, oráculo del partido conservador, don Lucas Alamán fué un hombre de Estado que vivió en perpetua lucha, y que influyó poderosamente en los destinos de la República. Autor de la Historia de México más combatida por unos y más elogiada por otros, que se ha escrito; no hay quien deje de reconocer que esta obra es muestra innegable de una inteligencia superior. Consagrado en algunas épocas de su vida a negocios industriales, o comisionado oficialmente para estudiar asuntos de este género, promovió ardientemente el progreso de la Nación. En breves palabras: "benemérito de la minería, creador de la industria nacional, profundo político, excelente escritor y católico sincero, fué, según dice uno de sus biógrafos, don Victoriano Agüeros, ornamento de su país, el cual registrará con orgullo su nombre en los anales de sus hijos esclarecidos".

DEJÓ A SU VIUDA EN LA POBREZA


Gral. D. Melchor Múzquiz

Don Melchor Múzquiz (1) murió el 14 de diciembre de 1844, tan pobre como había vivido, no obstante el haber manejado caudales de consideración en los puestos sobresalientes que ocupó, y fué muy sentido por las gentes honradas de todas las clases de la sociedad. Su pérdida fué llorada por los viejos insurgentes que habían quedado; por los republicanos que sintieron la falta de uno de los fundadores de ese sistema; todos los que apreciaban la dignidad y la independencia personal extrañaron a su mejor modelo, en circunstancias en que las virtudes y la rectitud en las ideas eran tan necesarias a los funcionarios públicos para levantar el desprestigiado imperio de las leyes.

Las cualidades principales que marcaron el carácter de Múzquiez fueron: la honradez, la firmeza de sus propósitos, dirigidos siempre por sana intención y la tendencia a atesorar en las cajas nacionales; cuando fué gobernador del Estado de México, dejó

$900,000 en caja, y tanto guardaba, que fué preciso apuntalar la pieza del repleto tesoro; es de notar que al morir encomendó su familia a la Providencia, pues la dejó en tal pobreza, que la señora viuda tuvo que establecer una "amiga". Su justificación le hizo rechazar alguna vez la banda de general, dando por razón que no era acreedor a ella por falta de méritos, y cuando se le pedía su hoja de servicios, contestaba que la tenía en los que había prestado a la independencia y al bienestar de su patria. Los destierros, los sufrimientos, nada le importaban cuando conc[illegible] le exigía sacrificarse, y después de [illegible]ca respuesta a alguna proposición del partido contrario dominante, llegaba a su casa, y con mucha calma, antes de que tuviera indicaciones seguras, disponía el arreglo de su equipaje para el viaje que suponía le iban a mandar que hiciera; pero la rectitud de sus intenciones le atraía consideraciones aun de sus enemigos.

M. Rivera Cambas.

(1) General de división. Gobernador del Estado de México, dos veces, Comandante general de Puebla, Presidente de la República, en 1836, Presidente del Poder Conservador, diputado al primer Congreso Nacional, el Sr. Múzquiz comenzó a servir a su patria desde el año de 1810, en que abandonó las aulas de San Ildefonso para sentar plaza en las filas insurgentes. Michoacán y Veracruz fueron, especialmente, el teatro de sus campañas. Hecho prisionero en la hacienda de Monte Blanco, fué condenado a muerte. Al ponérsele en libertad, merced a uno de los indultos generales concedidos por el gobierno de España, negóse categóricamente a ofrecer que no volvería a tomar las armas en contra de la Metrópoli. Como gobernador del Estado de México, fué el verdadero organizador de esta entidad, cuyos destinos supo diri-

gir en épocas difíciles, con una honradez y un patriotismo inolvidables, dotes que reveló también en el desempeño de la Presidencia de la República. El 27 de diciembre de 1832, en virtud de que el general Herrera secundó el plan de Zavaleta, retiróse del poder el Sr. Múzquiz, con toda dignidad—dice el Sr. Gaxiola—a pesar de que la revolución triunfante le desconoció los grados militares que heroicamente había ganado, peleando por la independencia de su patria.

Nació este probo mandatario en la villa de Santa Rosa, que hoy lleva su nombre, del Distrito de Monclova, Coahuila, por el año de 1790.



COMO BAJÓ DEL PODER

Un hecho poco sabido, pero muy digno de publicarse, dará idea de la extraordinaria probidad y pureza administrativa del Sr. Gral. don Porfirio Díaz. Al terminar su primer período presidencial, el hombre que había tenido a su disposición grandes caudales públicos, el pacificador de la Patria, se vió obligado a pedir prestados al Banco Nacional ¡ocho mil pesos! para acabar la construcción de su casa de Humboldt; y hubo consejeros que votasen en contra de la solicitud de quien había creado la situación a que el Banco debe su prosperidad. Pero uno de aquéllos, don Juan Llamedo, español de origen, se levantó indignado, y dijo que se diera inmediatamente la cantidad pedida; que él se hacía responsable de que sería fielmente pagada, como en efecto lo fué. (1).

(1) Véase la obra ACCION MORAL, en la que se hallan referidos muchos rasgos de honradez, valor, generosidad, modestia y patriotismo del insigne Sr. general don Porfirio Díaz.



DOS PADRES DEL PUEBLO



Bucareli

Por fortuna para la dominación española los últimos virreyes del siglo XVIII fueron, con una excepción, hombres buenos, y dos de ellos excelentísimos: me refiero a Bucareli (1) y al segundo Revilla Gigedo (2)... Casi reconciliaron a la sociedad mexicana con la dominación española, repugnada por buena parte de la nueva generación criolla y mestiza, y pasivamente odiada por los indígenas, como todo amo es odiado, en principio, por el siervo.

Bucareli fué uno de esos hombres capaces, a fuerza de bondad y celo, de hacer aparecer bueno un régimen malo. Lo era éste: el aislamiento, la incomunicación entre la Colonia y el resto del mundo se acentuó más; y era que, inhábiles los gobernantes para llevar a cabo una reforma absoluta del sistema colonial, que habría exigido otra en la misma España, tenían miedo redoblado y justo de que el contacto de las colonias con la civilización indujera

a los colonos a sacudir el yugo; y por otra parte, sabían que, mientras más se retardara este momento fatal, el peligro de una explosión sería mayor... y atendían el mal próximo y encomendaban al tiempo lo demás. Mal cálculo. Sea lo que fuere, y a pesar de sus empeños en pacificar las zonas vagas limítrofes con Tejas, Chihuahua y Sonora, en donde las hordas nómades, clandestinamente armadas por los ingleses, mantenían un estado igual a aquel en que se hallaba el centro al día siguiente de la Conquista, y de que aumentaban los gastos, mejoró la hacienda, dió alas al comercio, que tomó incremento extraordinario en su época, y subió el crédito a un grado inverosímil. Fué aquella una época dichosa en la Colonia, que acalló sus aspiraciones; fué la época en que el meritísimo arzobispo Lorenzana (3), un ángel de caridad, establecía planteles de socorro para las formas más conmovedoras del desamparo, y reunía el IV Concilio Mexicano para reproducir en él las muestras de celo evangélico y de amor por los conquistados que caldeó el corazón de los apóstoles del siglo XVI.

Diez años después del eximio Bucareli llegó Revilla Gigedo. Este hombre fué pasmoso de actividad y acierto; México era una gran ciudad, sus habitantes amaban el lujo; pero, como buenos hijos de españoles y educandos de frailes, no tenían noción clara de la policía, del aseo público, de la higiene, de la verdadera comodidad, de la cultura en suma. Todo esto quiso transformar el virrey, y logró tanto, que algu-

nas de sus disposiciones serían todavía benéficas a la capital de la República, si tornasen a regir.

Pero no sólo fué el mejor edil que México ha tenido, fué un gran gobernante: la milicia, la hacienda, las intendencias, los tribunales, todo fué inspeccionado por él, en todo puso la mano, en todo bien. Se empeñó en dar conciencia de sí mismo al pueblo mexicano, y creó escuelas primarias y fomentó las superiores; protegió los estudios históricos, los artísticos, la agricultura, la minería, el comercio; pero todo con medidas prácticas, con verdadero criterio político. ¿Cómo Bucareli y Revilla Gigedo no tienen sus estatuas en México que les debe tanto? No, en su tiempo el grito de independencia "muèra el mal gobierno", habría sido imposible.

Justo Sierra. (4).

(1) Don Antonio María de Bucareli y Urzúa, cuadragésimo sexto virrey de la Nueva España. Gobernó desde principios de septiembre de 1771 hasta el 9 de abril de 1779, en que, víctima de una pleuresía. falleció, llorado y bendecido por el pueblo, que lo llamaba "el padre de la patria". Durante su administración honrada y benéfica, fundáronse establecimientos de caridad, construyéronse fortalezas, fueron protegidas las exploraciones científicas, reunióse la primera junta de Minería, restablecióse la Casa de Moneda, progresaron notablemente las obras del Desagüe, etc., etc. Este gran gobernante se halla enterrado en la Basílica de Guadalupe.

(2) Don Juan Güemes Pacheco Padilla y Horcasitas, 2o. conde de Revillagigedo y 52o. virrey de la Nueva España, natural de la Habana. Gobernó desde el 16 de octubre de 1789, hasta el 12 de mayo de 1799. "Todo este período, dice don Lucas Alamán, es una serie de grandes y acertadas disposiciones en todos los ramos, de que da idea la instrucción que dejó a su sucesor. La ciudad de México le debe su

hermosura y aseo, y no hubo ramo ninguno de la administración que no sintiese los efectos de la mano firme e inteligente que llevaba el timón del gobierno". Activo, progresista, honrado, protector de las mejoras materiales, fuélo también de las científicas; baste decir que en su tiempo inauguróse el famoso Colegio de Minería, principió a enseñarse la Botánica, y fueron establecidas escuelas gratuitas de instrucción primaria. Junto con estas cualidades, tenía la de ser un gobernante enérgico y justiciero, como lo revela la prontitud y entereza con que procedió a la aprehensión y castigo de los asesinos de Dongo. Desde entonces, esto es, desde los primeros días de su gobierno, mereció el título de "justitiae vindex", que se encuentra al pie de sus retratos. Acusado impíamente por el Ayuntamiento de México, falleció el 12 de mayo de 1799, antes de que su proceso terminara, de que sus ingratos acusadores fuesen condenados, y de que el Rey reconociera los esclarecidos servicios que el insigne Revillagigedo le había prestado.

(3) Don Francisco Antonio Lorenzana y Buitrón, 27o. Arzobispo de México. Nació en León (España), en 1722. Rigió los destinos de la Iglesia Mexicana desde el 22 de agosto de 1766, hasta el mes de enero de 1771, en que fue nombrado Arzobispo de Toledo y Primado de las Españas. En 1789 el Papa Pío VI lo ascendió a la categoría de cardenal. Falleció en Roma, a donde había sido enviado por Carlos IV "para que proporcionara al Papa algunos consuelos", el 17 de abril de 1804. En México su ardiente caridad dejó recuerdos imperecederos. El fué quien convocó el IV Concilio Mexicano reunido en 1771, que tanto empeño tuvo en proteger y moralizar a los indios, de quienes decía que "su tilma nos cubre, su sudor nos mantiene, con su trabajo nos edifican iglesias y casas en qué vivir". El fué también el fundador de la Casa de Expósitos, conocida vulgarmente por "La Cuna", establecimiento que creó y mantuvo con sus propios recursos; y como si estos títulos no fueran bastantes para que la posteridad lo venerara, dedicóse a la publicación de obras muy importantes, entre las cuales merece ser citada la Historia de la Nueva España escrita por Hernán Cortés y aumentada con notas y documentos por el Sr. Lorenzana. Publicó también este ilustre prelado unas "Reglas para que los indios mexicanos sean felices en lo espiritual y temporal" (1768), y según el docto Beristáin, aquí y en España derramó más de quince millones de pesos en hospitales, hospicios, fomento de la agricultura, fábricas y obras públicas.

(4) Nació en Campeche el 26 de enero de 1848. Murió en Madrid el 13 de septiembre de 1912. Fue profesor de la Escuela Nacional Preparatoria, diputado al Congreso de la Unión, Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes y Enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario en España.

Como maestro. como escritor y como funcionario, trabajó ardientemente por el progreso de la enseñanza. Fué un poeta altísimo; un estilista brillante; un orador grandilocuente; un historiógrafo docto; un pensador profundo; un catedrático que subyugaba con su verbo, y un hombre de limpio y nobilísimo corazón. Su nombre figurará siempre en nuestra historia literaria como el de uno de los escritores más grandes que México ha producido.



EL GRAN APÓSTOL

Mas junto con los misioneros o poco después, aparecieron los hombres que sistematizaron, digámoslo así, el apostolado cristiano, y tuvieron conciencia clara de su misión, no sólo como propagadores del Evangelio sino como redentores de los indios. Fueron muchos, fueron legión; no sólo predicaron aquí sino en España; no sólo ante los indios, sino ante los conquistadores; no sólo ante los déspotas en la Nueva España, sino ante los monarcas en la Corte; en ese admirable grupo resaltan cuatro obispos, cuatro hombres que con su caridad y con su fe sellaron los títulos de la patria potestad ejercida por la Iglesia sobre el pueblo conquistado: Las Casas (1), Zumárraga, Fuenleal y Quiroga: el primero, en aquel siglo en que la humanidad toda pareció crecer de un palmo, descuella, es una gigantesca figura moral; fué el hombre de una idea, de ésta: "Los indios tienen derecho a ser cristianos, por consiguiente tienen derecho a ser libres; la conquista es, por ende, la vio-



Fr. Bartolomé de las Casas

lación perenne de un derecho; es deber de buen cristiano deshacer la obra de la iniquidad". Venido a las Antillas desde los albores del siglo XVI, tuvo juntamente conciencia de su vocación de apóstol y de la sacerdotal: ante los primados de la Iglesia española; ante el Consejo de Indias; ante el monarca, reclamó el derecho de los indios a la libertad, pero con tanto tesón, con tanto fervor, en términos tan absolutos, que aun hoy asombran por su humanitaria temeridad; la desaparición de la raza conquistada en las islas, gracias al maltrato de los conquistadores, había dejado en su alma indelebles huellas; había sido testigo presencial de esta catástrofe. En su obispado de Chiapas, convirtiendo y amparando a los indios; en la Corte, en donde obtuvo la promulgación de las famosas Nuevas Leyes que ponían coto, de golpe, a los supuestos derechos de los conquistadores, convirtiéndolos en simples deberes; en México, en donde, comunicando su celo incendiante a otros, hizo declarar que la conquista sólo había sido permitida por la Iglesia para hacer cristianos y no vasallos, ni esclavos, ni siervos; ya obligando al monarca a confiar la adquisición de nuevas tierras a las prédicas de los misioneros, ya al virrey Mendoza a disponer ensayos formales de conquista pacífica por medio de los frailes, ya escribiendo sus vehementes folletos y ya la


D. Justo Sierra

inestimable historia de los descubrimientos y conquistas, Las Casas no abandonó nunca su obra, no se desalentó en su benéfica labor de caridad...

Justo Sierra.

(1) Fr. Bartolomé de Las Casas, santo obispo de Chiapas e insigne protector de los indios. Nació en Sevilla en 1474. Obtuvo el título de licenciado en la Universidad de Salamanca. Inmortal defensor de la raza conquistada, afrontó por ella innumerables peligros y soportó persecuciones sin cuento. Atacado en la Corte; injuriado en Gracias a Dios; expuesto a ser expulsado de Santo Domingo y a morir a manos de un asesino en Ciudad Real, procesado en Nicaragua, combatido en libros y en polémicas, lastimado en su dignidad por hombres tan respetables como el P. Motolinía, visto con repugnancia y con odio por todos los que se miraban perjudicados en sus intereses, nada lo hizo, sin embargo, retroceder un paso ni vacilar un instante en la empresa humanitaria y civilizadora que, como divina misión sobre un verdadero valle de ardientes y solitarias lágrimas, habíanle impuesto su amor al hombre y su culto a la justicia.

En julio de 1566, a los 92 años de edad, falleció en el monasterio de Atocha, Madrid. Escribió varias obras, entre otras la "Brevísima relación de la destrucción de las Indias", publicada en Sevilla en 1552, y la famosa "Historia General de las Indias" que terminó en 1561, dejando encargado que no fuese leída ni publicada sino hasta después de cuarenta años de que él hubiera muerto.



DISOLUTO EN SU JUVENTUD; SANTO EN SU ANCIANIDAD

Aquella ermita (1) se había atraído la curiosidad y la estimación de todos, pues en uno de sus costados había fundado un vecino de México, piadoso y caritativo, un hospital que sostenía con su propio peculio y las limosnas de los buenos, en el cual atendía personalmente a muchos dementes que antes vagaban por la calle, siendo víctimas de las burlas del pueblo ignorante, que los creía hechizados y endemoniados y los apedreaba como a perros rabiosos.

Ese hombre modelo de virtudes cristianas se llamaba Bernardino Álvarez (2), y fueron tantas sus buenas obras que lo tenían por santo de carne y hueso. El Tribunal del Consulado ayudó a Bernardino Álvarez para la reposición de la ermita, sin perdonar cuantiosos gastos y sacrificios, y así se logró levantar una iglesia amplia y de suntuosa fábrica con un buen departamento para enajenados.

Eran tan severas las reglas impuestas por Bernardino Álvarez a los miembros de la asociación de San Hipólito, que le ayudaban en el ejercicio de la caridad, que las aprobaron Gregorio XIII primero, y después Sixto V. La asociación se extendió y pudo hacerse cargo del hospital del Espíritu Santo y del Real, exclusivo para los indios.

Fueron tantos los méritos, tan grande la abnegación de Bernardino Álvarez, quien no sólo no se conformó con haber fundado en la capital ese santo asilo, sino que fundó otro en Puebla bajo la advocación de San Roque, que el Papa Clemente VIII concedió por bula de 1o. de octubre de 1594 que la asociación se transformase en congregación semejante a la de San Juan de Dios, es decir, con votos de hospitalidad y obediencia, pues los de pobreza y castidad no obligaban a los hermanos.

Los frailes hipólitos prestaron grandes servicios a los pobres, y eran tan abnegados, que una vez en que un demente asesinó a un novicio, abriéndole la cabeza con una pala de albañil, el virrey quiso arcabucear al asesino y la comunidad se opuso abiertamente, alegando la inocencia del enfermo y su resolución de asistirlo "hasta que acabase con el último religioso". El virrey, pasmado de tan eximia caridad, quedó convencido y asistió con la Audiencia y tribunales al funeral de aquella víctima de su vocación.

Bernardino Álvarez, modelo de filántropos, gloria de nuestro pueblo, murió de setenta años de edad, a las doce de la noche del 12 de agosto de 1584, por lo cual refería el pueblo la conseja de que se lo había llevado al cielo San Hipólito, en el primer minuto del día que le tiene señalado la iglesia para conmemorarlo.

¡Han pasado tres siglos! ¡Todavía se hospedan y se curan los dementes en la casa fundada por Bernardino Álvarez!

¿Qué mejor monumento para perpetuar su nombre y sus virtudes que ese útil asilo abierto a la desgracia en el mismo sitio, en que, mirando de cerca la muerte se encomendó a la Madre de Dios y después le alzó una humilde ermita el arcabucero Juan Garrido?

Juan de Dios Peza.

(1) El arcabucero Juan Garrido, soldado de Hernán Cortés, construyó en lo que es hoy Portillo de San Diego, una ermita, como testimonio de su gratitud a la Virgen, por haberse encomendado a ella a fin de que le salvara la vida, la famosa Noche Triste, en que estuvo a punto de perecer, en ese sitio, a manos de cinco indios.

(2) Venerable fundador de la Orden hospitalaria. Nació en Utrera, Andalucía, por el año de 1514. Vino como soldado a la Nueva España, y fué de tal manera disoluto en su juventud, que un grupo de mozos livianos lo reconocía por capitán, debido a que era "el que más galante salía de toda suerte de refriegas". Condenados él y doce de sus compañeros, a navegar por los mares de China, pudo escapar del poder de la justicia y dirigióse a El Perú, en donde hizo una fortuna. Regresó a México; entonces pidióle su anciana madre que se dedicara a "vivir bien y virtuosamente, empleado en el servicio de Dios", e hízolo así Bernardino, consagrándose primero a asistir enfermos en el Hospital de Jesús Nazareno, y después de diez años de esta humanitaria tarea, a fundar escuelas, a recoger a clérigos menesterosos y conquistadores inválidos, a proteger a los españoles que llegaban a Veracruz sin recursos y a establecer casas de salud por dondequiera. En su tiempo, dice un biógrafo, se fundaron el hospital de Huaxtepec, dos en Veracruz, uno en Jalapa, Perote, San Roque de Puebla, Oaxaca, Acapulco, Querétaro, Guatemala, La Habana, y el del Espíritu Santo, de México.

En el templo de San Hipólito descansan las cenizas de este hombre admirable, que supo prescindir de los placeres del mundo para consagrarse, por completo y de evangélico modo, al consuelo y alivio de las desgracias ajenas.

EL FRAILE DE LA CALAVERA

Consagró el Sr. Alcalde (1) su vida entera a la práctica de las más puras virtudes; y todavía, como testigos de ello, se levantan soberbios edificios en donde hallan cariñoso albergue el dolor y el infortunio humanos. Gastó todos sus bienes, absolutamente todos, en el ejercicio de la Caridad; y verdadero apóstol de Cristo, no dejó para sí ni palo, ni viáticos, ni sandalia.

Su alma, casi seráfica, fué venero inexhausto de ternuras para todos los que padecían sed de amor y de consuelo; y sus riquezas materiales, manantial inagotable que esparció sus linfas cristalinas por donde quiera que la enfermedad o la miseria, que la orfandad o la ignorancia torturaban el cuerpo y el espíritu de los desheredados, de sus hermanos en Cristo, los más queridos para él, los desposeídos de todo, los que sólo a él tenían, al angélico Fraile de la Calavera (2), como a un dulce mensajero de Dios enviado para que los consolase en su llanto y los amparara en su infortunio. Así, levantó templos, construyó casas para los pobres, fundó escuelas y hospitales, repartió dádivas en cantidad fabulosa, y edificó en Guadalajara el magnífico Hospital de Belem, por cuyas amplias salas parece que desfila

todavía su santa figura con la sonrisa beatífica en los labios y la pródiga mano en dulce movimiento de paternal bendición...

No fué un hombre: fué un ángel; y él, como los santos misioneros del siglo XVI, cuya memoria jamás podrán deturpar ni los más enconados odios políticos y religiosos, es una de las figuras más grandes de la Iglesia Mexicana, y uno de los ejemplos más elocuentes que pueden presentarse a pósteros y a contemporáneos de cómo se ama en verdad a los desheredados, y de qué manera se les protege en sus necesidades y se les consuela en sus dolores.

El obispo Alcalde dió ese ejemplo. Su nombre ha pasado ya a nosotros, y continuará pasando a las generaciones venideras, como el de uno de esos seres excepcionales que, por la pureza de sus almas generosas y serenas, humildes y caritativas, misericordiosas para todas las culpas y abnegadas para todos los sacrificios, nos convencen de que en la endeble pequeñez humana hay destellos de Dios, átomos esparcidos de la grandeza divina!

Antonio de la Peña y Reyes.

(1) Nació en Cigales, España, el 15 de marzo de 1701. Fue obispo de Yucatán y de Guadalajara. Rigió los destinos de esta última diócesis desde 1771 hasta 1792. El 6 de agosto de este año, falleció santamente. Según el libro de gobierno, las cantidades invertidas por el Ilmo. Sr. don Antonio Alcalde, en obras de beneficencia y de enseñanza, ascendieron a la suma de $704,234.83.

(2) Con este nombre es conocido el inolvidable prelado, porque según cuentan sus biógrafos, un día entró Carlos III en el convento de

Valverde, del que era prior el Sr. Alcalde. Sorprendió a éste en su habitación, "y al ver el semblante humilde y venerable del religioso, dice un escritor, y su ajuar compuesto de una tarima, un cilicio colgado en la pared, algunas imágenes, y una mesa con un tintero y una calavera, es fama que experimentó impresión tan profunda, que pocos días después, tratándose de proveer la mitra de Yucatán, dijo a su ministro: nombre Ud. al fraile de la calavera, precisamente".



OTRO OBISPO BENEMÉRITO

No menos atendía el Sr. Zumárraga (1) a las necesidades corporales que a las espirituales de su grey. Si se afanaba por procurarle instrucción religiosa y civil, también socorría abundantemente a los pobres, quienes jamás hallaron cerradas las puertas de su corazón ni las de su casa. En ella daba de comer a cuantos se presentaban, y distribuía en secreto crecidas limosnas. No había institución piadosa que no le contase entre sus bienhechores, ni necesidad de los tiempos a que no acudiese. Una de las mayores entonces era la que padecían multitud de doncellas huérfanas, hijas de españoles, que por falta de dote no hallaban casamiento, y vivían en suma miseria, con gran riesgo de perderse. El señor obispo, padre general de desvalidos, hacía por ellas, y aun por las viudas que se veían en el mismo caso, cuanto podía, ayudándolas para sus dotes; y si no tenía a mano con qué socorrerlas, empeñaba su firma y palabra de pagar con sus rentas futuras lo ofrecido. Pero lo que más vivamente excitaba su caridad, eran los pobres enfermos...

...Misioneros, escuelas, colegios, imprenta, libros para los ignorantes, asilos y hospitales para los enfermos; dotes y limosnas a huérfanos y pobres;

trabajo y nuevas industrias al pueblo; al Estado, aumento en sus rentas; lustre a la Iglesia y al culto, luz a los idólatras, paz, concordia, justicia y caridad para todos; nada descuidaba, a todo atendía aquel fraile que había pasado la mayor parte de su vida en el encierro de un claustro. De creerse era que colocado en un puesto tan alto como difícil, no mostraría otras dotes que las de un religioso austero y ejemplar. Pero conservándolas todas sin menoscabo, descubrió además las cualidades de un prelado digno de los primitivos tiempos de la Iglesia, y las de un notable hombre de Estado. ¿Qué más pudiéramos pedirle? Pues nos queda todavía un precioso florón que añadir a su corona: el de escritor piadoso y persuasivo. La voz se apaga con la muerte; el ejemplo de las virtudes se olvida; las fundaciones piadosas perecen a los embates del tiempo; queda el libro, y enseña a las generaciones más remotas.

Jaoquín García Icazbalceta.

(1) Fr. Juan de Zumárraga, franciscano, primer obispo y arzobispo de México. Nació en la villa de Durango, Vizcaya. Murió "muy pobre pero muy contento", según frases suyas, de más de ochenta años de edad, el domingo 3 de junio de 1548. Destruyó algunos monumentos de la civilización mexicana; pero, en cambio, fundó establecimientos de beneficencia y de enseñanza; alzó su enérgica voz en defensa de los indios, y estableció en México, en unión del inolvidable virrey don Antonio de Mendoza, la primera imprenta que hubo en el Nuevo Mundo. Nadie como él, dice el Sr. García Icazbalceta, dió trabajo a aquellas venerables prensas con escritos propios y ajenos, abriendo la puerta a los misioneros para que dieran conquistas a la fe, luz a la ciencia y admiración a los siglos venideros, con sus hercúleos trabajos filológicos. Fué, agrega el mismo biógrafo, un varón apostólico, pobre, humilde, sabio, celoso, prudente y caritativo.

LOS MÁRTIRES DE LA CIVILIZACIÓN

Los misioneros, a la vez pusieron los cimientos de la arquitectura colonial, con la edificación de hermosos templos, amplios hospitales, suntuosos conventos; fomentando las artes, pintando, labrando o tallando ellos mismos y protegiendo a los artistas. Fr. Francisco Tembleque, con su ingenio e industria, con extremado ánimo y perseverancia, que duró 16 años, levanta la arquería de Zempoala, que proveyó de agua a los vecinos de ésta, a los de Otumba y a todos sus convecinos, porque de trecho en trecho dejó alcantarillas por todo el curso del cañón; y cinco de los mencionados años, "estuvo en edificar un altísimo puente o arco por donde pasase el agua, sobre una honda y ancha barranca que se puede contar entre las obras señaladas en el mundo", y en estos cinco años vivió en la ermita que construyó para su habitación, llamada María de Belén, "y en ella no tuvo otro compañero sino un grande gato pardo, que cazaba de noche en el campo, y al amanecer traía a su amo la caza que había hecho de conejos o codornices..."

Minucioso y edificante martirologio podría hacerse de todos los misioneros, pero bastará citar algunos franciscanos, ya que éstos fueron en mayor nú-

mero; aunque agustinos, dominicos y religiosos de otras órdenes fueron también sacrificados. Los frailes y legos Pedro de Acevedo, Pedro de Burgos, Juan Calero, Bernardino Cossin, Antonio del Cuéllar, Francisco Doncel, Juan de Herrera, Francisco López, Juan del Río, Francisco Rodríguez y Luis Villalobos, murieron a flechazos, atravesándoles las saetas no sólo los cuerpos, sino los ojos y los rostros; Andrés de Ayala y Francisco Gil perecieron degollados, y Francisco Lorenzo y un mancebo llamado Fray Juan, sucumbieron a macanazos; Juan de Palos fue víctima del hambre; Juan de Santa María dormía cuando le echaron para ahogarle una galga, y Andrés de Puebla fue colgado de un árbol, azotado y asaetado.

Y estos apóstoles de la buena nueva tanto religiosa como civilizadora, emprendían largos caminos a pie, vadeaban ríos caudalosos, trepaban por altos cerros, se perdían entre enmarañadas selvas, rodaban por hondas barrancas y atravesaban solitarias llanuras o vivían impávidos entre las tribus bárbaras; y en el curso de sus ejemplares tareas, estudiaban los secretos de las plantas, la calidad de los animales, la riqueza de las piedras; inquirían el origen de las tribus y hacían exploraciones geográficas; escribían crónicas, itinerarios, derroteros; congregaban a los indios en pueblos, villas y ciudades; y cuando había conjuraciones y sublevaciones en contra de los españoles, ellos pacificaban a los alzados, aun a costa de sus vidas. Tal es la ligerísima reseña que

puede trazarse de la obra noble, abnegada y entusiasta de los buenos misioneros; pero, por desgracia, los frutos no perduraron, no correspondieron a las ilusiones que se forjaron aquellos benditos varones.

Luis González Obregón.



LAS OBRAS DE LOS JESUÍTAS

El nuevo sistema de pacificación adoptado por el gobierno virreinal y que consistía en ocupar un territorio, establecer fuertes o presidios para defenderle y desentenderse de la conversión de los indios que quedaban fuera de la conquista, nuevo teatro y ancho campo prestó a los atrevidos misioneros jesuítas, pero también los exponía a mayores y más seguros peligros.

En el siglo XVII los jesuítas tuvieron gran número de mártires, como lo habían tenido los franciscanos en el siglo anterior. Los taraumares, los tepehuanes, los papigoches, en la provincia de Chihuahua, y las tribus que habitaban en Sonora y Sinaloa, sacrificaron a muchos misioneros jesuítas; pero apenas uno de ellos sucumbía a manos de los rebeldes, otro se apresuraba a desempeñar la misión, sin que fuera bastante a enfriar su celo el espectáculo del sangriento y mutilado cadáver de su antecesor, insepulto entre las humeantes ruinas del templo de la misión. Hombres muy distinguidos por su inteligencia, su saber y sus antecedentes, como el P. Kino (1), que tomó a su cargo la misión entre los pimas, emprendían aquellas peregrinaciones en las que estaban casi seguros de encontrar la muerte. Los jesuítas en

el siglo XVII eran los representantes del ardiente espíritu apostólico de los misioneros del siglo anterior, y no parecía sino que en medio del cambio que habían sufrido las costumbres, y entre la degeneración de los hombres en el siglo XVII, aquella congregación se conservaba en Nueva España como una torre que permanece erguida en medio de los escombros de una ciudad arruinada. Ni los capitanes conquistadores, ni los soldados, ni los misioneros de las otras religiones, podían compararse, a fines del siglo XVII, con Hernán Cortés y los hombres que le acompañaban, con fray Martín de Valencia y los demás franciscanos que con él vinieron, ni con fray Bartolomé de las Casas, ni con fray Juan de Zumárraga. La tranquila posesión de un gran poder, de un extenso territorio y de extraordinarias riquezas, apocaba el ánimo de los descendientes y sucesores de aquellas generaciones, en que eran tan grandes los caudillos como los apóstoles, y los vencidos como los vencedores, y en que hasta el crimen revestía caracteres que le hacían salir de la ordinaria medida del crimen vulgar.

Los misioneros jesuítas no se limitaban a seguir las conquistas que hacían las tropas del virrey; atreviéronse a emprender la pacificación y reducción de reinos en donde se habían estrellado los esfuerzos del gobierno español; y a la constancia y al esfuerzo y acierto del P. Juan Manuel Salvatierra (2), debió el gobierno de la Nueva España la adquisición de la península de California, en el siglo XVII, y al mis-

mo P. Salvatierra y al P. Kino hubo de agradecer la ciencia geográfica la noticia de que la California era una península y no una isla, como se había estado creyendo durante siglo y medio.

Vicente Riva Palacio. (3).

(1) Nació en Trento, Alemania. En 1680 vino a la Nueva España, y después de treinta años de trabajos científicos y apostólicos, que hacen imperecedera su memoria, falleció en su misión de los Dolores, el año de 1710. Bautizó, dice Beristáin, a más de 40,000 idólatras, civilizándolos y enseñándoles la agricultura y las artes necesarias para las comodidades de la vida. Fue apóstol, agrega, de las naciones Pima, Opata, Cocomaricopa, Yuma y Quiquima.

(2) Benemérito de la civilización, lo mismo que el P. Kino. Nació en Milán. Estuvo en las misiones de Tarahumara, en donde trabajó con el mayor celo y caridad; después fue rector del colegio de Guadalajara y del de Tepozotlán. Más tarde partió para California, donde llevó a cabo una labor verdaderamente evangélica. Murió en su colegio de Guadalajara, el 18 de julio de 1717. Fue siempre tenido, dice el P. Oviedo, por varón de heroicas virtudes, íntimo trato con Dios y enriquecido de Su Majestad con muchos dones sobrenaturales.

(3) Nació en México el 6 de octubre de 1832. Hijo del célebre abogado don Mariano Riva Palacio, benemérito gobernador del Estado de México, y nieto del héroe de la Independencia don Vicente Guerrero; el Sr. Riva Palacio supo dar nuevas glorias a sus ilustres apellidos. Poeta, novelista, historiador, escritor satírico de memorable ingenio, político, militar y diplomático, reveló su talento en numerosas obras, y su patriotismo en varias épocas difíciles para el país, especialmente en la de la Intervención y el Imperio, en la que prestó, como uno de los principales caudillos del Ejército del Centro, constantes y desinteresados servicios. Fué general de brigada, diputado a varios Congresos, gobernador, comandante militar, Magistrado de la Suprema Corte de Justicia, Secretario de Fomento y Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México en España. Murió en Madrid el 22 de noviembre de 1896.

LOS DOCE APÓSTOLES

En medio de los regocijos del triunfo, cuando los conquistadores se habían hecho dueños del imperio de Moctezuma, y extendiéndose por todo el país, daban rienda suelta a su pasión por el oro, y se habían repartido entre sí a los habitantes, distribuyéndolos en las encomiendas que formaban otros tantos señoríos destinados a ser admitidos a sus descendientes, se presentaron doce hombres (1) de traje pobre, de exterior humilde, de costumbres modestas y sencillas, que ni buscaban oro, ni pedían repartimientos; que se contentaban con el frugal alimento del indio; que se albergaban en su choza sin más lecho que la dura tierra. A su tránsito por Tlaxcala, se detuvieron algunos días en aquella ciudad, entonces tan populosa, y admirados del gran concurso de gente que se reunió en la plaza el día del mercado, quisieron comenzar sus apostólicas tareas, y para dar a entender de alguna manera a los indios el objeto de su viaje, les mostraban con la mano el cielo, significándoles que habían venido para enseñarles el camino para ir a él. Los indios, admirados, se preguntaban unos a otros: ¿Qué hombres son éstos tan extraños? ¿Qué género de traje es el que visten? y repitiendo la palabra "Motolinía", que significa pobreza, por ser

lo que más llamaba su atención en los recién venidos, hicieron fijar en ella la de los religiosos, que preguntaron su significación a los españoles que habían adquirido ya algún conocimiento en el idioma y entendida ésta, uno de los misioneros, Fr. Toribio de Benavente (2), exclamó: "ese será mi nombre por toda mi vida", y de allí en adelante no se llamó más que Fr. Toribio Motolinía.

Lucas Alamán.

(1) Fr. Martín de Valencia, Fr. Francisco de Soto, Fr. Martín de la Coruña, Fr. Juan Juárez, Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, Fr. Toribio de Benavente, Fr. García de Cisneros, Fr. Luis de Fuensalida, Fr. Juan de Rivas, Fr. Francisco Jiménez, Fr. Andrés de Córdova y Fr. Juan de Palos, quienes salieron de San Lúcar de Barrameda el 25 de enero de 1524 y llegaron a San Juan de Ulúa el 13 de mayo del mismo año. Los nombres de estos insignes religiosos están escritos, como dice el Sr. Alamán, en el libro eterno de la vida.

(2) Tipo admirable del misionero del siglo XVI, según el sabio don Joaquín García Icazbalceta. Fue uno de los comisionados por el Presidente de la segunda Audiencia, don Sebastián Ramírez de Fuenleal, para fundar la ciudad de Puebla de los Ángeles, en donde dijo la primera misa el 16 de abril de 1530. Se le atribuye, entre otras cosas, la Historia de los indios de Nueva España. Fué muy docto en lenguas indígenas. Falleció el 10 de agosto de 1568, con fama de santidad.



ÁGUILA QUE CAYÓ



Antonio de la Peña
y Reyes

En esta situación pavorosa, combatidos (Cuauhtémoc y los suyos) por la sed, por el hambre y por la peste, no menos que por el fuego mortífero del enemigo; amontonados en escombros sus templos y sus hogares; sin más esperanza en aquella tragedia augusta que la única del poeta antiguo: no abrigar ya ninguna, según dice el Sr. Altamirano, los aztecas defendieron hasta el último instante el suelo de sus mayores, y mientras los hombres combatían sin descanso, las mujeres los ayudaban en esta tarea sublime. "Y soy certificado, dice Oviedo, que fué cosa maravillosa y para espantar, ver la prontitud y constancia que tuvieron en servir a sus maridos, y en curar las heridas, en el labrar de las piedras para los que tiraban con hondas, y en otros oficios para más que mujeres".

Nuevos y terribles ataques efectuáronse el 7 y el 8 de agosto; murieron en ellos cerca de 3,000 aztecas, y el 11 propuso Cortés una entrevista; pero

Cuauhtémoc no asistió a ella. Ordenó entonces el Conquistador un ataque general, por agua y por tierra, y fué aquel asedio el más terrible de los que sufrió Tenochtitlán. Prescott lo describe en las líneas que citamos al principio de esta biografía, y bástenos decir ahora, que después de dos días de duración, en las primeras horas del martes 13 de agosto de 1521, Cortés habló con el "cihuacoatl" o general de los aztecas a fin de que lograse que el emperador se rindiera; mas de nuevo rechazó el indomable monarca toda entrevista con el Conquistador, a toda transacción con el adversario, y encargó que se le dijera que estaba dispuesto a sucumbir antes que a doblegarse o a hablar con el enemigo de la patria. La lucha continuó entonces por algunas horas hasta que Sandoval ordenó a García de Holguín que persiguiese a la canoa en que estaba Cuauhtémoc. Hízolo así el enviado, y en los momentos en que los iberos disparaban sus armas sobre la real embarcación, irguióse el heroico monarca y dijo a los españoles estas palabras caballerescas e inmortales: "No me tiren que yo soy el rey de México y desta tierra, y lo que te ruego es que no me llegues a mi mujer ni a mis hijos; ni a ninguna mujer, ni a ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes a mí, y me lleves a Malinche". Ya en presencia de Cortés "llegóse a mí, dice éste, y díjome en su lengua: que ya él había hecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse a sí y a los suyos, hasta venir en aquel estado; que ahora ficiese de él lo que yo quisiese; y puso la

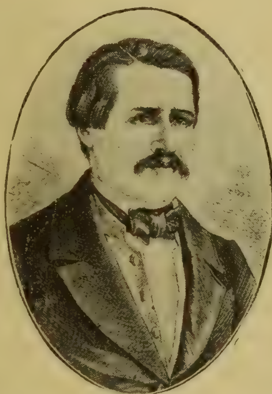
mano en un puñal que yo tenía, diciéndome que le diese de puñaladas y lo matase". Preso Cuauhtemoc, sus soldados rindieron las armas; y así murió, en aquella fecha memorable, la monarquía de los aztecas. Todos sus esplendores terminaron, destruídos por la espada de los conquistadores y por el auxilio de los aliados: altares y dioses; instituciones y lengua; costumbres y cultos; trono y poderío; cuanto ellos amaban y a ellos pertenecía, pereció para ser reemplazado por creencias distintas, por cultura diversa, por idioma y por leyes diferentes. Cayó el Aguila (Cuauhtémoc, aguila que cae); cayeron los bravos luchadores; se extinguió para siempre el sol de las pasadas grandezas, de las victorias obtenidas en cruentas luchas con pueblos enemigos; pero de aquel campo de combate, enrojecido por la sangre de los héroes, y de aquellos escombros humeantes, testigos de una resistencia grandiosa, surgió una enseñanza augusta; brotó para pasmo de las generaciones venideras, la página más brillante de los anales mexicanos.

Antonio de la Peña y Reyes.



SITIO ÉPICO Y RENDICIÓN SIN PRECEDENTE

El héroe de Calpulalpam (1), don Jesús González Ortega (2) recogió la bandera de Zaragoza, y tomó el mando del ejército que peleaba por la defensa nacional. Puebla volvió a ser el punto en que resistieron los defensores de la patria.



Gral. D. Jesús González Ortega

En esta ocasión los franceses no procedieron atolondradamente, lanzando sus columnas contra los fuertes de Guadalupe y de Loreto, sino que, con toda precaución, prepararon un sitio en forma. (3).

Los generales de González Ortega (4), su valiente oficialidad y sus tropas abnegadas, estuvieron a la altura del heroísmo que demandaba el honor de la patria. Resistieron con bravura admirada por los mismos franceses, batiéndose a todas horas, en todas partes y por todos los medios. Cuando caía una fortaleza, despedazada por la poderosa artillería de marina que tenía el general Forey (5), improvisaban un baluarte, y si caía el baluarte, se defendían en

una manzana de la ciudad; si la manzana era minada, se fortificaban en un patio, o en un cuarto, o en un montón de escombros.

Las torres de Puebla con las perforaciones que presentan todavía, y las ruinas amontonadas en toda la ciudad, son el mejor testimonio de la decisión con que pelearon los defensores de México.

Pero, llegó un día en que fué ya imposible la resistencia, y González Ortega resolvió dar fin a los horrores del sitio. No se rindió. No pidió garantías para él ni para los suyos. Rompió el armamento; ocultó las banderas; disolvió las tropas, y él con los jefes y oficiales de la guarnición, se entregó sin condiciones al enemigo, asombrado de ver aquella resolución, única en la historia de la guerra.

Carlos Pereyra.

(1) Batalla ganada por el general González Ortega al general Miramón, el 22 de diciembre de 1860, en San Miguel de Calpulalpan. Con ella terminó de una manera favorable para la causa liberal, la sangrienta guerra de Reforma.

(2) Caudillo republicano. Nació en la hacienda de San Mateo, Partido del Fresnillo, Estado de Zacatecas, el año de 1824. En los primeros años de su juventud se dedicó a la literatura y al arreglo de asuntos particulares. Iniciado en las luchas políticas, desde 1852, fué tanto en la época de la Reforma como en la de la Intervención, una de las figuras más notables del partido liberal. Sin haber hecho estudios militares de ninguna especie, alcanzó extraordinarias y decisivas victorias combatiendo a los generales conservadores de mayor prestigio. En Loma Alta derrotó a Uraga; en Silao y en Calpulalpan a Miramón; en Jalatlaco, a Márquez, y en Puebla, sostuvo un sitio heroico que ha inmortalizado su nombre. Fué Gobernador de Zacatecas, Ministro de la Guerra, General en jefe del Ejército y Presidente de la

Suprema Corte de Justicia. Aspiró a la Presidencia de la República en virtud del carácter que tenía de vicepresidente de ésta; pero don Benito Juárez decretó, en vista de las circunstancias especiales del país y de las facultades extraordinarias de que hallábase investido, que se prorrogara el período presidencial. Vivió largo tiempo en los Estados Unidos. Trasladóse, después, a Saltillo, donde falleció el 20 de febrero de 1881. En la Rotonda de los Hombres Ilustres descansan los restos de este esclarecido civil, que supo organizar grandes ejércitos y obtener lauros guerreros inmarcesibles.

(3) Sesenta y dos días duró este sitio (marzo a mayo de 1863).

(4) Los principales jefes que se hallaban a las órdenes de González Ortega eran: don Porfirio Díaz, don Mariano Escobedo, don Ignacio Mejía, don Felipe Berriozábal, don Miguel Anza, don Epitacio Huerta, don Manuel González Cosío, don José M. Patoni, don Ignacio de la Llave, don Francisco Paz, don José M. González de Mendoza, don Alejandro García, don Florencio Antillón, don Pedro Hinojosa, etc., etc. Poco después de la entrada del ejército francés en Puebla, el 19 de mayo de 1863, el general Forey, dice el Sr. Vigil, invitó oficialmente a González Ortega para que ocupase un cubierto en su mesa, a lo que se negó el segundo, dándole las gracias de una manera comedida. Por la tarde fué a visitarle, manifestando el deseo de ser presentado a los demás generales mexicanos; hízolo así el general González Ortega, y cuando estuvieron todos reunidos, les dijo: "que la rendición de la plaza había sido una cosa nueva y extraordinaria, que no se registraba en los anales de la guerra europea... que iba a alejarlos del teatro de la guerra, procurando que su cautividad fuera lo menos molesta que se pudiera". Los prisioneros contestaron que dispusiese de ellos como fuera de su agrado, puesto que al rendirse no habían pedido garantía ninguna.

(5) General en jefe de las fuerzas expedicionarias. Desembarcó en Veracruz el 21 de septiembre de 1862. Estableció en México la Regencia y las Cortes Marciales. En octubre de 1863 salió para Francia, en cuya capital falleció el 20 de junio de 1872.



DIÓ DOCE HIJOS PARA QUE DEFENDIERAN A LA PATRIA

Doña Agustina Ramírez de Rodríguez, es una de las heroínas más populares que ha habido en la República. Más grande que la Corregidora de Querétaro y que Leona Vicario, porque sacrificó algo más que ellas en aras de la patria. Era hija de Tequila, Jalisco, y perdió a su marido don Severiano Rodríguez en el asalto y toma de Mazatlán por las fuerzas republicanas en abril de 1859. Le dejó su esposo trece hijos varones, de los cuales murieron doce en la guerra de intervención. Buscaba Agustina Ramírez un nombre glorioso en la historia de México para sus hijos, o una muerte digna en los campos de batalla. ¡Todo lo encontraron!..... Viendo Agustina Ramírez las cadenas que iban a sujetar a los mexicanos, va personalmente a presentar al ejército a sus doce hijos, para que combatieran en pro de la libertad nacional, y la misma heroína los sigue al teatro de los combates, para atenderlos en la hora suprema de la lucha. La ilustre matrona se instala en el sitio donde estaba colocada el asta bandera del hospital de sangre, y allí recibía ora un hijo herido, ora uno moribundo, ora el cadáver de otro, con esa serenidad sublime, y con esa fe inquebrantable de la mujer que

tiene conciencia de lo que vale la patria, y de los sacrificios a que ella es acreedora.

Hay rasgos de tal manera brillantes y conmovedores en la vida de Agustina Ramírez, que no podemos menos que darlos a conocer, pues dos de ellos bastan para revelar el carácter y la energía de la heroína sinaloense. En alguno de los encuentros con los invasores, uno de los hijos de Agustina Ramírez sucumbió como valiente soldado. Dos hermanos de aquél, llevaron el cadáver al punto donde creyeron encontrar a la madre. Agustina recibió en sus brazos a su hijo muerto, le besó repetidas veces, con amor inmenso de madre, y en seguida, señalando a los conductores el campo de batalla, les dijo:

—"Y ahora, cada cual a cumplir con su deber! El mío es dar sepultura a mi hijo; y el de ustedes, seguir siempre defendiendo a su patria".

Otra vez, otro hijo de la Ramírez se separó sin licencia del ejército. Supo Agustina que aquel hijo había tomado rumbo a Ajoya, en el distrito de San Ignacio, Sinaloa, y se puso en el acto en camino. Encontró al extraviado, y volviendo con él al teatro de la guerra, púsolo a disposición del Sr. general Corona, con estas palabras:

—"Señor, aquí tiene Ud. este mozo: es un desertor".

En seguida, dirigiéndose al desertor, le dijo:

—"Mira, acuérdate de lo que te digo hoy delante del general; si otra vez vuelves a desertar, haciendo traición a tu patria, haz cuenta que tu madre ha

muerto; a nadie digas que eres mi hijo, ni te pongas jamás en mi presencia".

Después de que los franceses abandonaron el territorio nacional y que la República se inmortalizó en Querétaro, escribiendo por las edades la tragedia del "Cerro de las Campanas", Agustina Ramírez había perdido once hijos, y sólo pidió al Gobierno, que el último que le quedaba vivo, se separara del ejército para que la acompañara y fuera el báculo de su vejez (1).

F. Javier Gaxiola. (2).

(1) Esta solicitud tan justa, dice el Sr. Gaxiola, fué concedida sin vacilación. El general Corona, con fecha 8 de diciembre de 1886, mandó dar una mesada a Agustina Ramírez. La Legislatura de Sinaloa hizo igual cosa en octubre de 1868, a petición de los señores diputados Celso Gaxiola y Aurelio Ibarra. La Cámara de la Unión, imitando el ejemplo del Congreso de Sinaloa, hizo otro tanto catorce años más tarde, pero cuando llegó a Mazatlán la orden de ese pago, la ilustre heroína había muerto en la desgracia y la miseria.

(2) Distinguido escritor. Nació en el Dto. de Sinaloa Estado del mismo nombre, el 31 de enero de 1870. Ha publicado una Revista Histórica de dicho Estado, de 1856 a 1865; varias concienzudas biografías de gobernantes del Estado de México; una útil obra sobre literatos sinaloenses y otros trabajos dignos de elogio, por la erudición y la laboriosidad que revelan, y porque si hubiesen sido secundados por los escritores de otras comarcas del país, tendríamos estimables elementos para la historia general de la República.



UN CENTINELA HEROICO

En el día de ayer (26 de marzo de 1863), como a las cuatro y media de la tarde, cayó una bomba en la luneta que ocupa la entrada de S. Javier, del lado de la plaza. Un centinela llamado Julián Hinojosa, perteneciente al 2°. de Guanajuato, vió caer la bomba a cinco o seis pasos de su puesto, y en lugar de ponerse en salvo detrás del parapeto, se cuadró, echó armas al hombro, y quedó mirando la bomba con la mayor serenidad. La bomba estalló y el centinela quedó envuelto en humo y polvo. En el acto se oyó que gritaba:

—Cabo de cuarto, otro fusil.

Era que él había salido ileso, pero un casco de la bomba le había partido en dos su fusil. El cabo se presenta y el centinela le dice:

—El enemigo me ha roto mi fusil.

—¿Estás herido?, le pregunta el cabo.

—No, responde, estoy pronto para todo servicio.

El cabo le da otro fusil con el cual sigue paseándose muy ufano y orgulloso.

Francisco de P. Troncoso. (1)

(1) General. Escribió un Diario de las Operaciones militares del sitio de Puebla en 1863, del que está tomado el anterior episodio.

POETA, PATRIOTA, DIPLOMÁTICO Y FILÁNTROPO

El diplomático ilustre que había sostenido en Wáshington la causa de la justicia, la causa nacional, quiso pelear por ella como soldado, aspirando a sellar con su propia sangre sus palabras y sus escritos. Levantó y organizó un batallón de artesanos denominado de Bravos, y cuando los restos



Batalla de Churubusco

del brillante cuerpo de ejército debelado en Padierna, retirábanse en confusión ante las bayonetas del vencedor, el anciano de cerca de sesenta años, fuerte y valeroso y resuelto como en días de su juventud, se apostaba a la cabeza de sus guardias nacionales en el convento de Churubusco, deteniendo el paso del enemigo hasta quemar el último cartucho y recibirle impávido con los brazos descansando sobre las armas. Si la gloria humana no es sueño, Gorostiza

(1) alcanzóla ese día, recibiendo sus palmas en el respeto y la admiración de sus adversarios...

...A los tres cuartos para las once de esa mañana (20 de agosto de 1847) se dispararon los primeros tiros: Gorostiza vió en su reloj la hora; sacó de su purera un habano, pidió lumbre a su ayudante, y advirtiendo que temblaba a éste la mano al alargarle el cigarrillo encendido, díjole algún chiste adecuado al caso. A poco se había generalizado el combate, siendo el fuego tan vivo, que no se oían a veces los toques de órdenes ni las dianas de las bandas. Habíase colocado el coronel Gorostiza frente a una tronera sin cañón, y como su ayudante le suplicara que arrendara un poco el caballo hacia un lado para quedar menos descubierto, contestóle: "Hijo mío, me quedo en mi puesto porque en todas partes está la muerte"...



Gral. D. Pedro M. Anaya

...Los jefes y oficiales de "Bravos" pasaron aquella noche en un cuartito que los padres del convento de Churubusco destinaban sin duda a guardar medicinas...; acomodóse cada cual como pudo, y al siguiente día a las once, los prisioneros todos fueron llevados entre filas a S. Angel, no sin una breve detención en la plaza de Coyoacán. Habiéndolo hecho en la del Carmen de S. Angel, el general Twigs declaró que los prisioneros de sargento abajo, quedarían

custodiados en el convento, y que los jefes y oficiales tendrían por cárcel el pueblo, si respondía de ellos el general en jefe. Suscitada alguna dificultad en cuanto a esta responsiva, Gorostiza, que estaba a caballo, hizo que su ayudante lo condujera cerca de Twigs; habló a éste en inglés, y se vió que a las primeras palabras del jefe norteamericano se descubría con respeto y saludaba cortésmente a su interlocutor; súpose a poco que Gorostiza, en su calidad de coronel de "Bravos" respondía por los oficiales de su cuerpo; preguntóle Twigs su nombre, y al oírle, gorra en mano, se inclinó ante el antiguo diplomático convertido en guerrero, diciéndole que se enorgullecía de ofrecerle sus respetos y que desde luego admitía la responsabiidad de tan bizarro coronel...

Si es grande y noble la gloria literaria de Gorostiza, lo es más ante sus compatriotas la del combatiente de Churubusco, lo es más todavía ante Dios y el pueblo cristiano, la del fundador de un establecimiento de beneficencia en que se dió pan y luz a los desvalidos, apartándolos de las tentaciones del vicio y afiliándolos en las banderas de la virtud y del trabajo. Tríple corona es ésta que asegura a quien la lleva, la admiración y la gratitud de los hombres y las bendiciones del cielo.

José Ma. Roa Bárcena.

(1) Don Manuel Eduardo de Gorostiza, uno de los hombres más nobles, inteligentes y patriotas que México ha tenido. Diplomáti-

co, dramaturgo, filántropo, político y héroe, trabajó empeñosamente cerca de varios gobiernos europeos por el reconocimiento de nuestra independencia; inició muchas de nuestras relaciones internacionales; sostuvo con inolvidable entereza, siendo nuestro representante en Wáshington, la dignidad de México, cuando el gobierno americano invadió nuestro territorio, so pretexto de impedir las incursiones de los bárbaros; alcanzó la gloria de que en la república de las letras se le considerase al lado de Moratín y de Bretón, según las frases de un biógrafo doctísimo; impulsó poderosamente la instrucción pública y el arte, habiendo sido el que trajo a México la primera compañía de ópera; fundó la primera Casa de Corrección que hubo entre nosotros, y puso fin a sus gloriosas tareas, defendiendo en Churubusco a la patria, al frente de un batallón sostenido de su peculio. Nació en Veracruz el 13 de octubre de 1789. Estuvo largo tiempo en España, donde sufrió persecuciones por sus ideas liberales y peleó valientemente contra los franceses. Ya al servicio de México, fué representante nuestro en varias Cortes europeas, diputado, Ministro en los Estados Unidos, Secretario de Hacienda y de Relaciones, miembro de la Dirección General de Instrucción Pública, etc., etc. Murió en Tacubaya el 23 de octubre de 1851.

(2) Nació en Jalapa el 3 de septiembre de 1827. Murió en México el 21 de septiembre de 1908. Como periodista, figuró por su talento y por la rectitud de sus convicciones, al lado de los más notables que en su época lucharon por las ideas conservadoras; como poeta, escribió, entre otras muchas composiciones de mérito, unas encantadoras "Leyendas Mexicanas"; como historiador, una "Historia Anecdótica de México", un "Compendio de Historia" y la magnífica obra "Recuerdos de la Invasión Norte-americana"; como biógrafo, las vidas de Pesado y de Gorostiza, trabajos muy interesantes por los datos históricos y literarios que contienen. Escribió, además, unos "Cuentos Originales" amenísimos.



"NO CORRAN, QUE LAS BALAS NO SE VEN POR LA ESPALDA"

Mientras ésto ocurría en el campo realista, el general independiente (el inmortal Morelos) con Galeana, Matamoros y los Bravos, discutían la conveniencia de inquietar a la vanguardia de Calleja.

Galeana no lo creía oportuno y sus compañeros opinaron del mismo modo, temiendo el arrojo de su general; pero éste los tranquilizó por completo, asegurándoles que sólo pretendía observar bien al enemigo desde un punto más cercano. No fué posible detenerle, y seguido de su escolta atravesó la trinchera del norte de S. Diego, avanzando lentamente pistola en mano hacia el Calvario.

Galeana, llamando a Torres, le dijo brevemente:

—Suba Ud. a la bóveda y coloque diversos vigías en lo alto de la iglesia, que observen con atención y al menor peligro del general me da Ud. aviso.

Don Luis se inclinó, marchando inmediatamente a la cúpula con José y los soldados de su mayor confianza. Los distribuyó en la mejor situación, colocando dos hombres en la linternilla. Apenas terminaba su operación, cuando un vivo fuego de fusilería y un disparo de cañón le hicieron volver el rostro.

El general había continuado avanzando, y ya bien lejos del fuerte, una descarga cerrada y un cañonazo lè diezmaron su escolta. Cayeron a su lado muchos de sus valientes soldados: a uno de ellos, su preferido, lo contempló Morelos, agonizante: al dirigirle una palabra de consuelo y afecto, notándole muerto, le tomó el fusil exclamando: "Pobrecito. que no se pierda todo".

La avanzada había fingido huir; pero las columnas de tiradores de las huertas, salían de sus escondites gritando: "A cogerlo vivo; ya es nuestro"

Pocos de los acompañantes le permanecieron fieles: la mayor parte emprendieron la fuga. El general les gritaba con todos sus pulmones: "No corran, que las balas no se ven por la espalda". Sus gritos eran sofocados por el ruido de los disparos y por la algazara escandalosa de los soldados que ya le creían su presa; pero de los pocos valientes que le rodeaban, algunos costeños, dejando el fusil, esgrimían el terrible machete, gritando a sus compañeros: "Al jierro, al jierro; así es más seguro".

Morelos, con estóica calma, le dijo a un oficial que le instaba para que se volviese:

—"Más vale morir peleando que entrar en Cuautla corriendo".

Y su pronóstico no tardaría en cumplirse El enemigo se reforzaba más y más. Un grupo de soldados le cercaban, cayendo algunos al feroz golpe de los machetes surianos. Ya no podían disparar sus ar-

mas los realistas, que en extenso círculo estrechaban al general y a unos cuantos valientes de su escolta.

En esos angustiosos instantes, D. Luis, desde su observatorio, jadeante, inquieto, sin poderse contener, bajó precipitadamente los escalones de las torres, en busca de Galeana. Los vigías de las azoteas gritaban: Que se llevan a nuestro general.

Don Luis alcanzó a Galeana en la plazuela, haciendo cubrir los puestos principales y vigilando el reparto de parque.

—Mi coronel, articuló violentamente, nuestro general está rodeado de enemigos, ya lo arrebatan. Galeana, descompuesto el semblante, exclamó:

—Cubra y cuide esos puntos.

Y volviéndose a una compañía de dragones de la costa, formada al lado de S. Diego, montó rápido como el pensamiento, gritándoles.

—A mí los valientes; sable en mano contra ellos.

Y galopando en desorden avanzaron hasta el Calvario. En cortos momentos estuvieron al alcance del enemigo que cercaba al general. A la vista de Galeana y sus dragones, los realistas volvieron sus armas, sin tiempo para dispararlas; pero presentando las bayonetas que no arredraron a los del Sur. Cada golpe de aquellos feroces combatientes echaba por tierra, dividido el cráneo, a algún realista; sobrecogidos de pánico ante tanta pujanza y valor, abrieron ancha brecha, recibiendo Morelos, en sus brazos, al bravo capitán.

—Señor, le dice Galeana, con voz resentida, ¿no rogaba a Ud. evitar un encuentro? Volvamos pronto.

—Vamos, vamos, contestó serenamente el general.

Sus perseguidores habían huído; pero replegados cincuenta varas más adelante, hacían mutrido fuego sobre los independientes. Las balas silbaban por todos lados.

Galeana insistió con el general:

—Señor, vamos más de prisa. A otro paso.

—Es que mi caballo no tiene otro paso.

—¡Oh, señor! No se trata de miedo ni cosa semejante: la guarnición está inquieta; por hoy nos debemos a ella, y por siempre a la patria.

Morelos obedeció aligerando su marcha.

Apenas habían atravesado la trinchera más avanzada de S. Diego, cuando las campanas de todos los templos se echaron a vuelo: los cohetes surcaban el aire; las músicas recorrían las calles, y gritos penetrantes que le vitoreaban, dejaron comprender la alegría de aquellos hombres por el regreso de su general. No fué menor la ovación que recibió Galeana, quien se veía suficientemente recompensado con la presencia de Morelos allí.

Demetrio Mejía. (1)

(1) Distinguido médico y escritor oaxaqueño. Fué profesor de la Escuela N. de Medicina.

LAS GRANDEZAS DE MORELOS

Durante la épica guerra de independencia, el Sr. Morelos recibió una carta suscrita por un amigo suyo residente en esta capital, y concebida, poco más o menos, en estos términos:

"Sé de buena fuente que el Virrey ha pagado a un asesino para que lo mate a Ud.: no puedo darle más señas de ese hombre, sino que es muy barrigón..."

Estaba almorzando el héroe cuando recibió esa carta; leyóla atentamente, plegó sus espesas cejas, y en esos momentos se le presntó un individuo de abultado abdomen solicitando que lo admitiese a su lado para prestar sus servicios en pro de la causa nacional: sonriente el Sr. Morelos, hizo que el huésped se colocara a su diestra; compartió con él su frugal almuerzo, salió, concluído éste, a recorrer el campamento; volvió a la hora de la cena; hizo llamar al hostelero, tornó a colocarlo a su derecha, y, levantados los manteles, fuése a acostar, habiendo hecho colocar antes otra cama junto a la suya y ofrecídosela al forastero; en seguida apagó tranquilamente la luz, se volvió del lado de la pared y echóse a roncar con la tranquilidad del justo. Espantado ante tanta serenidad el asesino, que real-

mente iba a serlo, no se atrevió a perpetrar su crimen, y furtivamente, se fugó.

Al clarear el día, incorporóse en su lecho el Sr. Morelos, volvió su vista al que cercano estaba, y, no viéndolo ocupado, preguntó a su asistente:

—¿Qué es del señor que anoche durmió aquí?

—Señor, le contestó el soldado, dicen que esta madrugada muy temprano, ensilló un caballó, montó y se fué.

El Generalísimo pidió recado de escribir, y con su letra gorda, clara y firme, contestó a su amigo:

"Le doy mil gracias por su aviso; pero puedo asegurarle que a esta hora no hay en este campamento más barrigón que yo".

Eduardo E. Zárate (1).

(1) Escritor y abogado jalapeño, muerto hace algunos años. Distinguióse por sus conocimientos en jurisprudencia militar. Ocupó varios puestos públicos importantes.



LA AMPUTACIÓN DE UNA PIERNA

En la tarde, la caballería y otros dos batallones fueron destrozados, descalabro de grande importancia que introdujo el desaliento en las tropas. La defensa (1) se fué estrechando poco a poco hasta quedar reducida al recinto de la plaza; el enemigo atacaba sin cesar enardeciéndose sus bríos con cada nueva ventaja que alcanzaba; a las siete de la noche, Coronado (2), después de haber perdido en el calor de la refriega dos caballos, recibiendo en su sombrero y en su vestido varios balazos, fué herido gravemente en una pierna y conducido a su alojamiento. Igual suerte corrieron algunos de sus ayudantes, cayendo muerto a su derecha el malogrado joven Sebastián Mercado.

Examinada la herida, los médicos dijeron a Coronado que la curación era posible de dos maneras, que dejaban a su elección: amputando la pierna, lo que daría por resultado que la curación sería más rápida, o bien conservando aquel miembro, en cuyo caso el restablecimiento sería tardío. El ilustre herido preguntó con voz tranquila los períodos de ambas curaciones, y habiéndosele informado que con la amputación podría dirigir los negocios de la División al cabo de un mes, quedando al fin del segun-

do enteramente restablecido, mientras que conservando la pierna no podría sanar antes de seis meses, después de reflexionar algunos momentos dió esta respuesta digna de ser trasmitida a la posteridad: "mi pierna le hará falta al Gral. Coronado; pero mi tiempo le hará falta a la patria", y luego, con la mayor calma, ordenó que se practicara la operación. Así se verificó, en efecto; pero uno de esos accidentes imprevistos que burlan a la ciencia, hizo que a las diez de la noche expirara aquel joven, de quien tanto tenía que esperar la República, y cuya rápida carrera militar había sido una serie no interrumpida de triunfos...

José M. Vigil. *Juan B. Híjar y Haro.* (3)

(1) De la ciudad de Tepic, atacada en octubre de 1859 por las fuerzas del siniestro Lozada (a) El Tigre de Alica.

(2) Don Esteban Coronado, abogado y general que peleó valientemente contra los americanos, y en la época de la Reforma, habiendo medido sus armas con militares tan notables como Márquez y Miramón, en Tololotlán y en Atequiza. Nació en 1832, en el Mineral de Jesus María, en la Sierra Madre, Chihuahua.

(3) Distinguido literato y médico. Nació en Guadalajara el 24 de febrero de 1830. Murió en México el 8 de marzo de 1897. Publicó un tomo de versos: "Sombras de ayer"; y, en colaboración con don José M. Vigil, el "Ensayo histórico del Ejército de Occidente". Fué Encargado de Negocios de México en España e Italia, y Senador de la República.



UN HEROÉ INCONOCIBLE. ¡TODO MENOS EL INDULTO!

El primer presidente republicano fué don Guadalupe Victoria, antiguo insurgente, distinguido patriota que peleó siempre por la libertad.

Ya conocemos su hecho heroico rematado con tanta audacia en la toma de Oaxaca.

Ahora debemos decir que su nombre verdadero era Félix Fernández, nombre que él cambió voluntariamente por el de Guadalupe Victoria.

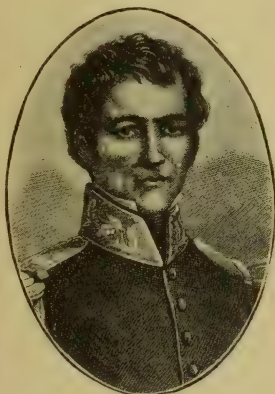
Perseguido encarnizadamente por el Gobierno virreinal, y no queriendo acogerse al indulto, se ocultó en las montañas. Durante treinta meses no vió un ser humano; vivía de frutos y raíces y de lo que podía encontrar; se le acabaron los vestidos y no le quedaba más que una frazada. Se le creía muerto, porque de muy pocos se dejaba ver. La última persona de quien se despidió fué un indio, quien le dijo:

—Si las cosas cambian, señor, ¿dónde puedo encontrarle?

—En aquella montaña me encontrarás vivo o muerto, le respondió señalando un lejano monte.

Y llegó el tiempo en que las cosas cambiaron. El indio fue en busca de su amigo; exploró la monta-

ña sin encontrar a nadie; al fin descubrió unas huellas humanas y presumió que podrían ser de Victoria. Colgó unas tortillas de un cordel y fué a la próxima aldea por más provisiones. El insurgente vió las tortillas y las devoró; y así que hubo calmado su hambre, pensó que aquellas tortillas podrían pertenecer a un enemigo; resolvió esconderse y esperó. No tardó en presentarse el indio. Victoria lo reconoció, pero el indio no a él.


D Guadalupe Victoria

En efecto, Victoria estaba incognoscible. Su barba y su cabello habían crecido desmesuradamente; sus uñas se habían transformado en garras; su cuerpo, medio cubierto por su haraposa frazada, estaba flaco y extenuado. Fueron necesarios grandes esfuerzos por su parte para convencer al indio de que él era Victoria; entonces supo que la causa tan grata a su corazón, la independencia de su patria, había encontrado nueva bandera en Iguala. Salió de su retiro y se puso luego en acción.

De este temple era el hombre que los mexicanos eligieron para primer Presidente de la República.

A pesar de los decretos de Hidalgo y de Morelos aboliendo la esclavitud (1), en realidad ésta había continuado. El Imperio no se acordó de los esclavos. Cupo a la República y a D. Guadalupe Victoria la

gloria de dar libertad a los primeros esclavos (2) Esto sucedió el 16 de septiembre de 1825. Para solemnizar aquella fecha memorable (què tampoco el Imperio había reconocido) se mandó levantar un tablado frente a la Diputación; allí el Presidente tomando la palabra, y dirigiéndose a los desgraciados seres que habían sufrido el látigo en sus espaldas, díjoles:

—¡Esclavos! En este día en que se celebra el aniversario de la libertad, recibidla en nombre de la patria, y acordaos que sois libres por ella, para honrarla y defenderla.

Estos fueron los primeros frutos de la República.

Gregorio Torres Quintero. (3)

(1) El decreto del Sr. Hidalgo fue expedido en Guadalajara el 6 de diciembre de 1810; y el del Sr. Morelos, en Chilpancingo, el 5 de octubre de 1813.

(2) Posteriormente—el 15 de septiembre de 1829—el general Guerrero, deseando, dice el Sr. Olavarría y Ferrari, celebrar el aniversario de la Independencia con un acto de justicia y de beneficencia nacional que reintegrase los derechos de la Naturaleza a una parte desgraciada del país, decretó lo siguiente: I.—Queda abolida la esclavitud en la República. II.—Son, por consiguiente, libres los que hasta hoy habían sido considerados como esclavos..."

(3) Distinguido escritor y pedagogo, nacido en Colima en 1865. Ha desempeñado importantes puestos en el ramo de Instrucción Pública, y escrito muchas obras escolares de positiva utilidad para la enseñanza de la juventud. Es, además, un delicado poeta.



LA HEROICIDAD DE UN PLEBEYO

El ataque a la Alhóndiga de Granaditas (1) comenzó: aquella reunión informe se precipitó como un torrente. Todo era confusión: la gritería de los invasores (los insurgentes) a los que se había unido el pueblo; el clamor de los heridos; la multitud de piedras lanzadas por éstos; el fuego de las tropas regulares; el de los sitiados; la explosión terrible de los frascos que arrojaban éstos, y que como granadas reventaban; los innumerables muertos que caían por todas partes obstruyendo el paso; todo presentaba el cuadro más triste y horroroso que pueda imaginarse. Un indio se abalanza a uno de esos frascos, y con los dientes pretende quitarle la espoleta: no lo consigue, y desaparece en pedazos. Los agresores en vez de acobardarse se llenaban de coraje, animados por la venganza, al ver a sus compañeros en tierra. El ataque se renovaba tanto como la defensa: las víctimas caían por todas partes; la sangre corría a torrentes; el fuego se redoblaba; el ataque se había encarnizado ferozmente. Frenéticos los americanos hicieron un esfuerzo para asaltar el fuerte; en esto quedó cortada la caballería realista, y en vano sus jefes intentaron maniobrar con ella.... Riaño (2) mandó la retirada al interior del fuerte; pero

advirtió que el centinela de la puerta principal había abandonado el puesto: pundonoroso y resuelto el Intendente, toma en la mano el fusil y reemplaza a aquel, haciendo fuego. Un cabo del Regimiento de Celaya, de la infantería de los patriotas, le apunta y lo derriba... El Sr. Riaño sucumbió y los españoles perdieron un héroe.


Alhóndiga de Granaditas

Como Ney, con un fusil en la mano, y como Bayardo, se podía decir que era un caballero sin miedo ni tacha. Recogido al punto su cadáver, una escena doblemente dolorosa tuvo lugar: el sentimiento de desesperación de un hijo suyo completaba aquel cuadro de dolor.

La muerte de Riaño causó a más del espanto, el desconcierto en los sitiados. Luego se cerró la puerta, sin que el fuego disminuyese por las azoteas y ventanas del fuerte y de la hacienda de Dolores. El general Hidalgo redobló entonces sus esfuerzos para apoderarse de aquél a toda costa; los asaltantes caían por todas partes; mas despreciaban la muerte. Comenzaron a dar barrenos para derribar una esquina del edificio, y penetrar en él. Su presen-

cia de ánimo, su resolución, no podían nacer sino de un patriotismo verdadero. Mas como poco se avanzaba, se creyó importante apoderarse de la puerta principal incendiándola: hacerlo era una temeridad inaudita por la lluvia de balas que caían, y por la infernal explosión de los frascos de azogue.

Fastidiado Hidalgo con aquella monotonía de muerte, rodeado de inmensas olas de plebe, se dirigió a un hombre a cuya voz obedecían.

—Pípila, (3) le dijo Hidalgo a ese hombre: la patria necesita de tu valor... ¿Te atreverás a prender fuego a la puerta de la Alhóndiga?



Pípila

—Sí, respondió aquel hombre, y sus ojos brillaron con una feroz alegría. Tomó en seguida una tea ardiendo, y cubriéndose con una losa ancha, se dirigió gateando hasta la puerta, que incendió. El lépero de Guanajuato abrió el registro de los héroes mexicanos. Un plebeyo se inmortalizó el primero.

Nada les valía a los españoles el desesperado valor con que se defendían, porque sus pérdidas eran irreparables. Cuando notó el sargento mayor Barzabal que toda resistencia era infructuosa, excitó a sus compañeros a rendirse; unos pretendían desfigurarse, y otros tiraban la casaca, las armas y dinero por las ventanas, y otros, en fin, querían primero morir

que rendirse. En estos momentos una bala derribó a Barzabal, aumentándose el desconcierto: se puso bandera de paz por el primero que le ocurrió, y el fuego parecía terminado: con esta seguridad los indios se arrimaron a las puertas. Los realistas que se hallaban en la hacienda de Dolores ignoraban lo ocurrido en Granaditas, y prolongaban con obstinación la defensa, haciendo estragos en los indios. Sucedió lo que era natural: se supuso una perfidia, y a los gritos de "traición" con que la plebe llenaba el aire, sucedieron las horrorosas órdenes de asaltarlo todo, y de no dar cuartel a nadie. Poco después, aquel cuadro era espantosamente animado. Las pasiones todas se retrataban en un fondo de humo y ráfagas de fuego. Se imploraba en vano la piedad y la compasión de los vencedores; queriendo vengar éstos los crímenes de la conquista y los agravios de trescientos años, disminuyeron el mérito de su empresa por no haberle otorgado nada a la humanidad... Ese día, dolorosamente memorable, ha dejado profundos recuerdos para Guanajuato. Amigos o enemigos de la revolución, verán en Granaditas, los unos resignados, los otros "llenos de esperanza aún", el primer lugar que se enrojeció con la sangre de los defensores de la independencia de México.

Domingo Revilla.

(1) El 28 de septiembre de 1810. En los cuatro ángulos de este edificio estuvieron colocadas, en jaulas de hierro, las cabezas de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez.

(2) D. Juan Antonio Riaño, heroico intendente de Guanajuato. Nació en Santander en 1792.

(3) Juan José Martínez, humilde barretero, que en premio de su hazaña fue nombrado capitán, por el Sr. Hidalgo. Según la opinión de varios escritores, continuó prestando sus servicios a la causa de la Independencia. Estuvo en las batallas del Monte de las Cruces, de Aculco, de Calderón y del Maguey. En esta última (mayo de 1811), halló una muerte gloriosa.



EXTRAVAGANTE; PERO VALIENTE, CARITATIVO Y PATRIOTA

Don José María González de Mendoza, López Saavedra y Vázquez de Ayllón (1) nació, como el gran poeta, cuando el siglo contaba dos años. Procedía de una cristiana, antigua y noble familia de la ciudad de Puebla, y poseía algunos bienes de fortuna que le proporcionaban un mediano pasar.

Pocas personas en México podían comprobar, como Mendoza, su entronque con una noble cepa, pues a pesar de ser republicano y liberal, como lo era todo, hasta tocar en el fanatismo y la locura, guardaba sus papeles y pergaminos perfectamente clasificados para demostrar, a la hora que fuera menester, que descendía de aquel Conde de Tendilla que plantó el primero el estandarte de la Cruz en la Alambra de Granada, y del primer virrey de Nueva España, don Antonio de Mendoza el bueno, a quien tantos beneficios debió esta tierra. Era pariente, y pariente cercano, nada menos que de la condesa de Teba, emperatriz de los franceses, doña Eugenia de Montijo; y ya verá, quien siga leyendo, cómo de tan rumboso enlace le vinieron todas sus desventuras. Era don José, por los días del sitio de Puebla (1863) un hombre de buena estatura, bien conservado (de tal manera que nadie le habría echado la edad que en realidad te-

nía), metido en carnes y con tendencia a la obesidad... Era inteligente, estudioso, instruído, trabajador, discreto, caritativo y un fénix de honradez; pero tenía en su contra una tremenda hendedura en el cerebro, que le hacía cometer las cosas más raras y originales. En Puebla se conservan sus hechos y dichos, como se guardan en cada Estado los de esos héroes epónimos que daban fisonomía y color a comarcas enteras, allá en los tiempos en que no se había igualado o debilitado el carácter nacional por las comunicaciones fáciles, el vivir fácil y el trato con extranjeros... Mas este hombre excéntrico, raro, cuyos hechos se contaban como materia de chacota en corrillos y mentideros, tenía el corazón más hermoso que era posible imaginar. Días antes de que el cerco quedara perfecto, expidió González Ortega un bando disponiendo la requisa de todas las subsistencias que se encontraran en la plaza en poder de particulares. Parecía que no quedaba nada por recoger, cuando tuvo soplo el General de que había un gran depósito de maíz... en la casa del Cuartelmaestre. El grano se mandó decomisar, se sacó de una bodega de la habitación de Mendoza y se pasó a los depósitos construídos en la plaza. El Cuartelmaestre se presentó en el alojamiento de Ortega, y humillado le habló así:

—Señor, le ruego me mande formar un Consejo de Guerra para que se me juzgue y se me fusile. He faltado al decreto de Ud. y casi no tengo disculpa.. sólo una puedo alegar: ese maíz lo destinaba para dar

de comer a más de cien pobres que ocurren diariamente a mi casa a recoger su subsistencia... pero hice mal, porque no debía desacatar la orden de usted, bajo ningún pretexto... Mándeme usted fusilar...

Y se echó a llorar en los brazos de Ortega, que se conmovió grandemente al ver aquel rasgo del loco y del extravagante.

Mendoza tuvo un hijo, que murió de oficial de artillería en el ejército del Gobierno durante el sitio de Orihuela. El padre pareció no haber sufrido conmoción ninguna con la falta del mancebo; pero cuando el viejo murió, olvidado en su misma tierra natal, dejó en su testamento una manda para que se compraran juguetes en memoria del oficialito muerto hacía más de veinte años, y en la fecha en que el Conde de Tendilla ganó una batalla a los moros en las cercanías de Granada. De esto proviene que los niños pobres de Puebla se vistan ora de moros, ora de cristianos el día de San Juan. Esas espaditas de madera, esos cascos y esos turbantes de cartón o de trapo, esos petos y esos espaldares de mírame y no me toques, son el mejor recuerdo de aquel hombre bueno, que tuvo su chifladura más patente que lo que la tenemos muchos.

Por lo demás, Mendoza era instruidísimo en historia, en táctica de castramentación, en balística y en todas las disciplinas bélicas; y podía hablar con singular maestría de muchas cosas que aun ahora

ignora la mayoría de los militares que se llaman instruídos.

Tal era Mendoza, "el loco Mendoza", alma de la defensa de Puebla después de Ortega.

Victoriano Salado Álvarez.

(1) General del Ejército. En los campos, dice don Guillermo Prieto, era de los primeros en valor y en conocimiento; en la tribuna tuvo numerosos triunfos su elocuencia, y como caballero cumplido, no dejaban qué desear su bondad y su decente comportamiento. Murió en Puebla en abril de 1875.



DOS CORONELES HONRADOS Y UNA PRINCESA

Entre las personas que más se distinguieron por su energía y actividad para salvar al desgraciado Archiduque Maximiliano, la joven princesa de Salm, cuyo esposo había caído también prisionero, fué quien sin medir peligros, dificultades ni instancias, apareció como una heroína... No dejó de ensayar uno sólo de los medios en que abunda la imaginación femenil, apasionada y escudada con la belleza y respetabilidad de su sexo. Su incesante afán le sugirió un acto de peligrosa seducción. Estaba encargado de la inmediata custodia de Maximiliano, el subordinado y valiente coronel Miguel Palacios, que se había hecho notable por su inteligencia militar y por su intrepidez, a cuyas dotes unía una modestia suma. Tan buenas cualidades le habían hecho acreedor a la ilimitada confianza del general Escobedo.

La Princesa de Salm obtuvo de Palacios que le hiciese una visita reservada en su propio alojamiento, donde comenzó por manifestar al coronel que le eran conocidos los pormenores de su situación personal; que era un soldado pobre y con una familia en extremo necesitada; que su esposa, acabando de dar a luz a un niño, había carecido hasta de lo indispensable para acudir a las necesidades del mo-

mento; que le era forzoso buscar un porvenir a sus hijos, y diciendo esto le ponía en las manos un billete de valiosa suma, añadiendo que sería más amplio el donativo, por sólo un leve servicio que exigía, con la condición natural de perfecto secreto, que Palacios guardaría bajo su palabra de honor.

Palacios la dió, poniendo a salvo honrada y prudentemente el cumplimiento de su deber, su reputación y su honor. Admirado de la puntualidad con que la dama se había informado hasta de las menores circunstancias de su vida privada, y de la gruesá cantidad que se le ofrecía por el que la Princesa llamaba pequeño servicio, hubo de preguntarle qué era lo que deseaba.

Todo el servicio que la Princesa exigía era que Palacios se durmiese un momento, añadiendo que sólo esto le faltaba para lograr la evasión de Maximiliano, a cuyo fin ya tenía hechos sus arreglos.

Esta revelación sobresaltó al coronel, produciéndole desde luego la sospecha de que quizá la seducción había entrado en la tropa, y tranquilizando a la Princesa, con la vaga frase de que iba a ponerse de acuerdo con el general Escobedo, frase que la Princesa quizá no pudo entender bien por falta de conocimiento en el idioma, y de que tal vez le infundió la idea de que Escobedo iba a hacerse cómplice en la seducción, despidióse cortésmente de ella, y fué inmediatamente a comunicar al general en jefe este acontecimiento.

Palacios, reducido a la pobreza, y sujetando a su

modesta familia a todas las privaciones y escaseces de nuestros sufridos militares, acababa de desechar una fortuna, reivindicando así el honor del soldado mexicano, la probidad del republicano generoso, el buen nombre de nuestra sociedad, la gloria del pueblo que ha sido tan villanamente calumniado en Europa con los epítetos de ladrón y prostituido.

La conducta de Palacios en este singular episodio, será siempre un padrón de vergüenza para nuestros detractores, y un timbre de honor para la República.

Afortunadamente las tentativas de soborno entre jefes y soldados, habían sido infructuosas; y Escobedo, a quien se le habían denunciado, y que sabía ya que se versaban en el cohecho enormes cantidades de dinero, satisfecho de la conducta de los soldados que custodiaban a Maximiliano, no quiso que se tentasen nuevos medios de inmoralidad, y le fué necesario hacer salir de Querétaro a la Princesa de Salm, y a los encargados de negocios de Italia, Bélgica y Austria, que habían acudido al llamamiento de Maximiliano, y que allí eran los únicos que para salvarlo no se detenían en gastos ni en riesgos. (1).

Juan de Dios Arias. (2).

(1) Según Zamacois, Maximiliano, por indicación del Príncipe y de la Princesa de Salm Salm, firmó dos libranzas de a cien mil pesos cada una, que debían ser pagadas por la Casa Imperial de Austria: una al coronel Palacios, y otra al coronel Ricardo Villanueva, que tampoco quiso faltar al cumplimiento de su deber.

(2) Historiador y político. Nació en Puebla en 1828. Fué Secretario del Congreso Constituyente que expidió la Constitución de 57, Secretario de nuestra legación en los Estados Unidos y Subsecretario de Relaciones Exteriores. Escribió los primeros capítulos del tomo IV de "México a través de los siglos" y una interesante Reseña Histórica del Ejército del Norte.



LA FORTUNA DE DOS GENERALES: ¡TRES PESOS!

Al día siguiente, 21 de octubre de 1865, a las siete de la mañana, fué consumado el horrendo crimen. Los valientes y ameritados jefes Salazar y Arteaga, con Villagómez, Díaz y González (1), habían exhalado el postrer aliento en aras de la patria, en bien de la nación, que sabrá siempre tributar homenaje a la memoria de tan ilustres héroes.

A los datos anteriores es indispensable agregar otros muy interesantes que nos proporciona un testigo ocular de los acontecimientos, y que ponen de relieve el gran carácter de aquellos grandes hombres. Al salir de la capilla, encabezaba el fúnebre cortejo el general Arteaga. Iba como los demás, con los ojos vendados; su rostro aparecía densamente pálido; su paso era firme, y marchaba erguido pero sin afectación. Le seguía el general Salazar, quien al salir de la prisión se había arrancado la venda. Toda la sangre de sus venas se le había agolpado al cerebro; su rostro se había encendido por la ira y en sus ojos relampagueaba la indignación. El joven coronel Villagómez (2), tipo del valor y de la hidalguía militar, así como sus compañeros el coronel Díaz (2) y el capitán González (a) El Fraile (4), caminaban al cadalso, demostrando dignidad y sangre fría.

Al llegar aquellas ilustres víctimas frente a la parroquia, fueron colocadas a quince pasos de distancia una de otra. El general Salazar, con voz de trueno, se dirigió a la tropa en estos términos:

"Soldados: se nos aplica una ley inícua como si fuéramos bandidos; nuestro crimen no es otro que el de defender a la patria en contra del ejército invasor. Los bandidos vamos a morir sin legar a nuestros hijos un pedazo de pan. ¡Perdono a ustedes, porque los traen a la fuerza a asesinar a sus hermanos...!"

En estos momentos notó el jefe que mandaba el cuadro que las palabras de Salazar impresionaban a la tropa, y ordenó que todas las bandas de los cuerpos tocaran "generala". El ruido apagó la voz del ilustre jefe.

Y era verdad que aquellos hombres morían pobres, a pesar de que se les fusilaba juzgándolos como bandidos. El general Arteaga tenía como único capital veinte reales, que distribuyó entre los que iban a disparar contra él. El general Salazar repartió cinco o seis reales y regaló su sombrero de fieltro galoneado al sargento que mandaba el pelotón. Villagómez y González no tuvieron un centavo al morir. Díaz tenía bienes de fortuna en Paracho: era un ranchero, agricultor honradísimo, que por patriotismo se había aliado a la causa republicana, habiéndose distinguido mucho en la enérgica campaña que se sostuvo en Michoacán contra la Intervención y el Imperio. La ejecución se llevó a efecto con lujo

de crueldad, y después de ella, el general Méndez cometió la infamia de hacer desfilar a los prisioneros republicanos frente a los cadáveres. Así terminaron su vida aquellos mártires de la independencia mexicana, a quienes la gratitud del pueblo michoacano levantó en Uruapan un monumento, inaugurado solemnemente el 21 de octubre de 1893.

F. Javier Gaxiola.

(1) Soldados republicanos fusilados en Uruapan, en virtud de la ley de 3 de octubre de 1865, dada por Maximiliano.

(2) Don Jesús Díaz, nacido en Paracho el 12 de febrero de 1822. Militó en las filas liberales, tanto en la revolución de Ayutla como en la guerra de Reforma.

(3) Don Trinidad Villagómez, nacido en el Valle de Santiago (Guanajuato), el 11 de mayo de 1837. Figuró también honrosamente en la guerra de Reforma, habiendo abandonado las aulas del Colegio de San Nicolás, de Morelia, para prestar en ella sus servicios.

(4) Natural de Texcoco. Fué fraile mercedario del convento de México, del que se separó en la época de la Reforma para ir a sentar plaza en las filas liberales. Se le fusiló en lugar del patriota coronel José Vicente Villada, que fué indultado por un rasgo de generosidad de que hablaremos en páginas posteriores.



PATRIOTA HASTA EN LA AGONÍA

Llegaron los aciagos días de la invasión americana, y en ellos la acción de de la Rosa (1) fué tan patriótica y trascendental como discutida y reprobada. Su espíritu práctico no tomó el rumbo de las declamaciones de un patriotismo exaltado explicable pero inconducente, sino el frío camino de la serenidad, al fin del cual divisaba a la Patria restañando sus heridas, reconstituyéndose en el duelo sin afrenta de un infortunio entre cuyos crespones teñidos en la sangre de viejos campeones y de abnegados niños, asomaban los recios laureles de un puñado de heroísmos. En el clamoroso coro de sus impugnadores, se erguía sólo una figura augusta: Melchor Ocampo, venerable y santo en esos instantes como en todos los de su vida, exclamaba: "Puesto que se nos trata de salvajes, muramos como ellos, defendiendo nuestro suelo", y acto continuo hacía al Gobierno la única oferta eficaz y práctica en aquella hora llena de ardientes apóstrofes y exhausta de elementos materiales: todo el dinero, las milicias enteras del bravo pueblo michoacano que a la sazón gobernaba. El Gobierno decidió la paz y desde ese momento la actividad de de la Rosa se consagró a defender a la patria, no ya en las barricadas mudas, donde se arriaban las

banderas, sino entre las líneas de los tratados, en las cláusulas del futuro pacto, donde el peligro unido a la perfidia, volvía de nuevo a surgir amenazante...

Tras de leer atentamente a Roa Bárcena, que en su obra "Recuerdos de la Invasión Norteamericana" compila documentos y analiza minuciosamente hechos, en tantas ocasiones juzgados superficialmente, se adquiere la convicción de que la gestión del estadista cuya vida examinamos, en el tratado de Guadalupe Hidalgo (2), resulta no sólo sincerada de las imputaciones y reproches lanzados por sus contemporáneos, sino prestigiada por timbres de clara y serena previsión y de vigilante patriotismo...

A estos títulos a la gratitud nacional, une nuestro patriota biografiado, los que conquistó cuando en medio de las calamidades públicas, la consternación y el estado anárquico causado por la invasión americana, tuvo la abnegación y la presencia de espíritu suficiente para asumir como ministro universal del gran presidente Peña y Peña, el gobierno de la República. El paroxismo agudo de aquella situación, donde vertía su caudal siniestro la herencia de la desmoralización y la ruina legada por el nefasto Santa-Anna, no podía ofrecer a los patriotas que asumieran el gobierno, más que sacrificios sólo comparables en magnitud a las enormes responsabilidades. En esos instantes el gran presidente y su extraordinario ministro, circularon la propia grandeza moral que habría de llevarlos a las sedes

áureas de la historia patria, y consagrarlos próceres en sus fastos, por la veneración nacional.

Siendo ya tan grande y considerable la relación de los méritos de don Luis de la Rosa, en aquellos aciagos días, no está aún agotada. Dejemos continuarla a la justiciera pluma de don Francisco Zarco:

"Santa-Anna había ofrecido satisfacción a la Francia porque un ministro francés había ultrajado a la autoridad mexicana, y el Sr. don Luis de la Rosa restableció las relaciones diplomáticas, sin la menor humillación para México. Santa-Anna había celebrado ya la convención española, creando un fondo para reclamaciones futuras y el Sr. de la Rosa fué el primero en oponerse a ese oprobio. Desechó reclamaciones infundadas de otras potencias, hizo valer en el extranjero los justos derechos de su patria, y dirigió, en fin, las relaciones exteriores con el mayor brillo y acierto. Al propio tiempo tenía que luchar para reprimir con mano fuerte la anarquía; y a veces, sin más armas que su pluma, intérprete fiel de su patriotismo, conjuraba las más terribles tempestades como la imprudente asonada de San Luis Potosí. Tenía también, aunque lentamente, que ir reconstruyendo la administración pública en todos sus ramos, sobre todo en el de Hacienda, en el que salvó al país de los más onerosos contratos celebrados por Santa-Anna; y por último, viviendo en medio de los más duros conflictos, y careciendo a veces hasta de lo más necesario para pagar un correo que viniera a México, entregó intacta la indem-

nización americana al Gobierno del general Herrera".

Esta última acción exalta mejor que la disertación más prolija, otra de las virtudes públicas que caracterizaron a de la Rosa, que no habíamos tenido ocasión de mencionar; pero que completa el perfil de tan cabal hombre de Estado: la más depurada integridad en el manejo de los caudales públicos...

Debilitado por las enfermedades y una azarosa vida de perenne lucha y continuo gasto de energías, enfermó el ilustre mexicano, y en su mismo lecho de muerte marcó su abnegada vida con un sello de fuerte carácter y enérgico patriotismo. Días antes de morir, le fué llevada la última nota que la República dirigía a la Legación de la Gran Bretaña. Encontróla incompatible con el decoro nacional; se rehusó a firmarla, y redactó nueva nota en que el decoro patrio se mantenía incólume...

En la tumba del esclarecido patricio, entre las guirnaldas de inmortales que materializarán la gratitud de la patria, bajo el "fasces versi" con que la antigua Roma simbolizaba el duelo público, podrían grabarse las nobles palabras que en "Coriolanus", la tragedia shakesperiana, pronuncia Corninius; verbo lapidario, esencia de puro civismo, que pareció normar la vida de de la Rosa:

"Amo el bien de mi patria con un respeto más tierno, más sagrado y profundo que mi propia vida".

José Juan Tablada. (3).

(1) Nació en Pinos, Zacatecas, a principios del siglo pasado. Fué miembro de varios Congresos, Secretario de Hacienda, de Justicia y de Relaciones Exteriores, representante de México en los Estados Unidos, Gobernador del Estado de Puebla, Director del Colegio de Minería, redactor de "El Siglo XIX", literato distinguido, orador elocuente, político enérgico, que soportó, sin doblegarse, frecuentes persecuciones, y funcionario público, tan celoso de su honra, como de la de su patria.

Murió en México el 3 de septiembre de 1856.

(2) Firmado el 2 de febrero de 1848, en la ciudad de Guadalupe Hidalgo, por los plenipotenciarios de México, don José Bernardo Couto, don Miguel Atristáin y don Luis Gonzaga Cuevas, y por el de los Estados Unidos, don Nicolás P. Trist.

(3) Exquisito poeta y brillante prosista.



ABNEGACIÓN DE UNOS PATRIOTAS



D. Manuel de la Peña y Peña

El 15 de septiembre de ese mismo año de 47, el ejército vencedor (el de los Estados Unidos) ocupó la capital; aquí y allí hubo serios conatos de resistencia popular (1) presto desvanecidos; Santa-Anna deshecho, impotente, se retiró por el Oriente, dimitiendo la presidencia de la República y nombrando a su substituto, mientras se reunía el Congreso. Pocos días después, el Presidente de la Suprema Corte de Justicia, Peña y Peña (2), se hacía reconocer como Presidente legal en buena parte del país, agrupaba algunos elementos de fuerza, llamaba a los gobernadores, trataba de reunir al Congreso y quedaba constituído un gobierno nacional que podía abrir negociaciones con el jefe del ejército invasor. Las historias especiales abundan en detalles característicos que no podemos ni apuntar aquí. En un grupo exaltado del Congreso halló tenaz oposición la idea de la paz, de que eran encarnación viva los Sres. Peña

y Peña, su ministro de la Rosa, y luego el Presidente interino, el general Herrera; ellos y casi todo el partido moderado habían deseado esta paz desde el principio, previendo cuanto sucedió después; ahora estaban resueltos a llevarla a cabo, a pesar de las bravatas de los militares y del derroche de elocuencia teatral de algunos diputados. La paz era una necesidad antes de la anexión de Texas, una necesidad apremiante inmediatamente después; una salvación después de la guerra; la guerra nos había desarmado; no teníamos soldados (nueve mil hombres diseminados en el país), ni artillería, ni fusiles (menos de 150 en los depósitos).

¡Oh! Era muy fácil declamar y tomar actitudes de augusta intransigencia en la tribuna y en la prensa; quienes supieron sacrificar su popularidad y sus dolores patrióticos a una obra indispensable y terrible, esos fueron los beneméritos, esos son los que merecen el respeto profundo de la historia. Sólo quien ignore cuál era la situación de anarquía del país, las tendencias al desmembramiento, ya claras en diversos Estados, la facilidad con que gran parte de la sociedad aceptaba la tutela americana por cansancio de desorden y ruina, las ideas de anexión que surgían en grupos compuestos de gente ilustrada, la actitud de la gente indígena, fácilmente explotable por los invasores; sólo quien todo esto ignore o lo ponga en olvido, puede condenar la obra de Peña y Peña y sus insignes colaboradores: un combate más, que habría sido un nuevo desastre y una humillación nueva, y

una parte de Chihuahua, Sonora y Coahuila se habrían perdido; el principio de que no se puede ceder el territorio en ningún caso es absurdo, y jamás ha podido sostenerlo una nación invadida y vencida; el verdadero principio es otro: bajo el imperio de una necesidad suprema, puede y debe una nación ceder parte de su territorio para salvar el resto.

Con estas convicciones entraron en pláticas y fueron formulando las cláusulas de un convenio el comisionado americano Trist, hombre lleno de deferencia, y los eminentes jurisconsultos, nuestros apoderados... El 2 de febrero se firmó por fin el tratado; perdíamos lo que estaba perdido de hecho: California, Nuevo México, Texas y la zona tamaulipeca de allende el Bravo; lo demás nos era devuelto en plazos breves, más una indemnización de quince millones de pesos. No fué éste el precio del territorio vendido; esto era imposible, porque no se dejó a los americanos nada que no tuvieran ya, y sí se obtuvo la devolución de mucho que creían haber ocupado definitivamente; se trataba de una indemnización de guerra, tan necesaria, que sin ella el gobierno no habría podido sostenerse, y el caos del desmembramiento y de la anexión habrían sido la consecuencia forzosa de la catástrofe. Al lado de estas cláusulas de los límites, la indemnización y la devolución, las otras son secundarias. Resultó un convenio doloroso, no ignominioso. Los tratados de paz ajustados entre Francia y Alemania, en Francfort, y entre España y los

Estados Unidos en París, nos obligan, por comparación, a ser más justos con esta obra inevitable de nuestros padres. Hicieron cuanto pudieron, hicieron cuanto debieron.

Justo Sierra.

(1) Indignado el pueblo, dice el Sr. Olavarría y Ferrari, al ver ondear en el Palacio la bandera de las barras y las estrellas, por un impulso espontáneo, rompió sobre los invasores fuego graneado de fusil desde las esquinas de las calles, y desde las puertas, ventanas y azoteas de algunas casas; todo aquel día 14 y el siguiente, el pueblo continuó batiéndose, sin dejarse intimidar por el enemigo, que esparció su infantería por todas las calles y mandó hacer fuego con obuses y hasta con piezas de sitio, sobre las casas de donde salían los disparos. Scott mandó que fuesen voladas, lo que no se hizo, porque la pólvora estaba almacenada en Chapultepec; pero, según los mismos jefes enemigos, multitud de casas fueron abiertas a hachazos y fusilados sus vecinos, sin más formalidad.

(2) Nació en el pueblo de Tacuba, el 10 de marzo de 1789. Jurisconsulto eminente e incorruptible magistrado. Escribió unas "Lecciones de Práctica Forense Mexicana", que son, como dice el distinguido biógrafo don Marcos Arróniz, el perenne monumento de su gloria y sus talentos. En 1813 fué síndico constitucional del Ayuntamiento de México; en 1820 se le condecoró con la toga de la Audiencia territorial de Quito; en 1822 fué nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Colombia, cargo que no llegó a desempeñar; en 1824. Magistrado de la Suprema Corte de Justicia; en 1837, Secretario del Interior; en 1838, individuo del Supremo Poder Conservador; en 1843, Consejero de Estado, senador y Ministro de Relaciones y de Gobernación; y en 1847, se encargó, por ministerio de la ley, de la Presidencia de la República. Fué también fiscal de Hacienda y del Crimen, miembro de la Audiencia de México, catedrático de Derecho Público en la Universidad, presidente de la Academia de Jurisprudencia, rector del Colegio de Abogados, etc., etc.

El 2 de enero de 1850 falleció este ciudadano insigne por su rectitud, por su talento y por su sabiduría. Los escritores imparciales han hecho ya justicia a la penosísima labor que, como gobernante, tocóle en suerte desempeñar.

D. HERNÁN Y UN CEMPOALTECA



Hernán Cortés

Subido Cortés en una altura, descubrió grandes caseríos y preguntando cuáles eran, le respondieron: la ciudad de Tlaxcalla; llamó a los soldados y dijo tranquilamente: "Ved qué hiciera al caso matar los de aquí, habiendo tantos enemigos allí". Volviéndose entonces al alcalde mayor Alonso de Grado, le preguntó: "Atenta la muchedumbre de gente ¿qué os parece se debe hacer?" —"Retirarnos a la costa, respondió Grado, y escribir a Diego Velázquez (1) nos envíe socorro, porque si sobreviene algún accidente o enfermamos, seremos comidos por los indios". Aquella respuesta, eco de los pensamientos de muchos en el real, no debió sonar bien a los oídos de don Hernando, quien disimulando la flaqueza, se contentó con replicar: "Advertid que retirándonos, las mismas piedras serán contra nosotros, y si nuestra muerte es cierta, mejor es acabar llevando nuestro intento adelante, que no huyendo"...

Aunque la victoria coronaba los estandartes cas-

tellanos, costaba una parte del efectivo de las tropas lo ya ejecutado, poniendo espanto aun en los más briosos, lo que de la empresa faltaba por rematar. Habían sucumbido sobre cincuenta y cinco hombres; de quienes sobrevivían, la mayor parte estaban heridos; doce estaban dolientes de enfermedades, entre ellos Fr. Bartolomé Olmedo (2) y el mismo Cortés adolecía de calenturas: sobraba la comida, es verdad, mas faltaba sal para condimentarla y escaseaban los vestidos. El continuo pelear; traer las armas siempre puestas, las rondas y vigilias habían agotado las fuerzas de los más robustos. El disgusto y las murmuraciones se propagaron en el real. Muchos soldados en corrillos y pláticas se mostraban mustios y desalentados. Estando de vela don Hernando, oyó decir dentro de una choza: "Si el general es loco y se mete en donde nunca podrá salir, no lo seamos nosotros, volvámonos a la mar y si él quiere venir con nosotros bien; mas si no, lo dejaremos". Casi públicamente le llamaban Pedro Carbonero, que los había metido en donde nunca podrían salir. Llegó el atrevimiento hasta meterse siete personas en la posada de Cortés para hacerle presente la dificultad de la empresa, el corto número de los blancos, la inmensa muchedumbre de los contrarios, las pérdidas sufridas; parecía acertado tornarse a la Villa Rica a esperar refuerzos, pues con los elementos actuales la conquista era imposible. Respondióles mansamente Cortés, recordándoles la buena fortuna que

hasta entonces los había acompañado, la confianza que en Dios debían tener, pues por su causa combatían; haciéndoles notar, que, retrocediendo, en lugar de tenerlos como dioses, los mirarían como cobardes y de pocas fuerzas; sus propios aliados se mostrarían contra ellos por temor de Moctezuma (3). Los quejosos insistieron en sus argumentaciones, hasta que don Hernando, algo enojado, respondió: más valía vivir por buenos que morir deshonrados; e interviniendo los amigos del general le dijeron en altas voces no hiciera caso de corrillos ni pláticas, sino dispusiese lo que juzgara conveniente y todos ellos obedecerían.

Los aliados, acostumbrados a la obediencia ciega y pasiva no mostraban temor alguno. Consultado por Cortés el jefe cempoaltecatl Teuch, le respondió: "Señor, no te fatigues en pensar pasar adelante de aquí, porque yo siendo mancebo fuí a México, y soy experimentado en las guerras, e conozco de vos e de vuestros compañeros que sois hombres e no dioses, e que habéis hambre y sed y os cansáis como hombres; e hágote saber que pasado de esta provincia hay tanta gente, que pelearán contigo cien mil hombres agora, y muertos o vencidos éstos, vernán luego otros tantos, e así podrán remudarse o morir por mucho tiempo de cient mill en cient mill hombres, e tu e los tuyos, ya que seais invencibles, moriréis de cansados de pelear, porque como te he dicho, conozco que sois hombres e yo no tengo más de decir de que miréis en esto que he dicho, e si determinades de morir, yo, iré con vos".

Verdadero valor es conocer la magnitud del peligro y querer arrostrarle.

Pide la justicia declarar que en aquellas circunstancias don Hernando se mostró muy grande. Evidentemente su resolución no dimanaba de ciega tenacidad; dentro de él debía haber un impulso superior para empujarle adelante; una voz secreta le hacía cerrar los oídos a todo consejo. Para nosotros, impulso y voz venían de la fe en su causa, de la fe productora de verdaderos milagros en la humanidad; veía en el cielo la estrella cintilante que condujo a Colón a lo largo del inmenso y tenebroso océano.

Manuel Orozco y Berra.

(1) Gobernador de la Isla de Cuba. Nacido en Cuéllar, pasó a las Indias en el segundo viaje emprendido por Cristóbal Colón, en 1493.

(2) Fr. Bartolomé de Olmedo, mercedario. Prestó grandes servicios a Cortés, especialmente cuando Pánfilo de Narváez llegó a Veracruz, enviado por Velázquez para aprehender y destituir al Conquistador.

(3) Moctezuma Xocoyotzin, noveno rey azteca. "Emperador y Sumo Sacerdote, dice un biógrafo, de un carácter altivo, severo y supersticioso, hizo degenerar la monarquía en absoluta y despótica, imponiendo tributos onerosos, promoviendo injustas guerras y creando un ceremonial riguroso, haciendo que se le acatara como a un dios". Débil e irresoluto, en cambio, a la hora del peligro, su cobarde conducta le atrajo el odio de sus súbditos y las censuras de los pósteros.

Subió al trono en 1502, a los 26 años de edad. Murió, según los cálculos hechos por distinguidos historiadores, el 30 de junio de 1520, a consecuencia de las heridas que recibió, tres días antes, al arengar al pueblo para que dejara de combatir a los españoles, que lo tenían prisionero. "¿Qué es lo que dice ese bellaco de Moctezuma, mujer de los españoles? gritó Cuauhtémoc: que tal se puede llamar, pues con

ánimo mujeril se entregó a ellos de puro miedo y asegurándonos nos ha puesto a todos en este trabajo; no le queremos obedecer, porque ya no es nuestro rey, y como a vil hombre le hemos de dar el castigo y pago". En diciendo esto, alzó el brazo y enarcando hacia él, disparóle muchas flechas; lo mismo hizo todo el ejército. "Al ver su trágico y lastimero fin, escribe el Sr. Orozco y Berra, el corazón se siente conmovido sin que la compasión deje lugar a la ira que despierta su fatal conducta. Le flagela el azote de la historia: la tierra le sea leve". No pocos escritores opinan que Moctezuma murió asesinado por Cortés.



QUINCE HERIDAS EN EL CUERPO

El día 19 de septiembre (de 1846) se presentó el enemigo delante de la plaza (Monterrey) principiando al instante sus reconocimientos, partiendo desde la Ciudadela los primeros cañonazos que pusieron en alarma a la población.

Al toque de "generala" las tropas tomaron las armas y ocuparon los puntos que se les designó para su defensa. Se formó una reserva compuesta de los batallones "Aguascalientes", 3o y 4o "Ligeros". Esta debía obrar en combinación con la caballería, cuya fuerza debería a su vez, atender a los lugares donde fuese más vivo el combate, para entrar en acción a primera orden.

El día 20 continuaron los reconocimientos del ejército americano, protegidos sus ingenieros por partidas de caballería que recorrían las inmediaciones de la ciudad. En la tarde de ese día, una columna al mando del general Worth, con varios carros y artillería, se dirigió por la espalda del Obispado hacia el camino del Saltillo con el objeto de cortar las comunicaciones con aquel punto. Parte de nuestra caballería se dirigió a impedir aquel movimiento, en tanto que del Obispado se cañoneaba a la columna en marcha. La noche se pasó a la expectativa del recio

combate. Durante ella, ante la prudente advertencia de un oficial de ingenieros, se reedificó con toda actividad el Fortín de la Tenería, que se había derribado en virtud de absurda orden del jefe director de las obras de defensa.

Al amanecer del día 21, la columna del general Worth se puso en marcha dirigiéndose rumbo al río, con objeto de tomar el Fortín de la Federación, situado al Sureste de la ciudad. Nuestra caballería, al mando del general Torrejón, intentó cortar el paso, cargando a lanza y sable sobre aquella fuerza compuesta de buena y sólida infantería. Esta hizo alto tras unas milpas y "cercas" de árboles y piedras, desde donde rompió un fuego ordenado, vivo y certero, que desorganizó a los cuerpos de dragones mexicanos, detenidos por los obstáculos del terreno. En vano el general don Manuel Romero hace esfuerzos inauditos por abrir un portillo por donde pasar para caer sobre el enemigo; su fuego diezma la mexicana tropa, en tanto que el comandante de los "Lanceros de Jalisco" cae muerto al frente de sus valientes. El teniente coronel Mariano Moret, que pudo llegar al frente de cincuenta lanceros de Guanajuato hasta la terrible línea de hierro y fuego de los americanos, hace atroz carnicería, lanza en ristre, hasta quedar aislado en la refriega; muertos sus bravos soldados, y él solo, herido, llega intrépidamente hasta los mismos cañones enemigos, donde, rota su lanza, tira de la espada y acuchilla, heroico y sublime, a los americanos desconcertados en aquel punto, por tan va-

liente carga... Luego, vuelve bridas y regresa a galope, cubierto de sudor, polvo y sangre, yendo a reunirse con el resto de la caballería que no pudo cargar... ¡Había recibido en su cuerpo, caballo y montura, quince balas!

No pudiendo resistir más el fuego, se retiró la caballería, dejando el campo cubierto de despojos.

Heriberto Frías. (1).

(1) Nació en Querétaro en 1870. Ha publicado entre otras obras, una hermosa novela: "Tomóchic" y unos "Episodios Militares Mexicanos" en que se hallan narradas muchas acciones gloriosas dignas de eterna remembranza. Es un escritor espontáneo y pintoresco, dice Amado Nervo, que se ha dedicado, con especialidad, a reproducir la vida militar mexicana.



DESAFÍO DE UN PATRIOTA

Desterrado en Francia, don Melchor Ocampo tenía su pensamiento constantemente fijo en su patria y sólo alentaba para ella. Residía en Burdeos y se encontraba en la mayor pobreza.

Estando en esa ciudad, entró una noche en un café, en el que tenía costumbre de tomar un frugal alimento. Ocampo sabía y entendía perfectamente el francés; y habiendo oído decir algo de México a los concurrentes de una mesa próxima a la suya, fijó su atención y pudo convencerse de que allí se lanzaban injurias contra su patria. Un ignorante o apasionado francés, decía en términos tan generales como injustos, estas palabras: "Todos los mexicanos son unos ladrones".

Ocampo se levantó de su asiento, y dirigiéndose al grupo, dijo en buen francés: "Señores, alguno de ustedes ha dicho que todos los mexicanos son ladrones. Yo soy mexicano, y por mi conciencia, les aseguro que no soy ladrón; en consecuencia, el que ha sentado tal proposición, miente."

Ocampo se retiró lenta y tranquilamente a su asiento y siguió tomando su café.

Entre los del grupo hubo un momento de silencio y estupor; mas a poco comenzaron a discutir y voci-

ferar. Ocampo les volvió la espalda en señal del más alto desprecio. Ya no pudieron sufrir más y uno se levantó y dirigiéndose a Ocampo le dijo:

—Espero que mañana, antes de las seis, os presentaréis aquí con vuestros testigos.

—Ahora mismo es mucho mejor, y dos de los señores serán mis testigos.

Dos de los concurrentes se levantaron, estrecharon la mano a Ocampo y se pusieron a su disposición.

—¿Cuáles son vuestras instrucciones?

—Todo lo que queráis convenir lo acepto, sin observación ninguna.

Al día siguiente, en un sitio apartado, tuvo lugar el duelo. Ocampo que era menos diestro en la esgrima, salió herido y tuvo que estar en cama cerca de un mes. Su adversario le visitó y le satisfizo amplia y públicamente.

Don Manuel Payno, que refiere esta anécdota, añade que Ocampo no era un espadachín, sino "un hombre pundonoroso y delicado que, cuando creía tener razón y obrar conforme a su conciencia y su deber, no conocía el miedo".

Otros dicen que hubo un segundo encuentro, en el que el insultador de México resultó gravemente herido; pero de una manera u otra, Ocampo dejó bien puesto su honor y el de su patria.

Rodolfo Menéndez. (1).

(1) Distinguido pedagogo, que en libros y en periódicos ha trabajado ardientemente por el progreso de la instrucción pública.

CON LA PLUMA Y CON LA ESPADA

Ponciano Arriaga (1) : al levantar el velo para exponer este retrato, me siento incapaz por dos razones : la primera, porque soy parcial, como con Cardoso, con Ramírez, con todos los que eran rayos de luz de mi misma alma y sangre de la vida de mis más íntimos afectos. Eso de "quien a feo ama hermoso le parece" y cuando se ama lo hermoso ¿qué sucederá?

Por otra parte, las fases de la inteligencia y de las facultades de Arriaga eran muy varias, y me acontece lo que al pasar por una galería de cuadros de distintos asuntos de autores eminentes : se ríe con los borrachines y los tunos de Goya, se deleita con las Madonas de Rafael y Murillo, se pone nervioso con las batallas de Salvador Rosa, tiembla con el naufragio de la Novara y se espanta con los fatídicos bailes de Zurbarán.

Así yo con Arriaga : en su estudio, meditando silencioso, lo admiro ; contrariando el golpe de Estado de Comonfort, me arrastra y subyuga ; me alegra en los fandangos de chinacates ; en la tribuna me encanta ; como patriota es un bello ideal ; como amigo, sin tipo con que compararlo, ni ternura con que encarecerlo.

Nació Ponciano en San Luis; hizo allí sus estudios y desempeñó cátedras con gran lucimiento...

Al estallar la revolución de Religión y Fueros en 1833, estableció un periódico vehementísimo con otros estudiantes, y se hizo el periódico más decidido y más sangriento, cuando ya Arista estaba en Guanajuato prevenido contra las iras de Santa Anna. El periódico de los pronunciados le dijo a Arriaga, intimidándole, que esperaba que repitiera sus bravatas frente a los cañones de Guanajuato. Arriaga se alistó en la Guardia Nacional, marchó a Guanajuato, y en lo más empeñado de la sangrienta toma de Guanajuato, luchando temerario, gritó desde una trinchera: díganle a Arista que aquí está Ponciano Arriaga, el de las bravatas del periódico de Guanajuato.

Arista supo este rasgo de Arriaga, a quien no conocía, y desde entonces conservó por él profunda estimación.

Guillermo Prieto.

(1) Nació en la ciudad de San Luis Potosí el 18 de noviembre de 1811. Desde su juventud ocupó puestos públicos importantes en su Estado natal. Después fué diputado al Congreso de la Unión, Ministro y Presidente del Congreso Constituyente que expidió la Constitución de 1857. En la formación y discusión de este Código, tuvo parte esencialísima, al extremo de que puede afirmarse que fué el miembro más notable de esa ilustre Asamblea, en la que halláronse reunidos hombres eminentes del país. El Sr. Arriaga, que llegó a ella, designado por el voto de siete distritos electorales, alcanzó, por la elocuencia de su palabra, la alteza de sus ideas, y el entusiasmo y la honradez con que las defendía, la gloria envidiable de que la posteridad lo considere como uno de los políticos más sinceros y de los parlamentarios más competentes que hemos tenido.

PREFIRIÓ LA MUERTE A ABANDONAR A SUS HERMANOS

Llegado a noticia de los padres de Felipe (1) su feliz cambio (de conducta) lograron conseguir de sus prelados licencia para que volviese a ordenarse a México, para cuyo efecto se hizo a la vela en Cavite el 12 de julio de 1596 en el navío San Felipe; mas una terrible tormenta que sobrevino y maltrató mucho al navío, obligó a la tripulación a buscar auxilios en el Japón, y se dirigieron al puerto de Horando, cuyo gobernador, con engaños y mentiras, después de asegurarse de la carga del navío, dijo que éste no podía volverse sin licencia del emperador que estaba en Macao, a quien mandó con algunos presentes y la súplica correspondiente el general del navío, a Felipe, acompañado de otros dos religiosos y tres marineros, quienes se volvieron sin cumplir su encargo, por no haber podido hablar con el emperador. Habiéndose presentado entonces varios negocios de que era preciso informar al padre comisario, escogieron para esta misión como persona entendida y activa a Felipe. Este llegó a Macao, y habiendo evacuado su encargo y estando para regresar a Usaca para seguir a México, el día 19 de noviembre, de orden del gobernador fué cercado el convento, quedando presos el padre comisario con otros tres

frailes, Felipe y doce japoneses cristianos, y aunque a nuestro beato le instaban para que se salvase por la inmunidad de que gozaban los que llevaban algún presente al emperador y por no estar en la lista de los presos, se negó a ello contestando: "No permita Dios que mis hermanos estén presos, y yo en libertad. Será de mí lo que fuere de ellos". Los religiosos el día 30 del mismo mes fueron conducidos a la cárcel, donde permanecieron seis días, y en el último los sacaron y les cortaron la oreja izquierda, y en medio de este tormento, exclamó Felipe lleno de gozo y alegría: "Aunque el tirano me mandara dar libertad, no la aceptaría". Concluído este sacrificio, los volvieron a la cárcel y a poco los sacaron de allí para llevarlos a Nangazaqui, lugar destinado para consumar su martirio, y a donde llegaron después de treinta días, llenos de todo linaje de trabajos, el 5 de febrero de 1597, estando ya preparados los instrumentos del martirio, a saber, las cruces en que habían de ser sacrificados y las lanzas con que habían de atravesarles los costados. Al ver Felipe su cruz se arrodilló y abrazó de ella, exclamando: "Oh dichoso navío! Oh dichoso galeón San Felipe! Oh pérdida! No pérdida para mí, sino la mayor de las ganancias". Estando en este soliloquio, se acercó el verdugo y le colocó en la cruz, fijándole con cinco argollas, dos en los pies, dos en las muñecas de las manos, y una en el cuello, y después le atravesaron el cuerpo con tres lanzadas que le hicieron exhalar el último suspiro, a los 22 años de edad. Treinta años des-

pués del martirio de Felipe, Urbano VIII, en 1627, lo beatificó, concediéndole misa y rezo particular: cuando se recbió en México la noticia, fué celebrada con grandes fiestas, y en la solemne procesión que se hizo, entonces, salió la madre de Felipe (2) que aun vivía, al lado del virrey, y el Ayuntamiento le señaló a ella y a las cuatro hermanas de Felipe una pensión... En la Catedral de aquí se conserva con mucho decoro la pila en que, según la tradición, recibió las aguas del bautizo Felipe.

Marcos Arróniz. (3).

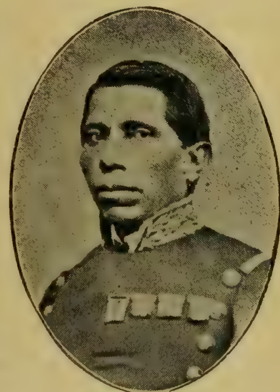
(1) San Felipe de Jesús, protomártir mexicano. Nació en la ciudad de México el 1o. de mayo de 1575. Principió sus estudios en el Colegio de San Pedro y San Pablo; pero no los concluyó en él, por haber determinado encerrarse en un claustro. Al efecto, tomó el hábito de franciscano en el convento de Santa Bárbara, en Puebla. Poco tiempo después, dejó dicho hábito y volvió a la vida mundana. Disgustados por ello sus padres, dedicáronlo al oficio de platero; más tarde lo mandaron a Filipinas para que se consagrase al comercio; pero en Manila vistió nuevamente el sayal de San Francisco. Desde entonces observó una conducta ejemplar. Su muerte llevólo a los altares en que la Iglesia coloca a los que han dado la vida por defender la Fe.

(2) Doña Antonia Martínez, esposa de don Alonso de las Casas, ambos nobles y ricos.

(3) Distinguido escritor, nacido en Orizaba. Se ignora si se suicidó o si murió asesinado, pues por los años de 1858-59 encontróse su cadáver en el camino de Puebla. En nuestra historia literaria figura en lugar honroso como poeta, como historiador y como novelista. Perteneció en la lírica a la escuela romántica que tantos cultivadores notables tuvo en México; en política militó siempre en las filas conservadoras; como novelista, publicó la obra "Herminia y Celos"; como historiador, legó útiles y amenos libros. Sus manuales de Biografía Mexicana y de Historia y Cronología de México merecen elogios por lo elegante del estilo y por los abundantes datos que en páginas relativamente breves, contienen.

IMPERTURBABLE EN EL PATÍBULO

Mejía y Méndez (1) tenían principios políticos, tenían libertad e independencia para pensarlos y expresarlos y tenían gran valor para sostenerlos; tenían nobleza de sentimientos y conocían el valor de la sonrisa ante la muerte y la gloria del cadalso; y desde que Xicotencatl había perecido en una horca en Texcoco y Cuauhtemotzin había terminado sus amargos días colgado de una ceiba, en Izancanac, durante más de tres siglos no se habían presentado en el campo de la nación mexicana unos guerreros indios como Mejía y Méndez. Ellos erraron en la aplicación de los principios políticos, y lo que necesitaban era orientación en los principios de educación política. La raza india tiene talento, tiene valor, tiene patriotismo: lo que necesita es educación política.



Gral. D. Tomás Mejía

No omitiré otra circunstancia notable en los últimos momentos de Mejía, máxime cuando es muy conforme a mis modos de pensar y de sentir. Maximiliano, Miramón y Méndez gritaron: "Viva México". Me-

jía no dijo nada. Su muerte estuvo revestida de más gravedad y dignidad...

He dicho que Maximiliano murió con valor porque recibió la muerte con sangre fría, y no tiene duda que Miramón era un valiente; mas en el uno y en el otro fué una debilidad el cuidado y encargo de que se les tirara precisamente al corazón, porque manifestaban no tener fuerzas para sufrir el tormento de la muerte ¡un minuto más! Mejía no encargó que no se le tirara a la cara ni que se le tirara al corazón, y con su elocuente silencio quiso decir a los soldados: "Tiren donde quieran". La prolongación del tormento de la muerte un minuto más no le importaba nada. Maximiliano, Miramón, Méndez, Vidaurri y O'Horán dieron una satisfacción a los republicanos, diciendo que no eran traidores; palabras enteramente inútiles, pues a pesar de aquellas arengas, los republicanos siempre los habían de tener como traidores. Mejía fué tan avaro de sus palabras como el rico de su oro, no quiso proferir ninguna palabra inútil, miró con un noble orgullo y desdén a sus enemigos, los juzgó indignos de dirigirles la palabra, y no les dió satisfacción alguna, dejando a la posteridad el juicio de sus hechos.

Agustín Rivera. (2).

(1) Don Tomás Mejía y don Ramón Méndez, generales imperialistas. Don Tomás Mejía nació en el pueblo de Santa Catarina, en la Sierra de Xuchi, en 1821. Militó siempre en las filas conservadoras. "Su arma predilecta, dice un biógrafo, era la caballería, en la que no

tenía rival en México. Si hubiera recibido una esmerada educación militar, y dispuesto de un armamento y equipo a la altura de los ejércitos europeos, sus huestes compuestas de indios, como él, bravos, fuertes e impetuosos, hubieran sido invencibles en las llanuras de su país". "Los que oyeron de sus labios su propia historia, dicen que su vida, unida enteramente a los acontecimientos del país, fué una serie de aventuras románticas que nadie creería, a no estar confirmadas por multitud de testigos que lo acompañaron durante ellas". Profundamente religioso, valiente hasta la temeridad o el estoicismo; magnánimo, en más de una ocasión con sus adversarios, supo servir a su causa y morir, impávido, en sus aras. Fué fusilado en el Cerro de las Campanas, el 19 de junio de 1867.

Del general don Ramón Méndez, hemos hablado ya en una nota anterior.

(2) Ilustre historiógrafo. Nació en Lagos el 29 de febrero de 1824. El 20 de enero de 1848 recibió el título de abogado; y el 23 de abril del mismo año, las sagradas órdenes. En 1851 se doctoró en la Universidad de Guadalajara. El 14 de mayo de 1847 principió su carrera de escritor, con una disertación sobre la propiedad. Desde ese día, hasta los últimos de su larga y fecunda existencia, vivió consagrado a las letras, de una manera tan asidua que, como dice el señor Iguíniz, a los noventa y dos años de edad le sorprendió la muerte con la pluma y el libro en las manos. La sola enumeración de sus obras, asienta el mismo escritor, causa asombro a la inteligencia más laboriosa. Entre sus libros más notables hay que citar "La Filosofía en la Nueva España, o sea Disertación sobre el atraso de la Nueva España en las Ciencias Filosóficas, precedida de documentos." "Principios críticos sobre el Virreinato de la Nueva España y sobre la Revolución de Independencia" y los "Anales Mexicanos". El 6 de julio de 1916, falleció en León este polígrafo, notable por su vasta erudición, ingeniosa crítica, profundas observaciones, estilo amenísimo, aunque a veces vulgar, e ideas muy liberales.



CÓMO MURIÓ UN VALIENTE



Gral. D. Ramón Méndez

En la noche del día 18 de mayo de 1867 fué aprehendido Méndez y conducido inmediatamente al convento de Santa Teresa (en Querétaro). A las siete de la mañana del día 19 se presentó un oficial republicano con una fuerza armada para llevarle a ser fusilado. No desmintió Méndez en esos instantes su firmeza y su serenidad proverbiales. Encendió un puro y fué a estrechar la mano a los demás generales prisioneros. Don Tomás Mejía, que le profesaba una amistad íntima y tierna, le dijo con acento conmovido: "Méndez, espero que será Ud. delante de esas gentes lo que siempre ha sido Ud." Méndez, estrechándole la mano, le contestó: "Sí, don Tomás, seré el mismo." En seguida quiso ver al Emperador. Maximiliano, profundamente emocionado, le dijo: "Méndez, no es Ud. más que la vanguardia: muy pronto iremos a reunirnos con usted". Después de esto, Méndez, escoltado por la fuerza que había ido por él, salió del edificio con paso acelerado, como tenía de costumbre y fumando el puro, que había encendido. Al cruzar por el patio ancho del convento

para salir, envió la última mirada a sus compañeros de armas sonriéndose afectuosamente. La tropa republicana le condujo de la prisión a una iglesia que se hallaba próxima, donde se le concedieron dos horas para confesarse, comulgar y ver a su familia por la última vez. Méndez, cumplidos los deberes del católico para recibir la muerte, dedicó los últimos momentos a los tres seres más queridos para su corazón, que constituían su familia, que eran su esposa, un hijo de diez años y una hermana suya. Llenos de pena y de dolor aquellos tres seres queridos sollozaban y lo abrazaban pronunciando las palabras más tiernas y cariñosas. Pero el oficial tenía que cumplir con la orden que había recibido, y con mucho disimulo hizo una seña que únicamente el general Méndez comprendió y que significaba que era preciso partir. Méndez, para no aumentar el conflicto de su inconsolable familia y poderse separar de ella, pretextó que tenía que comunicar una cosa importante a una persona que se hallaba fuera, y ofreciendo a los seres queridos de su corazón que volvería en seguida, logró salir, desgarrada su alma, dejándolos con la esperanza de que no tardaría. Entonces aceleró el paso, marchando con serenidad a la Alameda, que era el punto destinado para fusilarle. El balcón, las ventanas y la azotea de una casa que se hallaba enfrente del sitio destinado a su muerte, estaban llenas de jefes de guerrilla que habían hecho la campaña contra él en el Estado de Michoacán... Cuando se trató de vendarle los ojos, dijo que quería ver venir la muerte, y no permitió que se los vendasen. Entonces

se le mandó que se arrodillase con el rostro hacia la parte opuesta en que estaban los soldados que debían ejecutar la sentencia, porque iba a ser fusilado por la espalda, como traidor... Méndez no pudo contenerse al escuchar el epíteto que se había pronunciado, y exclamó: "No soy traidor; siempre he defendido la integridad del territorio de mi patria, su independencia y la religión, como leal mexicano". Entonces, el virtuoso cura Gutiérrez, que había ido a su lado auxiliándole, le exhortó a que en aquellos supremos instantes en que se hallaba próximo a comparecer ante el Supremo Hacedor que nos había dado ejemplo de mansedumbre y de humildad, sufriese con resignación cristiana cuanto pudiera mortificarle... Las palabras del venerable sacerdote calmaron el sentimiento herido del valiente general, y dócil al evangélico consejo del ministro del Señor, se puso de rodillas, de espalda hacia el piquete de soldados que debían fusilarle, y quitándose el sombrero de anchas alas que llevaba, dijo: "Tiren". En seguida oyó el ruido de las llaves de los fusiles al prepararlos. Méndez en el mismo instante gritó con voz firme y clara: "¡Viva México!" Una terrible detonación siguió estas palabras, y el robusto cuerpo del bravo general don Ramón Méndez, cayó a tierra sin vida.

Niceto de Zamacois. (1).

(1) Escritor español que residió muchos años entre nosotros. Publicó varias novelas y una Historia de México, que es muy conocida y consultada.

LAS VIRTUDES DE UN HÉROE Y LAS PROEZAS DE UN SITIO

Valerio Trujano (1) era uno de esos valientes arrieros, nacidos en los campos, educados ante el peligro de las grandes caminatas por los desiertos de las montañas, las barrancas o las inmensas llanuras, sostenido por el espíritu de mando para con sus gentes, buen jinete, excelente manejador de toda clase de armas, amante de la vida libre y nómada, poseyendo como un árabe del Asia un espíritu fanático hacia dos religiones: la del Cristo de la fraternidad humana y la de la patria libre y respetada... Unido a Bravo y al P. Tapia estuvo sitiando Yanhuitlán, que iba a ser tomada cuando hubo que levantarse el sitio... Trujano, posesionado de importantes desfiladeros, estorba el paso a los realistas que intentan circular entre aquellas comarcas tan ricas, y destroza y avería sus convoyes cuando no logra apoderarse de ellos. Fué el que con más energía protestó contra el bandidaje o el egoísmo de algunos jefes insurgentes; era extraordinariamente probo... no admitía en sus filas sino gente sana, robusta, inteligente, honrada y sobria... Por eso eran muy pocos los que tenía directamente a sus órdenes. ¡Pero qué banda la suya! Tranquilos y bravos bajo el fuego, hacían ellos estragos en el enemigo, sin alardes

de fiereza ni fingida hipocresía, soportando con igual serenidad las más tremendas embestidas enemigas, aun las cargas a la bayoneta, animados por la severa voz de su caudillo que les recordaba la tierra que debían defender y el cielo que ganarían muriendo como buenos!... Rezaba constantemente pero sin perder el tiempo, pues era de una actividad infatigable, educado en la nueva y genial escuela de Morelos, cuyo talento reconocía sin la menor sombra de envidia. Así logró dar consecutivamente dieciséis ataques triunfales sobre los realistas, tomándoles armas, cañones, víveres y dinero. Separado de Bravo, ocupó Huajuapan, pueblo bien provisto de defensas naturales, llave de muy importantes regiones que abarcaban puntos ricos, tendiéndose por las cordilleras y valles de Oaxaca.

En esta ciudad, Bonavia, jefe de brigada realista, alarmado por los éxitos de Trujano, que se erguía en Huajuapan, cada vez más fuerte, resolvió aniquilarlo al momento, antes de que pudiese conquistar más poblaciones y fuese a auxiliar a los insurgentes que se multiplicaban al norte y al occidente. Reunió más de mil quinientos hombres, formando una división de infantería y caballería, más veinticinco cañones que a las órdenes del comandante español Régules, intentaron atacar Huajuapan el 5 de abril de 1812, cooperando también en compañía de ellos el realista Caldelas, que, atento a las órdenes superiores se incorporó muy a tiempo...

En vano los sitiadores, no obstante los refuerzos que les llegaban constantemente, quisieron hacer

que los insurgentes evacuaran Huajuapan. El hambre llegó a ser tremenda, la peste se declaró y lo mismo que Cuautla, se convirtió la villa en cementerio.

A principios de julio, después de tres meses de terrible resistencia, estaban tan tranquilos los defensores, reducidos a la tercera parte, como al empezar el sitio, más confiados que nunca en el pronto socorro que les daría el triunfo... Los valientes de Trujano tenían tal confianza en su talento y en su corazón generoso, que pasmaban a los realistas avanzando con tal orden y bravura, incapaces de vacilar un segundo, hacia donde se les mandaba, encomendándose a la Virgen, que desconcertaban a los jefes ante aquel espectáculo incomprensible para ellos.

Morelos mismo acudió a sostener Huajuapan, enviándole por conducto de astutos y osados emisarios la nueva de su refuerzo y para que cobrase más aliento y se aprestara a cooperar a la operación.

El 23 de julio, la vanguardia, al mando de Miguel Bravo (2) y de los padres Tapia y Sánchez, se presentó rompiendo el fuego contra la posición del español Caldelas... Durante la noche se prepararon insurgentes y realistas a un combate general y decisivo. Morelos, que llegó con su división de mil y tantos hombres, dispone cuatro columnas que atravesaron por otros tantos puntos a todo empuje, con la orden de estar reunidas en el centro del pueblo al mismo tiempo... Así se efectuó, emulando los jefes en arrojo temerario... Galeana tuvo la faena más briosa de embestir las trincheras de Caldelas, quien

esta vez fué arrollado con los suyos, pero saliendo a primera fila ante la carga de los duros costeños de Galeana, abriendo claros con su ensangrentado machete, muere al fin en la punta de una lanza insurgente, gritando heroico: ¡Viva España!

Bravo ataca como un tigre las líneas de Esperón, desafiando la metralla, seguido de furiosos jinetes que tomaron la artillería del puesto. Vicente Guerrero conduce su columna, sin cejar, abrumado por fuerzas superiores, hasta unirse con la reserva de Trujano y los jinetes de José Galeana, hermano de Hermenegildo, en tanto que el núcleo de la guarnición mantiene una lucha empeñosa contra el jefe sitiador Régules, quien con su poderosa guardia se mantenía dispuesto a aplastar a su agresor, falto de armas de fuego....Pero Hermenegildo Galeana, después de aniquilar a Caldelas, se deja caer con sus lanceros del Sur sobre la retaguardia de Régules. Esperón se unió a él, pero para recoger la guardia y emprender la retirada a toda brida rumbo a Yanhuitlán, abandonando las épicas ruinas de Huajuapan, donde se mezclaban a los repiques y rezos, los cantos y dianas, los cohetes y la colosal gritería de los entusiastas vencedores... Treinta cañones, mil fusiles, almacenes con parque y víveres, centenares de cabezas de ganado, cuatrocientos prisioneros, caballos, lanzas, instrumentos de zapa, y aun plata en barras y acuñada, constituyeron las ganancias materiales de este triunfo logrado sólo por la rara entereza, valor, inteligencia y constancia de Trujano.

Heriberto Frías.

(1) Héroe de la Independencia. Nació en Tepecoacuilco, Guerrero, en 1760. Su honradez fué tan grande, que no abrazó la causa de Hidalgo sino hasta después que hubo saldado todos sus compromisos, a fin de que no se creyese que se adhería a la insurrección con el objeto de burlar a sus acreedores. Perdonó, en cambio, a sus deudores insolventes las cantidades que le debían; reunió sus ahorros; vendió una recua; con el dinero que de esta suerte pudo proporcionarse, compró armas, y al frente de diecisiete hombres lanzóse a la lucha por la libertad de su patria. No obstante la pequeñez de estos elementos, desde un principio supo vencer a sus enemigos, y tras de brillantes triunfos obtenidos sobre los realistas Almanza y Guenduláin, situóse en Huajuapan, donde resistió, durante ciento catorce días, el glorioso sitio de que se habla en las líneas anteriores. Después se incorporó al ejército del Sr. Morelos, en Tehuacán, hallándose encargado de impedir que los realistas de Puebla adquiriesen víveres en las haciendas de Tepeaca; murió heróicamente en el Rancho de la Virgen, el 5 de octubre de 1812, por salvar a un hijo suyo. La conciencia religiosa, dice un escritor, era el móvil de todas sus acciones, y por ella adquirió una impasibilidad y una fuerza de carácter que lo mantenían inalterable en la próspera y adversa fortuna, y lo hacían persistir invariablemente en sus empresas, sin inquietarse por el resultado.

(2) Mártir de la Independencia. Hermano de don Leonardo y tío del magnánimo don Nicolás, fué digno miembro de la gloriosa familia de los Bravos. Comenzó su carrera en mayo de 1811, en la memorable acción de Chichihualco, en la que él y sus parientes, iniciaron, a las órdenes de Galeana, sus patrióticas campañas. Chilpancingo, Tixtla, Chilapa, Ometepec, y sobre todo, Cuautla y Oaxaca, fueron después teatro de sus proezas. El mismo Calleja, refiriéndose al combate de Malpaís, librado al norte de Cuautla, por las fuerzas de Bravo contra las del realista Armijo, no pudo menos de confesar "que en su línea había pocas acciones en aquella campaña que pudieran compararsele". En el desempeño de una comisión que le confió el Sr. Morelos para atender a la seguridad del Congreso de Chilpancingo, fué derrotado y hecho prisionero por el jefe Lamadrid. Conducido a Puebla, el Consejo de Guerra que lo juzgó, condenólo a ser pasado por las armas. Esta sentencia fue cumplida el 15 de abril de 1814, en el Paseo Nuevo de dicha ciudad. Años más tarde, el Congreso de la Unión lo declaró Benemérito de la Patria.

LEALTAD HEROICA

Tenemos que referir un triste acontecimiento. Ayer domingo (20 de marzo de 1876) las fuerzas unidas Rodríguez Bocardo y Couttolenne, en número de 2,000 hombres poco más o menos, se situaron cerca de la estación de la Rinconada de San Andrés, levantaron algunos rieles por el lado de México, y esperaron el tren que subía de Veracruz y en el cual venían varios de los pasajeros que acaban de llegar a bordo del vapor francés.

La escolta de dicho tren constaba de unos 100 hombres, al mando del coronel Letechipía (1), quien por su desgracia había cambiado su turno en el mando de la escolta con el coronel Duvaux, a quien tocaba ese día.

El tren llegó a la Rinconada a la hora reglamentaria, las 2 y 15 minutos de la tarde, y fué detenido por un oficial que intimó rendición al coronel Letechipía.

Letechipía contestó que no se rendía y mandó bajar de los vagones a la escolta.

El oficial le observó de parte de Rodríguez Bocardo y de Couttolenne que toda resistencia sería temeraria e inútil, pues los 100 soldados de la escolta habían de sucumbir inevitablemente bajo la superio-

ridad numérica de las fuerzas pronunciadas que ascendían a 2,000 hombres.

Letechipía se mantuvo firme, no se amedrentó, y confirmó resueltamente su primera contestación.

Se retiró el oficial para dar cuenta a sus jefes que, al frente de sus tropas se hallaban a corta distancia. Entre tanto, Letechipía formó un cerco con leña de ferrocarril que estaba allí amontonada, se encerró en él como en un pequeño baluarte, y esperó que le atacara el enemigo, pues con la corta fuerza con que contaba le era del todo imposible tomar la ofensiva. Rodríguez Bocardo y Couttolenne volvieron a mandarle otro mensajero, para exponerle su insostenible situación, y para excitarle de nuevo a que se rindiera.

Letechipía contestó que sabía que debía morir; pero que su deber le imponía defenderse hasta la muerte. Por tercera y cuarta vez volvieron a hacer la misma intimación, proponiéndole entregara las armas de sus soldados, conservando él su espada, y regresando todos a México en el tren.

Insistieron los pronunciados en esa proposición; llegaron hasta la súplica; le dijeron que podían dejar las armas en pabellones y retirarse todos sanos y salvos. Letechipía se mostró inflexible, inquebrantable, resuelto a sucumbir.

Entonces, siendo ya inevitable un combate desigual, cruel, injustificable, porque ante la conducta de ese valiente, el enemigo debía tornar su encono en admiración y generosidad, y abrirle paso con res-

peto, entonces, decimos, los rebeldes invitaron a los viajeros a que se retiraran a una milla de distancia, para preservarse de los proyectiles que iban a cambiarse entre hermanos, y después de ese acto de humanidad, avanzaron sobre el cuadro de leña, baluarte ilusorio, en que se atrincheraban los soldados de la escolta.

A la primera descarga, Letechipía, que blandía la espada y arengaba a los suyos, cayó mortalmente herido por tres balas, una en la cabeza, otra en el pecho, otra en el brazo..... tres infantes cayeron muertos a su lado y seis fueron heridos. Los demás, ya sin jefe, desmoralizados, seguros de ser inútilmente sacrificados, alzaron las culatas de sus fusiles en señal de rendición.

Eran las cuatro de la tarde; los pronunciados eran dueños del campo; volvieron a colocar los rieles que habían levantado; llamaron a los pasajeros para que continuaran su camino, y notificaron al conductor que era la última vez que dejaban pasar un ferrocarril. El tren llegó esta mañana a las cinco, conduciendo el cadáver del coronel Letechipía, mutilado.

(1) Se halla sepultado en la Rotonda de los Hombres Ilustres. La relación anterior, está tomada de un periódico de la época.



MURIÓ POR SALVAR UN ARCHIVO

De regreso a su patria y al seno de su familia, en los pocos meses que vivió tranquilo Rodríguez Alconedo (1), ocupóse sólo de las artes y en sus esudios favoritos; pero el grito de Dolores lanzado desde lejana aldea por el inmortal Hidalgo, despertó en el artista el sentimiento patriótico, adormecido, más no extinto, y avivado con las penas del destierro y con las prisiones que había sufrido.

Rodríguez Alconedo se conmovió hondamente; y sin pensar en los riesgos a que se exponía, sofocando el cariño por su familia, abandona los pinceles, deja el cincel y los utensilios del taller de platería, en el que tanto sobresalió, y sin titubeos ni temores, vuela entusiasta para incorporarse al ejército de Morelos.

Morelos, con su mirada investigadora de grande y genial caudillo, apreció desde luego sus méritos y depositó en él toda su confianza; y aquel artista que había sido admirado por propios y extranjeros, presta con su valor y sus conocimientos, servicios inapreciables a la causa de la patria. Como soldado, combate con valor; como político, con suma habilidad procura combinar elementos heterogéneos separados por la ignorancia o por la emulación, y como artista abre troqueles para acuñar moneda y funde cañones para combatir al enemigo.

A los triunfos suceden las derrotas. El ejército y Morelos al llegar al pueblo de Apan, Estado de Oaxaca, no permanecen mucho aquí y prosiguen su camino. Alconedo y el cura Crespo se quedan solos, con el objeto de oír misa en aquel lugar, y "estaban en el pueblo dirigiendo fervorosas preces al Dios de Israel, por la libertad de los mexicanos, cuando hirieron sus oídos las terribles palabras: ¡Los españoles! ¡Los españoles!, pronunciadas con todo el horror que ellas inspiraban; y aprovechándose de la confusión que en todas partes reinaba, logran ponerse en salvo. Habían andado como media legua, cuando Alconedo recuerda que la secretaría debía de caer irremediablemente en poder de los españoles. Se presentaron en su imaginación los inmensos males que de esta aprehensión resultarían a la causa de la Patria, y exponiendo su vida, vuelve las riendas de su caballo, y sin atender a las observaciones de Crespo, parte a salvar aquel tesoro; logra, en efecto, sacarlo; ya se creía triunfante, pues caminaba con cuanta celebridad le era posible, cuando de improviso escuchó detrás disparos contra su persona y la voz de ¡alto ahí! voz que, aunque con repugnancia, se vió en la necesidad de obedecer; pero su asistente no obedece, y a todo correr marcha a dar aviso al cura Crespo, que retrocede con la esperanza de salvar a su compañero, consiguiendo tan sólo sacrificarse él mismo, pues que fué hecho prisionero también". (Dicc. de Hist. y Geo.).

La prisión de Crespo y Rodríguez Alconedo se

efectuó en Zacatlán, siendo conducidos ambos al pueblo de Apan y puestos a disposición del Virrey. Este ordenó que se les juzgara por un Consejo de Guerra y que fueran pasados inmediatamente por las armas. Crespo fué ejecutado el 19 de octubre de 1814, y Rodríguez Alconedo hasta el 1o. de marzo de 1815, porque el jefe realista Jalón, compadecido del último, había suspendido el fusilamiento en espera del indulto que se había solicitado.

Murió mártir el noble patriota y distinguido artista, y lo único que lo recordaba a la posteridad, la calle de Alconedo, en donde tuvo su taller, al cambiar de título por la flamante nomenclatura impuesta a la ciudad de México, ha hecho desaparecer aquel nombre ilustre por la ignorancia de los que no saben quién fué el distinguido colaborador del gran Morelos, o por la apática ingratitud hacia los que bregaron por darnos patria.

Luis González Obregón.

(1) Notable grabador. Nació en Atlixco, Puebla. Muy niño vino a México, donde por sus aptitudes artísticas, no sólo para el grabado, sino también para la pintura al pastel, llegó a captarse la estimación de muchas personas distinguidas, entre otras, la del virrey Iturrigaray. Quizás por las pruebas de afecto que éste le daba, transcurridos los años, en 1808, fué acusado de que hallábase cincelando la corona que Iturrigaray debía ceñir al ser proclamado rey de México. En vista de esta acusación se le remitió a España donde estuvo dos años preso. Vuelto a México, tomó las armas en defensa de una causa nobilísima, y halló en el patíbulo una muerte gloriosa, víctima del cumplimiento del deber llevado hasta el heroísmo.

SU PERSONA Y SU FORTUNA: TODO PARA LA PATRIA

Patriota ejemplar, dió don Andrés Quintana Roo (1), nueva prueba de que los años no menguaban, antes acrisolaban y vigorizaban sus sentimientos de amor a México, cuando nuestra nación fué injustamente agredida por Francia en la llamada "Guerra de los Pasteles" (2), habiendo bombardeado la escuadra francesa, al mando del contralmirante Baudin, el castillo de San Juan de Ulúa, el 27 de noviembre de 1838. Cuatro días después, el primero de diciembre, dirigió el magistrado Quintana Roo a don Joaquín Pesado, Ministro del Exterior, un oficio en el que le decía que no había un solo mexicano que estimase en algo ese nombre, a quien no animasen los más ardientes deseos de contribuir con todos sus esfuerzos a repeler y castigar la inicua agresión de Francia; que pusiese a disposición del Presidente su persona para el servicio público, en lo que dió otra muestra de patriotismo, ofreciéndose al mismo general Anastasio Bustamante, de quien había sido enemigo político acérrimo, que enviaba el donativo de quinientos pesos, y mantendría cuatro soldados de infantería mientras durase la guerra "sin perjuicio de tener prontos a disposición del Supremo Gobierno, los demás limitadísimos recursos que constituyen mi escasa fortuna", dando orden al administrador de su hacienda situada en Apan, para

que si transitasen por allí tropas mexicanas, tuviese a sus órdenes gente, caballos, ganados, semillas y todo lo que fuese menester para la marcha cómoda de una división. No se olvidaba de su vida de insurgente en que tantas privaciones sufriera en compañía de Leona. Y terminaba con estas frases: "La opulencia de un Creso, señor Ministro, me parecería poca para sacrificarla en obsequio de objetos tan sagrados; pero la suerte que me negó el poseer grandes bienes, no me ha rehusado el dulce sentimiento de amor a la patria, ni la voluntad y dicha de ofrecerlo todo en sus sacrosantas aras..." Inútil es comentar este oficio, pues él es en sí el mejor encomio de Quintana Roo, que a pesar de contar entonces cincuenta y un años y ocupar el alto cargo de Magistrado de la Corte estaba dispuesto, si necesario fuere, a empuñar de nuevo las armas para salvar el honor de la patria.

Manuel Miranda Marrón. (3).

(1) Poeta, orador, jurisconsulto, político y patriota yucateco. Nació en la ciudad de Mérida el 30 de noviembre de 1787. En 1812 se presentó en Tlalpujahua al ilustre insurgente don Ignacio Rayón, y desde entonces puede decirse que comenzó a prestar eminentes servicios a la patria. En los periódicos que luchaban por la independencia de ésta, como "El Ilustrador Americano" y "El Semanario Patriótico Americano", bregó con entusiasmo, talento y habilidad indiscutibles, por el triunfo de la emancipación política de México. Sus brillantes artículos y sus esfuerzos por sostener las publicaciones en que aparecían, conquistáronle la admiración de los partidarios de la independencia, y la odiosidad de los enemigos de ella. Fué Vicepresidente en funciones de Presidente, del famoso Congreso de Chilpancingo, habiendo tenido la gloria de firmar, con este carácter, el Acta de Independencia levantada dicha ciudad el 6 de noviembre de 1813. "Apenas consumada la independencia, dice el Sr. Miranda y Marrón, le vemos en la Subsecre-

taría de Relaciones; pero, liberal de corazón, expone sus opiniones contra la intolerancia de Iturbide; honrado y recto, se opone con valor civil inaudito al usurpador Bustamante, sin imponerle temor sus iras y las de Facio; con viril elocuencia es en la Cámara de Diputados uno de nuestros mejores oradores parlamentarios; adelantándose a su época, intenta la separación de la Iglesia y el Estado y la libertad de conciencia; en su breve paso por la Secretaría de Justicia, amante del derecho, lo aplica con rectitud en las resoluciones de la Suprema Corte, y cuando el intento de separación de Yucatán, sufre serios peligros, procurando la unión del territorio patrio". Como poeta, fué uno de los primeros partidarios, en México, de la observancia de las reglas prosódicas, y sus composiciones, según el Sr. Pimentel, se recomiendan por el lenguaje castizo, el estilo noble, la versificación armoniosa y el tono inspirado.

Falleció en la capital de la República el 15 de abril de 1851. Sus restos descansan en la Rotonda de los Hombres Ilustres, en unión de los de su egregia esposa, compañera de luchas, de persecuciones y de peligros, doña Leona Vicario. Así, se hallan juntos en la tumba, los que, según la feliz expresión del erudito bibliógrafo don Nicolás Rangel, estuvieron unidos en vida por el amor y por el patriotismo.

(2) Llamada así por la reclamación de sesenta mil pesos hecha por un pastelero francés, Remontel, que vivía en Tacubaya. El Gobierno de Francia, en vista de las quejas de varios de sus súbditos, envió a Veracruz una escuadra, de la que formaba parte el Príncipe de Joinville, hijo del rey Luis Felipe. No habiéndose llegado a un acuerdo entre el contralmirante Baudin y el Sr. don Luis G. Cuevas, nuestro ministro de Relaciones, la escuadra rompió sus fuegos sobre San Juan de Ulúa, el 27 de noviembre de 1838. Despiés de una resistencia de cuatro horas, tuvieron que capitular nuestras tropas, que se hallaban al mando del general don Antonio Gaona; pero el Gobierno no aprobó la capitulación, y encargó al general Santa Anna que continuara las hostilidades. El 5 de diciembre desembarcaron los franceses; Santa Anna resultó herido en una pierna, Arista fué hecho prisionero después de una heroica resistencia; el enemigo ocupó la plaza, y el 9 de marzo siguiente, don Manuel Eduardo de Gorostiza, don Guadalupe Victoria y el contralmirante Baudin, firmaron un tratado por el cual México se obligó a pagar a Francia la cantidad de seiscientos mil pesos. Años después, Mr. Thiers, declaró en el Parlamento de su país, que en realidad no debía México más que doscientos mil pesos; que el resto lo había empleado Francia en aliviar "otras" necesidades.

(3) Abogado. Ha publicado varias interesantes monografías históricas.

GENEROSO, HONRADO, CARITATIVO Y VALIENTE

Santa-Anna quiso sofocar desde luego la revolución de Ayutla, y con un ejército de 5,000 hombres, el 16 de marzo de 1854 dirigióse a Acapulco; pero don Ignacio Comonfort (1) y sus esforzados compañeros, rechazaron a las valientes tropas gobiernistas y el Dictador tuvo, el 28 de abril, que emprender el regreso a México en desastrosa retirada que vino a hacer más sangrienta la terrible derrota sufrida en el cerro del Peregrino. Comonfort dió entonces, en aquella su lucha encarnizada contra el hombre funesto, muestras gallardas de bizarría, de abnegación y de honradez; con una guarnición que no pasaba de 500 hombres, sostuvo fiera pelea contra lo más florido de las fuerzas santa-annistas; intimóle rendición el jefe de éstas, y negóse a entregar la espada; ofrecióle el Dictador toda suerte de garantías para su persona, y no quiso aceptarlas; prometióle, por último, un libramiento de cien mil pesos, pagadero por la casa de Escandón, y rechazo la indigna propuesta. Él no era de los libertadores que enarbolan la bandera de los derechos del pueblo para recuperar o improvisar fortunas; ni de los apóstoles que sacrifican las vidas ajenas sin exponer nunca la propia. El era de otros hombres: de los que,

como dijera el ilustre cubano Martí, están acostumbrados a oir repicar el martillo del carpintero sobre el tablado del patíbulo; de los que al igual que el patriota adalid de nuestras luchas por la Libertad, don Juan Alvarez, pobres subieron a la Presidencia, pobres bajaron de ella, dispuestos a manejar el arado para sostener a sus familias...

Si el golpe de Estado (2), fué una equivocación de Comonfort; si tuvo para el país sangrientas y desastrosas consecuencias ¡cuán grandes fueron en cambio la honradez, la bizarría y la magnanimidad de ese esclarecido mexicano, de ese victorioso militar que en Puebla perdona a tres mil soldados y a todos los heridos, porque "pertenecen a Dios", y recorre los hospitales dando él mismo víveres y agua a sus exánimes y sedientos adversarios; de ese presidente generoso que al mes de haber ordenado que los generales, jefes y oficiales que en la ciudad angelopolitana pasasen al ejército como soldados rasos, les levanta el castigo; que teniendo en su presencia al coronel Nogueras, convicto de estar comisionado por unos conspiradores para prenderlo, lo despide sin una palabra de reconvención, a fin de que sea la autoridad competente la que haga las averiguaciones respectivas; que después de la victoria de la Magdalena, dispone por conducto de su Ministro de la Guerra, que a los enemigos heridos se les proporcionen cuantos auxilios y cuidados requiera su triste situación, especialmente al bravo jefe conservador don Luis Osollo; que teniendo también en su pre-

sencia, el memorable 11 de enero de 1858, en el Palacio Nacional, al general Zuloaga que acababa de desconocerlo como presidente y que iba a asegurarle lo contrario, ni lo desmiente ni lo castiga; de aquel demócrata, progresista y caritativo mandatario, que en uno de los días más gloriosos de su existencia, decreta la creación de la Escuela de Artes y Oficios, y distribuye ropa y dinero entre los pobres, porque, dijo, uno de los atributos más grandes del poder, es aliviar las desgracias... ¡Con cuánta razón el ilustre constituyente don Ponciano Arriaga dirigió a Comonfort, en nombre de la Representación Nacional, el día en que éste regresó de Puebla trayendo lauros salpicados de sangre por la victoria, según dijo el Caudillo, y de llanto por él, las siguientes hermosísimas palabras: "Más que por vuestros triunfos militares, más que por vuestra pericia y acierto, más que por vuestras felices combinaciones, os felicita el pueblo por vuestra humanidad, por vuestra caridad, por las lágrimas que brotaban de vuestro sencillo corazón al ver a nuestros hermanos heridos y muertos en el campo de batalla... Siente, en fin, que la gloria, la verdadera gloria a que nunca pueden aspirar los tiranos, sólo se debe a la virtud: a la virtud útil, grande, benéfica, desinteresada y heroica".

Antonio de la Peña y Reyes.

(1) Nació en Puebla el 12 de marzo de 1812. En 1832 comenzó su carrera militar y política, luchando contra la administración de Bus-

tamente. En 1834 fué Comandante militar de Izúcar de Matamoros en 1838, de Tlapa; en 1842, 1846 y 1852, diputado al Congreso de la Unión, lo mismo que al reunido en Querétaro durante los últimos días de la Invasión Americana, contra la cual peleó valientemente; en 1852, Senador de la República; en 1853 Administrador de la Aduana de Acapulco, cargo del que, por sus ideas democráticas, lo destituyó Santa-Anna; en 1854, caudillo de la revolución de Ayutla; al triunfo de ésta, Ministro de la Guerra de don Juan Álvarez, y en 1855 Presidente de la República, hasta la fecha en que tuvo que abandonar el Poder; regresó a México en la época de la Intervención francesa, para defender a su patria, y fué entonces Secretario de la Guerra, del señor Juárez.

Víctima de una vil emboscada, murió asesinado en el rancho del Molino de Soria, cerca de Celaya, el 13 de noviembre de 1863. Así acabó la brillante existencia de este hombre noble, de este temerario militar en cuyos oídos resonaron casi siempre las vibrantes clarinadas del triunfo; de este gran ciudadano de la República a quien su misma bondad o la creencia de que la Constitución no podría nunca cumplirse, aconsejáronle un acto que tuvo funestas consecuencias; pero al que nunca podrán negarse grandeza de alma, patriotismo ardiente y honradez purísima.

(2) El 17 de diciembre de 1857, Comonfort aceptó el Plan de Tacubaya, proclamado por Zuloaga, en el que se desconocía la Constitución expedida el 5 de febrero de dicho año; se declaraba que continuaría encargado de la Presidencia el mismo Comonfort, y que un nuevo Congreso daría otro Código político más de acuerdo con el modo de ser y las necesidades de la República. Poco después, el 11 de enero de 1858, fué reformado dicho Plan, en el sentido de que Zuloaga se pondría al frente de los destinos del país. En tan difíciles circunstancias, Comonfort quiso volver sobre sus pasos; pero al verse abandonado por sus tropas, tuvo que dejar el puesto el día 21, y que salir rumbo a Veracruz con el objeto de embarcarse para el extranjero. Tres días antes, don Benito Juárez, Presidente de la República por ministerio de la ley, había establecido su gobierno en Guanajuato, principiando con estos acontecimientos, la sangrienta guerra de Reforma.



HONRADO DESDE QUE FUÉ SUBPREFECTO

Antes de ser soldado, era ya administrador y organizador el entonces pasante de Derecho Porfirio Díaz; lo cual no es poco decir. Apenas contaba 25 años, allá por el 55, cuando el general García, Gobernador de Oaxaca, le nombró Subprefecto de Ixtlán. Pues bien; poco después comenzaba a llamar la atención del Gobierno aquel empleado obscuro e insignificante, porque rendía cuenta detallada de la recaudación de los impuestos que—otra cosa inaudita—aumentaba en vez de disminuir, según era costumbre cuando había subprefecto recién nombrado; por añadidura daba cuenta de mejoras y economías, como de Ixtlán y para Ixtlán, pero que no por eso dejaban de serlo; y para colmo, iniciaba medidas de orden y de organización.

Había, en verdad de que admirarse, porque si en aquella época el gobierno nacional era el símbolo del desorden y de la concusión, el de las subprefecturas era, en pocas palabras, la negación de todo gobierno; y los subprefectos iban a sabiendas a cometer todo genero de abusos y a convertir en provecho personal las rentas públicas, sin más obligaciones que la de ser fieles al último pronunciado a quien debían la encomienda.

Y he aquí que aparece un jovenzuelo a quien se le daba esa breva, y que lejos de gozarla discretamente, ni robaba ni cometía atropellos; al contrario, tenía la increíble propiedad de poner a disposición del Gobierno ciertos fondos que había ocupado militarmente; renunciaba el haber que le correspondía como capitán de la Guardia Nacional, porque "no creía lícito cobrarlo al mismo tiempo que el sueldo de subprefecto", y declaraba que mientras enseñaba a leer, a contar, a documentar y a conocer sus deberes militares a los individuos que figuraban como oficiales de la fuerza de su mando, no les pagaría sino haberes de simples soldados, puesto que no valían más que éstos; por otra parte, abonaba al fondo del gasto común el gasto del rancho, haciendo constar que lo habían dado voluntariamente los vecinos; y por encima de todo esto, se permitía preferir a los soldados rasos, en materia de pagos, por la razón, incomprensible en aquel tiempo de los privilegios, de que sentían hambre lo mismo que los jefes.

¡Cuán gran escándalo debió causar todo esto en aquel mundo oficinesco y militar, profundamente corrompido por las tradiciones coloniales y por el desorden de los primeros años de su independencia!

"Moral en Acción".



EL AUTOR DEL "SILABARIO"

Enaltecer a los que fueron beneméritos protectores de la instrucción pública en aquellas épocas en que el Estado no se afanaba, como en la presente, en difundir por donde quiera los beneficios del estudio, es no sólo pagar una deuda sagrada, sino fomentar ese mismo espíritu en los hombres de la actual generación y formar a los que más tarde han de reemplazarnos. Por eso, digno es de loa el Gobierno del Estado de Hidalgo, que rindió merecidísimo tributo a la memoria de don Nicolás García de San Vicente (1), al elevarle una estatua, destruyendo así la preocupación de no pocos escritores que creen que tamaña honra no debe dispensarse sino a los grandes héroes y a los que han cautivado con ruidosos hechos la atención de propios y extraños. Una de las glorias más puras es la que se conquista practicando el bien por el bien, sin aspirar al aplauso y mucho menos a la inmortalidad. Tal es la gloria del Sr. García de San Vicente, de cuya vida modesta, pero sobremanera útil, vamos a dar breve noticia.

Don Nicolás García de San Vicente nació en el pueblo de Acaxochitlán, Hidalgo, el día 23 de noviembre de 1793. En el pueblo de Zacatlán, Puebla, residencia de su familia, hizo sus primeros estudios,

con tal aprovechamiento, que antes de cumplir 16 años, le aprobó el Seminario de Puebla y entró a cursar en él filosofía.

Dedicóse después a la teología con el mismo éxito, y en 1815 vino a México con el fin de estudiar derechos civil y canónico, oponiéndose con fruto a una beca de honor. Vuelto al Seminario de Puebla en 1818, fué nombrado catedrático interino de etimología, y tres años después obtuvo en propiedad el empleo. Ordenóse de sacerdote en ese mismo año de 1821, y se le dió la cátedra de gramática y geografía, a más de la que ya tenía, y aun obtuvo por oposición la de filosofía, que no llegó a desempeñar, por haberse separado del colegio. Electo diputado por Tulancingo, en 1823, para el Congreso que debía reunirse en Puebla, no llegó a tener lugar la instalación de aquel cuerpo. En 1825 fijó su residencia en Tulancingo, y auxilió a la formación de la estadística del Distrito. Continuó prestando útiles servicios, y durante dos años (1828 y 1829) fué presidente de la Sociedad Protectora de Instrucción Pública, creada a promoción suya, y en ella desplegó grandes dotes de actividad e inteligencia. En 1830 fué nombrado primer consejero de Gobierno en el antiguo Estado de México, y en seguida diputado al Congreso General. Entonces tuvo lugar un hecho altamente honroso para García de San Vicente, y fué, que el pagador del Congreso le avisó, en 1833 que tenía a su disposición cerca de cuatro mil pesos

de dietas devengadas; pero él no creyó de su deber cobrar tales dietas, siendo así que había estado separado del Congreso. Contestósele que no había ley que prohibiese al diputado percibir en ese caso sus dietas, y él entonces replicó que, si se le consideraba con derecho a ellas, las cedía para los gastos públicos, rasgo que fué enaltecido en aquellos días por la prensa.

¡Cómo contrasta la conducta del Sr. García de San Vicente con la de aquellos diputados y senadores que por excepción concurren a algunas sesiones de las Cámaras, y que perciben, sin embargo, sin interrupción, sus dietas!

Francisco Sosa.

(1) Murió en la ciudad México el 23 de diciembre de 1845. Publicó libros sobre Ortografía, Ortología. Sintáxis, Cosmografía, Geografía, y un silabario que, durante muchos años, sirvió para enseñar a leer a varias generaciones de escolares. Dió a la estampa, también, una traducción de la Biblia, y otra de la Historia de México, por Clavijero. Dedicóse, igualmente, al profesorado, y a la difusión de la enseñanza, de cuantas maneras estuvieron a su alcance. Fué la noble misión que se propuso desempeñar en esta vida. Bien merece la estatua que se le erigió en el Paseo de la Reforma, porque aunque su labor haya sido menos brillante que la de otros muchos escritores, tuvo gran trascendencia en la ilustración del pueblo mexicano, y debe servir de ejemplo a los que en realidad se preocupan por el adelanto de las masas. El P. García de San Vicente, sólo con su Silabario, fué un bienhechor de México y un verdadero apóstol del Progreso, mucho más ilustre que centenares de políticos y de literatos que únicamente han servido para sacrificar o pervertir a sus conciudadanos.

UN BOLETO DE TRANVÍA


D. Rafael Ángel de la Peña

Distinguían al sabio filólogo don Rafael Ángel de la Peña, (1) cualidades de tal mérito, que con razón le disputamos por modelo de varones: entre ellas, la honradez, llevada en ocasiones hasta la exageración. Ocúrreme narraros una anécdota, rigurosamente exacta, que demuestra hasta qué nimio extremo llevaba Peña el ejercicio de esa virtud.

Recordaréis, acaso, que hubo una época en la que nuestra compañía de ferrocarriles urbanos, al cobrar a los pasajeros el importe de su viaje, les daba un boleto, que no servía sólo para acreditar el pago del transporte, sino que daba, además, el derecho de participar en una lotería mensual que la empresa celebraba y cuyo objeto era el de repartir premios en metálico a los dueños de los billetes favorecidos en el correspondiente sorteo. De esa manera procuraba la compañía interesar a sus clientes, a fin de que, a trueque de obtener el boleto de la lotería, no olvidasen reclamarlo en el momento de efectuar el pago del

pasaje, y se convirtiesen así en vigilantes de los conductores e inspectores, acusados de no abundar en la virtud que adornaba al Sr. de la Peña por modo sobresaliente.

Subió una vez el respetable maestro al coche que conducía rumbo a su habitación; tomó asiento, y cuando se preparaba a pagar los seis centavos del pasaje, advirtió que un amigo suyo se le había anticipado y con el conductor le enviaba el boleto. Agradeció Peña la fineza, y maquinalmente guardó en la faltriquera el amarillento papelillo. Al acercarse el carro a su casa, nuestro filólogo se despidió del obsequioso amigo, a quien reiteró sus agradecimientos, bajó, y tomó el camino de su tranquilo y venturoso hogar. Mas he aquí que por la noche hubo de fatigarle singular escrúpulo.

—"Mi amigo, se decía, entendió obsequiarme, pagándome el boleto del tranvía; pero, seguramente, no tuvo la intención de cederme el derecho a participar en la lotería. Por consiguiente, yo he procedido mal conservando en mi poder un billete que, si legítimamente era mío para el efecto de caminar en el coche, no lo es para el fin de tomar parte en el sorteo".



D. Enrique Martínez Sobral

Al día siguiente, lo primero que hizo el señor de la Peña fue escribir una carta a su amigo, y devolverle el billete, para que pudiese

cobrar el premio, caso de que resultase favorecido por la suerte.

Para muestra basta un botón, según reza el dicho popular; y este botoncillo prueba cuán delgadamente hilaba el Maestro Peña en achaque de asuntos de honradez.

Enrique Martínez Sobral. (2)

(1) Nació en México el 23 de diciembre de 1837. Murió en la misma ciudad el 21 de mayo de 1906. Fué Diputado al Congreso de la Unión, Senador de la República, Profesor de la Escuela Nacional Preparatoria, Secretario perpetuo de la Academia Mexicana, Individuo correspondiente de la Real Española, Consejero de Educación Pública, etc., etc. Dió a la estampa numerosos trabajos científicos y literarios que le conquistaron envidiable reputación como filólogo, crítico, filósofo, matemático y teólogo. Consagró toda su vida a la enseñanza de la juventud, al estudio de las ciencias y de las humanidades, y al cumplimiento estricto de sus deberes. Su existencia fué un limpio ejemplo de virtudes públicas y privadas; su apostolado de maestro, un manantial constante e inexhausto de enseñanza; su obra científica y literaria, un monumento de sabiduría que honra a México, según lo han afirmado insignes autoridades extranjeras que consideran la "Gramática Teórica y Práctica de la Lengua Castellana" escrita por el Sr. de la Peña, como la mejor que se ha publicado en todos los países de habla castellana, después de la del celebérrimo don Andrés Bello.

A la muerte del ilustre maestro, el Gobierno, la juventud, las corporaciones científicas, los millares de ciudadanos que habían sido sus discípulos, le tributaron solemnes homenajes; y frente al cadáver del docto y dulce profesor, del modesto y amado "Peñita", del venerable don Rafael Ángel de la Peña, desfiló toda la sociedad mexicana, rindiendo de tal suerte un imponente tributo, inolvidable para el que escribe estas líneas, a un hombre que atravesó la vida sin que por él se derramasen más lágrimas que las que su muerte arrancó a los muchos que lo conocieron y lo amaron. "Poseía, dice el eminente pensador don Porfirio Parra, todas las virtudes que, como aves cándidas, anidan en el alma de los educadores; la inefable bondad, la dulzura del trato, la inagotable paciencia, lo insinuante de sus modales, el aterciopelado timbre de su voz, la pulcritud de su frase y de toda su

persona, hacían del señor de la Peña un maestro sin rival ni precedente; era como el genio afable y bondadoso que trocaba en sonrisas el áspero ceño de la meditación y del estudio". "Si fué generoso con su ciencia, agrega don Joaquín D. Casasús, porque en ello era rico, fuélo también con su bondad, porque en su pecho abrigaba fuente inagotable de todo linaje de bienes. Si los pueblos de la Grecia, versátiles como los pueblos lo son siempre, se cansaron de llamar a Arístides "el justo" y hubieron de desterrarlo de su patria, nosotros no nos cansaremos de llamar al Sr. de la Peña "el bueno" y nunca lo desterraremos de nuestra memoria".

(2) Escritor, abogado y economista distinguidísimo. Nació en Guatemala el 16 de septiembre de 1875. En 1902 llegó a México, y al año siguiente adoptó la nacionalidad mexicana. Pertenece a nuestra Facultad de Derecho y a las de Guatemala y de Chile. En las tres ha obtenido el correspondiente título, después de brillantes exámenes. Pertenece, también, a la Academia Española y al profesorado de nuestros principales establecimientos de enseñanza. Ha desempeñado en la administración pública de Guatemala y en la de México, con acierto singular, difíciles e importantes puestos. Se dedica especialmente a la Economía Política, ramo en el que es una de las autoridades más respetables que hay entre nosotros; pero su consagración a este linaje de estudios, no ha impedido que, en el cultivo de las letras haya alcanzado, igualmente, una alta y merecida reputación.



UN MÉDICO MODELO

El que escribe estos rápidos apuntes biográficos tiene también la altísima honra de haber sido discípulo del Sr. Dr. don Rafael Lucio y la satisfacción de haber merecido su amistad. Y antes de que se lanzara al vertiginoso torrente de la política, cuando se había consagrado a la práctica civil, contó con el apoyo del señor Lucio, ejerciendo a su lado y obteniendo su cooperación profesional.

Bajo la impresión de tan gratos recuerdos escribe estas líneas que son apasionadas, sí, verdaderamente apasionadas, porque las inspira la noble pasión de la gratitud; pero que son ciertas, como lo comprueba el testimonio de la sociedad entera, que reconoce el mérito indisputable y la honorabilidad del Sr. Lucio, el anciano venerable, el dignísimo profesor.

Las pocas páginas de que podemos disponer en este libro, no nos permiten extendernos más y mencionar los progresos que ha introducido en la ciencia, y los servicios profesionales que ha prestado a los habitantes de la capital.

Porque son muy pocas las familias que no tienen que reconocerle algún servicio. Desde las clases desvalidas hasta las más elevadas, han ocurrido a él

en sus horas de dolor, y Lucio, lleno siempre de benevolencia, siempre exacto en el cumplimiento de sus deberes, ha acudido al lecho del enfermo sin más preocupación que salvarlo, desentendiéndose hasta del honorario a que era acreedor.

Porque el Sr. Lucio, con una abnegación sin ejemplo, siempre ha rechazado todo lo que podía convertir el sacerdocio profesional en una especulación. Su inquebrantable honradez lo hacía no aceptar sino el mínimun de sus honorarios, y cuando se trataba de alguna familia pobre, la asistía sin querer percibir cantidad alguna.

El Sr. Lucio no tiene más que un defecto, tener muchas virtudes: jamás le hemos visto una acción que no sea digna de aplauso, y en su vida, tanto pública como privada, no hay una sola tacha.

Ese anciano profesor cuya frente se inclina ya a la tierra, lleva sus honradas canas ceñidas por el laurel de la ciencia y cubiertas con las bendiciones de una generación entera.

El Dr. Rafael Lucio es una de las glorias más puras y más grandes de la patria.

Hilarión Frías y Soto.



OTRO MÉDICO INSIGNE

¡Dichoso el hombre cuya memoria no se disipa con el polvo de sus huesos! ¡Dichoso el ciudadano que amó a sus semejantes y fué amado por ellos! ¡Dichoso el patriota que empleó su vida sin mancha en objetos de utilidad pública! ¡Dichoso don Pedro Escobedo (1), porque honró a su nación y porque le sobreviven sus laudables ejemplos...!

Recibió de la Naturaleza un talento perspicaz y analizador, una grande aptitud para las ciencias positivas, que felizmente cultivó, dándose a la lectura de las obras maestras; un deseo inagotable de saber, de observar y comprobar, que al fin le colocaron en una altura de reputación que los rivales no perciben si no es alzando los ojos. Cuando ya estaba, por decirlo así, repleto de ciencia; cuando la opinión le había proclamado el primer médico de la República, sintió el desconsuelo de que no existiera en ella un establecimiento de estudios médicos, en que pudieran aleccionarse los jóvenes adelantados de esta facultad, eminentemente progresiva, y en tantos ramos que parecen accesorios y que forman, sin embargo, el completo de la ciencia...

Empresa difícil sería enumerar los pasos que dió, las fatigas que empleó hasta que vió erigido en el

Establecimiento de Ciencias Médicas un monumento de gloria para su nación, un monumento más duradero que el bronce; aere perennius..... Epaminondas, el héroe tebano, exclamaba al morir: Dejo dos hijas inmortales, Leutres y Mantinea. ¡Cuánto más preciosa e inmortal es la hija de Escobedo; esa hija de la caridad cristiana y de la beneficencia del filósofo, que no arrancó lágrimas a los vencidos, y que llora por la primera vez, ahora que pasó a mejor vida el grande y moderado ciudadano!

No porque Escobedo había proclamado la era futura de la ciencia, descansó en el ejercicio de su virtud instintiva: un enfermo, rico o pobre, era su amigo; un doliente desvalido, el mejor de sus amigos. Así se explica cómo ha muerto sin recursos aun para curarse, el médico a quien rogaban el magnate y el poderoso, que se acercara a su lecho, y que recibían como favor que pronunciara unos cuantos oráculos de esperanza y de vida.

Cuando yo observo que los pobres rodean un ataúd, que suspiran y sollozan, que empapan sus andrajos con calientes lágrimas, no exijo ya el panegírico del difunto: la escena muda del dolor, la del sentimiento, de los que vinieron al mundo sólo para sufrir y padecer, es el epitafio tiernísimo del que hizo bien en la tierra y es llorado porque se hunde en ella. Aborrezco yo y me aparto del vulgo profano de los dominadores, de los reyes y de los aristócratas, para acompañar el humilde cortejo del bienhechor de los hombres, cuya muerte no se anuncia con el estrépi-

to del cañón, con el ruido del clarín de las batallas, con un espectáculo de vanidad y de pompa, con una comedia en que se divierte el pueblo, como se divertiría en el circo un pueblo de romanos y un pueblo de españoles en una corrida de toros.

José M. Tornel y Mendívil (2).

(1) Sabio y caritativo médico. Nació en Querétaro el 19 de octubre de 1798. En 1824 fué uno de los fundadores de la Academia de Medicina Práctica; y años después, de la que es hoy Escuela Nacional de Medicina. "A sus numerosos discípulos, dice un biógrafo, no sólo les comunicaba sus sabias lecciones, sino que los cien pesos que recibía como catedrático del Colegio de Medicina, los gastaba en libros y en instrumentos que repartía entre aquéllos". Murió en Jalapa el 28 de enero de 1844.

(2) General del Ejército, escritor y político que figuró en los principales acontecimientos acaecidos en la primera mitad del siglo pasado. Nació en Orizaba. Peleó por la Independencia a las órdenes de don Ramón y don Francisco Rayón, y del coronel don Epitacio Sánchez. Fué secretario particular de don Guadalupe Victoria y de don Antonio López de Santa Anna. Diputado al Congreso de la Unión. Ministro de la Guerra, Ministro en los Estados Unidos. Senador de la República, y dos veces Gobernador del Distrito Federal. En el desempeño de ese último puesto, se distinguió, dice un biógrafo, "despreciando la delación, sofocando las discordias, libertando al perseguido y promoviendo cuanto era útil a la ilustración, a la humanidad y al pueblo que mandaba". Como representante nuestro cerca de la Casa Blanca, impidió, en 1830, la guerra entre México y los Estados Unidos, según lo declaró el Presidente de este país Andrés Jackson. El general Tornel fué, además, un elocuente orador y un distinguido literato. Su obra más conocida es la "Breve reseña histórica de los acontecimientos más notables de la Nación Mexicana, desde el año de 1821 hasta nuestros días" (1852). Murió en esta capital el 11 de septiembre de 1853.



HONRADEZ PROFESIONAL

El Lic. don Joaquín D. Casasús (1) tuvo un concepto altísimo del papel que el abogado ha de desempeñar, y ese concepto puede verse en la alocución que pronunció en nombre de la Academia Mexicana de Legislación y Jurisprudencia, con motivo de la visita que hizo a México el entonces Secretario de Estado de los Estados Unidos de América, Mr. Elihu Root.



Lic. D. Joaquín D. Casasús

"El abogado, escribió Casasús, es un sacerdote a quien corresponde cumplir en los encarnizados combates que libran en la vida los intereses humanos en pugna, una misión de paz y de concordia. Él es el defensor de los hogares, cuando la maldad humana los persigue; él es quien fortifica los lazos del amor que mantiene la unión de la familia, cuando es para ella una amenaza la depravación de las costumbres. Para ayudar a los que trabajan es siempre un maestro; para llevar a cabo una buena distribución de las riquezas adquiridas, es un consejero; para predicar el respeto debido a las leyes, es un ejemplo, así como es una autoridad

para asegurar el prestigio de ellas en la comunidad social. Su ciencia debe ser un arsenal para armar a los débiles y un escudo para proteger a los poderosos; su voz ha de ser una plegaria para impetrar el perdón de la sociedad en favor de los que por medio del crimen socavan sus cimientos, e implacable requisitoria cuando en nombre de la sociedad pide el castigo. Para los pobres, que se esfuerzan en defender el pan adquirido para sus hijos, es un apoyo; para los ricos, que se preocupan de la inversión productiva que conviene dar a sus fortunas, un guía; y si para los errores que unos y otros comparten y que tienden a dividirlos, debe ser la equidad, para poner término a las luchas en que irremisiblemente se empeñan, habrá de ser siempre la justicia".

Mas este concepto de lo que debe ser el abogado en las sociedades modernas, tan gallardamente expresado, que mereció que en grandes caracteres se colocara en la Escuela de Derecho del Estado de Michoacán, no es por cierto una simple declaración retórica, sino que bien pudiera decirse que constituye un autorretrato de Casasús, que fué siempre sacerdote y defensor, maestro y consejero, ejemplo y autoridad; cuya ciencia y cuya voz estuvieron prontas a invocar a la Justicia en que él sí creyó; al mismo tiempo en que se convertía en apoyo para los pobres, en guía para los ricos, en equidad y justificación para todos, hasta donde es posible que los seres humanos realicen este desiderátum.

Y no se crea que mi afecto llévame a exagerar la equidad y la justificación del antiguo Vicepresidente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística; que un hecho, que se puede con documentos comprobar, será bastante para formar juicio de la rectitud del abogado desaparecido.

Un pariente suyo, radicado en Tabasco, envióle hace algunos años—por 1902 o 1903—los documentos necesarios para continuar o para iniciar, que este detalle no lo recuerdo bien, un juicio en el cual estaba de por medio una suma cercana a diez mil pesos, tal vez mayor. Casasús estudió detenidamente aquellos papeles, y su talento claro y sus profundos conocimientos del Derecho, hiciéronle ver desde luego que la Justicia no debía amparar a su poderdante, aunque no fuera imposible presentar las cosas ante los tribunales, en forma tal, que se obtuviera un fallo favorable.

Mas no era él quien había de ultrajar a la diosa Themis, a la que fervoroso rendía culto, y entonces devolvió a su pariente la documentación referida, con una carta que hoy no tengo en mis manos, pero que existe en el archivo del jurisconsulto; y en esa carta le manifestaba que, como del estudio del caso aparecía que no estaban justificadas sus pretensiones, no podía patrocinarlo; pero que, en cambio, como aquellos diez mil pesos le eran necesarios para el sostenimiento de su familia, no vacilaba en remitírselos, suplicándole que los aceptara cual testimonio de su afecto.

Y como este caso, muchos podría enumerar, los cuales sirvieron de sólido pedestal a la reputación del Lic. Casasús, reputación que acabó por atraerle importantísima clientela, que buscaba en él no sólo al abogado distinguido y prominente, sino al hombre probo por excelencia, al verdadero tipo del abogado y del jurisconsulto.

Alberto María Carreño. (2)

(1) Eminente economista, jurisconsulto y literato, que, debido a su esfuerzo personal, llegó a adquirir una cultura vastísima y una envidiable posición. Nació en Frontera, Tabasco, el 23 de diciembre de 1858. En 1880 obtuvo el título de abogado, y desde luego fué nombrado Secretario general del Gobierno del Estado de Tabasco. Vino, más tarde, a la capital de la República, donde bien pronto dió a conocer las excepcionales dotes que lo adornaban. Diputado al Congreso de la Unión, Senador de la República, catedrático, Director de la Escuela de Comercio y de la de Jurisprudencia, representante de México en varios congresos científicos, Embajador en los Estados Unidos, abogado de la Nación en el asunto de "El Chamizal". El Sr. Casasús desempeñó todos los puestos que se le encomendaron con innegable competencia y acendrado patriotismo. Hombre de una laboriosidad infatigable, de energías y aptitudes nada comunes, ni las importantes funciones públicas que tuvo a su cargo, ni los numerosos asuntos profesionales que le confiaban. a porfía, las empresas más poderosas, impidiéronle consagrarse con entusiasmo al cultivo de las letras, especialmente al estudio y traducción de los clásicos latinos. Fué Director de la Academia Mexicana Correspondiente de la Real Española, Presidente del Liceo Altamirano, Vicepresidente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, miembro de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales de Filadelfia, de la Sociedad de Legislación Comparada, de Francia, de la Sociedad Americana de Derecho Internacional, del Tribunal Permanente de Arbitraje de El Haya, de la Academia Mexicana de Legislación y Jurisprudencia, y Doctor ex-oficio de nuestra Universidad Nacional. Fué, por último, un generoso protector de los intelectuales. Falleció en Nueva York el 25 de febrero de 1916.

(2) Erudito escritor. Ha publicado numerosos trabajos sobre diversas materias, que revelan una vasta instrucción. En el libro, en el profesorado y en las sociedades científicas, el Sr. Carreño es de los pocos hombres que, entre nosotros, se consagran, con laudable asiduidad, al estudio de interesantes cuestiones históricas, literarias y sociológicas Nació en Tacubaya el 7 de agosto de 1875.



JAMÁS MONTÓ UN CABALLO ROBADO

Coeneo es un pueblo de pocos habitantes, extendido al borde de una ancha y profunda barranca. Está situado al pie del Zirate, hacia el Poniente. Posee grandes bosques, y en las inmediaciones hay planicies interrumpidas por terrenos pedregosos, cuyo acceso es fácil sólo para los conocedores. Por decreto de 22 de noviembre de 1858 recibió el título de Villa de la Libertad. Fué patria de los insurgentes Nieves, Ramón Huerta y Felipe Arias; más tarde, del valiente guerrillero Francisco Ronda, padre del coronel don Eugenio Ronda, de los jefes Epitacio y Antonio Huerta, de los tres "Rafaeles", como les decían los rancheros a Garnica, Arias y Rangel, y de otros guerrilleros que se distinguieron por su valor, en la revolución de Ayutla, en la guerra de Reforma y en la de intervención francesa.

De la mayor parte de los mencionados he dicho lo bastante para que se formen idea de ellos los lectores. Haré ahora especial mención de don Rafael Arias, el más valiente, el más honrado, el más respetado de todos. Este patriota era modelo de las virtudes indicadas. Su honradez rayaba en quijotismo. Jamás montó un caballo que no hubiese comprado en su justo precio, ni siquiera usó los arneses o guar-

niciones quitados al enemigo. Una vez ensayó en su corcel favorito un freno plateado que con todo y caballo ensillado se había recogido en una acción de guerra. El freno estaba que ni mandado hacer; pero lo dejó porque, según dijo, él no lo había "mercado"... Había en su alma cierto misticismo vago e inconsciente que él traducía en práctica religiosa del culto católico. Ilusionados por esto los promotores de la infame asonada de "cristeros" que devastó a Michoacán en 1875 y 1876, enviaron a ofrecer a Arias el mando de los insurrectos. Ya se comprenderá que el jefe liberal rechazó con energía e indignación esta propuesta. A los pocos días, los clericales lo habían asesinado, de noche y a mansalva, lo mismo que veinticinco años antes hicieron con el célebre guerrillero don Eustaquio Arias, muerto también a traición.

Eduardo Ruiz.



UN HEREDERO EXCEPCIONAL

Don Pedro, Manuel, Ramón, Joaquín, Juan Nepomuceno, Miguel, Mariano, Agustín, Ignacio, José María, Angel, Antonio del Águila Romero de Terreros y de Villar Villamil, hijo segundo de los terceros condes de Regla, fué bautizado el 21 de julio de 1816 en el Sagrario de México, por el Dr. don José Angel Gazano, Canónigo Penitenciario, apadrinando el acto doña María Ignacia Rodríguez de Velasco.

Desde sus primeros años echaron profundas raíces en el ánimo de don Manuel, las ideas liberales, y empezó a ocupar, desde su juventud, algunos puestos públicos, con el mayor acierto, dando a conocer en el desempeño de ellos la rectitud y energía de su carácter, así como su acrisolada honradez. Fué Secretario de Gobierno del Estado de México, Diputado a la Legislatura del mismo, miembro de varias juntas de Beneficencia, Representante de la casa fundadora del Monte de Piedad, Gobernador del Distrito Federal y, por último, Senador al Congreso de la Unión.

Refiriéndose al penúltimo de estos cargos que ocupó don Manuel Romero de Terreros en 1862, dice don Francisco Sosa: "En el breve espacio de tiempo en que desempeñó tan difícil encargo, estableció el orden y moralidad en sus dependencias, fomentó los

planteles de beneficencia, reformó las cárceles, favoreció los hospitales... clamó contra el juego"... La generosidad y desprendimiento de ánimo de don Manuel, llegaron a tal grado, que no sólo prestó toda clase de ayuda a aquellos mexicanos que se hallaban desterrados en París durante la Intervención y el Imperio (2); sino que más tarde, al morir sin hijos, en 1874, a don Manuel de la Pedreguera y Romero de Terreros, Marqués de San Francisco, se le entregaron los cuantiosos bienes de éste, como el inmediato heredero; pero teniendo don Manuel la certeza de que existía un pariente más cercano del Marqués, en la persona de don Francsco Betti y Pedreguera, su sobrino, hizo que dicho señor recibiera la pingüe herencia, aunque la fortuna que había disfrutado el señor de la Pedreguera, consistente en los bienes que fueron del Mayorazgo de San Francisco, le hubiera venido por el lado de Romero de Terreros y no por el de Pedreguera... Murió en la ciudad de México, el 21 de abril de 1878, y dejó recomendado a su esposa e hijos "que sin ostentación alguna se le diera sepultura en la capilla de Jalpa, debajo del sepulcro de sus respetables e inolvidables padres".

Manuel Romero de Terreros y Vinent. (3).

(1) Nació en México el 17 de julio de 1816. Se distinguió no sólo como funcionario público progresista e íntegro, sino también como intachable caballero y generoso protector de los desvalidos.

(2) Los militares deportados después del sitio de Puebla en 1863.

(3) Marqués de San Francisco. Nieto del ilustre personaje que tuvo el hermoso rasgo referido en las anteriores líneas. Se ha consagrado, con éxito feliz a los estudios históricos.

LA HONRADEZ DE LOS REFORMISTAS

Un episodio reclama nuestra atención por modo ineludible, para responder a estas preguntas que, seguramente, todos los mexicanos nos hemos hecho alguna vez: ¿qué se hicieron las cuantiosas riquezas del clero y de las corporaciones? Ya que no en dinero efectivo, ¿por qué el gobierno no aprovechó en la amortización de la deuda pública el producto de los muchos millones en bienes raíces que las leyes de Reforma nacionalizaron?

Parece, con efecto, inexplicable el enigma; y sin embargo, la clave que lo desata es muy sencilla. Basta recordar para ello que los bienes nacionalizados se pagaban con dos quintos en efectivo, en cuarenta mensualidades, y con tres quintos en ciertos títulos de la deuda pública reconocida: por aquellos se otorgaban pagarés, por éstos una obligación a plazo, garantizada con firma. Ahora bien, los pagarés se enajenaron a precios ínfimos, que jamás pasaron del 35 por 100, y las obligaciones por bonos que no se perdieron en medio de la baraúnda de la guerra, se amortizaron mediante el pago en dinero, del 3 y 4 por ciento de su importe. La ley de 5 de febrero de 1851 había prohibido expresamente hacerlo así; pero, sin duda, las condescendencias no tardaron en sobrevenir, y ya en 21 de mayo de 1862, este régimen se sancionó legalmente.

¿Qué inspiró tan graves errores, sin los cuales el Erario habría obtenido considerable respiro en sus constantes angustias, y al decir de autoridades tan respetables como el señor Romero, habríanse amortizado, casi en su totalidad, los veintinueve millones y cuarto de los bonos del 3 por 100 de la conversión de 1850 que llegaron a emitirse? ¿Necesidades apremiantes e ineludibles? ¿Falta de confianza en la consolidación, por vías más ordenadas, de la obra política y social que se estaba realizando y que se llevaba a cabo en medio de la guerra y contra el sentir de todas las clases acomodadas? ¿Temor de que los deudores no pudieran pagar por esas mismas resistencias de los ricos y de los pusilánimes? ¡Quién sabe! Probablemente, estas y otras causas determinaron esa conducta; y aunque debemos lamentar que la Reforma no haya servido para fines fiscales inmediatos, hagamos justicia a los hombres que la consumaron y no les escatimemos un ápice de nuestra admiración y gratitud, que ninguno de ellos maculó su conciencia con un solo peso de los muchos millones que por sus manos pasaron, porque todos, sin una sola excepción, vivieron y murieron en la mediocridad y hasta en la pobreza; que con su obra gigantesca y profunda nos pusieron en vías de una redención que llegaron muchos a creer imposible; y que, para decirlo de una vez, sin ellos acaso no tuviéramos ya el deseo de llamarnos mexicanos.

Pablo Macedo. (1).

(1) Eminente jurisconsulto y economista, muerto en Madrid el 25 de diciembre de 1918. Nació en México en 1851. Muy joven comenzó su carrera política como Secretario de Gobierno del Distrito Federal. Después desempeñó numerosos cargos públicos e importantísimas comisiones oficiales; en unos y en otras, lo mismo que en la cátedra y en la prensa científica, dió durante largos años, de una laboriosidad incansable, muestras utilísimas de su talento y de su ciencia. Contribuyó brillantemente a la organización de nuestra Hacienda y a nuestro progreso intelectual y material.



LAS CONVICCIONES POLÍTICAS.—RECTITUD DE UN PADRE

Era mi padre, prosiguió el Sr. general Arista, un español de polendas, grave y silencioso, ojos muy grandes, cara larga y nariz aguileña. Tuvo encargos de intendente en San Luis Potosí y en Puebla. Yo nací en San Luis, lo mismo que mi hermano Juan. Al estallar el grito de Dolores, mi padre estaba retirado a la vida privada, y pocos años después se estableció con toda su familia en Tacubaya. Mi hermano y yo servíamos como cadetes en el ejército, con la notable diferencia de que Juan, consecuente con su sangre y su rey, odiaba a los insurgentes, y yo, no pudiéndome contener, era insurgente de corazón y ansiaba por luchar al lado de los padres de nuestra independencia. Esta diversidad de opiniones se hizo ostensible; nuestros ánimos se agriaban y truenos de injurias, relámpagos de amenazas y nubes de rencores nos cercaban, en cuanto nos separábamos de la vista de mi padre.

Llegaron las cosas al punto que, temiendo mi hermano y yo un desenlace funesto, resolvimos hacer juez a nuestro mismo padre de nuestras diferencias, y nos resolvimos a acatar su mandato.

Fuímos, pues, a su presencia; le expusimos nuestro conflicto; a nuestra vez nos esforzamos cada uno

por defender nuestra causa, y el venerable anciano, frío y en imponente actitud, no dejaba percibir el más leve indicio de su personal parecer.

Acabamos de hablar, y nuestro padre, dominando severo su íntima convicción, nos citó para que oyéramos su parecer, a la misma hora del día siguiente.

En efecto, al día siguiente asistimos puntuales a la cita.

El señor mi padre se dirigió primero a Juan y procuró sondear si estaba fijo en su decisión y sus principios, según el dictado de su conciencia.

Nuestras respuestas fueron decisivas y resueltas, aunque sometiendo nuestra conducta a lo que el honrado español ordenase.

Éste guardó silencio profundo por algunos momentos; después, con una voz levantada y solemnísima, dijo: "Nada hay más susceptible en el mundo que los dictados de la conciencia. Juan, sigue defendiendo tu bandera y Dios te bendiga.

"Mariano, abandona las filas de los realistas y ve a servir con honra a los que luchan porque tengas patria.

"Nada hay más respetable en el mundo que la decisión de la conciencia. Éste es el origen de mi respeto a la conciencia de los demás".

Vivamente satisfecho y casi con veneración de la honradez del Sr. Arista y de su reconocimiento a la justicia, emprendí mis trabajos.

Como es natural, ante todo, me preocupó la presencia de un deficiente, relativamente enorme, y que

formaba el caos en la administración. Los revolucionarios incendiando los pueblos, las convenciones diplomáticas amenazando al Gobierno, la insubordinación en los cuarteles, el hambre aturdiendo con sus gritos y difundiendo el descontento, los salvajes devorando nuestras fronteras, el agio y la usura devorando con avidez la sangre de los condenados a la miseria. Tal era el débil bosquejo de lo que en realidad representaba el cuadro de la Nación, al hacerme cargo del Ministerio (de Hacienda) por la bondad del Sr. Arista...

...En los días de miseria más extremada y cuando la vida del Gobierno era realmente precaria y congojosa, dispuso el Ministerio de mi cargo se redujesen a una mitad los sueldos de todos los servidores de la Nación. La grita fué espantosa; los periódicos vomitaron a torrentes las injurias contra el Ministro, recordando su pobreza, su obscuridad, sus parientes pobres y cuanto se encontró de más humillante para él, a quien llamaban, por apodo, "Media Paga".

El descontento fué tal, que se reunieron en la Ciudadela varios oficiales de influencia en el Ejército, con el objeto de pedir la derogación de la orden de media paga y pedir la destitución del Ministro.

La junta fué insidiosa y tumultuaria, descendiéndose en ella hasta examinar lo más recóndito de la vida del Presidente, sus gastos, sus hábitos, sus dádivas, excediéndose hasta formar el inventario más escrupuloso.

Un oficial de caballería, ronco, patizambo y áspero de voz y maneras, dijo:

—Yo conozco al güero (Arista), porque he sido su asistente; y en esto de manos limpias no tiene gallo; pero véamos si en eso de la media paga hay ventaja, representémonos, y si no, punto en boca.

Se renovó el examen, y el resultado fué una exposición al Sr. Arista, porque se había acatado la justicia y la más perfecta igualdad.

En los pagos, Arista era siempre el último que recibía sus haberes.

Guillermo Prieto.



VIRREYES PROBOS

El Marqués de las Amarillas, don Agustín de Ahumada y Villalón, Virrey de la Nueva España (1), fué de tal manera honrado, que a su muerte, la Marquesa, su esposa, quedó sin medios para subsistir y regresar a España, a todo lo cual proveyó con noble generosidad el arzobispo don Manuel Rubio y Salinas.



D. Agustín de Ahumada y Villalón

Revestido del gran poder que le daba la triple autoridad que ejercía, entró don Pedro Moya y Contreras (2) en posesión del virreinato, el 25 de septiembre de 1584, y lo desempeñó con integridad, tino y acierto. Quitó el empleo a los oidores que habían abusado de su puesto, y castigó severamente, hasta con la pena de horca, a los empleados de rentas que las habían administrado con infidelidad... Después de cumplir exactamente con las vastas obligaciones de sus multiplicados cargos, y de haber mandado a España sumas más considerables que ninguno de sus antecesores, en premio de sus servicios fué promovido a la mayor dignidad que había



D. Pedro Moya y Contreras

en la carrera de Indias, que era Presidente del Consejo de éstas, en cuyo empleo murió tan pobre, no obstante haber sido doce años arzobispo de México, cinco visitador, con poder casi absoluto, y uno virrey, que el rey Felipe II tuvo que mandar se hiciesen sus funerales y se pagasen sus deudas, contraídas todas en obras de beneficencia, a expensas del real erario. Falleció en diciembre de 1591. Fué enterrado en la parroquia de Santiago, Madrid.

El virrey Garibay (3) entregó el mando el 19 de julio de 1809, y al cabo de diez meses de un brillo pasajero, volvió a su antigua obscuridad, tan pobre como de ella salió, y para poderse sostener con el decoro correspondiente al empleo que acababa de ejercer, fué necesario que Yermo (4) y sus amigos le auxiliasen con una asignación de $500.00 mensuales. Después se le dió el empleo de teniente general y la gran cruz de Carlos III, con una pensión de diez mil pesos anuales, que disfrutó hasta su muerte, acaecida poco tiempo después. Su engrandecimiento no cambió su gé-



D. Pedro Garibay

nero de vida, modesto y retirado: su única distracción mientras estuvo en el virreinato, y después, era pasar las tardes en una reja del convento de la Encarnación, en conversación con una hija que allí tenía, monja.

Lucas Alamán.

(1) Gobernó del 10 de noviembre de 1755 al 5 de febrero de 1760, fecha en que murió.

(2) Fundó en México el Santo Oficio o Tribunal de la Inquisición, y presidió el Tercer Concilio Mexicano reunido en la capital de la Nueva España, en 1585, célebre asamblea de prelados, teólogos y juristas que decretó la libertad de los indios. "Extraña y misteriosa dualidad, dice el señor Riva Palacio, refiriéndose a los cargos desempeñados por el enérgico, probo y caritativo Sr. Moya y Contreras, que hacía pasar a esos espíritus en una misma época de su vida, de las sombrías y feroces ejecuciones de las Ordenanzas de Torquemada, a las dulces y santas prácticas del Evangelio."

(3) Don Pedro Garibay. Entró a gobernar con el carácter de interino, por haber sido depuesto el virrey don José de Iturrigaray, el 16 de septiembre de 1808.

(4) Español célebre en nuestra historia, porque acaudilló la conspiración contra el virrey Iturrigaray, que tuvo como resultado la aprehensión de este personaje y de su esposa, el 16 de septiembre de 1808. Hízose notable también por haber redimido de la esclavitud a numerosos sirvientes suyos.



LA HONRADEZ DE UN INSURGENTE


D. Mariano Matamoros

Matamoros (1) se inmortalizó con la célebre batalla de San Agustín del Palmar (2), en cuya acción no sólo dió muestras de su valor y genio militar, sino que además probó, como él mismo dice en su parte al señor Morelos, que los independientes no se habían lanzado a la guerra con el objeto de robar.

El convoy custodiado por las tropas españolas derrotadas en el Palmar, fué respetado, y todo el comercio de la Nueva España pudo decir desde entonces que los soldados insurgentes eran soldados disciplinados, y no hordas de bandidos como las llamaba Calleja. Al hablar Matamoros de esta acción, dice:

"La batalla fué dada a campo raso para desimpresionar al Conde de Castro Terreño, de que las armas americanas se sostienen no sólo en los cerros y emboscadas, sino también en las llanuras y a campo descubierto".

Constantemente estaba Matamoros organizando

tropas, a la cabeza de las cuales tenía a cada paso que batirse; y sin duda, a no ser por la desastrosa expedición de Valladolid (3), Matamoros hubiera libertado completamente todo el territorio que hoy comprenden los Estados de Puebla, Oaxaca y Veracruz.

Pero Dios lo había dispuesto de otro modo.

El día 3 de febrero de 1814, en la plaza de Valladolid (hoy Morelia) iba a ser fusilado un hombre. Era éste de "pequeña estatura, delgado, rubio, de ojos azules", y su rostro conservaba las huellas de las viruelas.

Marchando con ademán resuelto, colocóse al frente de los soldados; se escuchó luego una descarga; aquel hombre había dejado de existir.

Matamoros había muerto en el patíbulo; la causa de la Independencia perdía uno de sus más nobles caudillos. El Sr. Morelos, según su propia expresión, "perdía su brazo derecho".

México libre declaró a Matamoros benemérito de la patria, y sus restos mortales fueron guardados en la Catedral de esta ciudad.

Vicente Riva Palacio.

(1) Don Mariano Matamoros, cura de Jalatlaco, heroico caudillo de la Independencia, notable por su genio organizador y habilidad militar. Después de haber sido perseguido a causa de las simpatías que profesaba a los insurgentes, se presentó al Sr. Morelos en diciembre de 1811. Distinguióse de una manera gloriosa en el sitio de Cuautla y en el ataque a Oaxaca. Derrotado en Puruándiro, fué hecho prisionero por el soldado Eusebio Rodríguez, y condenado a muerte,

sentencia que llevóse a cabo en la ciudad y fecha citadas por el Sr. Riva Palacio.

(2) Ganada por Matamoros a los realistas el 14 de octubre de 1813. Calleja dijo de esta batalla, "que era sin ejemplo en toda la insurrección". En la orden general, el honrado caudillo insurgente impuso pena de la vida a quien huyera, y tres carreras de baquetas por doscientos hombres al que se entretuviese en coger una mula cargada o en desnudar a los cadáveres.

(3) Se refiere el autor a la desastrosa derrota que las tropas realistas, al mando de don Agustín de Iturbide, hicieron sufrir el 24 de diciembre de 1813 al ejército insurgente que se hallaba a las órdenes de Morelos. El primero de estos jefes hizo, valiéndose de la obscuridad de la noche, que los soldados del héroe de Cuautla se batiesen entre sí. Poco después de este desastre, el 9 de febrero de 1814, Morelos decía en una carta al ilustre don Andrés Quintana Roo: "Aún queda un pedazo de Morelos, y Dios entero", palabras que revelan la fe y entereza extraordinarias del caudillo.



NO QUISO EL INDULTO, NI OLVIDABA SUS DEUDAS


Don José M. Vigil

Apenas las fuerzas liberales estaban saboreando el triunfo que habían alcanzado con tanto denuedo y bizarría (1), cuando se presentó a Corona (2) un enviado de don Jesús Gómez Cuervo, llevándole un pliego que contenía su indulto, y una carta en la que le decía que no ignoraba su situación, y que con la autoridad de padre que sobre él ejercía, le ordenaba que se sometiera al indulto que para él había conseguido de la Jefatura de Tepic. Añadía que la revolución se hallaba sin esperanzas de sobreponerse a la reacción conservadora; que seguir en aquel camino no era más que correr a un sacrificio seguro y estéril; que volviera a su lado, y por último, que él se encargaba de formarle su porvenir, como lo había hecho desde el día en que se conocieron. La fortuna, en efecto, se presentaba esquivo en aquellos momentos para la causa constitucional...

Razón tenía, pues, Gómez Cuervo para sentirse desalentado y temer por la suerte del joven Corona, a quien profesaba un cariño de padre, y prestando oídos a este sentimiento noble y desinteresado, ha-

bía querido salvarle a toda costa, apresurándose a obtener de Lozada un indulto en favor de su protegido. Corona, sin embargo, agradeciendo como era debido la intención que había dictado aquel paso, contestó inmediatamente, devolviendo sin abrirlo, el pliego que contenía el indulto. En su carta se excusaba, respetuosamente, de desobedecer por primera vez las órdenes de una persona que por tantos títulos merecía su gratitud; manifestaba la firme resolución de seguir la suerte que le tuviera preparada su destino en la lucha a que se había lanzado; le suplicaba que manifestase a don Juan A. Aguirre, que suspendiera su juicio hasta que liquidara sus cuentas, lo que esperaba hacer pronto, pues sus libros y demás papeles habían sido puestos en lugar seguro, y concluía encargándole a su hermana, en caso de que muriera, y remitiéndole un caballo herido para que luego que sanara fuera entregado a Aguirre, a quien pertenecía. Estos rasgos sencillos pintan con toda verdad el carácter valeroso y honrado de aquel jefe, que en medio de las atenciones que le imponía una situación en extremo delicada, no olvidaba sus compromisos particulares, manifestándose escrupulosamente celoso de su reputación y buena fama.

J. M. Vigil.—Juan B. Híjar y Haro.

(1) La toma de la plaza de Acaponeta, a fines de diciembre de 1858.

(2) Don Ramón Corona, ilustre soldado de la República, a la que prestó eminentes servicios en la época de la Reforma, en la de

la Intervención y el Imperio, y en la campaña contra Lozada. Nació en Tuxcueca, Jalisco. Fué General de División, Jefe del Ejército de Occidente, Ministro Plenipotenciario en España y Portugal y Gobernador del Estado de Jalisco. A él rindió su espada en Querétaro, el Archiduque Maximiliano. El 28 de enero de 1873 derrotó en la Mojonera, cerca de Guadalajara, con dos mil y tantos soldados a 8,000 hombres mandados por Lozada, salvando de esta suerte, como dice el Sr. Pérez Verdía, no sólo a la capital de Jalisco, del incendio y el pillaje, sino a la República entera de los horrores de una invasión vandálica. Murió asesinado por un loco, en Guadalajara, el 11 de noviembre de 1889. La gratitud de sus conciudadanos le ha erigido varias estatuas.

(3) Manuel Lozada, célebre bandido que desde 1859 se levantó en armas en Tepic, y que se hizo temible por su valor y por sus crímenes. No obstante éstos, Maximiliano le envió una valiosa espada, y Napoleón III la condecoración de la Legión de Honor. En 1875, el general don José Ceballos, después de capturarlo, ordenó que fuese pasado por las armas en la loma de los Metates, el 19 de julio de dicho año.



AQUÍ TODOS SOMOS IGUALES, DIJO EL CAUDILLO INSURGENTE


Gral. D. Juan Álvarez

Don Juan Álvarez poseyó señaladísimas virtudes. Profesó cariño entrañable a la fiel compañera de sus dichas e infortunios, y empeñóse en dar esmerada educación a sus hijos. Amigo leal y desinteresado, hizo de la amistad un culto, y le hirió mucho la ingratitud de los pocos que lo engañaron.

Poseyó, además, talento natural, aunque poca instrucción, y conocimiento profundo de los hombres, fruto de su larga experiencia y de su mucha desconfianza.

Extremadamente modesto, llegó a confesar sus propios defectos, y rayó en tanto su humildad, que se hacía aparecer más rudo de lo que era, dando con este motivo, ocasión a sátiras tan soeces como injustas.

Su honradez fué grande, pues siempre trató de persuadir "que el ser hombre de bien cuesta poco y vale mucho", y cuando una vez se le propuso que proclamara un plan contrario a sus convicciones en

cambio de una cantidad considerable, se indignó tanto, que no hallando frases bastante enérgicas para rechazar tan infame proposición, se contentó con decir secamente: ¡No me vendo!

Su amor a la patria llegó al fanatismo, y la defendió siempre, ya como insurgente desde el año de 1810, ya como hombre libre, en contra de las invasiones extranjeras.

Respetó tanto a los héroes, que cuando oía pronunciar el nombre de Morelos se ponía en pie y se descubría, y cada año, en el aniversario del inicuo asesinato de Guerrero, derramaba candentes lágrimas.

Su sencillez republicana fué grande: lo demuestra la anécdota siguiente, no única en los anales de la historia, pero sí tarda en repetirse al través de los tiempos.

Cierta ocasión, sentado en el dintel de la puerta de su hacienda de la Providencia, vió venir por el camino de México, y a todo escape, montado en un caballo. a un oficial del Ejército, que traía varios pliegos en la mano.

Llegó el oficial, apeóse violentamente, y al ver la humilde actitud y el traje sencillo de aquel hombre, le arrojó las riendas del caballo y le dijo con brusquedad:

—Paséalo.

Don Juan se levantó, tomó las bridas, y comenzó a pasear al animal. Entretanto, el portador de los pliegos había entrado a la casa de la hacienda, y

al preguntar por don Juan Álvarez, una pobre mujer le había dicho:

—Ahí está, el que cuida el caballo de usted.

El oficial, confuso, comprendiendo la abrumadora situación en que se hallaba, salió y al acercarse a don Juan Álvarez, comenzó a ensayar una disculpa en estos términos:

—Mi general...

Álvarez lo interrumpió y le dijo sonriendo, tocándole el hombro:

—No tengas cuidado, muchacho; aquí todos somos iguales.

Creemos inútil insistir: este rasgo pinta al verdadero demócrata, cuya vida que vamos a narrar, acentuará su carácter, apenas bosquejado en las líneas anteriores.

Luis González Obregón.



EL RESPETO A LOS PADRES

Oíd este rasgo de la vida de un grande hombre:



D. Ignacio M. Altamirano

Un día, momentos antes de entrar en el acuerdo los altos funcionarios del Tribunal Superior de Justicia de la Nación Mexicana, pudo notarse, platicando con uno de ellos, a un individuo de edad avanzada, con todo el aire de la provincia en el cuerpo, en el traje y en las manos.

Además, el desconocido pertenecía a la raza indígena. Aquel extraño para los componentes de la Corte, no podía ser más que un cliente de algún pueblo de indígenas: un cualquiera.

Uno de los magistrados le hablaba, sin embargo, con sumo respeto y desplegaba con él las más exquisitas atenciones. Los demás magistrados, formando coro, apenas si percibían esta escena: es natural en un abogado o juez tener a su cliente, o al que pide justicia, toda clase de miramientos.

El magistrado que hablaba respetuosamente con el hombre del pueblo, hubo de impacientarse, al fin, al ver que no se hacía ningún caso de su interlocutor; que la indiferencia con él rayaba en desprecio,

no dignándose algunos ni dirigir siquiera una mirada al pobre aldeano. Entonces no pudo contenerse más el señor de la Corte de Justicia, y exclamó en alta voz:

—Señores magistrados: tengo el honor de presentaros a mi señor padre.

Los magistrados se descubrieron, saludaron con respeto y se pusieron a las órdenes del anciano, que llevaba en su noble rostro el sello de la noble raza tixtleca.

El hombre que así honraba a su padre se llamaba Ignacio Manuel Altamirano.

Rodolfo Menéndez.



NO SOY MAS QUE UN POBRE RÚSTICO, EXCLAMÓ EL GRAN MORELOS

Como hombre de ideas levantadas, Morelos no tuvo rival en su tiempo.

Reunidos por su voluntad y a su llamado los miembros del Congreso de Chilpancingo (1), un día, el famoso don Andrés Quintana Roo le preguntó con la franqueza que le era característica:

—¿Qué ideas tiene usted acerca del gobierno que debemos dar a la Nación? ¿Qué principios vamos a dejar consignados en la Constitución que hemos de discutir dentro de breve tiempo?

—Señor licenciado—respondió el héroe,—yo soy un rústico y usted es un sapientísimo letrado; no puedo hablar de ciertos asuntos en presencia de quien tanto los conoce; pero creo un deber no reservarme mis ideas en las circunstancias en que nos encontramos, y por eso, no por otra mira, contesto a su pregunta.

—"Soy el siervo de la Nación, porque ésta asume la más grande, legítima e inviolable de las soberanías; quiero que tenga un gobierno emanado del pueblo y sostenido por el pueblo, que rompa todos los lazos que la sujetan y que acepte y considere a España como hermana y nunca como dominadora de América.

"Quiero que hagamos la declaración de que no hay otra nobleza que la de la virtud, el saber, el patriotismo y la caridad; que todos somos iguales, pues del mismo origen procedemos; que no hay abolengos ni privilegios; que no es racional, ni humano, ni debido, que haya esclavos, pues el color de la cara no cambia el del corazón ni el del pensamiento; que se eduque a los hijos del labrador y del barretero como a los del más rico hacendado y dueño de minas; que todo el que se queje con justicia tenga un tribunal que lo escuche, lo ampare y lo defienda contra el fuerte y el arbitrario; que se declare que lo nuestro ya es nuestro y para provecho de nuestros hijos; que tengamos una fe, una causa y una bandera bajo la cual todos juremos morir antes que ver nuestra tierra oprimida como lo está ahora, y que cuando ya sea libre, estemos siempre listos para defender con nuestra sangre esa libertad preciosa; que..."

—No me diga usted más, dijo Quintana Roo con los ojos llenos de lágrimas; es usted muy grande, señor Morelos; en usted encarnan todas las ideas que han de ser más tarde la fuerza y la felicidad de la Patria; permítame usted que lo abrace, para que si Dios me concede largos años de vida, pueda alguna vez decir a mis hijos: sean ustedes honrados, virtuosos y patriotas, para que puedan reclinar su frente sobre este pecho que está lleno de gloria, no porque es del sér que les dió la vida, sino porque hubo un momento en que se acercó en un supremo abrazo al pecho que ha abrigado el corazón más grande,

el alma más hermosa que Dios envió a nuestra tierra: el corazón y el alma del gran Morelos".

El Sr. Morelos sólo respondió modestamente: "usted me favorece mucho, señor licenciado; yo no soy más que un pobre rústico".

Juan de Dios Peza.

(1) Convocado por el Sr. Morelos el 28 de junio de 1813 e instalado el 13 de septiembre del mismo año. Formáronlo don Ignacio Rayón, don José Sixto Berdusco, don José M. Licéaga, don Andrés Quintana Roo, don Carlos M. de Bustamante, don José M. Cos, don José M. Murguía y don José Manuel de Herrera, y en calidad de secretarios don Cornelio Ortiz de Zárate y don Carlos Enríquez del Castillo. Nombró generalísimo al Sr. Morelos, el cual por admirable modestia creyóse indigno de tal cargo; hizo la declaración de independencia el 6 de noviembre del mismo año; tuvo con su ilustre creador graves desavenencias; perseguido por los realistas, vióse en la necesidad de emprender una peligrosa peregrinación; expidió en Apatzingán la Constitución de 22 de octubre de 1814 y fué disuelto por el general Mier y Terán el 15 de diciembre de 1815, en la hacienda de San Francisco, cerca de Tehuacán, y substituído por un Directorio Ejecutivo.



MODESTIA DE UN VENCEDOR

No quiso González Ortega que sus tropas agobiadas de tantas fatigas, entrasen en la capital de la República (1) sin un previo descanso, y determinó que la entrada solemne se efectuara el 1o. de enero de 1861, para augurar a su patria y a su causa un año de prosperidades y de bienestar político. En cumplimiento de tal propósito, fué al rayar el nuevo año a ponerse al frente de sus numerosos soldados y entró con ellos por el lado del Poniente, eligiendo lo que hoy se llama Avenida Juárez.

De las azoteas, de las ventanas, de los balcones henchidos de curiosos, llovían coronas de laurel y de rosas frescas para el afortunado caudillo. Muchas de estas coronas, arrojadas por finas manos de damas hermosas, las iba él colocando, una tras otra, en sus brazos, que ya se le doblaban sobre el cuello del caballo al peso de tantas ofrendas de triunfo. De uno y otro lado, sus ayudantes le llevaban las coronas que él no podía ya traer consigo, y por todas partes resonaban, entre los ecos entusiastas de las músicas militares y de los cantos del pueblo, los gritos que yo escuché de niño y que no he olvidado con el transcurso de los años:

—¡Viva González Ortega! ¡Viva el vencedor de Calpulalpan! ¡Viva el héroe de Zacatecas!

Y él se inclinaba sonriendo y abría con trabajo los brazos llenos de laureles, como queriendo estrechar contra su corazón al pueblo que lo saludaba.

Al pasar frente al Hotel Iturbide, alzó los ojos a un balcón, y distinguió a una persona conocida. Al verla, detuvo el caballo y mandó hacer alto a las tropas. Después dijo a uno de sus ayudantes:

—Suba usted a aquel cuarto, y diga al general don Santos Degollado que tenga la bondad de bajar a verme.

El ayudante volvió a poco diciendo que el general Degollado no podía bajar, porque se sentía algo indispuesto.

—Pues vaya usted a asegurarle, repuso González Ortega, que aquí nos estaremos detenidos el ejército y yo, hasta que él baje a verme.

Transcurrieron algunos instantes, y el general don Santos Degollado y el Gral. D. Felipe B. Berriozábal, que le acompañaba, se acercaron a González Ortega, quien dijo conmovido, con voz clara y vibrante:

—Señor general Degollado: enfrente de usted yo no tengo méritos ni grandezas propias. Yo no soy más que un soldado de fortuna, un militar improvisado a quien la victoria le ha sonreído por casualidad o por inesperado privilegio del cielo. Usted es un héroe: un esforzado campeón de la Libertad y de la Patria, a quien nunca amedrenta el infortunio

ni lo hace prevaricar la derrota. Por esto, usted es quien debe entrar en el Palacio Nacional, mandando a estos soldados, que traen ceñidos los laureles del triunfo en sus frentes tostadas por el sol de los combates, y que reconocen en usted a un héroe, a un apóstol y a un caudillo. Ocupe usted su puesto, señor general, y acepte estas coronas que le corresponden, y que yo le transmito en nombre del pueblo, y en pro de mi deber y de la justicia.

Acto continuo suplicó a los generales Degollado y Berriozábal que montaran a caballo, y los hizo marchar al frente de la columna.

Así venían por la calle de Plateros, frente al edificio donde estuvo después la paragüería de Guerín, y volvió González Ortega a detenerse y a ordenar que hicieran alto las tropas.

—Vaya usted, dijo a un ayudante, a llamar a aquellos señores que están en ese balcón, para que también ocupen sus puestos delante de nosotros y al lado del general Degollado.

Los que designó eran el inolvidable estadista don Miguel Lerdo de Tejada y el sublime mártir don Melchor Ocampo.

Ya con esta vanguardia brillante, el vencedor de Calpulalpan llegó a la puerta de Palacio, sin una sola corona, porque se las había repartido a sus ilustres camaradas, diciéndoles:

—Estos laureles pertenecen a ustedes, que han pensado, que han sufrido, que han luchado sin tre-

gua, y no a mí que, por privilegio del cielo, acaso, soy un soldado nuevo, un humilde tinterillo de Teul, a quien le ha sonreído la fortuna.

Juan de Dios Peza.

(1) Después del triunfo de Calpulalpan, obtenido por las fuerzas liberales el 22 de diciembre de 1860. Esta victoria militar puso término a la guerra de Reforma. El Presidente conservador, general don Miguel Miramón, que a pesar de sus acostumbradas proezas fué el jefe derrotado, tuvo que entregar al Ayuntamiento el gobierno; que salir de la capital, y poco después de la República. Como el rey de Francia, Francisco I, en Pavía, dice un historiógrafo, todo lo perdió en esa batalla, menos el honor.



"YO LA PEOR QUE HA HABIDO".



D. Amado Nervo

Murió a diecisiete de abril del año de 1695 la madre Juana Inés de la Cruz.

En el año de 1670—prosiguen los apuntes del Sr. Ágreda,—no hubo profesión ninguna.

Sigue luego, de letra de la madre Juana Inés de la Cruz, lo siguiente: "Yo, Juana Inés de la Cruz, Religiosa Profesa deste Convento, no sólo ratifico mi profesión y vuelvo a reiterar mis votos, sino que de nuevo hago votos de creer y defender que mi Señora la Virgen María fué concebida sin mancha de pecado original en el primer instante de su ser, en virtud de la Pasión de Jesucristo. Y así mismo hago voto de creer cualquier privilegio suyo, como no se oponga a la Santa Fe, en fe de lo cual lo firmé en 8 de febrero de 1694. Con mi sangre—Juana Inés de la Cruz.—Ojalá y toda se derramara en defensa de esta verdad por su amor y de su Hijo".

La firma entera y todas estas últimas palabras,

desde "ojalá" hasta su "Hijo", están realmente escritas con sangre; aunque está ya muy comido el color.

Lo siguiente, también de puño y letra de la madre Juana Inés...

"Aquí arriba se ha de anotar el día de mi muerte, mes y año. Suplico por amor de Dios y de su Purísima Madre, a mis amadas hermanas las religiosas que son y en lo de adelante fueren, me encomienden a Dios, que he sido y soy la peor que ha habido".

"A todas pide perdón, por amor de Dios y de su Madre. Yo, la peor del mundo.—Juana Inés de la Cruz".

Esta humildad resuelta, exaltada, podríamos decir como el alma de la gran monja, surge a flor de pluma a cada paso en sus últimos años de vida y de penitencia:

Yo, la peor del mundo.

Yo, la peor que ha habido.

Juana Inés de la Cruz, la más indigna e ingrata criatura de cuantas crió vuestra Omnipotencia y la más desconocida de cuantas creó vuestro amor.

No se trata de esa modestia que se ostenta para atraer elogios, de esa humildad que va pregonándose por todas partes y que tanto odiaba "nuestro Padre San Jerónimo", sino de una convicción sincera, honda, conmovedora, que impele a la monja a creerse mala porque gastó sus ocios en componer versos en vez de emplearlos todos en santificarse.

¡Este es el delito que purga, infligiendo sus car-

nes día y noche hasta que la misericordia de la muerte arranca su luminoso espíritu a tanta pena, para sumergirlo en el océano del pensamiento y del amor!

Hay que pensar en el inmenso hueco que dejó, sin duda, en los corazones de sus hermanas, la mujer extraordinaria que si maravillaba a los de afuera por su ciencia, a las de adentro las tenía cautivadas por su natural tan blando, que, como dije antes, nadie la vió jamás quejarse ni impacientarse.

Era ella el director mental de las madres. A ella se recurría en todos los conflictos y en todos los problemas; la admiración sabia de los de afuera, dentro volvíase ingenua, humilde e inocente admiración.

¡Cuántas lágrimas, pues, en todas las celdas la madrugada aquella del 17 de abril, en que entre cuatro cirios y con un severo traje de mística golondrina, quedó rígida, tendida, en la capilla del Convento, la mujer siempre afable, siempre expresiva, movida siempre por una inteligente y afectuosa actividad; la mujer de grandes ojos luminosos, ventanas del genio, de fina nariz, de boca bella y pródiga en palabras de vida y de sapiencia, que con ágil y elegante andar recorría como una bendición los claustros; la religiosa en todas prendas superlativa; la mujer misteriosa que al nacer traía una alma ya muy vieja, venida de no sé qué mundos superiores, para la cual fué un juego aprender a leer a los tres años, embelesar a los ocho con su discreción y maravillar a los diecisiete con su ciencia!

En cuanto a los que por ceguera, pertinacia o emulación no habían querido confesar su grandeza, ahora que la excelsa monja se convertía según sus propias palabras: En cadáver, en polvo, en sombra, en nada, cómo empezaban a verla crecer, crecer más alto que los dos volcanes copados de nieve, a cuyo amparo había nacido, y llenar todo el Valle y toda la Nueva España, y todo el continente, y todo el mundo, con la gigantesca proyección de su sombra.

Amado Nervo.



BAILÓ CON UN HUMILDE ESTUDIANTE

Fué en el año de 1855. Gobernaba el Estado de Oaxaca, con acierto, don Benito Juárez, y era Director del Instituto el Lic. don Manuel Dublán.

Con motivo de la feliz terminación del curso, los estudiantes del Instituto, más entusiastas que los de estos tiempos que corren, obsequiaron al señor Dublán con un baile, que se verificó en la casa particular de éste.

En él, un estudiante obscuro y desconocido invitó para bailar a una de las hijas más jóvenes del Sr. Juárez. La niña, con la irreflexión propia de la edad, no aceptó, pretextando una indisposición. El estudiante se retiró corrido, y don Benito observó la escena.

Casi en seguida, otro caballero de los que brillaban en la festiva sociedad de esa época, invitó a la misma niña, quien se disponía a gozar de los placeres del baile; pero don Benito se acercó, y dirigiéndose al caballero, suplicó dispensara a la niña que, por estar indispuesta, no podía bailar en ese momento. El caballero se excusó y también se retiró sin comprender el por qué de aquello que era extraño en don Benito. La niña, hija del Sr. Juárez, no me-

nos asombrada, preguntó la causa de tal conducta, a lo que don Benito contestó:

"No bailaste con el estudiante pobre y desconocido, porque creíste rebajarte. Recuerda que si a fuerza de trabajo no hubiese yo conquistado la posición que hoy tengo, entonces te considerarías muy honrada con que ese mismo estudiante te dirigiera la palabra. Menos que él fuí yo: hoy no sabemos lo que podrá ser mañana el hombre más obscuro. Tu deber es satisfacerlo, porque no vales más que él".

Y el Gobernador del Estado no tuvo inconveniente en dirigirse al estudiante desairado, y con su afable cortesía que enajenaba voluntades, decirle:

"Amiguito, mi hija no pudo bailar con usted hace poco porque se sentía mal; ahora ya está repuesta, y me encarga suplique a usted le haga el honor de acompañarla".

Y bailó el estudiante con la hija del Benemérito de las Américas.

Agustín Rivera.



UNA TARIMA Y UN COBERTOR

Marzo 11 de 1862.—Muerte de don Lázaro de la Garza y Ballesteros, Arzobispo de México, en Barcelona. A solicitud de los señores Labastida y Munguía, el Papa llamó a Roma al señor Garza, quien luego se embarcó en la Habana, y en el buque compuso una poesía "A la Divina Providencia", que publicaron los periódicos, en la que se mostraba no solamente resignado sino conforme con las disposiciones de la Providencia (1). Mas como ya tenía 77 años, con los achaques consiguientes, y estaba casi ciego por las cataratas, apenas pudo llegar a Barcelona, cuyo arzobispo lo recibió en su magnífico palacio y preguntándole qué deseaba, pues estaba dispuesto a prestarle todos los auxilios y comodidades posibles, el venerable Arzobispo de México le dió esta respuesta digna de su antecesor Zumárraga: "Para morir no se necesita más que una tarima y un cobertor"; y así murió, con la pobreza evangélica con que había vivido.

Agustín Rivera.

(1) El Sr. Garza fué desterrado por don Benito Juárez en enero de 1861, en unión de los señores obispos Madrid, Munguía, Espinosa

y Barajas. En Veracruz, el populacho, acaudillado por don Joaquín Villalobos, recibió con "mueras" a estos prelados y los persiguió a pedradas. En cambio, liberales ilustres como don Juan Antonio de la Fuente, don Melchor Ocampo, Emparan, La Llave y González Ortega se separaron del Gabinete del Sr. Juárez, por no estar de acuerdo con la expulsión de los obispos ni con la de los representantes de España, Roma, Guatemala y El Ecuador, así como tampoco con la suspensión de algunos magistrados de la Suprema Corte de Justicia, pues creían que con el regreso triunfal del Gobierno a la capital de la República, habían cesado las facultades omnímodas de que se hallaba investido éste.



LOS PRIMEROS OBISPOS

La vida de aquellos primeros prelados (de la Iglesia Mexicana) era la de unos misioneros, y por sus costumbres y sobriedad en nada se diferenciaban de ellos. Toda la familia del señor Garcés (1) se reducía a dos criados y una negra, y el señor Zumárraga se privaba hasta de las cosas más necesarias y de las comodidades más comunes de la vida. Habiéndole dado los indios unas piezas de manta, hizo formar con ellas una cortina para que el sol no entrase por las ventanas de su habitación: unos religiosos de su Orden, amigos suyos, le dijeron en su habitación que ya parecía obispo y no fraile, pues había adornado su casa de aquella manera; vuelto a su palacio, hizo quitar luego aquel adorno que le había atraído esta crítica. Andaba siempre a pie, y cuando salía a visitar los pueblos de su obispado se hacía acompañar por muy pocas personas para no ser gravoso a los indios. Erigida la mitra de México en arzobispado, se le expidieron las bulas que le conferían aquella nueva dignidad, y vacilando en aceptarla quiso consultar a su amigo Fr. Domingo de Betanzos (2), que a la sazón estaba en Tepetlastoc, cerca de Texcoco; emprendió el ir a verle allí, y como su edad y sus enfermedades no le permitían

ya hacer esta jornada a pie, el tren de camino del arzobispo fué un pobre asno, con un lego de San Francisco que lo arreaba. En aquel pueblo permaneció cuatro días, en los que confirmó a 14,500 indios, según el registro del vicario del monasterio que contó las vendas de los confirmados.

Vuelto a México, se le agravó el mal de orina que padecía; dispúsose para la muerte, como si toda su vida no hubiese sido una preparación para ella... No sólo no quedaron bienes ningunos suyos, pues había invertido todos sus bienes en limosnas; en la compra de unas casas en que edificó el palacio arzobispal, que dejó a sus sucesores; en la fundación del Hospital del Amor de Dios, en que ahora está la Academia de San Carlos y en otras fundaciones piadosas, sino que dejó deudas, las que Carlos V mandó se pagasen del erario, por cédula de 7 de julio de 1549.

Se le sepultó en su iglesia catedral con asistencia del Virrey, Audiencia, todas las autoridades y un concurso numerosísimo de indios, que con sus lágrimas y gemidos interrumpían el canto de los oficios.

Lucas Alamán.

(1) El Ilmo. Sr. don Julián Garcés, nombrado en 1526 primer obispo de Tlaxcala. Hizo la apología de los indios en una famosa carta al Papa Paulo III, e influyó poderosamente en que terminaran las desavenencias entre Hernán Cortés y Alonso de Estrada. Falleció en 1543, cargado de merecimientos y virtudes.

(2) Dominico ilustre, llamado el "Apóstol Mexicano" o el "Va-

rón Santo". Nació en León, España, en 1580. Murió en el convento de San Pablo, de Valladolid, el 10 de septiembre de 1649. En los primeros años de su juventud llevó una vida eremítica; pero más tarde consagróse ardientemente a santificar a sus prójimos con la predicación y con el ejemplo, según dice su biógrafo Beristáin.



LA LEALTAD DE UN VALIENTE

Esta calle—la de Donato Guerra—enteramente nueva, es la que sigue al Occidente de las de la Providencia, y se extiende hasta el Paseo de la Reforma: corre, pues, de Oriente a Poniente; fué abierta el 16 de septiembre de 1883, apadrinando el acto el gobernador del Distrito Federal Dr. don Ramón Fernández. El terreno que ocupa era de don Romualdo Zamora y Duque, quien fué indemnizado por el Ayuntamiento con ocho mil quinientos pesos, que recibió en abonos de quinientos cada dos meses.

Bien hizo la Corporación Municipal en conservar en esta calle el nombre de un general joven, defensor de las libertades públicas y honrado sin tacha. Era Donato Guerra (1) originario de Tepic, de humildísima cuna y sin más instrucción que la primaria muy rudimental; pero en su pecho anidaban algunas virtudes y ardía instintivamente el amor a la libertad, e impulsado por él se lanzó a la revolución llamada de Tres Años (2), en la que sirvió hasta el fin.

No entraba en sus convicciones una presidencia perpetua, o al menos muy prolongada: así fué que en la última reelección hecha en favor del Sr. Juárez, tomó parte en contra de ella. Este acontecimien-

to puso en agitación los ánimos el año de 1871: el partido reeleccionista, abusando del poder que tenía en la mano, quedó triunfante, de cuyas resultas los anti-reeleccionistas acudieron a las armas, y comenzaron a estallar pronunciamientos en diversos puntos del territorio nacional; uno de ellos ocurrió el día primero de octubre de dicho año (3), a las tres de la tarde, en la Ciudadela, que acaso por carecer de suficiente madurez, o por causas que ignoramos, no tuvo eco visible y poderoso, ni en la ciudad ni fuera de ella, quedando sofocado a las doce de la noche.

El general don Sóstenes Rocha mandó en jefe las fuerzas lanzadas contra los pronunciados de la Ciudadela, y él mismo fué quien la tomó por asalto a la media noche. El general don Donato Guerra, anti-reeleccionista, estaba ya ese día comprometido con el general don Porfirio Díaz a tomar parte en el movimiento revolucionario; pero no era aquella la sazón, y además, el Gobierno había depositado en él su confianza, dándole el mando de un cuerpo de caballería, y el honor militar le vedaba hacer traición. Bajo las órdenes del general Rocha se encontró Donato Guerra en esa dolorosa jornada, al frente de su cuerpo; mas por fortuna suya, en las condiciones en que la Ciudadela se encontraba, no hubo necesidad de que la caballería entrase en el combate.

Sofocado el motín a costa de mucha sangre, los partidos se dividieron más: el general Díaz aceptó

el mando en jefe de todas las fuerzas ya en campaña y de las que después en ella se pusieran, y comenzó a organizarse la revolución que se dió a luz en la hacienda de La Noria el 9 de noviembre siguiente. Donato Guerra, complicado en la revolución y comprometido a seguirla, recibió por aquellos días orden de traer una conducta de caudales, que trajo y entregó a satisfacción del Gobierno. Una vez desprendido de todo compromiso con el Sr. Juárez, se consideró libre, salió de la ciudad y fué a pronunciarse a inmediaciones de Zacatecas. Conducta nobilísima de pocos imitada.

José M. Marroqui.

(1) Según el Sr. don Donato Guerra nació en Teocuitatlán, Sayula, Jalisco, el 22 de octubre de 1832. En octubre de 1864, figuraba ya como capitán de caballería, a las órdenes del general Corona. Hizo con este jefe la campaña contra los franceses en el Estado de Sinaloa, distinguiéndose por su valor. Estuvo después en el sitio de Querétaro y en el de la ciudad de México. Al triunfo de la República desempeñó importantes comisiones militares. En 1871 fué ascendido a general de brigada, y en 1876 a general de división. El 19 de septiembre de este último año murió asesinado en el rancho de Avalos, Chihuahua. El Estado de Jalisco le erigió una estatua en el Paseo de la Reforma, descubierta el 4 de abril de 1896, como homenaje a la lealtad y al patriotismo.

(2) Llámasele también Guerra de Reforma por los principios que defendió.

(3) Este levantamiento fué encabezado, entre otros jefes, por los generales Negrete, Chavarría y Toledo. "Juárez, dice don Guillermo Prieto en sus "Lecciones de Historia Patria", estaba en la mesa a la hora del pronunciamiento: bajó él solo al patio del Palacio y mandó llamar violentamente al general Alejandro García. En el intervalo llegaron varios generales, jefes y oficiales a ponerse a sus órdenes. Juárez,

con la más natural tranquilidad, se puso al frente de aquella situación. Dió el mando en jefe a García; dispuso que Rocha, con el Cuerpo de Zapadores, atacase la Ciudadela; confió la custodia del Gobierno y de su persona al general Alatorre, de cuya caballerosidad y valor tenía alta y justa idea, y dió el mando de la caballería a Donato Guerra, jefe que tenía simpatías y acaso compromisos con los pronunciados; pero compromisos que no quiso hacer efectivos hasta no entregar el último soldado y el último centavo al Sr. Juárez, que había depositado en él su confianza".



VENCIDOS LEALES Y VENCEDOR GENEROSO

A la madrugada del día 10 de agosto de 1860 se presentó al frente y a distancia de tiro de fusil el ejército del general Jesús González Ortega, a quien se le reunieron las fuerzas de los generales Zaragoza, Antillón, Doblado, Berriozábal y otros, haciendo un total de catorce mil hombres, con treinta y cinco piezas de artillería, que no obstante haber estado mal servidas, inmediatamente rompieron los fuegos haciendo grandes destrozos al enemigo, el que sin embargo de verse acribillado y quitádole las dos piernas una bala de cañón al general don Francisco Pacheco, y otra bala la cabeza a uno de sus ayudantes, se organizó lo más que pudo para resistir el ataque, en el que pelearon los dos ejércitos de la manera más encarnizada y tenaz; tres horas de lucha habían transcurrido haciendo el ejército conservador inauditos esfuerzos por alcanzar la victoria, que no la pudo adquirir sino su derrota, huyendo en dispersión, en la que fué muerto el general cuartel maestre Manuel Hernández, y dejando toda su artillería, que su comandante coronel no hizo jugar debidamente; muchísimo armamento, municiones, pertrechos de guerra y considerable número de prisioneros de guerra, entre ellos ochenta y tantos

jefes y oficiales. La suerte que tocaba a éstos, según el encono de partido, era fatal, y así lo comprendieron cuando fueron sacados de su prisión y presentados al general González Ortega, quien les manifestó que había una grita general en su ejército para que se les fusilara, pues entre ellos había algunos que fueron hechos prisioneros en la derrota que sufrió en Loma Alta el general Rómulo Díaz de la Vega, y que habiendo sido perdonados, habían reincidido; que el único medio que encontraba de salvarlos era el de que se juramentaran de no volver a tomar las armas contra el partido liberal; después de un profundo silencio se le dijo al primero, coronel Antonio Andrade, hijo del general de división don Manuel, que contestara, lo cual hizo con entereza; que era de los primeros reincidentes y que estaba resuelto a recibir la muerte, antes que cometer una acción ignominiosa, indigna de un militar y en descrédito del ejército a que pertenecía, que no podía obrar en contra de las convicciones nacidas de su corazón; siguió el capitán de artillería Manuel Inclán, hoy general del Ejército: se expresó de la misma manera, y así siguieron todos los demás, a excepción de un alférez, joven como de diecinueve años, que dijo estaba dispuesto a juramentarse; pasado un corto silencio, se paró bastante conmovido el general González Ortega y dijo: que el partido liberal se honraba con tener por adversarios a héroes de tanto calibre, contra quienes había combatido alcanzando la victoria; que por ser los vencidos mili-

tares pundonorosos y valientes, quedaban perdonados y libres para tomar el camino que les conviniera, para lo cual les expediría el salvoconducto correspondiente que en el mismo día firmaría, y que si alguno necesitaba recursos pecuniarios se los pidiera a su secretario, a quien facultaba para ello. No hubo uno que los pidiera, sin embargo de hallarse casi todos en las mayores necesidades. Esa magnánima acción de no mandar quitar la vida a sus prisioneros el general Jesús González Ortega, le honrará sobremanera, sin embargo de ser propia de los valientes que saben tener piedad con el vencido (1).

Domingo Ibarra. (2)

(1) Este acto de generosidad del general González Ortega y de lealtad de los prisioneros conservadores, ocurrió después de la batalla de Silao, ganada por las fuerzas constitucionalistas al general Miramón.

(2) Autor de unos interesantes "Episodios Históricos Militares". (1838-1860).



MAGNANIMIDAD SIN EJEMPLO

Nadie ignora que Morelos ofreció la libertad de ochocientos prisioneros por alcanzar la del general don Leonardo Bravo, padre de don Nicolás; pero desoyendo el virrey esta propuesta, condenó al jefe insurgente a muerte de garrote, y la sentencia fué ejecutada en la capital de la entonces Nueva España. Al punto comunicó Morelos a don Nicolás Bravo tan lamentable suceso, ordenándole fusilase a los trescientos realistas que habían caído prisioneros en la función de armas de San Agustín del Palmar (1).

No se necesitaba tener un conocimiento muy profundo del corazón humano para predecir la suerte que el gobierno colonial deparaba con su conducta a los españoles vencidos por Bravo; el virrey mismo había privado a los suyos de toda esperanza de salvación, y el hijo atribulado, para vengar la muerte de su heroico padre, sólo tenía que cumplir una orden terminante del general en jefe, la cual no podía desobedecer sin contraer grave responsabilidad.

¡Cuál no sería, pues, la sorpresa, cuánto el júbilo y qué íntima la gratitud de los trescientos prisioneros que, a punto ya de ser sacrificados, en vez de

oir la orden de fuego, escucharon de los labios del general Bravo palabras de perdón que harán perdurar la memoria de quien las pronunció!

Hecho tan extraordinario es superior a todo encomio; y apenas estimaría yo alabanza proporcionada a tamaño heroísmo, la que estuviera calcada en el magnífico elogio que Cicerón hizo de César cuando éste perdonó a Marco Marcelo. El arrebatado entusiasmo con que el orador romano celebró por extremada y elocuente manera la generosidad del vencedor de Pompeyo, a no dudar habría hallado objeto más digno en la conducta admirable del general Bravo. A él también se le puede decir: "Suelen algunos opacar las glorias militares, arrebatarlas a los caudillos, y hacer partícipes de ellas a quienes éstos tienen por conmilitones. Y en efecto, el valor de los soldados, las armadas poderosas, las ventajas de las posiciones, las provisiones abundantes mucho ayudan; la misma fortuna muchas veces se adjudica, como por derecho propio, la mayor parte de la gloria. Sin embargo, la que has alcanzado hace poco, por grande que sea, y lo es mucho, toda te pertenece. De tan alto merecimiento nada reclaman para sí el general o el centurión, nada la infantería, nada tampoco la caballería. No se presenta a compartir contigo esta gloria, ni aun la misma fortuna, árbitra soberana de los acontecimientos humanos; antes bien, declara que toda es enteramente tuya, pues jamás ha pactado alianza la temeridad con la sabiduría, ni la prudencia ha tomado consejo del acaso.

Has subyugado naciones crueles hasta la barbarie e incontables por su muchedumbre, que desparramadas por infinitas regiones, estaban provistas de todo linaje de recursos; pero al fin venciste lo que por su naturaleza y condición podía ser vencido... mas triunfar de ti mismo, sosegar la ira, moderar la victoria, levantar al enemigo caído... son acciones tales, que quien las ejecute, según yo creo, no es igual a los héroes, sino muy semejante al mismo Dios. Cierto es que tus hazañas serán celebradas no sólo en nuestro idioma, sino en las lenguas de casi todas las naciones, sin que haya siglo que pase en silencio tus alabanzas. Sin embargo, no sé por qué cuando se leen estos hechos, creemos que aun somos asordados por la vocería de los combatientes y por el estrépito de las trompetas. Mas cuando leemos o escuchamos que se ha obrado con clemencia y mansedumbre, con moderación y sabiduría, mayormente en medio de la ira que es enemiga del consejo, y en la victoria que es de suyo soberbia y arrogante, ¡con qué encendido afecto amamos aun a aquellos a quienes jamás hemos conocido!"

El grandilocuente panegírico que acabo de traducir, y que puede aplicarse al inmortal Bravo, en cuanto no se refiera a la gloria militar, oscurece cualquier elogio que yo presumiera hacer del rasgo de clemencia que ha legado a la admiración de la posteridad. Sólo haré notar que nuestro héroe tiene más merecida tan cumplida alabanza, que aquel mismo a quien fué dirigida. César perdona a los

enemigos políticos que le habían sido contrarios como hombre público; pero que hasta entonces no habían ofendido al hombre privado ni en su persona ni en su familia. Es verdad que la clemencia del Dictador alcanzó asimismo a muchos millares de prisioneros hechos en la batalla de Farsalia, y que todavía en lo más recio del combate mandaba a los suyos no matasen a los romanos; ¿pero se habría conducido con la misma lenidad si se hubiera hallado en circunstancias idénticas a las del general mexicano? ¿No es creíble que en tal caso habría vuelto Roma a los días luctuosos de Sila y Mario? Si César perdonando a sus enemigos se venció a sí mismo, más glorioso fué el vencimiento de Bravo, que desoyó la voz imperiosa de la naturaleza por seguir las inspiraciones nobilísimas de su magnánimo corazón.

Creo, por tanto, que no voy descaminado si pongo punto a estas líneas aplicando a varón tan preclaro lo que Publio Siro dijo en el siguiente verso: *Iracundiam qui vincit hostem superat maximum*—Al mayor enemigo habrá vencido—Quien de la ira el furor ha reprimido.

Rafael Ángel de la Peña.

(1) Ganada por don Nicolás Bravo, después de un reñidísimo combate, al valiente jefe realista Labaqui, muerto vitoreando a su patria y a su rey, el 20 de agosto de 1812. Bravo se dirigió en seguida a Medellín, no sin haber obtenido en Puente del Rey un nuevo triunfo. En dicha población fué donde, son palabras suyas, mandó formar la tropa con todo el aparato que en estos casos se requiere para una

ejecución; "salieron los presos, que hice colocar en el centro, en donde les manifesté que el virrey Venegas los había expuesto a perder la vida aquel mismo día, por no haber admitido la propuesta que se le hizo en favor de todos por la existencia de mi padre, a quien había mandado dar garrote en la capital; que yo, no queriendo corresponder a semejante conducta, había dispuesto no sólo el perdonarles la vida en aquel momento, sino darles una entera libertad para que marchasen adonde les conviniera; a esto respondieron llenos de gozo, que nadie se quería ir, que todos se quedaban al servicio de mi división, lo que verificaron a excepción de cinco comerciantes de Veracruz, que por las atenciones de sus intereses se les expidieron pasaportes para aquella ciudad; entre éstos se hallaba un señor Madariaga, que después, en unión de sus compañeros, me manifestó su reconocimiento con la remesa de paños suficientes para el vestuario de un batallón".



PERDÓN SUBLIME

Los primeros rayos del sol iluminaron una línea de batalla sobre la loma de Tacámbaro (1).

La guarnición belga, que dormía en su fortificación, se despertó al ruido de la artillería.

Los soldados acuden a sus puestos, los jefes combinan su plan de defensa.

Una idea brillante surge en los cerebros de aquellos hombres y en el acto se pone en planta.

La esposa (2) y el niño más pequeño del general Régules son conducidos a la fortificación. Se les coloca en el punto que debía ser inmediatamente batido. La madre con el hijo en los brazos debía ser el blanco de las balas republicanas...

¡Al asalto!, ordena el General, y en esos instantes unos labios amigos le anuncian que su esposa y su hijo se hallan en las trincheras del enemigo.

Una sombra pasó por sus ojos; su corazón dejó de latir algunos momentos.

La sombra se desvaneció; el corazón volvió a la vida. El General pensó en la patria, y con voz serena exclamó de nuevo: ¡Al asalto!—¡Al asalto!, repitieron los jefes.—Y aquellas masas de hombres; aquellas hordas indisciplinadas, se arrojan sobre las trincheras.

¿Cuál de aquellas balas traspasaría el corazón de la esposa, la infantil cabeza del niño?

¡Nada importa! El ataque continúa, las calles se llenan de cadáveres, el incendio eleva al cielo llamas siniestras y devoradoras; se oyen los gritos de desesperación de los heridos...

El furor no conoce límites. Por todas partes se verifica el asalto: las columnas mandadas por Villada y Rivera, este último a las órdenes del coronel Hernández, son las primeras en ocupar la fortificación. El recinto se llena de cadáveres y la sangre humea por doquiera.

Entretanto, el incendio se había enseñoreado en el convento. Los belgas se replegaron al interior del edificio, temiendo menos a las llamas que a la justa ira de los vencedores.

La victoria había coronado el valor de aquellos hombres. El general Régules y los jefes subalternos se ocuparon después del triunfo en salvar del incendio a los vencidos. Los que no habían muerto de éstos por las balas o por el fuego, quedaron prisioneros de guerra.

Los soldados exigían la muerte de los jefes enemigos... El General vacilaba. ¿Estaba a punto de ceder? ¿Las represalias no son una cosa permitida en la guerra?

Los gritos aumentan. Las imprecaciones suben de punto: la venganza recorre aquellas filas inflamando los corazones. Es que los vencedores acaban de ver que aparecen en medio de ellos la esposa y el hijo

de su general. Las balas habían respetado a las nobles víctimas...

¿Quién a la vista de este tierno cuadro habría podido reprimir el furor? ¿No es cierto que hay ocasiones en que la venganza aparece como un noble y santo deber?

A los gritos de muerte del soldado, la esposa del General pide el perdón para los vencidos.

Todo el mundo calla y al odio y a la venganza que un momento antes brillaban tan siniestramente en los ojos de aquellos hombres, suceden las lágrimas de admiración y el respeto a las grandes virtudes de aquellas almas republicanas.

Los belgas estaban perdonados.

Nuestros soldados, rendidos por la fatiga y el hambre, se retiran a sus cuarteles. La comisaría iba a distribuirles los cortos fondos existentes en la caja, cuando recibe orden para ministrar esos recursos a los belgas. Los vencedores se quedan un día más sin comer, para alimentar a los vencidos".

Poco será lo que tengamos que agregar al elocuente artículo del periódico de Michoacán... A la guarnición belga es preciso hacerle justicia; se defendió de una manera desesperada y no se rindió sino después de haber sido herido mortalmente el jefe de la plaza, haber muerto algunos de sus principales oficiales, entre ellos el hijo del ministro de la Guerra de Bélgica, y cuando las llamas estaban devorando la iglesia fortificada...

Pequeña, pequeñísima fué la parte que en esta

jornada tuvimos; nuestra personalidad se pierde en la inmensa gloria que corona la frente del general Régules y de sus bravos compañeros. ¡Ojalá que nuestra juventud encuentre en estas páginas escritas con sangre en nuestra historia, ejemplos que imitar! ¡Ojalá que esta nueva generación que forma hoy la esperanza de la patria, tenga un corazón, cuyos latidos se cuenten al leer la relación de nuestras glorias nacionales, y que, si desgraciadamente, alguna invasión extranjera viniese otra vez a enseñorearse de nuestro suelo, se levante como un solo hombre, sin contar al enemigo, sin medir su superioridad, a oponer su generoso corazón a los avances del invasor, recordando siempre que la fe, el valor y una voluntad inquebrantable, salvan siempre a la patria en las grandes crisis y levantan muy alto el estandarte santo de la libertad y de la independencia!

José Vicente Villada.

(1) El 11 de abril de 1865, fecha en que el general republicano don Nicolás de Régules tomó la plaza de Tacámbaro, defendida por fuerzas imperialistas al mando del mayor Tydgat. El Sr. Villada resultó herido en esa acción, y por su brillante comportamiento, obtuvo el ascenso a coronel.

(2) Doña Soledad Solórzano de Régules. Nació en Tlalpam el 28 de mayo de 1844. Murió en México el 5 de febrero de 1884. No sólo fue magnánima, como lo demuestra el hecho referido en las anteriores líneas, sino también enérgica y patriota. Prefirió siempre la muerte de ella y de los suyos, a la falta del cumplimiento del deber. Entre otros muchos casos que podríamos citar, bástenos éste: la víspera de que su esposo atacara a Tacámbaro, presentósele varias veces el jefe belga a fin de que escribiese al general Régules, aconsejándole que no llevara a cabo su proyecto, pues de lo contrario, la primera

sangre que correría sería la de ella y la de sus hijos. "Jamás haré lo que usted me pide, le contestó, pues conozco de sobra los sentimientos de mi marido; y si tuviera yo la debilidad de acceder a los deseos de usted, me juzgaría indigna de su nombre". Y en esta hermosa actitud se conservó imperturbable, hasta que en vista de sus reiteradas negativas fué llevada a las trincheras. Pidiósele nuevamente que se dirigiera al general Régules, y ni el inminente peligro de muerte en que con su hijo se hallaba, fué bastante para que accediera a lo que juzgaba antipatriótico e indigno.



UN CAMPESINO HONRADO, PATRIOTA Y GENEROSO

La batalla de Calderón (1), tan grande y terrible en la historia ¿cómo no será un manantial de sentimientos dolorosos y de pensamientos profundos, cuando sobre aquel suelo consagrado por la sangre generosa de tantos héroes, se ven todos los lugares en que la suerte del combate se decidió por recios encuentros, y la imaginación nos transporta a aquel día de heroísmo y de infortunio? Yo me auguraba ver los esfuerzos prodigiosos de la multitud que allí combatió. Miraba a los solos cuatro meses de proclamada la emancipación, un ejército con cien mil hombres y cien piezas de artillería, ir a batirse con una división bien disciplinada. Contemplaba cómo aquellos hombres desnudos y sin armas lucharon seis horas sin retroceder, ante las baterías que los segaban a centenares. Me figuraba a los nobles jefes de la Independencia dirigiendo el combate, supliendo la ciencia de los ejércitos con el instinto de la libertad, y separándose los últimos del campo de batalla, para ir a continuar la santa lucha, hasta que su sangre preciosa se vertiera en los cadalsos; y entonces ¡cuán grandes me parecían los héroes de mi patria, y cuán pequeños los que sin haber participado una chispa de su elevado patriotismo, han que-

rido obscurecer su memoria, reprochándoles los errores de la época y las dificultades naturales de aquella lucha: como si ellos no hubieran aprovechado todos los elementos que pudieron; como si no hubiesen hecho todo lo que el valor y el patriotismo pueden hacer, y como si los hombres a quienes no ha sido dado figurar dignamente en el obscuro horizonte de las discordias civiles, tuviesen derecho de tocar una sola hoja del laurel de los mártires de la independencia!...

En aquel lugar recordaba yo que allí mismo había estado Torres (2), honrado y sencillo campesino que abandonó su familia y sus comodidades por seguir el estandarte peligroso de Dolores, y que vencedor en Guadalajara (3), no derramó la sangre de los vencidos, ni hizo verter lágrimas a las familias de los que persiguiera. Torres, al mismo tiempo que Calleja entraba a degüello en Guanajuato, y que Flon inundaba de sangre a Granaditas, dió libertad a todos los prisioneros, y garantía a todos sus enemigos, en la ciudad misma en la que poco después se le paseó por vilipendio en una carreta, exigiéndole que levantara aquella mirada que debía aterrar a sus asesinos. "Yo no tengo, dijo, por qué bajar los ojos, y sin necesidad de ese instrumento los llevaré altos". Con la misma serenidad subió a la horca, en la que su cadáver permaneció expuesto, hasta que se le bajó para dividirle en trozos, que se clavaron en varios parajes de la ciudad. Este fué el gobierno español en la guerra de independencia.

Torres murió como un héroe por el ingrato país que todavía no inscribe su nombre glorioso en el lugar destinado para recordar el de los campeones de la independencia; y sus asesinos han arrastrado y llevarán hasta el fin de su vida, el enorme peso de aquel crimen nefando. La suerte de Torres me inspiró mil reflexiones melancólicas, sobre el triste fin, que, por lo común, han tenido en el mundo la virtud y el patriotismo.

Mariano Otero. (4).

(1) Ganada por el general realista Calleja, a las fuerzas acaudilladas por el Sr. Hidalgo, el 17 de enero de 1811. Varias veces estuvieron éstas a punto de obtener la victoria; pero un acontecimiento imprevisto otorgó el triunfo a los enemigos de la Independencia. "El choque era horroroso, dice el Sr. Orozco y Berra en una descripción del combate, y los independientes oponían una resistencia tenaz que los hubiera salvado, cuando una granada cayó sobre un carro de municiones y lo incendió. A la explosión retembló el campo, los materiales inflamados volaron a lo lejos sembrando la muerte; las tropas de las inmediaciones echaron a huír amedrentadas, y el resto de la línea se desconcertó. Era el instante apetecido por Calleja; la artillería avanzó haciendo un fuego terrible, hasta situarse a tiro de pistola de la gran batería; los infantes y los dragones de las alas siguieron el movimiento, desplegaron de pronto en batalla; aquéllos con la bayoneta delante, subieron la loma a la carrera, llegaron a la cumbre, desalojaron a los independientes que echaron a huír, y vinieron a completar la victoria los sablazos de los dragones; fué tan rápida la maniobra, que las piezas de las baterías quedaron sin disparar, cargadas a metralla. Allende, Abasolo, Aldama, Torres, combatieron con brío en el conflicto de Calderón, y se retiraron los últimos, después de haber sido vencidos, vuelta la cara al enemigo; retrocediendo porque la fortuna les fué adversa, mas no porque esquivaran los golpes de sus contrarios".

(2) Don José Antonio Torres, caudillo de la Independencia, valiente, honrado y generoso. Nació en San Pedro Piedra Gorda, por

los años de 1755 a 1760. Después de haber recorrido como arriero varias provincias, consagróse en su pueblo natal a las labores agrícolas; pero al estallar la revolución iniciada por Hidalgo, presentóse al Padre de la Patria con el objeto de que utilizara sus servicios en la toma de Guadalajara, población que, efectivamente, cayó en su poder el 11 de noviembre de 1810. Él y su hijo José Antonio continuaron luchando por la causa de la Independencia. En el ataque a Valladolid perdió un brazo; en marzo de 1812, fué derrotado en Paracho, y poco tiempo después, el 4 de abril del mismo año, aprehendido por López Merino. De los cuatrocientos hombres que lo acompañaban, dice este realista, los que no murieron al filo de los machetes, fueron asados. A don José Antonio se le condenó a la pena de la horca. Su cuerpo, como dice el Sr. Otero, fué primero descuartizado y después quemado; la casa que habitaba en San Pedro Piedra Gorda, destruída; en el terreno se regó sal, y en el centro se puso un padrón de ignominia. "Así acabó el "amo Torres", escribe el señor Villaseñor y Villaseñor, cuyas hazañas igualaron a las de los primeros caudillos por la rapidez con que conquistó toda la costa occidental, desde los confines de Michoacán hasta Sonora, apoderándose de la rica Nueva Galicia y otras provincias. El Gobierno español le concedía gran importancia, y lo ponía al lado de Morelos y de Rayón".

La sentencia de muerte fué ejecutada en Guadalajara, el 23 de mayo de 1812.

(3) Insigne jurisconsulto, orador y periodista. Nació en Guadalajara el año de 1817. Falleció en México, a los treinta y tres años de edad, víctima del cólera, el 31 de mayo de 1850. Fue diputado, senador, Secretario de Relaciones y director de "El Siglo XIX". Se opuso con patriótica y ardorosa elocuencia al Tratado de Paz celebrado con los Estados Unidos. Sus contemporáneos llamáronle "El legislador de la Patria". Tratadistas muy competentes, repútanlo como el iniciador del juicio de amparo.

EL VENCEDOR BRINDA CON EL VENCIDO

Se comprende cuán inútiles habían de ser necesariamente las disposiciones del Sr. Morelos para estrechar el cerco del castillo de Acapulco (1), mientras éste pudiera seguir recibiendo, como recibía, toda clase de auxilios por la parte de mar, tomándolos de la isla de la Roqueta, situada a dos leguas y defendida por una guarnición realista.

Preciso era apoderarse de la isla, y así lo propuso en junta de guerra el teniente coronel don Pedro Irragaray, encargándose del mando de la expedición don Pablo Galeana (2), ayudado por su tío don Hermenegildo y su segundo don Isidro Montes de Oca.

Designada para esta empresa la noche del miércoles 9 de junio, don Pablo, no disponiendo sino de una sola canoa, tuvo que hacer cuatro viajes a la isla para poner en ella 80 hombres, eligiendo por punto de arribada la parte de la isla de más difícil acceso, por alzarse en ella un enorme grupo de rocas en corte casi vertical. Para trepar a su cima fué preciso formar una especie de humana escalera, subiéndose unos soldados sobre los hombros de los otros; de este modo consiguieron penetrar al recinto fortificado unos siete individuos del regimiento de Guanajuato, entre ellos el mismo don Pablo. La

empresa fué tal y tan completa, que la guarnición de la isla apenas pudo intentar una débil defensa y quedó prisionera, pues aunque algunos realistas lograron tomar las canoas y huir hacia el castillo, don Hermenegildo, situado en la Calera, detuvo a todos ellos. Esta arrojada acción de don Pablo puso en poder de los insurgentes la isla de la Roqueta, tres cañones, porción de municiones y víveres, algún armamento y el pequeño bergantín llamado "El Guadalupe".

En difíciles aprietos ponía a los sitiados la toma de la Roqueta, y bien pronto hubieron de acabárseles la carne y la leña, siéndoles indispensable para reemplazar la falta de ésta, y una vez consumidos los muebles de madera, entregar al fuego las puertas interiores...

A la vez, las enfermedades comenzaron a tomar cuerpo entre los sitiadores, y al fin se declaró una peste tal, que el Sr. Morelos llegó a encontrarse sin más gente que la necesaria para un limitado servicio..... Creyendo aquello indefinido, pensó marchar a Chilpancingo, confiando la continuación del sitio al brigadier don Hermenegildo Galeana; pero habiéndosele manifestado que todo se perdería si apartaba de la empresa el prestigio de su nombre, resolvió permanecer e intentar el último esfuerzo, prendiendo fuego a la mina. Tomado este partido, se presentó al Sr. Morelos un Lorenzo Lequidano, fugado del castillo y oficial primero de la Contaduría, y le enteró de la miseria y enfermedades de los sitiados,

de sus buenas disposiciones para capitular y de la oposición que a ello hacían los jefes.

El Sr. Morelos determinó aprovechar aquellas circunstancias, y de lo que hizo te enterará mejor que nada el siguiente párrafo que copio del borrador de una carta que el caudillo ha dirigido al gobernador militar de Oaxaca.

"Estando al concluir la mina para volar el castillo, me acordé por última vez de la humanidad y caridad práctica del prójimo: sabía que en la fortaleza se encontraban más de diez inocentes y quise más bien arriesgar mi tropa que ver la desolación de inocentes y culpables. El 17 de agosto, en la noche, determiné que el señor mariscal don Hermenegildo Galeana, con una corta división, ciñera el sitio hasta el foso por el lado de los Hornos, a la derecha del castillo, y el siempre valeroso teniente coronel don Felipe González por la izquierda, venciendo éste los grandísimos obstáculos de profundos voladeros que caen al mar, rasando el pie de la muralla y dominado del fusil y granadas que le disparaban en gran número. Superóse todo, no obstante la obscuridad de la noche, y a pesar de que el señor mariscal Galeana pasó por los Hornos dominado del cañón y de todos sus fuegos, sin más murallas que su cuerpo. hasta encontrarse el uno con el otro, y sin más novedad que un capitán y un soldado heridos de bala de fusil. Esta nunca bien ponderada acción aterró tanto al enemigo, que suspendió su fuego dando indicios de parlamento que al efecto tenía ya trazado.

respondiendo con los artículos de su capitulación a la última intimación que se le hizo. En obsequio de la humanidad, se le admitió con pocas modificaciones"...

El día 20 entregó el Gobernador las llaves del castillo con 407 fusiles habilitados, cincuenta sables, treinta y cinco machetes, ciento cuarenta y seis lanzas, cincuenta cajones de pólvora labrada y en granel, tres alcones surtidos, ochenta piezas de artillería, dos morteros de a doce pulgadas su calibre, veinte mil balas de dichos cañones y un gran botín de abarrote y lencería.

Al presentarse el Sr. Morelos en el castillo, don Pedro Antonio Vélez, sereno como valiente, digno y altivo como hombre que tiene conciencia de haber cumplido con su deber, con el sombrero puesto y ceñida la espada, según para ello le autorizaba la capitulación, le hizo entrega del bastón de mando, diciéndole:

—Excmo. señor: Tengo el honor de poner en manos de V. E. este bastón con el que he gobernado esta fortaleza, sintiendo en el corazón que para su conquista haya sido preciso derramar tanta sangre.

A lo cual el Sr. Morelos contestó aludiendo a la causa insurgente:

—Por mí no se ha derramado ni una gota.

Acto continuo, la oficialidad de los vencedores y de los vencidos tomó asiento alrededor de la mesa dispuesta para la comida, y a la hora de los brindis,



D. Enrique de Olavarría y Ferrari

el Sr. Morelos lo hizo por los defensores del castillo y por España, añadiendo estas textuales palabras:

—Sí; ¡Viva España! pero España hermana y no dominadora de América.

La capitulación fué religiosamente cumplida por una y por otra parte, y el Sr. Morelos dió a los europeos una escolta hasta dejarlos en la ribera derecha del Mescala.

Al despedirse don Pedro Antonio Vélez, el General le invitó a tomar su partido, ofreciéndole grados y honores. Vélez le dió las gracias por sus ofrecimientos y protestando su amor a España, rehusó la merced que se le hacía.

El Sr. Morelos se acercó entonces a él y tocándole con suavidad la garganta, le dijo:

—Aquí, señor Vélez, darán a usted el premio los españoles.

El castellano de Acapulco respondió entonces:

—Si tal hiciesen, para ellos sería el baldón; para mí la gloria de haber cumplido con mi deber.

—Adiós, señor Vélez, exclamó emociando el General: ¡ah! si todos los españoles fuesen como usted...

—Adiós, señor Morelos, dijo Vélez a su vez; si todos los insurgentes fueran como usted...

Ambos enemigos tendiéronse a una los brazos

abiertos y se estrecharon con entusiasmo y efusión.

Después, don Pedro Vélez dió a su escolta insurgente la voz de marcha, y se alejó del castillo de Acapulco.

Enrique de Olavarría y Ferrari. (3).

(1) Después de la toma de Oaxaca, dueño ya el señor Morelos, debido a sus proezas, de una inmensa extensión de territorio, quiso apoderarse de un puerto y para ello se dirigió a Acapulco. "Ya estamos en predicamento firme, escribía a Ayala, el héroe del Veladero: Oaxaca es el pie de la conquista del reino. Acapulco es una de sus puertas, que debemos adquirir y cuidar como segunda, después de Veracruz, pues aunque la tercera es San Blas, adquiridas las dos primeras, ríase V. E. de la tercera". Impulsado por este deseo, seis meses y medio consagró a la ocupación del puerto y toma de la fortaleza. Desgraciadamente, como observa el Sr. Zárate, si su prestigio militar se acrecentó con esta nueva victoria, el largo tiempo que hubo de detenerse ante la ciudad y el castillo, fué aprovechado hábilmente por Calleja para causar serias derrotas a otros independientes, arrebatándoles gran parte de las comarcas conquistadas.

(2) Nació en Madrid el 13 de julio de 1844. Vino a México en 1865, y desde entonces dedicó por completo a nuestro país su talento, su pluma y sus infatigables energías. Fué uno de los literatos más fecundos que hemos tenido: poesías, novelas, piezas dramáticas, obras de historia, de crítica literaria y didácticas, forman los cincuenta y cuatro volúmenes que dió a la estampa, sin contar los que a su muerte dejó inéditos. Entre esas obras merecen ser citadas especialmente sus interesantísimas historias del Colegio de las Vizcaínas y de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística; su magnífica Reseña histórica del Teatro en México, única en su género, sus Episodios Históricos Mexicanos y el cuarto tomo de "México a través de los Siglos".

Fué diputado al Congreso de la Unión, senador de la República, redactor del "Diario Oficial" y profesor del Conservatorio N. de Música y de la Escuela Normal de Profesores. Murió en México en 1918, estimado de todos por los importantísimos servicios que como escritor prestó a nuestras letras, y por las cualidades que hacían de él un caballero intachable.

PREFIRIÓ RENUNCIAR A DESTERRAR

Allá por los años de 1850 y 1851 representó don José Palomar al Estado de Jalisco en el Congreso General, y en 1853 fué gobernador. Cuando desempeñaba este último cargo dió pruebas de su elevadísima inteligencia, de su noble corazón y de su firme voluntad, que jamás estuvo sujeta ni a torpes maquinaciones ni a mezquinos intereses de partido.

Desempeñando él el primer puesto del Estado, se pretendió por el gobierno del Gral. Santa Anna el destierro de dos personas muy distinguidas, de dos beneméritos de Jalisco, los Sres. D. Joaquín Angulo y D. Gregorio Ávila, y el señor Palomar, a quien habló un comisionado especial, el Sr. don Juan Sánchez Navarro, se negó terminantemente a hacerlo, diciendo:

—El destierro es una pena gravísima; yo no podría imponerla sin estar debidamente justificada. Y renunció el gobierno, y como observa un biógrafo, benemérito de la justicia y de la ley, dió un gran ejemplo que ojalá tenga en el porvenir muchos imitadores.

Francisco Sosa.

(1) Benemérito jalisciense. Nació en la hacienda de Santa María, el 9 de septiembre de 1807. Murió en Guadalajara el 16 de noviembre de 1873.

NOBLEZA DE UN INSURGENTE

Don Mariano Jiménez (1) no sólo se condujo con mucho tino y acierto en sus operaciones, sino también con mucha humanidad con los españoles, a quienes no persiguió en sus personas, ni despojó de sus bienes, dando una prueba señalada de caballerosidad con el gobernador de Coahuila, don Antonio Cordero, que habiendo sido cogido después del descalabro de Carnero (2) por sus mismos soldados, y entregado por el lego Villerías, que fué en su alcance, recelando Jiménez, por lo que conocía del carácter de éste, que el prisionero no sería tratado con la consideración que él deseaba, mandó a un oficial con un coche para conducirlo, y no sólo lo dejó en libertad sino que lo recibió y lo alojó en su casa. El ánimo, oprimido con la relación de tantos hechos atroces, descansa cuando encuentra una acción generosa, quedando el sentimiento de que ésta no fuese dignamente correspondida con igual nobleza por el enemigo, en cuyas manos cayó por las vicisitudes de las revoluciones, el que con ella se había hecho tan recomendable, dando un ejemplo tan poco común en aquel tiempo.

Lucas Alamán.

(1) Héroe de la Independencia. Fué alumno del Colegio de Minería, en el que terminó sus estudios el 8 de enero de 1802. Hallábase en Guanajuato empleado en unas minas cuando estalló la revolución de Dolores; y abandonándolo todo, como en aquella época lo hicieron muchos mexicanos desconocidos que después fueron héroes, se presentó al Sr. Hidalgo para ofrecerle sus servicios. Estuvo en varios combates, en los que demostró valor, lo mismo que en el desempeño de comisiones tan peligrosas como la que le fué confiada después del triunfo del Monte de las Cruces, para que viniese a México, con el carácter de parlamentario, a hablar con el virrey; organizó fuerzas bastante numerosas, e hizo una propaganda activa y de felices resultados en favor de su causa.

Aprehendido en Baján, fué sometido a juicio y condenado a muerte; pero su proceso resultó altamente honroso para él, en virtud de que todos los testigos declararon en los términos más satisfactorios para Jiménez. El 26 de mayo de 1811, fué ejecutado en Chihuahua este héroe, ilustre por su patriotismo y por su generosidad.



¡TODO PARA LA MADRE!

La madre de Morelos quedó viuda y muy escasa de medios de subsistencia, siendo don José María de corta edad, por lo que no pudo darle los estudios necesarios para el estado eclesiástico que él deseaba adquirir, teniendo que confiarlo a un pariente de su marido, don Felipe Morelos, que tenía una recua, en la que sirvió de "atajador"; y en todos sus viajes llevaba a su madre lo que había ganado para su subsistencia, o alguna cosilla de regalo, por muestra de cariño...

Un solar y unos jacales que habían quedado como bienes de su madre en Valadolid, junto al río Chico, los cedieron él mismo y su hermano don Nicolás, por documento firmado en Nucupétaro, a su hermana doña Antonia Morelos... Todos estos pormenores insignificantes, con respecto a cualquier otro individuo, no serán considerados tales tratándose del hombre que ha tenido el principal papel en la historia de la revolución de la Nueva España.

Lucas Alamán.

MUERE POR SALVAR A SU HIJO

Morelos, en Tehuacán, multiplica sus provisiones; recibe a los rancheros de las haciendas cercanas; expide proclamas, y hace irradiar de su Cuartel General, bizarros y humildes soldados con la misión de ir formando en torno de ellos sólidos cuerpos expedicionarios.

Habiendo sabido que el valiente jefe realista Labaqui va a pasar de Veracruz a Puebla conduciendo caudales y correspondencia, comisionó al joven Nicolás Bravo, hijo de don Leonardo, para que lo atacase arrebatándole la correspondencia. Labaqui, con trescientos hombres y algunos cañones, se fortifica en el Palmar—repentinamente sorprendido, a causa de una magnífica y atrevida marcha nocturna ejecutada por los insurgentes—en las últimas casas del pueblo, a cuyas inmediaciones aparece Bravo ocupando el dominante cerro del Calvario, desde donde bate con firmeza al español. Tras feroz resistencia y previa audaz carga a cuchillo, caen vencidos los realistas que no han muerto... Labaqui, al gritar ¡Viva el Rey! rodó tras la puerta de una casa, abierto el cráneo de un sablazo, vigorosamente asestado por un capitán insurgente.

Bravo, días después, expedicionó por Medellín,

triunfando de nuevo de la escolta de un convoy realista que arrebató con éxito; organizando la campaña, viviendo por entre las boscosidades de aquellas regiones, amenazando el camino de Veracruz a México, obteniendo siempre pingües trofeos.

Morelos, desde Tehuacán, seguía dirigiendo hacia todas partes, rápidas expediciones, en pos de víveres y triunfos, como un semidiós que estuviese arrojando águilas a todos los vientos y a través de todos los huracanes.

Fué por entonces cuando pereció, trágicamente, aquel Valerio Trujano, defensor de Huajuápam, aquel supremo y rudo adalid que supo sostener durante cien días el más feroz cerco de fuego y acero que hubieran soportado los insurgentes... irguiéndose con sus valerosos mixtecas!

Trujano, enviado por Morelos a evitar que los realistas excursionasen por Tepeaca, es atacado por fuerzas superiores en el rancho de la Virgen... defiéndese varios días al lado de su hijo, hasta que, habiéndose incendiado la casa que les servía de reducto, salen, ante la fusilería enemiga, el héroe y los suyos, regando cadáveres... Ya monta a caballo, mas notando que su hijo queda dentro del fuego, vuelve a salvarlo; pero muere en la demanda acribillado a balazos, cerca de las llamas que iluminan al que desaparece para siempre: ¡al inmortal caudillo y venerable padre! (7 de octubre de 1812).

Heriberto Frías.

"¡QUIÉN FUERA ETERNO PARA AMAR Á UD. ETERNAMENTE!"



Don Manuel Gómez Pedraza

Cuando volví de Zacatecas y me amparó "EL SIGLO", publiqué algunos versos y artículos con mi nombre.

Una mañana entró en mi casa (Corpus Christi núm. 2), un señor, a caballo; ordené a un criado tuviese al animal; quitóse el caballero su sombrero de jipijapa y me dijo: Sr. don Guillermo, aquí traigo a usted este medio de oro, de gala por sus versos... Estudie usted mucho y observe más.

Ofrecí asiento al caballero; sacó un purito delgado, lo encendió y me dijo: No hay duda, la poesía, la verdadera poesía, es luz del alma... Yo jamás he podido hacer un verso.... ni lo he intentado.... porque me conozco... entonces me habló de sus estudios sobre elocuencia, con tal entonación, con tal grandeza, que aunque recordaba algo de Cicerón, de Mirabeau y otros, me parecían como descoloridos comparados con la vida, la energía y la sublimidad que les comunicaba el gesto de aquel hombre.

Lleno de respeto y admiración le pregunté su nombre.

—Manuel Gómez Pedraza, me contestó con la mayor sencillez.

Desde ese día no dejé de frecuentar al señor Pedraza, ni de recibir constantes testimonios de su fraternal cariño y honrosa amistad....

Próbido hasta la exageración, se expidió su licencia absoluta como general de división que era, porque como decía muy sinceramente, no tenía ni los estudios, ni las aptitudes para ser un buen general.

Admirador entusiasta del mérito ajeno, ensalzaba aun a sus enemigos, encareciendo sus talentos, sus virtudes y su valor, sin dar lugar jamás a que se sospechase que le mordía la víbora rastrera de la envidia. Su trato íntimo era de una modestia y sencillez adorables. Se levantaba al amanecer, montaba a caballo y paseaba por los alrededores de la capital. Volvía a desayunarse a su casa, donde le esperaba su señora, a quien dispensaba siempre las atenciones más delicadas y respetuosas y a quien amaba tiernamente. Poco antes de morir, le dijo en un arrebato de dolor: "Ah, señora, quién fuera eterno para amar a usted eternamente."

Guillermo Prieto.

UN ESPOSA ABNEGADA


D. Mariano Abasolo

Doña Manuela Rojas de Taboada, de una familia rica y principal de Chamacuero, Guanajuato, se había casado con don Mariano Abasolo (1), un año antes de empezar la insurrección: luego que su marido fué preso, se revistió de una energía superior a su sexo, a su edad y a su delicadeza, se presentó a los que debían condenarlo, y sus reclamaciones apoyadas de sus lágrimas y de las protestas de justificar los servicios de su marido a muchos españoles, le hicieron obtener una especie de promesa de dilatar la resolución del negocio hasta que ella pudiese presentar los documentos que necesitaba. Luego que los obtuvo, con los pequeños auxilios que algunos le prestaron, emprendió su camino, parte a pie, parte en asno; se presentó al ejército de Calleja, estuvo en Querétaro, en México, y en todas partes rogó, suplicó e interesó a cuantos pudo en favor de su marido.

Después de haber sufrido mil desaires y escaseces; de haber atravesado el virreinato dos veces y recorri-

do de la manera más incómoda cerca de setecientas leguas, logró, por recomendaciones y empeños salvar la vida de Abasolo, y se resolvió a acompañarlo en su deportación a España; pero confiscados los bienes de éste por el gobierno español, y arruinados los suyos a consecuencia de la revolución, carecía de los medios necesarios para efectuarlo. Entonces, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, reunió todas sus alhajas, y pasando mil sacrificios para llegar a Veracruz, donde debía embarcarse su marido, las presentó todas al comandante de la fragata "Prueba", don Javier Ulloa, ofreciéndoselas en pago de su pasaje, y protestando que si ellas no alcanzaban no tenía más para completar su valor. Compadecido de su desgracia, el capitán rehusó generosamente la oferta, y la llevó en compañía de su marido sin querer recibir nada....

Abasolo salió del buque para la cárcel pública, y su mujer, sola y sin conocer a nadie, anduvo vagando por la ciudad ,hasta que por gran favor le permitieron se alojara con su marido en la prisión. Después fueron trasladados ambos al castillo de Santa Catalina, donde permanecieron en la miseria y el desamparo, que los americanos aliviaban algunas veces como podían, hasta que en 1819 Abasolo murió y la señora se restituyó a su patria.

José Luis Mora. (2).

---

(1) Mariscal insurgente. Nació en Dolores en 1783. Era hijo de un vascongado rico. Terminados sus primeros estudios se alistó en el

ejército realista, en el que llegó a tener el grado de capitán. Su amistad íntima con Allende, hizo que acompañara a éste en los trabajos secretos que precedieron a la proclamación de nuestra independencia; causa a la que sirvió con las armas en la mano. Hecho prisionero en Baján, fue sometido a un proceso; entonces dió, desgraciadamente, muestras de debilidad, pues sólo trató de salvarse, sin preocuparle la suerte de sus compañeros. Tuvo, en cambio, muchos rasgos de generosidad con sus enemigos. "La debilidad de carácter que manifestó, dice un biógrafo, puede atribuirse a su corta edad y a las influencias opuestas de Allende, que lo hizo entrar en la revolución, y de su esposa que lo inclinaba a abandonarla; mas si esto disculpa un tanto su conducta, nunca lo vindica".

(2) Insigne pensador, nacido en Chamacuero en octubre de 1794. En 1829 se ordenó de sacerdote, pero años más tarde se afilió en el Protestantismo. Fué abogado, doctor en Teología, profesor de Filosofía en el Colegio de San Ildefonso, individuo de la Diputación Provincial del Estado de México; juez de hecho para los delitos de imprenta, miembro de la comisión encargada de reconocer el canal del desagüe del Valle, diputado al Congreso General, ciudadano por decreto de los Estados de Zacatecas y de Veracruz, individuo de la Dirección General de Instrucción Pública, académico de la Historia, director de Ciencias Ideológicas y Humanidades, y Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Inglaterra. Publicó los famosos periódicos "El Semanario Político y Literario", "El Observador de la República Mexicana" y "El Indicador de la Federación"; dió a la estampa varias obras maestras, que por su profundidad y por su ciencia, lo colocan en primer término entre los espíritus más altos y los hombres más doctos que hemos tenido. Después de una existencia tan útil como amargada por las persecuciones y la pobreza, falleció en París el 14 de julio de 1850.



SALVA A SU ESPOSA Y DERROTA AL ENEMIGO

En Valladolid, (hoy Morelia), se hizo memorable un hecho heroico, que ha pasado de padres a hijos con todos sus detalles, y el cual deseamos que por ser verdadero, lo perpetúe la historia, y no lo lleven al libro de la leyenda sus mismas asombrosas proporciones.

Fungía de comandante militar de la ciudad el despótico y cruel don Torcuato Trujillo, de tristísima recordación, y queriendo tomar venganza de los frecuentes descalabros que los insurgentes causaban a las tropas realistas, mandó aprehender y poner en rigurosa prisión a las cónyuges de algunos de ellos, que vivían en este lugar, como sospechosas de conspiración.

Por supuesto que entre éstas se hallaba la esposa de don Manuel Villalongín (1), doña Josefa Huerta, contra quien por ser su marido el jefe más odiado. se dictaron las medidas más severas respecto de su reclusión, y aun se le llegó a condenar a muerte a raíz de uno de los brillantes triunfos alcanzados por el brillante guerrillero sobre las fuerzas del gobierno colonial. Era el segundo día de capilla de la infeliz esposa, cuando, a los albores de la mañana, tras un ligero tiroteo habido en la garita del Zapote, al Oriente de la ciudad, se escuchó el tropel de caballos

que, a galope tendido y persiguiendo al retén que había en dicha garita, penetraban por la calle Real de la ciudad hasta la Plaza de Armas. A este retén se unieron algunos soldados de los de la guardia de la Casa de Recogidas, que estaba entonces en un sólido edificio de dos pisos, que existió contiguo a la Capilla de las Ánimas, y en el cual se encontraba presa la esposa de Villalongín.

Motivaba aquel alboroto el hecho de que el denodado insurgente, sabiendo el peligro que a su cara consorte amenazaba, con treinta hombres de los más valientes de su guerrilla, había sorprendido a la fuerza que guarnecía a la garita, y dejando en ese punto a la mitad de su gente, y haciendo que la otra mitad penetrase con estrépito hasta el centro de la ciudad, él y su asistente se detuvieron en la puerta de la Casa de Reclusión, y acometiendo a los soldados que aun quedaban allí les hizo rendir las armas. Ella, al escuchar el tumulto, sale de la capilla y encuéntrase con los brazos de su esposo, que la estrechan y suben a la silla; descendiendo luego Villalongín las escaleras con aquella preciosa carga que había arrancado a la parca inexorable.

Paso a paso, radiante de satisfacción, recorrió Villalongín la calzada que conduce a la garita, seguido de su fiel asistente y de la escolta, que después de llegar a la plaza y sembrar el pánico en la población, regresaba también al punto de partida. Allí, confiando a su asistente el cuidado de la prófuga, tendió su gente sobre las lomas del Zapote, esperando, como

era natural, la salida de la fuerza realista a perseguirlo.

Así fué: cuando la sorpresa calmó, Trujano hizo salir violentamente un escuadrón a batir al osado enemigo; pero éste, que se hallaba preparado y tenía un jefe temerario en la extensión de la palabra, tan luego como los realistas hicieron la primera y única descarga, se les echaron encima con tal brío que los obligaron a voltear grupas y regresar a la ciudad, seguidos largo rato por los jinetes de Villalongín, quien les había ordenado que no usasen los machetes si no era para azotar las ancas de los caballos del enemigo, pues como todo valiente era generoso y humanitario.

De esta manera concluyó aquella hazaña heroica, que hizo popular en toda la provincia de Michoacán al denodado guerrillero.

Episodios Históricos de la Guerra de Independencia. (2)

(1) Guerrillero insurgente nacido en Valladolid por los años de 1775 a 1780. Incorporóse a las filas del señor Hidalgo, después de la derrota de Aculco, y en el hoy Estado de Michoacán, al frente de intrépidos jinetes, derrotó varias veces a las tropas realistas. Por sus constantes triunfos, llegó a obtener el grado de mariscal de campo. A las dos de la mañana del día 2 de noviembre de 1814, a pie y desarmado, fué sorprendido en Puruándiro por las fuerzas del teniente coronel Castañón, en los momentos en que salía de una pieza perteneciente al cuartel en que se hallaba. En la puerta de este edificio, murió arcabuceado.

(2) Obra publicada en 1910 por el Sr. Lic. D. Victoriano Agüeros.

AMOR Y HONRADEZ

Las relaciones entre el señor Juárez y la que después fue su esposa no tuvieron nada de particular, aunque existen anécdotas en contrario, que son inexactas. Intervino algo en ellas la antigua sirvienta ya considerada como de la familia, Josefa Juárez, y después de consultado el parecer del confesor de Margarita (1), Fr. Juan López, franciscano, y del señor Juan José Serrano, amigo de la familia, el matrimonio se verificó el día 31 de julio de 1843, teniendo entonces Margarita 17 años.

En su nuevo estado la esposa no hizo sino desplegar más las virtudes privadas que desde niña la adornaban; identificó de tal manera su existencia toda con la del señor Juárez, que desde el momento en que se casó fué la constante compañera, la tierna amiga, la mujer fuerte y la acertada consejera de su marido. En las vicisitudes de que estuvo llena la vida del grande hombre, ella siempre sufrió sonriendo su parte no pequeña de calvario, y más adelante veremos qué clase de pruebas le deparaba para más tarde la adversa fortuna.... Un rasgo referido a nosotros por un miembro de la familia, da idea perfecta de lo que valían los dos esposos y de la riqueza de sus virtudes privadas: llegó un día el hermano

mayor de Margarita, José, a la casa de Juárez, un poco después de la hora en que acostumbraban comer; le indicaron los esposos que comiera, aunque ellos ya habían concluído, y José, que tenía apetito, les dijo:

—No se molesten por mí, porque ya saben que en comiendo coles fritas quedo conforme.

Juárez y su esposa se miraron mortificados; ese día en efecto, no se había podido poner vitualla, ni por consiguiente coles en el puchero, y no lo habían podido hacer por pobreza.

¡Juárez era entonces Gobernador de Oaxaca!.....

Poco debía durar a Margarita la satisfacción de verse con su esposo y gozando de los honores a que era acreedora por sus personales cualidades, pues el día dos de enero de 1871, cuando aun no cumplía cuarenta y cinco años, bajó al sepulcro en medio de las lágrimas y del profundo dolor de toda su familia; ya próxima su muerte, algunos días antes de que exhalara el último suspiro, se quedó un día mirando a su esposo con íntima ternura y profunda tristeza, y con voz apagada, exclamó:

—Pobre viejo, no me sobrevivirás mucho tiempo.

El señor Juárez estaba hondamente conmovido, y al ver a su esposa tan triste y tan enferma, volvió la cabeza para secarse las lágrimas que ya no le fué posible contener.....

Fué profética la exclamación de Margarita ya moribunda, y Juárez tuvo también el presentimiento de su próxima muerte. Diecinueve días antes de ba-

jar al sepulcro, el 29 de junio de 1872, estaban reunidos todos sus hijos con motivo de ser el santo de don Pedro Santacilia. Entre los invitados se encontraba el viejo y popular bardo Guillermo Prieto, antiguo ministro y amigo del grande hombre y el compañero de su peregrinación por los Estados de Occidente, como lo fueron entonces Ocampo y don Manuel Ruiz. Cuando mayor animación reinaba en la mesa, Juárez tomó la palabra e inmediatamente reinó un silencio profundo, se dirigió desde luego a Prieto y le dijo:

—Guillermo: poco tiempo me queda de vida; toma tu copa y prométeme que cada año en este día, cuando todos los seres más queridos de mi corazón estén reunidos, vendrás como hoy a recordarles quiénes fueron sus padres, a hablarles de Margarita y de mí y del inmenso cariño que les hemos tenido, a excitarlos a que no nos olviden, a que tengan siempre presentes los consejos de la santa mujer que ya no existe; hoy te lo pido porque es seguramente el último año que vivo, y si accedes a mi ruego quedo tranquilo, porque sé que cumplirás mi promesa."

El sentido poeta lo prometió, y en efecto, hasta este año (1890), ha cumplido fielmente el encargo recibido.

Liberales Ilustres Mexicanos. (2).

(1) Doña Margarita Maza de Juárez, nacida en Oaxaca el 29 de marzo de 1826. Fué un modelo de exquisitas virtudes.

(2) Obra publicada en 1890 por don Daniel Cabrera. Véase en las páginas 68 a 74, la biografía escrita por don E. M. de los Ríos.

ESTOS SON MIS HIJOS, EXCLAMÓ EL PRISIONERO

Me cegó el amor propio hábilmente espoleado por el general Escobedo—opina el Embajador ofreciéndome un cigarrillo mexicano,—me cegó lo mucho que de juventud me quedaba, y todo rojo de que alguien pudiese sospechar que carecía yo de valor civil, del grandísimo valor civil que se ha menester para afrontar una situación tan comprometida, acepté el nombramiento de Fiscal, aunque mediante ciertas condiciones. Seré el Fiscal, mi General, seré el Fiscal; pero prométame usted que por motivo ninguno seré yo quien conduzca al patíbulo,—sí, sí, al patíbulo, no nos forjemos ilusiones! Usted y yo, todos sabemos que los crímenes contra las patrias ajenas se pagan con la vida,—que no seré yo quien conduzca a los que resulten sentenciados por la justicia nacional. Para ese último acto, que alguien me substituya, pretextaré enfermedad!...


Dn. Manuel Azpíroz

Escobedo aceptó y no fué necesario pretextar enfermedad imaginaria, de veras me enfermé de fie-

bre cerebral, por los insomnios y la continuada tensión de espíritu... Llegué a delirar por las noches, en la soledad de mi cuarto.... no probaba bocado, y, aunque ni lo parezco ni soy impresionable, me imprisioné fuera de medida con el desenlace de ese gran drama en que por poco no zozobra la República.....”

A poco, vibrante Azpíroz (1) con la evocación de aquellas jornadas de epopeya, exclama:

—¿Sabe usted quién fue el culpable de que yo enfermara?....

—¿......?

—Miguel Miramón (2).

—¡..... !

—Sí, Miguel Miramón,—repite con mayores energías.—Desde un principio simpatizamos ambos; nos presentó el general Vélez que lo quería como a un hermano y que, parece, le habló primores de mí; y Miramón, dentro de la hidalguía que irradiaban sus actos y palabras, me conquistó totalmente a las primeras que cruzamos. ¡Si viera usted con qué claridad y con qué noble franqueza respondía a mis interrogatorios!... A pedido suyo convinimos en que él diríame al detalle todo lo que supiese acerca de los puntos preguntados, y que yo, luego, les daría forma a sus respuestas. Así lo hicimos, aunque con la precaución de mi parte, de leerle en alta voz lo que yo iba dictando. El día de la “confesión con cargos” —diligencia odiosísima si las hay—nos fatigamos

mucho. Lo advirtió Miramón, y jovialmente propúsome:

—Si no tiene usted inconveniente, señor licenciado, descansaremos un poco los dos, que a cual más estamos de fatigados, y mientras descansamos hablaremos de asuntos menos ingratos y tomaremos juntos una copa de vino generoso con el que me han obsequiado. ¿Acepta usted?.


Gral. D. Miguel Miramón

Acepté de buen grado, pues mi fatiga era tanta a causa de los delicados quehaceres del proceso y de mi escasez de alimentación y de sueño, que en ocasiones la cabeza se me partía, y la pluma materialmente se me caía de las manos; por otra parte, la "confesión con cargos" afligíame aun desde antes de proceder a ella; y por último, Miramón habíaseme hecho de tal modo simpático, pedía las cosas con maneras tan especiales suyas—maneras de valiente que procura no revelarlo—que bebí con él una copa de no sé que vino dulce. Al levantarse Miramón y colocar la botella en su sitio, extrajo de su baúl una fotografía que puso ante mis ojos:

—Mire usted, señor licenciado, estos son mis hijos......

Y al decírmelo, parecía que con su mano libre acariciara en el aire los rizos de las idolatradas cabelleras infantiles.....

Ni Azpíroz puede continuar hablando, ni yo escucharlo; a él y a mí nos ahoga honda emoción que no intentamos disimular.

Federico Gamboa.

(1) Don Manuel Azpíroz, abogado y diplomático, nacido en Puebla el 9 de julio de 1836; muerto en Wáshington en abril de 1904. En la época de la Intervención Francesa, abandonó las aulas para defender con las armas en la mano la independencia nacional. Confiáronsele entonces varias comisiones delicadas, y llegó a obtener el grado de teniente coronel. En el sitio de Querétaro fué ayudante del general Escobedo, quien lo nombró fiscal de la causa instruida a Maximiliano. Miramón y Méjía. Al triunfo de la República desempeñó la Subsecretaría de Relaciones Exteriores; más tarde, fué Secretario de Gobierno en el Estado de Puebla, profesor, Senador de la República, Cónsul en San Francisco, California, administrador de un hospital, abogado de nuestro Gobierno ante la Comisión Mixta de Reclamaciones entre México y los Estados Unidos, Subsecretario de Relaciones, nuevamente, y Embajador en Wáshington, puestos todos en los que dió muestras siempre de un patriotismo acrisolado y de una honradez intachable. Escribió un magnífico "Código de Extranjería de los Estados Unidos Mexicanos". Sus restos descansan, merecidamente, en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

(2) Presidente de la República y valiente caudillo conservador, cuya pericia militar y hazañas legendarias son de todos conocidas. Nació en México el 29 de septiembre de 1832. Estudió en el Colegio Militar. Fué uno de los niños héroes que en 1847 defendieron en Chapultepec a la Patria, agredida por los americanos. Se alistó más tarde en las filas conservadoras, a las que proporcionó constantes y brillantísimos triunfos, entre los cuales hay que contar las victorias que obtuvo en la Estancia de las Vacas y en Ahualulco, en la época de la Reforma. Derrotado por González Ortega, primero en Silao y después en Calpulalpam (1860), tuvo que emigrar del país. Vuelto a él en 1863, ofreció su espada a Maximiliano; pero este príncipe no lo empleó en el ejército, sino que lo envió con una comisión a Berlín. Tornó a México en 1866. Entonces fué uno de los más aguerridos defensores del Archiduque de Austria, como lo demuestra su heroica conducta en el sitio de Querétaro, especialmente en la famosa acción del Cima-

tario, en la que tanto los liberales como los imperialistas se batieron con singular valentía. Caída la plaza en poder de los republicanos, el 15 de mayo de 1867, estuvo a punto de ser muerto por un grupo de éstos; pero se defendió bizarramente, recibiendo sólo una herida en la cara. Dirigióse entonces a la casa del Dr. Licea con el objeto de que éste lo curase, y hallábase en ella cuando, a las cuatro de la tarde de dicho día memorable, fué hecho prisionero. Sometido a proceso, el Consejo de Guerra que lo juzgó condenólo a muerte. El 19 de junio de 1867 murió en el patíbulo con una serenidad extraordinaria: en el lugar de honor, en medio de su Soberano y de su impertérrito y leal compañero de armas y de infortunio, el general don Tomás Mejía.



AMOR AL ESTUDIO Y A LA FAMILIA

Tanto en su niñez como en su juventud, D. Santos Degollado se dedicó siempre a lo útil y provechoso, desdeñando todo lo frívolo y pueril; así es que compartía el tiempo entre los estudios, a que tenía una grande afición, y el trabajo material... Ni cuando joven ni cuando niño tuvo la más mínima desavenencia con nadie, pues, dotado de un carácter absolutamente pacífico y amante de considerar a todo el mundo, nunca tuvo motivos de disgusto..... Colocado en la Haceduría de la Catedral (de Morelia) pudo sistemar con más regularidad sus quehaceres, distribuyendo el tiempo en su ocupación favorita: el estudio. Perfeccionó el aprendizaje de la lengua patria, se dedicó al de la latina, al estudio de las Matemáticas, de la Geografía, de la Física y al de la Jurisprudencia.... Teniendo gusto decidido por las bellas artes, emprendió también el aprendizaje del Dibujo y el de laMúsica. Llegó a aprender ambas cosas con bastante perfección, especialmente la Música. Un canónigo de la Catedral, apellidado Mesa, le enseñó gratuitamente el canto y la nota... Excusado es decir que él no tenía los recursos bastantes para proporcionarse todos los libros y maestros; pero como por su aplicación se había hecho estimar y cono-

cer, muchas personas le facilitaban sus libros y le comunicaban sus conocimientos, pues jamás desdeñó aprender algo cuando se le presentaba la ocasión. De este modo estudió la esgrima, el manejo del sable y la táctica de infantería y se instruyó en la economía de los cuerpos... Fué su máxima constante: nunca es tarde para aprender. En los ratos de ocio, para descansar de las fatigas intelectuales, se dedicaba a los ejercicios de fuerza, como los juegos de campo, la natación, la equitación y los trabajos mecánicos. Así es que entre varias cosas curiosas que hacía, aprendió el arte de carpintería y en su propia casa lo ejercitaba frecuentemente; adquirió una colección de instrumentos, y por sí mismo construyó objetos curiosos del arte, ya para su uso, ya para obsequiar a sus amigos. Consagrado siempre a la ocupación, no se le miraba en bailes ni paseos, ni concurrencias. Con toda verdad, no sólo huyo de toda clase de excesos, sino que ni aun se permitió aquella clase de juegos y placeres que son admitidos en la sociedad.

Profesó una veneración y un afecto tan grandes a la señora su madre, que vivió hasta el año de 1846, que decía: si mi madre me manda que me ahorque, la obedezco. La educación de sus hijos fué una de sus primeras atenciones: les inculcó los más severos principios de una sana moral, los obligaba al estudio, y él mismo se hizo su maestro y director.... La constante dedicación al trabajo no dejó de quebrantar algunas veces su salud de roble. Contrajo una en-

fermedad de ojos, que le duró mucho tiempo, y a tal grado, que él creyó iba a quedar ciego. Así, pues, pensó prepararse para este nuevo revés de la fortuna, apelando a la música, y con una resignación estoica se dedicó a aprender a tocar la flauta, juzgando que con este ejercicio podría adquirir para la subsistencia, como lo hacen algunos ciegos....

A su propio estudio y dirección debió su educación social y política; así es que, en todos sus actos no siguió otra norma que las inspiraciones de su conciencia, contra la cual no hubo poder que le hiciera obrar. Seguramente a esto se debió el que algunos le llamasen terco, y el que otros notasen en él una constancia y decisión para las empresas que abrazaba, que conservó hasta sus últimos días. Por carácter aborreció todo lo que llevaba el sello de la arbitrariedad y la violencia; de modo que detestaba la tiranía, cualquiera que fuese su forma, y amaba los principios de libertad, como absolutamente conformes con la dignidad del hombre y sus naturales aspiraciones.

Documentos inéditos o muy raros para la Historia de México. (1).

(1) Véase en el tomo XI de esta interesantísima colección publicada por el erudito escritor don Jenaro García, una biografía, anónima, de don Santos Degollado.

ARDIDES PARA ESTUDIAR

No había cumplido tres años Juana Inés (de la Cruz), cuando acompañando a la escuela, por afecto y travesura a su hermana mayor, y viendo que le daban lección, sintió vivamente el deseo de leer y engañando a la maestra le dijo que su madre ordenaba le enseñase. Comenzaron las lecciones, como de chanza; pero el caso fué que en tan breve tiempo aprendió, que ya sabía leer cuando la madre tuvo noticia de lo que pasaba.

Una circunstancia curiosa dió a conocer, desde esa época, lo que nuestra poetisa apreciaba las dotes intelectuales, y fué que se abstenía de comer queso, porque oyó decir que hacía rudo el entendimiento. No es, pues, extraño que con tales inclinaciones, a los seis o siete años supiese escribir y todas las labores propias de su sexo, dando a los ocho años la primera muestra de sutil ingenio, pues compuso una loa en honor del Santísimo Sacramento, animada por la oferta que se le hizo de un libro, para ella la más preciosa alhaja.

Y como oyese contar entonces que había en México Universidad y escuelas donde se estudiaban las ciencias, rogó a su madre, con repetidas instancias, que

la vistiesen de hombre y la mandase a estudiar allá, proposición candorosa que no pudo ser admitida; pero ella se desquitó leyendo diversos libros que tenía su abuelo, sin que bastasen castigos ni reprensiones a estorbárselo.

A eso de los ocho o nueve años la enviaron sus padres a México, donde todos se admiraban de los conocimientos de aquella tierna niña, notables en la edad que tenía, y sin embargo, escasos para sus deseos: así es que se dedicó con empeño al estudio del latín, recibiendo sólo cosa de veinte lecciones de un bachiller Olivas; pero por sí misma se perfeccionó tanto, que llegó a leer y escribir correctamente aquel idioma.

Es preciso oir de la misma poetisa las siguientes palabras: "Desde que me rayó la primera luz de la razón, fué tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ni ajenas reprensiones, que he tenido muchas, ni propias reflejas, que he hecho no pocas, han bastado a que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí... Y creo tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro o cinco dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, e imponiéndome la ley de que si cuando volviese a crecer hasta allí no sabía tal o cual cosa que me había propuesto aprender, en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar en pena de la rudeza. Sucedía así, que él crecía y yo no sabía lo pro-

puesto, porque el pelo crecía aprisa y yo aprendía despacio, y con efecto, lo cortaba como pena de la rudeza; que no me parecía razón estuviese adornada de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno".

Francisco Pimentel.



UN PENSIONISTA ESTUDIOSO

Indio de raza pura, logró D. Ignacio M. Altamirano elevarse desde su humilde origen hasta las posiciones políticas más culminantes; miembro de una clase social secularmente mantenida en el olvido y en la ignorancia, pudo, por el esfuerzo de su inteligencia, alcanzar un puesto glorioso en las crónicas de nuestras academias, en los anales de nuestra oratoria, en los fastos de nuestra lírica, y en las páginas que recuerdan con reverente admiración a los que han resucitado a nuestros viejos tiempos con el poder evocador de su ciencia, o dado vida, con el de sus dotes imaginativas y pictóricas, a la espléndida Naturaleza que nos rodea, y a las grandezas o debilidades étnicas que nos caracterizan. Altamirano figura dignamente en ese puesto, y su mérito es tanto más grande cuanto que ni por su raza vilipendiada, ni por su niñez misérrima, parecía llamado a tenerlo. Quiso, sin embargo, su buena suerte, que el Gobernador del Estado de México (1) expidiese una ley que creaba plazas de gracia en el Instituto Científico y Literario de Toluca, y Altamirano, que ya había dado muestras muy claras de su raro talento y de su ardiente amor al estudio, fué escogido entre sus pequeños y humildes coetáneos, para disfrutar de esa merced.

Era entonces profesor del Instituto un hombre indígena también, rodeado de gloria por su talento y de odio por sus ideas, desde que había negado, entre el asombro de los sabios y el anatema de los creyentes, la existencia de Dios. Este hombre era Ignacio Ramírez. Altamirano sentábase en el umbral de la clase para escuchar las lecciones que el docto catedrático daba, y de la atónita admiración del niño indígena surgió en el alma del maestro un sentimiento de viva simpatía para el humilde y medroso pensionado, que venido de los riscos de sus montañas y de las amargas soledades de la pobreza, sentíase sobrecogido de temor ante un sabio a quien la Fama había ya circundado con sus luces. A la vera de él hizo Altamirano sus estudios, y años más tarde, maestro y discípulo vistieron juntos la toga de la magistratura, lucharon unidos en las batallas del pensamiento, compartieron los lauros de las victorias del pueblo, y pasaron, por último, al juicio de la posteridad, como ejemplares gloriosos de las aptitudes y energías de una raza vencida.

Antonio de la Peña y Reyes.

(1) D. Francisco M. de Olaguíbel.



UN INDÍGENA INOLVIDABLE

Al lado de Juárez, de Ramirez, de Altamirano; al lado de los hombres eminentes salidos de la raza indígena, coloca la justicia histórica la radiante figura de don Felipe Sánchez Solís.

¿Quién es este ilustre mexicano, cuyo nombre no se repite tanto como él se merece, y a quien tributan frases de alabanza, admiración y gratitud cuantos conocen su vida, sus principios filosóficos y sus servicios a la patria?

Como Juárez, nació en una pobre aldea del Estado de Oaxaca don Felipe Sánchez Solís vió la primera luz en el pueblo de Tultepec, del Estado de México, en la humilde casita de sus padres, ambos de raza indígena.

"Tenía por blasón de su nobleza, dice un escritor, y lo mostraba con orgullo, un cuadro en el que estaba representada una modestísima casa, bajo cuyo techo y en mísero traje de indígena, daba el adiós de despedida a sus padres para ir a comenzar sus estudios, que fueron tan brillantes, en uno de los colegios de la capital".

Recibido de abogado, volvió al Estado de México; fué ardiente partidario de la causa liberal; prestó grandes servicios a la República; desoyó los halagos

del Imperio y se mostró siempre identificado con el espíritu y los ideales de la Nación.

Parte de su gloria la adquirió siendo director del Instituto Literario de Toluca. Lo que hizo él por ese plantel fué tanto y de tal importancia, que su nombre en el Estado de México ha llegado a alcanzar una "veneración casi religiosa".

El periódico oficial de aquel Estado, hablando una vez de don Felipe Sánchez Solís, que tanto se distinguió por su empeño en redimir, enaltecer e ilustrar a su raza, dijo con justicia:

"El Instituto Científico y Literario de Toluca le debe servicios inolvidables. Puede decirse que él fué su salvador en épocas amargas y difíciles.

"Cuando más angustiosas eran las circunstancias del erario público, él en persona recorría las casas de sus amigos, colectando dinero para que no careciesen los alumnos de alimentos y de honorarios los profesores.

"Vivía de tal manera entregado a la instrucción, que apenas se le veía en la calle. Pasaba todo el tiempo en el Instituto, consagrando sus desvelos y sus afanes al progreso intelectual y material de aquel establecimiento. Era un apóstol de la enseñanza, un alma buena que pensaba sólo en aprender y en enseñar.

El alentaba a los jóvenes estudiantes; era el maestro de los literatos y poetas que empezaban su carrera; hospedaba, vestía y alimentaba en su casa a los niños más pobres, comprándoles los libros de es-

tudio y dándoles, por las noches, clases particulares...

En Grecia, don Felipe Sánchez Solís hubiera tenido un lugar al lado de Sócrates; en Roma, hubiera figurado entre los más eminentes patricios de la República; en México, tiene un altar en la memoria y en el corazón de todos los mexicanos, y es, además, un modelo para las nuevas generaciones de ciudadanos.

Rodolfo Menéndez.



UN ARTESANO ILUSTRE

A la iniciativa privada se debió, en 1846, un grupo nuevo de instituciones sellado por el más noble desinterés: había entonces en México un proletario virtuoso, Vidal Alcocer (1), viejo combatiente de la Independencia, humilde empleado, obscuro artesano que, por vivir en medio del pueblo, comprendió sus miserias y su decaimiento, sintió que el germen de todos los delitos es el abandono; vió que había una multitud de abandonados, los mestizos ínfimos; que entre ellos los niños no tenían pan; que rodando de la cuna a las encrucijadas, en medio de rostros desconocidos y de puños cerrados, sólo podían vivir tendiendo la mano, para obtener el alimento que se da a parásitos, o encanallando sus incipientes espíritus.

Y él, que apenas tenía subsistencia, se propuso darla a los vagabundos incapaces de entrar a las pocas escuelas existentes, donde no se ofrecía saciar su hambre; y él, que tampoco tenía instrucción, se propuso llevarla a manos llenas a los nuevos ilotas.

Realizó el milagro: como los ricos filántropos, no legó sin trabajo millones para fundar palacios con soberbias escuelas; "lloró sobre la miseria y la fecundó con sus lágrimas"; fué al barrio más desola-

do, al de la Palma, donde es fama que han vivido los peores criminales; llamó a desheredados como él, y el 6 de octubre de 1846 fundó la Sociedad de Beneficencia para el amparo y educación de la niñez desvalida, que, sin recursos, se resolvió a crearlos a fuerza de súplicas y abnegación, sin retroceder ante las puertas cerradas y los corazones endurecidos, aunque las manos se llagaran de golpear en ellos.

Así los creó, y abrió entonces pequeñas escuelas en que se repartía a los niños, cubiertos de andrajos, el viejo y humilde alimento indígena, hecho de maíz y agua, el atole, después de lo cual, los labios descoloridos sonreían, los ojos extintos brillaban, y brillaban las desnudas paredes con la suave claridad de la ciencia, que invadía como una aurora, los desnudos cerebros.

El heroico Alcocer abandonó un momento sus afanes para combatir como sargento contra los invasores de 1847; pero volvió luego a absorberse en sus nobles aspiraciones, de modo que, en tanto que en 1851 el Ayuntamiento de México y la Sociedad Lancasteriana (2) apenas sostenían cada uno cuatro escuelas en la capital del país, en 1852 la Sociedad de Beneficencia tenía veinte en catorce barrios y llegaban a cuatro mil sus alumnos; no satisfecho, sin embargo, el incansable Alcocer lanzó elocuente grito de fe, de esperanza y de caridad, al Gobierno, y consiguió que éste viniera en su ayuda, con pequeños recursos, y autorizara una rifa para allegar mayores elementos.

Ezequiel A. Chávez. (3).

(1) Nació este insigne protector de la enseñanza y venerable patriota, el 28 de abril de 1801. Hizo sus estudios en los colegios de Betlemitas y de San Juan de Letrán. Fué encuadernador, armero, músico y apuntador de coches. Llegó a sostener 33 escuelas en las que se impartía la instrucción a 7,000 niñas y niños de las clases pobres; cuatro talleres, dos orfanatorios y una academia de Música. Murió el 27 de noviembre de 1860, legando un ejemplo que imitar y un nombre que bendecir.

(2) Benemérita corporación fundada en 1822, en la casa número 10 de la calle del Coliseo Viejo. La primera escuela que estableció, en 1823, según el sistema de José Lancáster, estuvo en la Sala del Secreto de la extinguida Inquisición. Alcanzó una larga existencia, toda ella consagrada a la educación del pueblo.

(3) Abogado, escritor, filósofo y pedagogo distinguidísimo. Ha sido Subsecretario de Instrucción Pública. Su vida entera la ha consagrado al estudio y a la enseñanza. Es uno de los autores y de los maestros más competentes que tenemos. Nació en Aguascalientes en 1868.



SE ARRODILLÓ PARA SALVAR A SU COLEGIO

Por el año de 1843 existía en México, caro lector, un individuo que por sus negocios gozaba de gran ascendiente con el Gobierno, permitiéndole tan propicia circunstancia aumentar sus rentas y atender a la conservación de sus casas, que formaban la mitad de una manzana. El Gobierno de aquella época no era rico ¡qué había de serlo!; pero eso sí, fiel a sus compromisos, determinó adjudicar al potentado aquel, en pago de no sé qué deuda, parte del edificio del Colegio de San Gregorio (1). Súpolo a tiempo el Sr. Rodríguez Puebla (2), y con la decisión y actividad que le eran tan geniales, se dirigió a Palacio, se presentó al Sr. Trigueros, que era el Ministro de Hacienda, y expuso su demanda; contestó el Ministro y replicó el Sr. Rodríguez Puebla: aquél expuso la necesidad de cubrir los compromisos del Gobierno, y éste defendió los intereses sagrados del Colegio, debiendo advertir que en aquellos momentos se entendieron dos hombres de gran corazón. Por fin, el señor Rodríguez Puebla, para acabar de convencer al Ministro sobre la inconveniencia del acto que se intentaba llevar a cabo, y a efecto de obligarlo o ponerse de su parte en la noble causa que defendía, aquel

hombre altivo se arrojó a los pies del Ministro, diciéndole éstas o parecidas frases:

—De rodillas pido a usted la revocación de un acuerdo que perjudica los intereses del Colegio de San Gregorio.

—Levántese usted, dijo el Ministro, y estrechándole después entre sus brazos, añadió:

—Regrese usted sin cuidado alguno a su querido colegio.

Pocos días después de esta escena tan digna y conmovedora, se publicó el decreto correspondiente.

Antonio García Cubas. (3)

(1) Fundado por los jesuítas. Hallábase en la calle del Montepío Viejo, acera que mira al Sur.

(2) Don Juan Rodríguez Puebla, nacido en México el 24 de noviembre de 1798. Era hijo de un aguador, y en su juventud fué tan pobre que, siendo alumno del Colegio de San Ildefonso, estudiaba en libros prestados y tenía que lavar su ropa. Después, merced a su talento y a la instrucción que a fuerza de constancia y de energía llegó a adquirir, ocupó puestos tan elevados como los de senador, diputado, magistrado y rector del Colegio de San Gregorio. Excelente patriota e hijo amantísimo, la muerte de la señora su madre y la entrada de los americanos en México, por él combatida al frente de sus discípulos, amargaron de tal manera su existencia que, a causa en gran parte de estos hondos pesares, falleció en la capital de la República el 31 de octubre de 1848.

(3) Ingeniero y geógrafo. Nació en México el 24 de julio de 1832 Fué el iniciador de los estudios geográficos en México. Publicó numerosas obras didácticas, atlas y cartas murales. Dió a la estampa, también, un Diccionario Histórico, Biográfico y Geográfico de la República, muy útil, y un interesantísimo "Libro de mis Recuerdos". Desempeñó con patriotismo y competencia indiscutibles numerosas comisiones científicas, de carácter oficial. Hay que citar entre ellas las relativas a los derechos de México sobre el Chamizal y la Isla

Clipperton. Modesto, honrado, laborioso y erudito, fué un modelo en su vida pública y privada, digno, como dice su inteligente panegirista don Alberto M. Carreño, de ser citado por el ilustre filósofo Samuel Smiles. Bajó a la tumba en 1912, a los ochenta años de una existencia consagrada por completo al estudio, a la familia, al progreso intelectual de México y al cumplimiento de todos los deberes.



UN BIENHECHOR DE LA ENSEÑANZA

Don Francisco M. de Olaguíbel (1) al levantar la Federación sobre los escombros del Centralismo, al hacer entrar al Departamento de México al carril constitucional, al reedificar, en una palabra, al Estado, expidió un decreto, cuando usaba todavía de sus facultades omnímodas e hizo surgir el Instituto Científico y Literario, que la dictadura militar había visto con aversión, porque era el centro de la cultura intelectual de estas tierras y el plantel donde la juventud conocía sus derechos y aprendía a defender las libertades públicas.

El 7 de noviembre de 1846, Olaguíbel expidió el referido decreto, que en su artículo primero dice: "Conforme a lo dispuesto en el art. 228 de la Constitución del Estado, se funda y erige de los fondos públicos del mismo, y demás asignados y que se asignaren para el efecto, un Instituto Literario en esta ciudad, por ser la capital en que residen los poderes"...

El 7 de junio de 1847 se dió cumplimiento a este decreto y se abrió el Instituto bajo la dirección de Sánchez Solís y en sus cátedras se sentaron hombres como Ignacio Ramírez y Felipe B. Berriozábal. Era tal el entusiasmo de Olaguíbel por el Colegio, que

muchas veces despachaba los negocios oficiales en el edifiicio del plantel, comía en las mesas de los alumnos y les hacía regalos el día de Navidad.

El día 7 de enero de 1848 al acercarse los americanos a esta ciudad, el gobierno tuvo que emigrar, y al despedirse Olaguíbel de los señores catedráticos, se le rasaron de lágrimas los ojos, diciéndoles que la idea del Colegio le preocupaba; pero que ofrecía no olvidarlo. En efecto, el mismo día en que llegó a Sultepec, el 11 del mismo mes, envió una carta al Sr. Lic. Felipe Sánchez Solís, diciéndole que en esa fecha daba orden al Administrador de Rentas para que continuase cubriendo el presupuesto, que importaba doscientos pesos; dió sólo cuarenta, dando de esto noticia el señor Director al Sr. Olaguíbel, quien arrancando acaso de su maleta de destierro setenta pesos, se los envió con una carta muy sentida en que revelaba el grande amor que profesaba a la juventud estudiosa.

El nombre de Olaguíbel se pronuncia con respeto en el Instituto, que a él debió su existencia; y su retrato se destaca entre la galería de los benefactores del benemérito plantel.

F. J. Gaxiola.

(1) Célebre orador, jurisconsulto, político y diplomático. Nació en Puebla el 12 de febrero de 1806. Gobernador del Estado de México, fundó el Instituto, abolió las alcabalas, y se puso al frente de las tropas locales para combatir, en 1847, a los invasores americanos; diputado unas veces, y senador otras, luchó brillantemente por el triunfo de las ideas democráticas más avanzadas; representante nues-

tro en Francia, fué un generoso protector de los mexicanos que se hallaban expatriados, entre los cuales había algunos que eran sus enemigos políticos; hombre de singular entereza, reunió en su casa a los miembros de la Cámara de Senadores, cuando el Presidente Ceballos disolvió al Congreso, en 1853; Procurador General de la Nación, dió muestras de integridad incorruptible; y abogado patriota, negóse en la época de la Intervención Francesa a litigar ante los tribunales espurios, prescindiendo noblemente de las pingües ganancias que le producía su magnífico bufete. Olaguíbel optó por la pobreza, y en ella murió el 25 de mayo de 1865. "Pocos son los hombres, dice el Sr. Castillo Negrete, que al concluir su existencia pueden ingresar a la eternidad, como don Francisco M. de Olaguíbel, con la conciencia segura de haber llenado siempre sus deberes como individuo particular, y pudiendo ver delante de sí su carrera pública llena de méritos y sin una sola mancha".



PADRE DE LOS INDIOS Y BENEMÉRITO DE LA CIVILIZACIÓN

Cuando llegaron los primeros misioneros españoles, se encontraron con gran masa de gente inculta que en un día era preciso convertir y civilizar. Hoy se cuenta, dentro y fuera de casa, con grandísimo número de establecimientos y de profesores particulares para educar a los niños sucesivamente, conforme van llegando a edad proporcionada: entonces eran doce hombres para millones de niños y de adultos, que de concierto pedían luz, y luz que no podía negárseles, porque no se trataba únicamente de la cultura humana, que importantísima como es, no ocupa, empero, el primer lugar; sino de abrir los ojos a ciegos gentiles y hacerles tomar el camino recto para alcanzar la salvación de sus almas. Grave parecía desde luego el caso; pero más lo era realmente, porque los nuevos maestros no habían oído jamás la lengua de los discípulos. Mas ¿qué no puede la Caridad? Aquellos varones venerables se apoderan pronto de la lengua desconocida, y luego de otras y otras que van encontrando; comprenden, o más bien adivinan el carácter especial del pueblo, y a un tiempo le convierten, le instruyen y le amparan. Los primitivos misioneros y los que en pos de ellos vinieron, no eran ciertamente hombres vulgares: casi todos tenían le-

tras suficientes; muchos de ellos, como los padres Tecto, Gaona, Focher, Veracruz y otros, habían brillado en cátedras y prelacías: los hubo de cuna nobilísima, y tres de ellos, los padres Gante, Wite y Daciano, sentían correr por sus venas sangre real. Todos renunciaron a las ventajas con que podía tentarlos su lucida carrera; todos olvidaron por el pronto su costosa ciencia, para darse a la enseñanza de los pobres y desvalidos indios. ¿Qué hinchado doctor, qué condecorado catedrático aceptaría hoy una escuela de primeras letras en una obscura aldea?...

Por más que todos lo sepáis, señores, no me perdonaríais que omitiese lo que hizo en favor de la instrucción de los indios el insigne lego flamenco Fr. Pedro de Gante (1), consanguíneo del Emperador Carlos V. No fué fundador del Colegio de San Juan de Letrán, como generalmente se afirma, sino de la gran escuela de San Francisco de México, que rigió durante medio siglo. Hallábase edificada, según costumbre, detrás de la iglesia del convento, alargándose hacia el Norte, y contigua a la famosa capilla de San José de Belem de Naturales: la mejor iglesia de México, inclusa la catedral antigua. Reunió allí nuestro lego hasta mil niños, a quienes daba educación religiosa y civil. Añadió después el estudio del latín, de la música y del canto, con lo que fué de gran utilidad a los religiosos, porque de allí salían músicos y cantores para todas las iglesias. No satisfecho con eso, reunió también adultos, con los que estableció una escuela de bellas artes y de oficios. Proveía a las iglesias de imágenes de pincel o de

bulto; de ornamentos bordados, a veces con mezcla de obras de plumería, en que tanto se distinguían los indios; de cruces, de ciriales y de otros muchos objetos necesarios para el culto, no menos que de operarios para la fábrica de las iglesias mismas, pues tenía en aquella casa pintores, escultores, talladores, canteros, carpinteros, bordadores, sastres, zapateros y otros oficiales. A todos atendía y de todos era maestro.

Causan verdadera admiración los gigantescos esfuerzos de aquel lego inmortal, que sin más recursos que su indomable energía, hija de su ardiente caridad, levantaba de cimientos y sostenía tantos años una magnífica iglesia, un hospital y un gran establecimiento, que era al mismo tiempo escuela de primeras letras, colegio de instrucción superior y de propaganda, academia de bellas artes y escuela de oficios: un centro, en fin, de civilización...

Calcúlese lo que costaría hoy al Erario un establecimiento semejante, el sinnúmero de catedráticos, maestros y empleados que exigiría, y no podremos menos de llenarnos de asombro al ver que unos cuantos frailes, dirigidos por un lego, hacían todo aquello, que sólo era una pequeñísima parte de sus imponderables trabajos apostólicos.

Joaquín García Icazbalceta.

(1) Nacido en Iguén o Igún, llamado después Ayghem-St-Pierre, suburbio de Gante, por los años de 1479 a 1480. Su apellido latinizado era de Mura, que, según el Sr. García Icazbalceta, puede corresponder

a los flamencos de Moor, Van der Moere o de Muer. Hizo sus estudios en la Universidad de Lovaina. Hallábase en el convento de Gante, cuando tuvo noticia de los primeros descubrimientos hechos por Cortés, e impulsado por el deseo de convertir y civilizar a los naturales de las nuevas tierras, pidió permiso para venir a ellas. Concedido éste, salió de Gante el 27 de abril de 1522; detúvose largo tiempo en España, donde supo el triunfo alcanzado en Tenochtitlán por los audaces castellanos y sus numerosos aliados, lo cual avivó el deseo que alimentaba de llevar a cabo su obra bendita de amor y de cultura. Embarcóse nuevamente el 1o. de mayo de 1523, y el 30 de agosto del mismo año llegó a Veracruz, en unión de los venerables frailes Juan de Tecte (du Toict), profesor de la Universidad de París y confesor de Carlos V, y Juan de Agora, sabio y virtuosísimo anciano. Desde entonces, hasta el 19 de abril de 1572 en que pasó a mejor vida, es decir, durante cuarenta y nueve años, no hizo otra cosa que instruir, que defender, que consolar a los indios. ¡Inmensa es su gloria; inmortal debe ser su nombre!



EL SOCIALISMO DE UN SANTO

Notables son las constituciones de los hospitales —fundados por Vasco de Quiroga (1) en Michoacán, —porque ellos vinieron a realizar el pensamiento de la fraternidad, del mutuo auxilio, de la organización del trabajo en común, del equitativo repartimiento de los frutos del trabajo, de la economía, de la educación civil y religiosa de los congregados y de sus hijos, de la extinción entre ellos del pauperismo y la mendicidad, sobre todo de la adquisición de hábitos de economía en comunidad y en los que la formaban; de manera que allí, al menos durante el tiempo de la vida de Quiroga, se realizó el ideal de la Iglesia primitiva o el sueño de algunos modernos socialistas: nadie tenía derecho a lo superfluo, pero nadie podía carecer de lo necesario.

Constaban los hospitales de una casa o edificio común para los enfermos y para los directores de la agrupación; de casas particulares para los congregados, las cuales se llamaban familias porque en ellas vivían todos los miembros de una familia, y estas habitaciones llamadas familias tenían siempre un corto terreno anexo para huerta o jardín; y

finalmente, de estancias de campo o familias rústicas que constituían el capital de la congregación para siembras y ganadería. La casa central se fabricaba por cuenta de todos los asociados, contribuyendo ellos con su trabajo y tomando los fondos para compra del material u otros gastos que se necesitaban, del remanente de los productos comunes...

El trabajo en común era obligatorio seis horas diarias. Levantadas las cosechas, se repartían, dando a todos y cada uno una parte igual y bastante para su consumo del año; sacábanse después los gastos del hospital y de la comunidad, y el resto, que siempre era abundante, se guardaba para distribuirlo entre los pobres... Encargaban las constituciones que todos los congregados procurasen tener traje igual, para evitar emulaciones, tejida la tela y hechas las ropas por las mujeres de la casa, siempre del color natural de la lana o del algodón, y evitando las mujeres los muchos colores, los bordados y la mucha "curiosidad" en el traje... El sistema electoral estaba perfectamente reconocido y arreglado; desde el padre de familia, cuando no hubiera tronco común, hasta el principal y los regidores todos, entraban a ejercer su cargo por elección, y estaba prevenido que para "principal" y todos los demás oficios, bien en elecciones anuales o de cada dos años, fueran nombrándose siempre personas nuevas para que todos entraran en la dirección y no hubiera reelecciones... Al que tenía mala conducta se le arrojaba de la comunidad, y no

se consentían pleitos ni litigios, sino que todas las cuestiones se resolvían o arreglaban amigablemente por el rector, principales y regidores...

Don Vasco de Quiroga, buscando no sólo la cultura sino la alianza y estrechez entre los pueblos de Michoacán y que unos necesitasen siempre de la industria de los otros, sin hacerse ruinosas competencias, descubrió el medio sin duda más acertado, aunque propio sólo de pueblos que están en la infancia de la civilización y de la cultura, dedicando cada pueblo exclusivamente a un arte u oficio, y así ordenó que en Capula sólo se traficase en el corte de madera; en Cocupao, pueblo que hoy en honor suyo lleva el nombre de Quiroga, que se labrasen y pintasen cajas de madera con cierta clase de figuras; en Uruapan se fabricasen exclusivamente jícaras (escudillas formadas con la cáscara de un fruto), dándoseles una pintura y un barniz particular, cuyo secreto conservan aún aquellos indios y es la envidia de los fabricantes de carruajes, pues nada les hace perder el color y el brillo, resistiendo, sin alteración, el agua a la más alta temperatura; en Teremendo estableció la construcción de calzado; la música, en Paracho; en Tzintzuntzan y en Patamba, la alfarería; en San Felipe todas las manufacturas de hierro, y así en otros muchos pueblos.

"Todo este trabajo y esta gran reforma la inició don Vasco de Quiroga desde el principio de su visita a Michoacán como oidor, y pudo ver el fruto muchos años después, cuando murió ya como obispo de aque-

lla diócesis, habiendo alcanzado no sólo pacificar a aquellas gentes, reducirlas a poblado y asegurarles un porvenir de trabajo y tranquilidad, sino también la gratitud y el reconocimiento debido a sus beneficios, cosa realmente más difícil que el haberlos hecho.

Vicente Riva Palacio.

(1) Nació este egregio varón, digno, según acertadamente dice su biógrafo don J. Guadalupe Romero, de figurar en las dípticas de los santos, el año de 1470, en la Villa de Madrigal, Castilla la Vieja. Se recibió de abogado en la Metrópoli, y en 1531 vino a la Nueva España como oidor de la segunda Audiencia, que tantas y tan memorables muestras dió de espíritu progresista, de enérgica rectitud y de paternal amor a los vencidos. Después fué primer obispo de Michoacán. En el gobierno de esta diócesis, que entonces era inmensa, pacificó a los indios, fundó como poblaciones Pátzcuaro, Santa Fe de la Laguna y Santa Fe del Río, seminarios como el de San Nicolás Obispo, hospitales como el de Santa Marta; colegios y talleres. No sólo la industria, la beneficencia y la instrucción públicas le fueron deudoras de inolvidables beneficios, sino también la agricultura; a su regreso de España, en 1550, trajo de la isla de Santo Domingo multitud de semillas y plantas, entre ellas el plátano, cuyos primeros cinco pies plantó en Tziriquaretiro, cerca de Taretan. Casi octogenario, recorrió, montado en una mula, más de seiscientas cincuenta leguas de su diócesi, para aliviar las necesidades de sus hijos en Cristo, y a los 95 años de edad emprendió nueva visita pastoral; pero acabando de llegar a Uruapan falleció el 14 de marzo de 1565, llorado y bendecido por un pueblo que le debió la paz, los fundamentos de su civilización y los consuelos inefables de la caridad evangélica.



EL IDIOMA Y LA NACIONALIDAD

El único que fué radical y que comprendió toda la trascendencia de la enseñanza y difusión de la lengua catellana, fué el Illmo., Excmo. y Emmo. don Francisco Antonio de Lorenzana y Buitrón, Arzobispo que fué de México en la centuria decimooctava; "Prelado docto, laboriosísimo, de genio dulce y costumbres inmaculadas", que no sólo consagró aquí y en España vasta ilustración para dicha de sus feligreses sino que, en hospitales, hospicios, fomento de la agricultura, fábricas y obras públicas derramó más de quince millones de pesos; y que, incansable en sus labores, celebró concilios, introdujo reformas, impulsó estudios útiles y protegió y premió a hombres virtuosos y a literatos pobres.

Este ilustre prelado, que llegó a ser cardenal de la Iglesia Romana, intentó prácticamente la regeneración de la raza indígena, como lo prueban sus "Reglas para que los indios mexicanos sean felices en lo espiritual y temporal", publicadas aquí el año de 1786, y que tendían todas ellas a quitarles las malas costumbres, a que llevasen una vida higiénica, a que tuviesen propiedades, a despertarles el hábito de vestirse y el amor por las industrias, y a que tuviesen escuelas de lengua castellana, donde aprendiesen a leer y escribir...

Lamentábase de que en más de dos siglos y medio que llevaba de conquistado el país, cuando él escribía, aun hubiese necesidad de intérpretes, y en mayor número que al principio, cuando Cortés hablaba con los indios por medio de Jerónimo de Aguilar y de doña Marina; y aseguraba que de tal modo se habían multiplicado los dialectos de aquella nueva Babel Indiana, y estaban tan corrompidos y degenerados, que su colega el entonces obispo de Oaxaca, en otra Pastoral semejante a la suya, mencionaba una lengua que sólo de día en ella se entienden bien, y que de noche, en apagándose la luz, ya no se pueden explicar, porque con los gestos significan...

El mantener el idioma de los indios—decía—es capricho de hombres cuya fortuna y ciencia se reduce a hablar aquella lengua, que también la aprende un niño: es contagio que aparta a los indios de la conversación de los españoles: es peste que inficiona a los dogmas de nuestra santa Fe: es arbitrio perjudicial para separar a los naturales de unos pueblos de otros, por la diversidad de lenguas... es poner un alcalde mayor entre gentes que ni lo entienden, ni las entiende, como si estuviera en Grecia o en Berbería: es ocultar los errores de los naturales, para que los superiores no los corrijan... y últimamente, es mantener en el pecho una ascua de fuego, un fomento de discordia y una piedra de escándalo para que se miren con aversión entre sí los vasallos de un mismo soberano...

Parece increíble que las reflexiones que hacía un prelado del siglo XVIII, conserven toda la fuerza

de su verdad en nuestro siglo XX; porque los millones de indígenas que forman parte de la población de nuestra República, permanecen en la misma actitud de petrificación y de mudez, que sus ídolos mudos y de piedra conservados en el Museo; y si el prelado que escribía hace dos centurias se lamentaba que después de otras tantas de verificada la Conquista, se estuviese llorando y sintiendo la necesidad de intérpretes para hablar con los indios... ¿qué diremos ahora nosotros, cuando a raíz de una revolución que conmueve a la República, todavía penetramos al Palacio Nacional y a veces no podemos entender a los que custodian las puertas principales; cuando sabemos, por un libro reciente, que uno de los generales más prestigiados de la tal revolución habla en un dialecto indígena a sus soldados vencedores; cuando los amos de la ilustrada Península yucateca, tienen que aprender el idioma maya para comunicarse con sus criados?

No hay que ser ilusos como fueron los buenos misioneros; mientras no se enseñe el idioma que ha adoptado la Nación, a los que viven aislados de nosotros, y no se dejen archivados para siempre esos idiomas y dialectos en los viejos pergaminos de sus gramáticas y vocabularios, los indios, en su gran mayoría, no formarán parte de la nacionalidad mexicana, aunque se les considere ciudadanos y se consignen sus derechos y deberes en códigos y constituciones.

Luis González Obregón.

CULTO A LA ENSEÑANZA Y AL DEBER


Don Luis G. Urbina

Un misterioso aliento sopló en la llama pura, y se apagó esta vida (la del maestro don Rafael Ángel de la Peña) serena y clara, que ardía continuamente como en una lenta y prolongada vigilia ante el libro abierto de la ciencia. Mas queda un recuedo imperecedero, y este recuerdo es un alto ejemplo, y este ejemplo es un pujante estímulo, una suprema aspiración para nosotros y para los que vienen detrás de nosotros, inquietos y apresurados, a buscar su puesto en el combate por el bien y por la verdad.

Y una existencia consagrada por entero, sin vacilaciones, sin desfallecimientos, sin egoísmos, a la labranza de las almas nuevas, al cultivo de los pensamientos en botón, a la educación de las mentes juveniles; una existencia que comenzó y acabó con la misma virtud, no perdida jamás ni menguada en un ápice; con el mismo amor a lo bueno, siempre firme, siempre inconmovible en medio de las tormentas de la maldad y de los forcejamientos del desenga-

ño; con la misma inclinación al estudio, vuelta a él momento a momento, como esas flores que durante el día siguen el curso del sol; una existencia que fué en línea recta hacia la perfección por las agrias escarpaduras del mundo; una existencia que fué una diamantina unidad de virtud, de amor y de perseverancia, debe ser alabada en himnos y bendecida en glorificaciones.

Esta escuela lo sabe bien (la Escuela Nacional Preparatoria), ella que lo vió llegar ágil, risueño y feliz, en plena y juvenil energía; que poco a poco, hora por hora, incansable y tenaz en el deber, lo vió dejar aquí la agilidad, y la sonrisa, y la juventud, y que ya encorvado el cuerpo, ya blanca la cabeza, ya tristes y fatigados los ojos, lo vió venir puntual como un enamorado a la cita de las aulas; y que ahora lo verá irse para no volver más; el primero que saldrá, y como siempre, nosotros tras él, acompañándole, no ya para escuchar su palabra, sino para rendir el último homenaje de la admiración y el cariño a sus corporales despojos, y continuar, en seguida, la obra inacabable de la que él no se apartó sino cuando le cerró los párpados la mano compasiva del último sueño.

Esta escuela lo sabe bien, lo sabemos todos, los que desde los bancos de los alumnos oímos cómo bajaba de la cátedra la luminosa enseñanza de don Rafael Ángel de la Peña, hasta los que, colegas o amigos suyos, pusieron en contacto sus ideas con las de este venerable maestro. Todos aprendimos,

todos aplacamos nuestra sed en esa profunda y nítida fuente de sabiduría.

Porque este varón justo, este docto académico, este penetrante filósofo, era, por encima de todo, un maestro. Enseñaba a hablar; es decir, enseñaba a pensar. Su erudición, que era un asombro; su poder analítico, que era una maravilla; su paciencia, que era una santidad, se juntaban, se mezclaban, se confundían, para trasmitir sólidas y sanas doctrinas. El inextinguible anhelo de purificar el idioma, de hacerlo cristalino como su alma, impecable como su conducta, ocupó y preocupó incesantemente su ánimo. Nos deja en libros, nutridos de ciencia, el fruto de sus hondas investigaciones, de sus luengos desvelos; pero su obra, su gran obra, su labor más extensa y más intensa, la deja difundida en cuatro generaciones de estudiantes, en cerca de cuarenta años de profesorado, activo y constante, en cotidianas explicaciones y predicaciones; la deja en el estilo de los escritores, en los discursos de los oradores, en los alegatos de los abogados, en los inforemes de los médicos, en cuantos han pasado, rumbo a las alturas intelectuales, por nuestra Escuela Preparatoria.

Pero no sólo enseñaba a hablar y a pensar, ya en problemas matemáticos, ya en problemas gramaticales; este hombre enseñaba a vivir, a cumplir con el lema comtiano que es la leyenda en el blanco estandarte de la Escuela: "Amor, Orden y Progreso". Las tres hermosas, las tres sublimes palabras que encierran tres santos ideales, tomaron vida real y

completa en la vida de ese ejemplar profesor, que amó a los hombres, que supo respetarlos, y que los encaminó por el sendero de la verdad y del bien. Cumplir el deber hasta el sacrificio; trabajar sin descanso hasta la muerte; formar en el hogar, con calor de nido y aroma de virtudes, una familia; y en el seno de este plantel, instruir, elevar la mentalidad de varias generaciones; servir a la patria como ciudadano, como sabio, como educador; estos son los méritos que presentas, ¡oh maestro!; estos los títulos que te dan derecho a la glorificación.

Luis G. Urbina. (1).

(1) Admirable poeta y elegantísimo prosista. Es, además, uno de los críticos más doctos que hemos tenido, como lo demuestran su magnífica introducción a la "Antología del Centenario" y sus conferencias sobre literatura mexicana, tan bien provistas de erudición como abundantes en rectos juicios y galanuras de lenguaje. Ha publicado varios tomos de poesías y de trabajos en prosa. En unos y otros, dice Amado Nervo, pone de relieve el oro fino de su clarísimo talento. Nació en México el 8 de febrero de 1868.



LAS CREENCIAS RELIGIOSAS

Todos vosotros estaréis de acuerdo conmigo en que si hay algo grande en el mundo, en este bajo mundo de mentira, de dolo y de traición, es el valor de las propias convicciones, la sinceridad en decir lo que se cree. Ese valor, esa sinceridad, que no son otra cosa sino la voz de la conciencia, obtendrán siempre el aplauso de todos los hombres honrados, porque nada hay más bajo que la mentira, ese infame comercio de la palabra; nada hay más vil que la traición; nada hay más despreciable que la venalidad, cuando lo que se vende es la conciencia, cuando lo que se vende es la dignidad; cuando lo que se vende es la convicción; cuando lo que se vende es la fe.

Y por el contrario, es profundamente respetable y digna de homenaje la sinceridad de quien, puesto en el trance, como el señor don Rafael Ángel de la Peña, se vió en la discusión del Positivismo, de hacer traición a sus convicciones o defenderlas lealmente, toma el nobilísimo partido de exponerlas, si con toda cortesía y miramientos a sus adversarios y hasta con todo respeto a sus contradictores, también con toda franqueza y sin disimulo, y combate lo que en su conciencia cree que debe combatir. El señor de la Peña dió a ese respecto un ejemplo nobi-

lísimo. Unióse con el ilustre filósofo espiritualista (1) que en nuestra Academia ocupa hoy el puesto que ilustraron Bassoco, Arango y Escandón y García Icazbalceta; y unidos los dos, no obstante las diferencias que bajo otros aspectos los separaban, y colocados en un terreno estrictamente filosófico, midieron sus armas con los que allí estaban defendiendo la herencia de Barreda, y justo es decirlo, eran los primeros en las filas del Positivismo.... Aquel hombre de palabra tan suave y reposada, supo encontrar acentos elocuentes para combatir una escuela filosófica, cuyos principios y tendencias debo abstenerme de calificar aquí; aquel hombre, tímido por carácter, tuvo la virtud del valor cuando se trató de sus convicciones, como lo tenía siempre que se trataba del deber; y mostró entonces que si era incapaz de ofender a nadie, de pronunciar una palabra que a otro pudiera lastimar, aunque fuese de la manera más leve, mucho más incapaz aún era de toda cobardía; y si no cabían en su carácter ni la jactancia ni la ostentación, cabían menos, muchísimo menos, el silencio indigno ni la calculada bajeza. ¡Bendito sea su carácter nobilísimo! ¡Bendito su ejemplo, que lo pone más alto que sus conocimientos gramaticales y filosóficos!, porque dígase lo que se quiera, señores, la grandeza moral es la más alta de todas las grandezas, el pedestal único sobre que el hombre puede levantarse con justos títulos a la admiración de la posteridad; la única llave que puede abrir el templo misterioso destinado a los que dan ejemplos dignos de imitación; el único laurel

que no se agosta sobre la tumba, y si alguna vez le secan los arrasantes vientos de la ingratitud y del olvido, vienen los ángeles del cielo a recoger las hojas secas, para hacer de ellas polvo y esparcirlo como polen fecundante de otras grandezas, sobre la faz de la tierra.

Francisco Pascual García. (2).

(1) Don José M. Vigil.

(2) Eruditísimo académico y brillante polemista.



VALENTÍA DE UN ORADOR

La recepción de Santa Anna (1) en Veracruz fué estupenda, y con esas fórmulas cómicas, caricaturas siempre de los honores rendidos a los soberanos, varios Estados enviaron embajadores, y todos se esforzaron por colmar de alabanzas y ensalzar las glorias del héroe de Tampico. Una nota discordante, que desde entonces se quiso envolver en el olvido, y que, sin embargo, fué muy significativa: ella se refiere al discurso del Sr. Lic. Joaquín Ruiz, enviado por Puebla y de cuyo incidente quiero hablar con alguna detención.

El Lic. don Joaquín Ruiz era, según opinión común, de una familia obscura, de raza indígena; sus padres, labradores con algunos bienes de fortuna, pusieron al hijo en el colegio, luego que tuvo edad competente, y después de haber aprendido las primeras letras.

El joven se distinguió desde luego por su constancia en el estudio, su circunspección y reserva, y por su aislamiento, que unos atribuían a orgullo y otros a una naturaleza débil y enferma.

Recibido de licenciado, circunstancias particulares dieron crédito a su bufete, y algunos negocios que tuvieron roce con la política, dieron a conocer

la firmeza de sus opiniones liberales, su independencia de carácter y su saber profundo. Con tales dotes, y tratándose de una población semilevítica como Puebla, aunque Ruiz parecía alejarse de la sociedad, era solicitado por los pocos liberales que allí existían, y contado como hombre de gran valía en el partido moderado.

Sus costumbres irreprochables y sus creencias y prácticas cristianas, le hacían respetable del clero y sus adeptos, y le afirmaban en la opinión como hombre de alta importancia.

De esta manera fué el elegido para ir a Veracruz a felicitar a Santa Anna, para exponerle con toda verdad su situación y la del país...

Santa Anna se hallaba entre el estrépito de la recepción, en el gran salón en que flotaban los cortinajes, brillaban los espejos colosales en el remolino de estandartes, banderas y entorchados lujosos, y del pueblo que llenaban el salón.

Llamaron por turno a varios comisionados, y llegada su vez, se acercó tímido y desgarbado, al solio, el Sr. Ruiz.

Era éste un hombrecillo de talla menos que mediana, flaco y de pronunciado color trigueño, encogido de movimientos y de conjunto vulgar de tinterillo de pueblo. Acercóse a Santa Anna, que le vió con menosprecio, lo mismo que sus ayudantes y los próceres que lo rodeaban.

—Esta pompa, señor, le dijo, ese exagerado entusiasmo que os rodea, es la irrisión de la verdad. La

nación no cree ni puede tener esperanza en vos, que la ha sacrificado siempre a su ambición y a su capricho.

A estas palabras, Santa Anna se volvió iracundo, y reprimiéndose, le mandó continuar.

—V. E. viene de la mano del partido enemigo de la independencia, enemigo del progreso del país, órgano de las clases privilegiadas, ladrón de los intereses del pueblo, y a V. E. le creen un maniquí a quien hace sumiso la ambición de mando.

Santa Anna dijo medias palabras, mostrándose furioso en contra de Ruiz; pero éste, impasible, continuó:

—Yo he sido enviado para decir a V. E. la verdad. V. E. no tiene principio político alguno, es el ídolo del clérigo relajado y del soldado prostituído.

Santa Anna no quiso oír más y mandó que sacaran del salón a Ruiz; éste se propuso proseguir, hasta que lo arrojaron del salón, cuando le decía:—De V. E. no espera el pueblo más que males...

Ruiz fué una pesadilla de Santa Anna.

—¿Quién es ese indio indecente? pregutaba; y le perseguía, desterraba y molestaba, sin que ni por un instante Ruiz solicitase gracia, ni mostrara arrepentimiento de su conducta patriótica y valiente.

Guillermo Prieto.

(1) El 1o. de abril de 1853, fecha en que Santa Anna desembarcó procedente de Turbaco, en donde estuvo largo tiempo, después de la invasión americana. Regresó al país, como consecuencia de la revolución llamada de Jalisco que derrocó al general Arista.

EL CONFESOR DE UN VIRREY

Por su portentosa erudición, no menos que por los eminentes servicios que a la civilización prestó el jesuíta zacatecano don Antonio Núñez Miranda (1) ha merecido que su nombre se registre en varias obras, con merecidos elogios... Su erudición, dice un biógrafo, era tan vasta, y tal su dedicación al estudio, que adquirió, como en otro tiempo el sapientísimo jesuíta padre Torres, el sobrenombre de "Hellus Librorum" o tragador de libros; su memoria era tan feliz, que, con asombro general, aprendía y conservaba presente cuanto una vez leía... No debe parecer extraño, por lo mismo, que uniéndose tanta sabiduría a la elevada virtud de nuestro jesuíta, hubiese sido en su época el oráculo general de todos los sabios, el director, en fin, en todos los negocios más difíciles e intrincados.

El P. Núñez fué confesor de varios virreyes, entre ellos, el duque de Baños y el marqués de Mancera, sin que emplease jamás el influjo que tal carácter le daba en los asuntos del gobierno. Refiérese a este propósito el hecho siguiente. Había confesado al virrey Mancera el Miércoles Santo, en la capilla real, para que pudiera comulgar al día siguiente en los oficios. Retiróse en seguida el P. Núñez a su

colegio a dar confesión en la puerta de su aposento, y estando allí, rodeado de una multitud de pobres, llegó un alabardero con recado del virrey, de que fuese en el acto a palacio. El padre continuó confesando, y pasadas dos horas, notó cierta conmoción y vió frente a él a Mancera, que ocupó un lugar entre los penitentes, y al tocarle su turno preguntó al padre Núñez si no lo había visto. El jesuíta le contestó que en el tribunal de la penitencia no había jerarquías; que le había visto, pero como sobraba quienes quisiesen reconciliar al virrey de la Nueva España, había él seguido atendiendo a los pobres, que sólo lo tenían a él. Rasgo es éste que no necesita encomios.

Francisco Sosa.

(1) Nació en Fresnillo el 4 de noviembre de 1618. Murió en México el 17 de febrero de 1695. Cincuenta y ocho años de su vida los consagró al estudio y a la práctica de las virtudes evangélicas. Fué confesor de Sor Juana Inés de la Cruz.



¡ESE ERA UN HOMBRE!

Fr. Servando Teresa de Mier y Noriega y Guerra (1) fué el criollo más batallador e inquieto de su época: un espíritu de alas muy grandes que se sentía estrecho e inquieto en la jaula de hierro de las preocupaciones... Las peripecias de su carrera de obstáculos se suceden sin interrupción. Fr. Servando, fugitivo, recorre España, se escapa a Francia, pasa a Italia, vuelve a Madrid, sale a Portugal, va a Inglaterra; torna a México con la expedición de Javier Mina, de la cual era el alma el inquieto fraile, secularizado ya por el Papa Pío VII en 1803; es reaprehendido por la Inquisición, enviado al castillo de San Juan de Ulúa; con rumbo a Cádiz, en la travesía, al llegar a la Habana, logró escaparse y huyó a los Estados Unidos. Allá oyó el grito de la patria libre, y su anhelo fué volver a ella; lo realiza; fué encarcelado al regreso por Dávila y reinternado a Ulúa, de donde salió para cumplir con su misión política como diputado al primer Congreso Constituyente, en el año de 1822, representando a su provincia del Nuevo Reino de León. Todavía a los sesenta años, enemigo del primer Imperio, conspirador republicano, sufrió su última prisión e hizo su última escapatoria... Las persecuciones, las

prisiones, los trabajos y pesadumbres que sufrió el Dr. Mier, llenan la existencia de este hombre raro, sagaz y cándido, tímido y audaz, sencillo y complicado, humilde y orgulloso, a un tiempo, como si la Naturaleza se hubiese complacido en formar un espíritu con antítesis y paradojas... Dió principio a su dramática celebridad con un discurso sagrado: la selló con otro discurso, profano. Y aun pudiera afirmarse que la famosa oración en que niega la aparición de la Virgen de Guadalupe, en un discurso tan político como el que combate la federación mexicana. Uno en 1794, otro en 1823, son elocuentes gritos de libertad. En el púlpito y en la tribuna, paralelamente, este ingenio fué todo sinceridad, todo verdad. La luz de su honrada conciencia se filtra por la urdimbre teológica, apretada como una reja claustral, en 1794, y se expande como una aurora, en 1823... La muerte fué la última evasión de este espíritu irreducible y pujante que luchó sin tregua ni desfallecimientos. A los sesenta y cuatro años se rindió Fr. Servando. Para que sus características dotes de originalidad y acción no le abandonasen ni un momento durante su tránsito mundano, él mismo, días antes de su muerte, puesto ya el pie en el estribo, "montó en un coche y fué, en persona, a convidar a sus numerosos amigos para que al día siguiente asistieran a sus sacramentos". Y es que en el fondo de su alma sencilla y pura se agitó siempre un gran deseo de fraternidad, de concordia, de comunión humana. Era un afectuoso: era más, un afectivo. Una infinita ternura llenaba el corazón de

este enamorado de la justicia, de la patria, del ideal. Así lo confiesa él mismo en un rasgo ingenuo y adorable: "Yo nací para amar, y es tal mi sensibilidad que he de amar algo para vivir".

Luis G. Urbina.

(1) Personaje famoso por sus sufrimientos, por sus dotes intelectuales, por los servicios políticos y patrióticos que prestó a México, no menos que por la independencia y energía de su carácter. Nació en Monterrey el 18 de octubre de 1783. A los dieciséis años profesó como dominico. En 1794 fué excomulgado, reducido a prisión, despojado de su grado de doctor, lo mismo que de sus libros y papeles, y, por último, desterrado, en calidad de prisionero, con motivo del sermón que pronunció el 12 de diciembre de ese año en la Colegiata de Guadalupe. Entonces dieron principio las incesantes tribulaciones que amargaron gran parte de su vida; pero que nunca lograron doblegar su espíritu. Iniciada la independencia de la Nueva España, desde Europa puso su pluma al servicio de tan noble causa. Las obras que publicó entonces: "Cartas de un americano a un español", "Historia de la Revolución de Nueva España" y "Memoria a las Repúblicas de América", no sólo fueron de utilísima y patriótica propaganda, sino que también proporcionaron a su autor distinciones tan altas como la de que el Instituto de Francia lo admitiese en su seno. Los últimos años de su azarosa existencia, viviólos en México, querido y admirado por todos. "Atacado de una enfermedad mortal, dice el Dr. Mora, pagó su tributo a la Naturaleza, y sólo puede formarse uno idea del sentimiento general que causó su fallecimiento, por el crecidísimo concurso que hubo en su funeral. El duelo, presidido por el benemérito general Bravo, vicepresidente de la República, se componía de las personas principales de esta ciudad, y el pueblo se agolpó de tal manera en las calles por donde debía pasar el cadáver, que impedía el paso a los transeuntes". Falleció el 3 de diciembre de 1827. Dejó unas interesantísimas Memorias, en las que refiere sus sufrimientos y sus luchas, al mismo tiempo que describe con singular ingenio, personajes, acontecimientos y costumbres de los países en que sus constantes fugas y cautiverios obligáronlo a vivir. En cuanto a sus célebres discursos, en el de la Virgen de Guadalupe, que la Real Academia de la Historia, de Madrid, previo el parecer de tres teólogos, no encontró

digno de censura ni de nota teológica, el P. Mier propúsose demostrar que la Virgen no se hallaba pintada en la tilma de Juan Diego sino en la capa de Santo Tomás; y en el pronunciado el 13 de diciembre de 1823 en el Congreso, conocido con el nombre de "discurso de las profecías", abogó por el establecimiento de una federación, pero moderada y razonable, de acuerdo con nuestra poca ilustración y con la necesidad innegable de conservarnos unidos.



ENTEREZA EN LA ADVERSIDAD

Fernando VII no era un rey digno de que nadie le fuese fiel. Él, antes que nadie, había sido traidor a su patria y a sus amigos, a los cuales hizo víctimas de la más negra y pestilente ingratitud. Ni aun para premiar a Apodaca (1) estuvo feliz ni oportuno. La recompensa que le dió, fué concederle el título de Conde del Venadito. (2).

Apodaca representó para que se le cambiase el título por parecerle ridículo, con sobrada razón.

Tan lo fué, en realidad, que en México se le llamó en lo sucesivo, no Apodaca ni el virrey, sino el venadito.

—El venadito está muy contento con los golpes que ha dado a la revolución.

Expresiones como éstas se oían a cada instante en México.

Algunos mal intencionados llamaban también a la virreina "la venadita".

Cuando se hablaba de toda la familia, se les decía "los venaditos".

El chiste de que Apodaca fué víctima, se había repetido ya en otro caso. Las Cortes españolas dieron al general inglés Lord Graham el título de duque de Cabeza de Vaca, en memoria del sitio que

ocupaba en la célebre batalla de Chiclana, dada contra las tropas que al mando del mariscal Victor sitiaban a Cádiz.

El general inglés dió las gracias y rehusó un título que ponía en ridículo su honor y el de su familia. Apodaca, no obstante que se hallaba en el mismo caso, se contentó con pedir que se le cambiase, pero lo usó en vista de que no resolvían acerca de su representación...

La atención pública estaba fija en sucesos y personajes de mayor importancia. Uno de los asuntos que más preocupaba a la generalidad, era el referente a la suerte que estuviese reservada a los ilustres prisioneros insurgentes don Nicolás Bravo y don Ignacio Rayón. Capturados, como ya dije en su oportunidad, debieron haber sido inmediatamente fusilados, de acuerdo con los bandos de Venegas y Calleja; pero don Nicolás era profundamente estimado por sus mismos enemigos, a consecuencia de su conducta noble, valiente y generosa, y el mismo Armijo que custodiaba a los presos, puso todo su empeño e influencia en salvarle, como lo logró, llegando a mata caballo a Cuernavaca con la contraorden de Apodaca, en los momentos en que todo estaba ya dispuesto para la ejecución. Su famosa "venganza insurgente" debía reportarle los beneficios a que se hacen acreedoras acciones tan magnánimas como aquéllas... Suspendido el procedimiento ejecutivo, se sometió a juicio a los dos caudillos, transladándoseles desde luego a la Cárcel de Corte de México, en la que entraron el 9 de octubre de 1818..

La hacienda de Chichihualco (3), cuya memoria será eterna, o al menos debería serlo, en nuestra historia, por haber pertenecido a los Bravos y por los notables sucesos ocurridos en ella, fué embargada, según las leyes, y la familia de don Nicolás se vió reducida a la miseria.

Pero no se vió abandonada.

Un español, don Antonio Zubieta (4), se encargó de atender a su subsistencia con cuanta liberalidad le permitieron sus posibles.

Don Nicolás permaneció en su calabozo con una barra de grillos en los pies.

Jamás pidió nada a nadie, y para proporcionarse dinero con que comprar cigarros y chocolate, se dedicó a hacer cigarreras, que adornaba curiosamente con papeles de colores y vendía por lo que querían darle.

Una vez que el virrey le visitó en su calabozo, le dió una onza de oro, que don Nicolás tomó agradecido.

Un historiador refiere que Apodaca solía decir, siempre que veía a Bravo:

—Me parece ver en él un monarca destronado.

¡Tanta fué la dignidad con que supo sufrir la desgracia!

Natural era que la atención pública se fijara de un modo absoluto en los incidentes del proceso de aquel grande hombre, gloria y honor de México y de la causa insurgente.

Enrique de Olavarría y Ferrari.

(1) Don Juan Ruiz de Apodaca, 61o. virrey de la Nueva España. Nació en Cádiz en 1754. Prestó servicios en la marina durante largos años. Fué representante de España en Inglaterra; Capitán General de las Floridas y de Cuba, Virrey de Navarra, Consejero de Estado, Capitán General de la Armada, etc., etc. Desempeñó el virreinato de la Nueva España desde el 19 de septiembre de 1816, hasta el 5 de julio de 1821. Substituyó en el mando al sanguinario Calleja; pero lejos de continuar la política de éste, distinguióse por su moderación y generosidad, al extremo de que disgustado por ellas el partido español, varios oficiales del ejército, capitaneados por don Francisco Buceli, le depusieron en la fecha arriba citada. Falleció el 11 de enero de 1835.

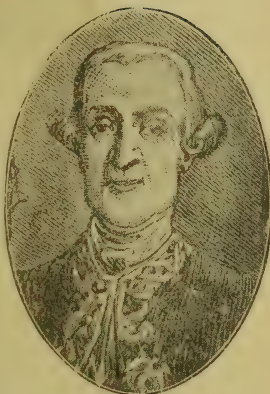
(2) Nombre del rancho en que fué aprehendido el heroico insurgente Mina, fusilado el 11 de noviembre de 1817.

(3) En ella hicieron sus primeras armas en favor de la patria los inmortales Bravos, quienes pusieron a disposición de Galeana sus personas y sus bienes, el 16 de mayo de 1811. "Galeana, dice el brillante escritor don Heriberto Frías, refiriéndose al combate librado en ese punto, es sorprendido en el río que pasa por aquel paraje, entre dos cerros, por 700 realistas al mando del capitán Garrote que perseguía a los Bravo... los independientes se bañaban y otros dormían. Los centinelas fueron burlados... Hubo pánico y confusión... pero la energía y la audacia heroica cambian un principio de desastre. Los hermanos Bravo se lanzan casi solos al centro de la columna que hace fuego... Este acto de valor arrebata a un grupo de desnudos insurgentes que cargan sobre el flanco enemigo, lanzando gritos de triunfo... vuelve el ánimo a los que huían; Galeana ataca a su vez de nuevo, y el jefe realista huye desconcertado..."

(4) Murió siendo rector del Colegio de las Vizcaínas. Fué hijo suyo el honorabilísimo Sr. Lic. don José Zubieta, fallecido en 1912, y que entre otros puestos públicos desempeñó el de presidente de la Suprema Corte de Justicia y el de gobernador del Estado de México.



MÁRTIRES DE UNA IDEA


D. José de Iturrigaray

El día 4 de octubre de 1808, los habitantes de la capital de la Nueva España, cuya tranquilidad habitual había sido turbada durante los últimos meses, no sólo por las noticias llegadas de la metrópoli, sino también por los acontecimientos que en el seno mismo de la ciudad se desarrollaban, se desayunaron con una triste nueva: la que había sido simple comedia, mientras se redujera a dimes y diretes entre el Virrey, la Audiencia y el Ayuntamiento, y a pasquines y libelos clandestinamente fijados y circulados, habíase transformado en drama cuando un puñado de dependientes de comercio y mozos de hacienda, acaudillados por don Gabriel de Yermo, habían asaltado el Palacio, apoderádose de la persona y familia de don José de Iturrigaray (1) y reemplazado a éste por un militar octogenario (2), y al fin tomaba trágicos caracteres: el Lic. don Francisco Primo Verdad y Ramos (3), Síndico del Común de la Muy Leal, Insigne y Nobilísima Ciudad de México, había fallecido en el calabozo del Arzobispado que le servía de prisión desde la madrugada del 16 de septiembre, de muerte natural, decían los informes oficiales; envenenado, aseguraban algunos "sotto voce".

El Lic. Verdad había sido aprehendido en su casa, por un pelotón de "chaquetas" (4) pocas horas después de haberlo sido Iturrigaray y su familia, e igual suerte habían corrido el Lic. don Juan Francisco Azcárate, (5), también regidor, el canónigo Beristáin, el Abad de Guadalupe don Francisco Cisneros, el fraile mercenario don Melchor de Talamantes (6), el Auditor de Guerra Lic. don José Antonio Cristo y el Secretario de Cartas del Virrey, don Rafael Ortega, siendo éstos conducidos a cárceles diferentes, a San Fernando, el Carmen y Belén.

Aunque a todos estos individuos se les había aprehendido como cómplices de Iturrigaray, acusado de infidencia, por haber pretendido e intentado sustraer estos reinos de la obediencia que debían a la corona de España, diversos eran los cargos que se les hacían y no a todos se les trató con igual severidad. Mientras Iturrigaray era enviado a San Juan de Ulúa, para embarcarlo después rumbo a España, donde debía ser juzgado, los canónigos Cisneros y Beristáin eran puestos en libertad, así como el secretario Ortega, por no haberse encontrado entre sus papeles ninguno que demostrara connivencia con el depuesto virrey; el Lic. Cristo sufría una corta prisión, aunque no tardó en ser destituído, y sólo en los otros tres se cebaba la saña de los hombres que habían creado y manejaban a su antojo el nuevo gobierno: Azcárate, que, desde que fueron publicadas oficialmente las renuncias de Carlos IV y Fernando VII, había cooperado con Verdad para

lograr que el Ayuntamiento de México, asumiendo la representación de todo el reino de la Nueva España, pidiese sucesivamente, para conservarlo, para la casa de Borbón, la formación de un gobierno supremo provisional y la reunión de juntas generales de todas las autoridades de la capital, e insinuase, después de reunidas tales juntas, la convocación de un congreso de representantes de todos los ayuntamientos del mismo reino, permaneció en su prisión de Belén hasta los últimos días de 1811; Talamantes principal promotor de dicho Congreso, y bien conocido por sus ideas de independencia, que venía propagando desde el Perú, su tierra natal, sólo abandonó las mazmorras de la Inquisición para ser transladado a las más mortíferas de San Juan de Ulúa, en donde debía sucumbir en abril de 1809, en el más horrible desamparo y no habiéndosele quitado los grillos que sujetaban sus pies, sino en los momentos de enterrarlo; y Verdad, sobre quien pesaba además el cargo de haber hablado por primera vez de soberanía del pueblo, doctrina que los fiscales Borbón, Sagarzurieta y Robledo tacharon desde luego de sediciosa y subversiva, que el inquisidor decano don Bernardo del Prado y Obejero declaró proscripta y anatematizada, y que el Tribunal de la Fe no tardó en condenar como herética, falleció en las circunstancias antes dichas... Los primeros, al presentarse el momento histórico oportuno, concibieron la idea de hacer la independencia provisional de México, aun cuando sabiendo bien que tal indepen-

dencia sería definitiva; fueron bastante hábiles para hacer que aceptaran tal idea, primero el Ayuntamiento, después el Virrey, y pusieron, durante dos meses, toda su ciencia, su elocuencia y su energía al servicio de aquella noble causa. El último, haciendo uso de la influencia que tenía sobre el partido mexicano, popularizó las ideas de los que luchaban por la independencia en las regiones oficiales, y dió forma prudente y práctica al proyecto de convocar un Congreso nacional. Y no hay medio mejor para apreciar los servicios que prestaron esos tres individuos a la causa que abrazaron, que reflexionar en la saña que desplegaron contra ellos sus enemigos.

Por lo tanto, ya que una triste necesidad nos obliga, por las razones que antes expresé, a olvidar los méritos de Azcárate, que él mismo nulificó con su conducta posterior, hagamos justicia a los que no flaquearon y sí supieron arrostrar la muerte; proclamemos que el Lic. Verdad y el P. Talamantes merecieron bien de la patria, y proclamémoslo con tanto mayor orgullo, cuanto que esos dos iniciadores de nuestra independencia, fueron en la América hispana, los primeros que hablaron de la soberanía del pueblo y mostraron a éste la tierra prometida de la libertad y de la democracia.

Manuel Puga y Acal. (7)

(1) Don José de Iturrigaray, 56o. virrey de la Nueva España, teniente general de los ejércitos españoles; gobernante débil y ambicioso. Hizo su entrada pública en la capital del Virreinato el 4 de enero de 1803. En la noche del 15 al 16 de septiembre de 1808, como conse-

cuencia de una conspiración tramada por don Gabriel de Yermo, fué aprehendido en Palacio por los conjurados, entre los cuales se hallaban los "Voluntarios del Comercio", que se habían armado con pretexto de repeler la invasión francesa, si se extendía hasta México. Conducido a la Inquisición en calidad de preso, trasladósele después al convento de Betlemitas; más tarde fué enviado a España, donde se le condenó por prevaricador, al pago de $434,413, cantidad que, después, uno de nuestros gobiernos reintegró a los herederos de Iturrigaray, devolviéndoles los bienes de éste, que se hallaban embargados, por creer que el virrey había sido el promovedor de nuestra independencia.

(2) Don Pedro Garibay, de quien hemos hablado en páginas anteriores.

(3) Llamado el Protomártir de la Independencia. Nació en la hacienda de Ciénega, Aguascalientes, el 9 de junio de 1760. Cursó la carrera de abogado en el Colegio de San Ildefonso, de México. Fué síndico del Ayuntamiento, en 1808, y en el seno de una junta a la que asistieron los principales personajes de la Iglesia y del Gobierno, sostuvo con valor increíble, dado el medio en que se hallaba, la siguiente tesis: "que disuelto el gobierno de la Metrópoli, mientras éste se rehacía, el pueblo, origen y fuente de la soberanía, debía reasumirlo, para depositarlo de nuevo en un gobierno provisional..."

Era, según don Carlos M. de Bustamante, letrado insigne, elocuente, dulce, fiel amigo, caritativo, y para que nada le faltase, hombre de interesante figura. La versión de que murió envenenado, nos parece la más fundada. El Sr. don Manuel Miranda Marrón, en un interesante estudio dedicado al ilustre síndico, la apoya con poderosos argumentos.

(4) Nombre que se dió, primero, a los voluntarios de Fernando VII, y después, a los partidarios de España.

(5) Distinguido abogado y literato, nacido en México a mediados del siglo XVIII. Nombrado en 1808 regidor honorario del Ayuntamiento de México, hizo con este carácter una representación al virrey, en la que sostenía la nulidad de los actos del Gobierno español, con motivo de la intervención napoleónica, y abogaba además, por la soberanía del pueblo; dando así, dice el notable biógrafo don Marcos Arróniz, una avanzada y temprana prueba del amor de México a la independencia y a la dignidad nacionales, adquiridas después con tantos sacrificios. Reducido a prisión, estuvo en ella hasta el mes de diciembre de 1811. Desgraciadamente, no sólo pidió su libertad al virrey, sino que en un discurso, que Alamán llama profético, afirmó que con el triunfo de los insurgentes acabarían el orden, la virtud y la justicia

Fué, sin embargo, uno de los signatarios del Acta de Independencia de México, de 1821; y desempeñó, consumada nuestra emancipación política, varios puestos públicos muy importantes. Escribió muchas obras jurídicas y literarias. Su muerte ocurrió el 31 de enero de 1831. Fué, por último, abuelo materno de doña Josefa de la Peña que, en 1865, contrajo matrimonio con el célebre mariscal Bazaine.

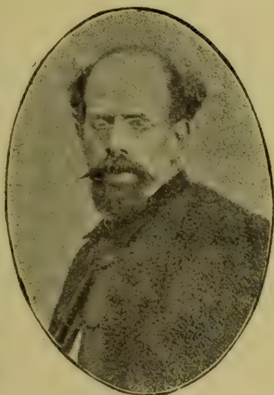
(6) Nacido en Lima el 10 de enero de 1765. Llegó a México por el mes de noviembre de 1789. Según las declaraciones de sus compañeros de religión, no era muy afecto a la vida de clausura ni a las prácticas de los ejercicios piadosos. "Se recogía, dice uno de ellos, a las doce o más de la noche. "por estarse en los juegos y tertulias" "ajenas a su estado" y "quién sabe en qué otras cosas". "Pero antes de estos informes, y aun después de ellos, escribe el erudito don Luis González Obregón, todos convenían en que el P. Talamantes era un joven de preclara inteligencia, de vasta ilustración y muy elocuente como orador sagrado". El virrey Iturrigaray lo comisionó en 1807 para que estudiase la cuestión de límites de Texas y la Luisiana, lo cual revela el alto concepto en que lo tenía. Los sucesos ocurridos en la Metrópoli en 1808, avivaron sus deseos de trabajar por la independencia de la Nueva España y por el establecimiento de un Congreso nacional. Aprehendido a las seis de la mañana del día 16 de septiembre de 1808, sometiósele a una averiguación judicial; y cuando ésta terminó, dispuso el Virrey que Talamantes fuese remitido a España, a disposición de la Junta Central, bajo partida de registro, en el navío San Francisco de Paula. Mientras se daba a la vela este barco, encarcelósele en el castillo de San Juan de Ulúa, en donde falleció víctima del vómito, en mayo de 1809, después de haber sufrido por su amor a la libertad, crueles padecimientos, como lo demuestra el hecho de que hasta que fué inhumado su cadáver, se le quitaron los grillos que atormentaran su cuerpo. ¡Crueldad inaudita, asienta con mucha justicia el Sr. González Obregón, que corona su martirio!

(7) Notable escritor. Se ha distinguido como poeta, como crítico, como historiógrafo y como periodista. Nació el 8 de octubre de 1860, en la ciudad de Guadalajara.



HÉROES DE LA CIVILIZACIÓN

Hubo un momento en la colonia de California en que los víveres llegaron a faltar completamente, pues a pesar de que los padres jesuítas Salvatierra, Ugarte y Bascaldúa habían hecho viajes a México y a Sonora en busca de recursos, sólo habían conseguido escasos auxilios de los particulares y promesas halagadoras del Gobierno. El P. Salvatierra (1) reunió a los colonos, haciéndoles presentes las circunstancias, y les dijo: "Si permanecemos aquí sin auxilios, quedamos expuestos a morir; si abandonamos el país, perdemos lo conquistado. ¿Qué debemos hacer?" Todos los misioneros, vecinos y soldados, resolvieron permanecer en California, cualquiera fuese la suerte que les esperara.



Gral. D. Vicente Riva Palacio

Vicente Riva Palacio.

(1) Ilustre misionero del siglo XVII. Fué provincial de los jesuitas, rector de los colegios de Guadalajara y de Tepozotlán, y uno de los beneméritos apóstoles de la civilización en California, donde estableció varias misiones. Murió el 18 de julio de 1717.

SERENIDAD PARA MORIR

La terrible epidemia del cólera hacía en 1833 desoladores estragos en nuestro suelo. En presencia del peligro, el célebre arquitecto don Francisco Eduardo Tres Guerras (1) arregló todos sus asuntos, y el día 2 de agosto salió precipitadamente de su casa y fué en busca de un confesor. Un amigo le encontró en la calle y le dijo:

—¿Adónde va usted con tal precipitación, amigo mío?

—Buena pregunta —contestó con calma Tres Guerras—, la muerte persigue con furor tremendo a los mortales; y en cuanto a mí, pocas horas me quedan de existencia en este mundo.

—Bah!—le replicó el amigo—, aun está usted muy robusto, bueno y sano. Dígame usted, ¿de dónde le ha venido esta idea?

—Amigo, no me queda mucho tiempo para platicar con usted. Adiós.

Tres Guerras se alejó dejando al curioso con la palabra en la boca.

Al día siguiente murió el octogenario artista. Por fortuna, viven sus obras, y ellas perpetuarán su memoria.

Francisco Sosa.

(1) Nacido en Celaya el 13 de mayo de 1745. En esta población construyó la hermosísima iglesia del Carmen, que es, como dice el Sr. Sosa, el monumento de su fama.

PREFIRIÓ LA MUERTE A LAS INJURIAS

Muy confusamente recuerdo que triunfante el partido liberal, cayó prisionero en Tampico al huir de la República, en unión de otros conservadores de nota, entre los que se encontraban don Teodosio Lares, Fernández de Jáuregui, Aguilar y Marocho y otros. Cayeron éstos prisioneros en poder del implacable General don Guadalupe García... García era de un genio indomable y feroz; al ver a los prisioneros les lanzó injurias tremendas, particularmente a Jáuregui, a quien befó, desgarró con sarcasmos crueles y trituró y remolió su amor propio con rabiosa crueldad. Jáuregui era un hombre anciano, seco, carilargo, moreno, desdentado y con un mirar resuelto y profundo. Al oír las amenazas de García, no pudiendo soportarlas, le gritó: ¡Alto, soldado fanfarrón, venga usted a ver cómo muere un hombre!, y se dirigió con paso majestuoso al cuadro de soldados que lo fusilaron lleno de entereza, y mirando con altivez despreciativa a su verdugo.

Guillermo Prieto

DIGNIDAD EN EL CADALSO

Cuando don Vicente Guerrero fué derrocado de la presidencia por el General Bustamante y se retiró al Sur (1), don Francisco Victoria (2) lo acompañó, y no tardó en secundar el pronunciamiento de don Juan Álvarez en contra de Bustamante. Fué hecho prisionero por las fuerzas bustamantistas, y conducido a Morelia, donde logró fugarse. Se dirigió a Puebla, donde tramó una conspiración que tenía por objeto llamar la atención de las fuerzas que guarnecían la ciudad de Cholula y Atlixco, y apoderarse de la plaza. El plan fué descubierto por el comandante militar de Puebla, quien aprehendió a los principales complicados, entre ellos a Victoria. Éste fué sometido a consejo de guerra, que lo condenó a muerte. La ejecución se efectuó el 11 de septiembre de 1830. Victoria, desde que supo que lo iban a ejecutar, pidió un sastre que le hiciera un traje de luto, el cual estuvo concluído al día siguiente. Cuando lo tuvo puesto, avisó Victoria que estaba listo, y pidió afeitarse, pero no le fué concedido. Se le llevó al sitio de la ejecución, donde había un banquillo. Pidió permiso para hablar, y dijo: "Compañeros y amigos: yo voy a morir, pero habrá muchos que vengarán mi muerte." Se sentó, y como en ese momento

el jefe de la fuerza se acercó para abrazarlo, lo detuvo y le dijo:

—Usted no es digno de abrazarme a mí: haga usted su deber.

Se sentó y esperó la muerte con serenidad.

Diccionario de Geografía, Historia y Biografía Mexicanas (3).

(1) En diciembre de 1829, en virtud de la declaración hecha por el Congreso de que el pronunciamiento de Bustamante, en Jalapa, había sido justo, y de que el general Guerrero estaba imposibilitado para gobernar a la Nación.

(2) Insurgente, nacido en Tamazula, Durango. Era hermano del esclarecido patriota don Guadalupe Victoria, primer Presidente de la República.

(3) Escrito por los señores don Alberto Leduc, don Luis Lara Pardo y don Carlos Roumagnac. Publicado en 1910 por la V. de Bouret.



LISTO PARA EL PATÍBULO



Gral. D. José Vicente Villada

El coronel Van der Smissen fué, entre los invasores que hicieron la campaña en Michoacán, quien mejor trató a sus prisioneros. Ya sea por consideración a sus soldados los belgas, que sufrían igual suerte en Zirándaro, ya por sus propios sentimientos elevados, desde julio de aquel año —1865— procuraba que el gobierno del "emperador" promoviese un canje con los republicanos. Después de su triunfo en Cerro Hueco entró en una activa correspondencia con el general Arteaga, según queda dicho en otra parte, y desde entonces se iniciaron las negociaciones.

El éxito de la batalla de Cerro Hueco fué particularmente grato a la archiduquesa Carlota, por razón de paisanaje con el coronel Van der Smissen y su tropa; pero tuvo el poco tacto de herir a aquellos valientes, cuando con motivo de dicha victoria el coronel De Potier, con su regimiento, fué a felicitarla a Chapultepec. La princesa recorrió el frente de aquella tropa de franceses, dirigiendo la pa-

labra a la mayor parte de los oficiales y aun a algunos soldados. En ese mismo día escribía la "emperatriz" las líneas siguientes: "Estaban soberbios (los soldados de De Potier) con su aire marcial, sus pantalones rojos, sus polainas y sus paños de sol blancos. A decir verdad, la vista de todo regimiento francés me causa un latido de corazón indefinible, y no sé qué sentimiento de consanguinidad. Esas banderas agujereadas que han quedado en los primeros recuerdos de mi existencia, producen en mí una sensación que no podré explicar. Es cariño, es admiración, es todo junto, porque ¿qué soy yo para esos hombres que lo son todo para mí?"

He aquí pospuestos a los belgas en estas palabras aduladoras. Nada extraño es que no solicitando los franceses, sino los belgas, el canje de los prisioneros, los deseos de Van der Smissen no se hubiesen tomado desde luego en consideración.

Después vinieron los acontecimientos que he narrado en los capítulos anteriores. Allí vimos que las cárceles de Pátzcuaro y de Morelia estaban henchidas de prisioneros republicanos, y que los que habían caído en Santa Ana Amatlán esperaban de una hora a otra que se cumpliese en ellos la orden de fusilamiento dictada por don Ramón Méndez, y que mandó suspender Maximiliano, tan sólo provisionalmente, a instancias de las señoras de Pátzcuaro.

Pero el temor de las represalias despertó en la "emperatriz" los recuerdos de consanguinidad que también la unían con los belgas, y entonces se de-

cidió el gobierno imperial a abrir por su parte negociaciones respecto del canje.

Los términos en que estaba acordada la orden del "emperador" se conocerán mejor leyendo la siguiente carta que el coronel José Vicente Villada (1), en nombre de sus compañeros, escribió al general Riva Palacio. Dice así:

"Prisión en Pátzcuaro.—Octubre 28 de 1865.—Señor general don Vicente Riva Palacio.—Mi General y amigo: Hoy mismo por extraordinario violento escribo a usted una carta en que le participo que la resolución del "emperador" es que se verifique el canje o que se lleve a efecto el decreto de 3 de octubre, es decir, que seamos todos pasados por las armas. Hemos visto original la carta del "emperador": está terminante. Por el correo extraordinario acompaño a usted copia de ella. Por consiguiente, nuestra suerte depende ahora de usted. Estoy tranquilo. Usted ha sido nuestro amigo y nuestro compañero en la felicidad y en el infortunio. Sin embargo, si usted cree que debemos ser sacrificados, no seré yo quien exhale una sola queja. Cuente usted siempre con el cariño de su subordinado y amigo.—*José Vicente Villada*" (2).

Eduardo Ruiz.

(1) Nació en México. Muy joven fué tipógrafo; después abrazó la carrera de las armas, en la que llegó a obtener el grado de general. Peleó bravamente en el Estado de Michoacán contra la Intervención y el Imperio. En esa época ganó, en heroicas lides, varios ascensos. Su nombre figura en la gloriosa historia del abnegado Ejército del Centro.

junto a las de Arteaga. Salazar. Régules y Riva Palacio. Estuvo en los sitios de Puebla, de Querétaro y de México. Al triunfo de la República fué periodista. diputado. regidor y senador. En 1889 tomó posesión del puesto de gobernador del Estado de México. Bizarro y clemente en la guerra; progresista y generoso en los tiempos de paz. como soldado legó nobles ejemplos: como gobernante. fomentó con incansable empeño las mejoras materiales. la instrucción. la moralidad y la beneficencia públicas: manejó con pureza inmaculada los fondos y los negocios del Estado. e hizo paternalmente. a las clases desheredadas. objeto de una protección conmovedora. Llorado por todo un pueblo, falleció en Toluca el 6 de mayo de 1904.

(2) El general Riva Palacio. después de hábiles y honrosas negociaciones en que logró salvar el decoro de México. aceptó el canje propuesto por el mariscal Bazaine. En el curso de dichas negociaciones, escribía al general imperialista Méndez, las siguientes palabras que revelan su generosidad. su patriotismo y su justificación: "Todavía no hay ni un cadalso levantado por mí. ni una familia a quien haya yo arrebatado su apoyo"... "No trato de ganar tiempo, pues usted, como general. comprenderá que en mi situación y con la decisión de morir antes que sucumbir a ninguna intervención extranjera, para nada necesito ganar días". "Si usted quiere el canje, déme mis jefes, oficiales y soldados: yo le daré los suyos, pero esto uno a uno y sin hacer esas odiosas excepciones que usted me propone". El 4 de diciembre de 1865 llevóse, por fin, a cabo el canje en el pueblo de Acuitzio. "Los prisioneros, dice el Sr. Ruiz. sin poderse contener, se abrazaron entre sí. luego se desprendieron del uno y del otro bando, y fueron a estrechar entre sus brazos a sus antiguos camaradas. Los belgas se dividieron en varios grupos y entonaron el canto de su patria. Nuestras músicas repetían el Himno Nacional... Sonó la hora de la despedida: los saludos cordiales se cambiaron de nuevo, y ambas fuerzas se pusieron en marcha... Nuestros soldados desaparecieron entre los obscuros pinares del camino de Tacámbaro".



NOBLEZA CON LOS VENCIDOS


General D. Ignacio Zaragoza.

El sentimiento nacional no se ha equivocado al colocar (el triunfo del 5 de Mayo) entre los sucesos más gloriosos de los anales patrios; y si el inmortal autor de "Fausto" ha podido decir de la batalla de Valmy: "De este lugar y de este día data una nueva época en la historia del mundo," la República ha podido decir del 5 de Mayo, con no menos razón: "De este lugar y de este día data una nueva época en la historia de México; en la historia de la América latina".

Inmenso fué el júbilo que el triunfo de las armas nacionales en Puebla causó en toda la República. El sentimiento de justicia y de dignidad, tan brutalmente hollado por los representantes de Napoleón III, se sintió satisfecho, estallando en manifestaciones de todo género. El Congreso de la Unión expidió un decreto en que declaraba beneméritos de la patria a los generales, jefes, oficiales y soldados que habían figurado en las acciones de Acultzingo (1) y Puebla, y se abrió una suscripción

nacional para regalar al general Zaragoza una espada de honor... Pero en medio del legítimo regocijo que embargaba a la nación entera, digno es de notarse que no se registrara ni un solo hecho, ni una sola palabra que lastimase a los franceses residentes en el país, o que humillase al ejército de Lorencez. Por el contrario, parece que todo México, así el pueblo como las autoridades, se esmeró en dar muestras de altísima civilización y humanidad, llevando su hidalguía hasta un extremo de que no se halla ejemplo en la historia de las guerras internacionales. En las proclamas de los jefes, en las comunicaciones oficiales, en los artículos de la prensa periódica, se enalteció constantemente el valor proverbial de los soldados franceses, su merecida reputación, lamentando que tan mal se empleasen en defensa de intereses bastardos...

La particular solicitud de que fueron objeto los prisioneros heridos, vino a ser la mejor contestación que pudo darse a las calumniosas aseveraciones del general francés. El pueblo y el ejército, presentados ante el mundo como una horda de salvajes, por el jefe de los invasores, dieron muestras claras de que en México la civilización es algo más que una simple palabra, y los mismos franceses residentes en Puebla se apresuraron a hacer pública su gratitud por la manera con que habían sido tratados sus compatriotas (2). No sólo eso, sino que por un exceso de delicadeza, que nos complacemos en consignar, el Gobierno ordenó que se devolviesen a sus respectivos dueños las cruces y medallas que les habían

sido quitadas en la batalla (3); disponiendo, además, que desde luego los prisioneros y en seguida los heridos, según iban curándose, fuesen devueltos al campamento francés; y como careciesen de recursos, mandó que se suplieran por la caja del Ejército, entregando a cada uno la suma que necesitaba para sus gastos de viaje.

J. M. Vigil.

(1) Ganada por el general Lorencez al general Zaragoza el 28 de abril de 1862. Las fuerzas del jefe francés ascendían a 6,000 hombres, en tanto que el general mexicano sólo tenía a sus órdenes 2,000.

(2) "Autorizados por un favor especial de V. E., decían los franceses radicados en Puebla al general Zaragoza, a visitar y auxiliar a nuestros desgraciados compatriotas, somos los fieles intérpretes de los sentimientos de gratitud que los animan, por los cuidados esmerados que reciben".

(3) Por digna de ser conocida, reproducimos la comunicación que el general Blanco, Secretario de Guerra y Marina, dirigió al general Zaragoza, el 10 de mayo de 1862. Dice así:

"El C. Presidente ha visto con particular satisfacción las medallas y cruces pertenecientes a individuos del ejército invasor, que Ud. remitió a este Ministerio; pero su noble corazón no pudo menos de enternecerse contemplando la inmensa y muy justa pesadumbre que debe haber causado a los dueños de aquellas condecoraciones, distintivo y premio debido al valor heroico, su pérdida en un lance de armas no de menos valor individualmente por parte de ellos, sino por los azares de la guerra, en que también merece respeto y consideración el valor desgraciado.

"En consecuencia, se ha servido disponer, y tengo yo la satisfacción de comunicarlo a Ud. para su cumplimiento, que todas las condecoraciones que en el calor del combate arrancaron nuestros soldados a sus bravos vencidos, heridos y prisioneros, les sean devueltas en nombre y como testimonio al valor del ejército de Oriente y de la generosa nación mexicana, considerándose que los desgraciados que las hubieren merecido por hechos distinguidos, cuya memoria es su-

perior a la misma muerte, no las desmerecen en ninguna manera, porque sumisos y debidamente subordinados, han venido a nuestro suelo a traernos una guerra inicua y loca, de cuyo origen y consecuencias serán responsables los que la previnieron.

"El C. Presidente comprende bien que las prevenciones e indicaciones anteriores, interpretan perfectamente los caballerosos sentimientos de Ud., a los que se encomienda su ejecución".



LA GENEROSIDAD DE UN VALIENTE

El 27 de abril y el 30 de julio de 1858, en la toma de las plazas de Zacatecas y de San Luis ocupadas por fuerzas que obedecían al gobierno que emanaba del plan de Tacubaya (1), Zaragoza (2) fué de los jefes a quienes se debió la victoria. Mandaba un cuerpo de infantería de Nuevo León. Por esta época tuvo un rasgo que da medida de su magnanimidad. El Gral. Zuazua, al derrotar en Cervantes a Miramón, hizo prisioneros a los oficiales Miguel Álvarez, Mariano Aparicio, Lorenzo Picazo y Manuel Marín, a los cuales debía pasar por las armas Zaragoza en la ciudad del Venado, según orden del jefe. Al recibirla, le contestó: "Cumpliré la orden y a las veinticuatro horas, según usted me lo previene, serán pasados por las armas los oficiales que me consigna." A la vez le decía a Zuazua en carta particular de 21 de abril de 1858: "De conformidad con la orden de usted de ayer, han sido puestos en capilla los cuatro oficiales prisioneros que vinieron de ese punto; pero francamente le diré que me ha puesto usted en el fuerte compromiso de ser el primer jefe de la frontera que haga ejecuciones a sangre fría, con la circunstancia desfavorable para mí, de que yo no concurrí a la gloriosa función de armas que usted tan bizarra-

mente ha sostenido. Considere usted mi situación... Ellos, los oficiales prisioneros, están recibiendo los auxilios espirituales: han muerto ya, créalo usted... Han sufrido más que la muerte misma, y yo me intereso en cuanto pueda valer, porque se perdonen. Estos mismos sentimientos he notado en muchos de mis compañeros." Y finalizaba con esta posdata sublime, de puño y letra de Zaragoza: "Séamos fuertes y terribles en el combate; pero después, que admiren nuestra humanidad los enemigos que no nos conocen." Los cuatro prisioneros se salvaron.

Ángel Pola.

(1) Proclamado por el general Zuloaga el 17 de diciembre de 1857 para derogar la Constitución de 5 de febrero.

(2) Vencedor de los franceses. Nació en la Bahía del Espíritu Santo, Texas, el 24 de marzo de 1829. En los primeros años de su juventud, fué comerciante. Después abrazó la carerra de las armas. No era general, asienta el señor Altamirano, en el sentido militar de esta palabra. Era general como Morelos, como Galeana, como Guerrero, como Matamoros, es decir: tenía un ojo perspicaz, un arrojo de león, un prestigio que hacía que lo adoraran sus soldados, y todo con un fondo inmenso de patriotismo. Así, agregaba en 1865 el ilustre literato, Zaragoza ha tenido por colegas a Coronado, a Patoni, a González Ortega, a Rosales, a Corona, a Régules y a otros muchos que hoy ilustran todavía su nombre combatiendo por la patria." Saltillo, Monterrey, Guadalajara, Silao, Calpulálpam y Puebla, fueron testigos de su bizarría. En 1861 renunció el Ministerio de la Guerra para ponerse al frente de una división del Ejército, demostrando con ello que él, lo mismo que otros hombres de su época, sabían descender de los más altos puestos para ocupar otros inferiores, porque se hallaban inflamados de un patriotismo y de un desinterés hoy bien escasos. Poco después de su triunfo sobre los franceses, murió en Puebla el 8 de septiembre de 1862, a los 33 años de edad, víctima de una fiebre tifoidea. "Para los republicanos consternados, dice don Justo Sierra, el héroe muerto ya no era el héroe de

la antigüedad: era el guerrero de la fábula, el hijo de Priamo, Héctor, el domador de caballos y destructor de hombres. ¿No tenía la piedad y la ternura del troyano ilustre, que solía dejar por un momento el casco resplandeciente, para besar a su hijo?... Se evocaba su modestia de soldado que no hablaba de victorias y era incansable narrando derrotas; su delicadeza para consolar a los heridos en el campo de batalla y en el hospital de sangre; su caballeresca dignidad con los prisioneros; su entereza en el consejo de ministros; la fe que le inspiraba su frase a Zamacona: "El suelo y el clima pelearán por nosotros..." Francisco Zarco escribía como síntesis de aquel acontecimiento: "Antes defendíamos a la Patria; hoy tenemos que defender, además, la tumba de Zaragoza".



UN HERMOSO PERDÓN

Entre los muy curiosos pasajes de la vida del General en Jefe del Ejército Republicano de Oriente, en la época de la lucha contra la Intervención Francesa y el Imperio de Maximiliano, vamos a transcribir aquí uno que el mismo Porfirio Díaz, siendo Presidente de la República, refirió en sus "Memorias." Dice así:

"4 de abril de 1867.—En la entrevista que tuve en el Palacio Episcopal de Puebla con los prisioneros de los cerros de Guadaluqe y de Loreto, que acabo de referir en el capítulo precedente, ocurrió un episodio que merece mencionarse especialmente. El coronel Vital Escamilla, que estaba entre los prisioneros, había sido a la fecha de mi evasión de Puebla, jefe político del Distrito de Matamoros Izúcar, y cuando el Conde de Thun publicó una circular ofreciendo diez mil pesos a quien me aprehendiera o me matara, Escamilla, en su calidad de jefe político, y al reproducir la circular, guiado por un exceso de celo en favor del Imperio, ofreció mil pesos más de su peculio. Probablemente por este motivo tenía miedo de acercarse a firmar, porque estaban firmando en mi presencia sus compañeros. El coronel Visoso, que estaba al servicio de la República y que

era compadre y muy amigo de Escamilla, y que estaba también presente, vino a rogarme por su perdón, suponiendo que tenía escondido en la ciudad a Escamilla y ocultándome que estuviera presente entre los prisioneros. Yo, que aunque no conocía personalmente a Escamilla, lo conocí en esos momentos porque alguien me lo acababa de denunciar, concedí a Visoso lo que me pedía, y llamando a Escamilla por su nombre, manifesté a los dos juntos que si no había salido en libertad era porque aun no había firmado, y esperaba yo que lo hiciera al tocarle su turno.

Escamilla trató de excusarse conmigo, diciendo que suponía que habrían llegado a mi conocimiento ciertas calumnias vertidas en su contra. Le contesté que, en efecto, había llegado a mi poder un ejemplar de su circular, que conservaba en mi cartera; lo saqué y se lo devolví, diciéndole que celebraba mucho que no hubiera llegado el caso de que yo perdiera mi cabeza, ni de que él hubiera tenido que gastar sus mil pesos. En seguida firmó la protesta y salió en libertad, recomendándole yo antes, que este caso le sirviera de experiencia para lo futuro. Después ha sido uno de mis más leales amigos, sin embargo de que sus ideas políticas son contrarias a las mías. Actualmente es diputado al Congreso de la Unión."

Leopoldo Archivero (1).

(1) Seudónimo del erudito escritor tabasqueño D. Manuel Mestre Ghigliazza, autor de trabajos históricos muy interesantes.

PERDONÓ A TODOS SUS PRISIONEROS

A principios de junio de 1860, González Ortega propuso a Miramón el canje del Gral. Díaz de la Vega y demás prisioneros de Loma Alta (1) por el Gral. Uraga y oficiales constitucionalistas hechos prisioneros en Guadalajara el 24 de mayo, a lo que contestó negativamente el ministro Díaz diciendo que el Presidente no podía aceptar el canje propuesto... Al saber esto González Ortega, pasó a ver a Díaz de la Vega y demás prisioneros, les dió a conocer la contestación de Miramón, y en seguida les concedió la libertad sin condición ninguna, poniendo a disposición de dicho general la suma de $500.00 para que la repartiera entre sus compañeros. Debemos advertir que González Ortega obró de esta suerte bajo su responsabilidad, y que su conducta fué aprobada por el general en jefe don Santos Degollado.

J. M. Vigil.

(1) Batalla ganada por las fuerzas republicanas a las conservadoras el 24 de abril de 1860.

TODOS EN LIBERTAD!

Al amanecer del día 10 de agosto de 1860 se empeñó la batalla de Silao (1) con un valor extraordinario por ambas partes: el combate se generalizó en toda la línea, y a las ocho y media de la mañana, después de tres horas de sangrienta lucha, la victoria se declaró en favor de los constitucionalistas sufriendo Miramón una completa derrota. Allí acabó el cuerpo de ejército que el joven general había estado reuniendo con tanto esfuerzo, desvaneciéndose todas las esperanzas que los conservadores habían cifrado en aquella campaña. "Después de un reñido combate, decía González Ortega en el parte oficial que dirigió a Degollado, en el que ha corrido con profusión la sangre mexicana, ha sido derrotado hoy completamente D. Miguel Miramón, por las fuerzas de mi mando, dejando en mi poder sus armas, su inmenso tren de artillería, sus municiones, las banderas de sus cuerpos, y centenares de prisioneros, incluso en éstos algunos generales y multitud de jefes y oficiales". Estos últimos fueron luego puestos en libertad, sin restricción de ninguna especie, no obstante hallarse entre ellos algunos que habían gozado de igual gracia después de ser he-

chos prisioneros en las acciones de Loma Alta y de Peñuelas, rasgo de humanidad y nobleza que honra en gran manera al jefe vencedor.

J. M. Vigil.



BONDAD DE GUERRERO

Guerrero, dando vuelo a los impulsos generosos que nunca faltaron en su corazón, rehabilitó a los oficiales que tomaron parte en el pronunciamiento de Montaño (1) y Tulancingo, declarando el goce del montepío militar a las viudas de los que hubiesen fallecido expatriados por aquella causa.

El 15 de septiembre de 1829, deseando señalar el aniversario de la Independencia con un acto de justicia y de beneficencia nacional que reintegrase los derechos de la naturaleza a una parte desgraciada del país, decretó lo siguiente: "I.—Queda abolida la esclavitud en la República. II.—Son, por consiguiente, libres los que hasta hoy habían sido considerados como esclavos....."

Con fecha 16, con objeto de solemnizar el mismo Grito de Dolores, sin fijarse, con verdadera grandeza de alma, si su victoria de Tulancingo (2) habríale o no conquistado la enemistad de los jefes allí representados, "deseando, dice el Decreto, manifestar a la República el aprecio con que veía a los individuos que contribuyeron a la libertad de la patria, y considerando que ahora más que nunca debe existir entre los mexicanos un solo sentimiento, una opi-

nión y un deseo, concedió amnistía a los que por disposición del decreto de 15 de abril de 1828 habían sido expatriados por hallarse comprendidos en el Plan de Montaño, pudiendo en consecuencia regresar al territorio de la República, y continuar en el goce de los empleos que tenían al expedirse el citado decreto de 15 de abril. Los generales Bravo y Barragán quedaban, pues, en libertad de volver al seno de su patria.

Enrique de Olavarría y Ferrari.

(1) El teniente coronel don Manuel Montaño se pronunció en Otumba el 23 de diciembre de 1827. En el plan respectivo, se pedía la expulsión de los españoles y del ministro americano Poinsset, la extinción de las sociedades secretas y la separación de don Manuel Gómez Pedraza, Secretario de Guerra y Marina. El general Bravo, Vicepresidente de la República y jefe del partido escocés, se puso al frente del movimiento

(2) Obtenida el 7 de enero de 1828 sobre los partidarios del plan de Montaño. Cayeron prisioneros varios jefes, entre otros el general Bravo, que poco después fué desterrado.



LA CLEMENCIA DE UN VENCEDOR

Como aquel Enciso, administrador de alcabalas de Oaxaca, quien en una carta a D. Manuel Dublán declaraba su "fusilata segura" si caía en manos de "ese hombre" (Porfirio Díaz), así también los oficiales y jefes refugiados en los cerros, al caer prisioneros, se daban por ejecutados antes de serlo (1).

Los oficiales salían a entregarse sin llevar consigo más que "lo encapillado". El alma les volvió al cuerpo cuando el general vencedor les dijo que sacaran sus equipajes, artículo innecesario para un viaje a la eternidad. Pero no por eso su situación, y particularmente la de los jefes, dejaba de ser grave... "Cuando estuvieron presentes en un departamento del Palacio Municipal, solicitaron hablarme y me suplicaron que les permitiera la entrada de algunas personas de su familia con quienes deseaban comunicarse, así como la de sacerdotes católicos y notarios, porque tenían que hacer algunas postreras disposiciones.

"...Les contesté que podían tranquilamente ejecutar cuanto quisieran hasta las tres de la tarde. Cuando esto pasaba serían las 8 y media de la mañana." (Memorias del Sr. Gral. Díaz.)

Contra su costumbre, el caudillo afectaba un aire

sombrío, expresión de voluntad implacable.... Ordenó que se les pusieran útiles de escribir, papel sellado de todas clases y que se les distribuyera en cuartos separados para que pudieran aislarse en compañía de los sacerdotes confesores que habían mandado llamar. En tanto que los jefes confesaban sus pecados y escribían sus disposiciones testamentarias, Porfirio se distraía de sus preparativos de marcha sobre México, para maquinar algo, sin duda terrible, contra los prisioneros. Entre éstos se contaban algunos obispos traidores declarados presos en su Palacio episcopal. A este mismo lugar fueron conducidos de orden superior los oficiales prisioneros, cerca de 300. Si a éstos se añadían los jefes ya en capilla ¡qué sensacional fusilata!

El silencio persistente del general en jefe la hacía esperar. "Como a las tres y media de la tarde, fuí a decirles (a los jefes) que se dispusieran a salir conmigo. Los conduje personalmente, sin más escolta que mis ayudantes, al Palacio episcopal donde estaban todos los prisioneros, de coronel a subteniente, que serían 300, y donde estaban también los obispos a quienes había notificado su prisión. Una vez allí, y estando todos juntos, les manifesté que según las leyes vigentes todos estaban sujetos a la pena de muerte; pero que tratándose de un número tan grande, me parecía que el Gobierno, cuando tuviera conocimiento del caso, haría alguna gracia; mas para eso era necesario conservarlos en prisión muy rigurosa, y yo, que acababa de sufrirla, sabía cuán peno-

sa era, y quería evitarles ese sufrimiento si se comprometían bajo sus firmas, a presentárseme cuando los llamara por la prensa si así lo exigía el Gobierno; que procedía yo así por la absoluta confianza que tenía en la gran victoria de la República.... Todos contestaron conmovidos que se sometían, y comenzaron a firmar el documento de compromiso que les hice leer en voz alta, saliendo en libertad según iban firmando." (Memorias").

Si Porfirio Díaz hubiera querido satisfacer venganzas personales con los fusiles de la República ¡qué buena ocasión! ...Había allí entre los prisioneros, muchos oficialitos que le volvieron desdeñosamente la espalda mientras saludaban al austriaco, jefes y altos clérigos que le maldijeron civil y canónicamente, cuando él mismo no era más que un militar prisionero. No tenía más que entresacarlos del montón a razón de 1 por 10, y aplicarles con parsimonia una ley marcial preexistente que condenaba a muerte a la masa total......

El triunfo no era completo todavía. Faltaba batir a Márquez, tomar a México. El Microcristo austriaco encerrado en Querétaro, encontraba en Miramón su Pedro batallador cuya espada amenazaba las orejas de tantos Malcos republicanos dispuestos a aprehenderlo.

Sin embargo, el jefe de Oriente prodigaba "larga manu" la libertad a los vencidos. No era sólo a los de Puebla. También los retenidos en Oaxaca y otros lugares, hechos prisioneros en las batallas de Mia-

huatlán (2), y la Carbonera (3) y en la toma de Oaxaca (4) fueron favorecidos por orden fechada el 4 de abril (5).

Salvador Quevedo y Zubieta.

(1) Después de la toma de Puebla el 2 de abril de 1867.

(2) Ganada por el general Días el 3 de cotubre de 1866 al general Oronoz y su subalterno el coronel francés Testard, que murió en la acción. Las fuerzas republicanas constaban de 700 hombres, en tanto que las imperialistas tenían 3,000.

(3) Ganada por el mismo general Díaz, el 18 de octubre de 1866, a las fuerzas imperialistas compuestas en su mayoría por extranjeros, de los cuales 381 cayeron en poder del jefe vencedor. "Fué una hazaña tan notable, dice el P. Rivera, que aunque no me atrevo a afirmar que ha sido la más gloriosa de Porfirio Díaz, sí aseguro que es la que siempre me ha causado más placer y admiración".

(4) Por el general Díaz, en virtud de la capitulación del general Oronoz, el 31 de octubre de 1866. Poco después, el 16 de diciembre del mismo año, el general Díaz, refiriéndose a sus triunfos en el Estado de Oaxaca, escribía, modestamente, a don Matías Romero las líneas que siguen: "Creo que habrá recibido mis cartas y visto los partes oficiales que le habrán informado de la fortuna con que se ha peleado por nuestra parte. Llamo a esto una fortuna, atendida la desigualdad y escasez de nuestros elementos comparados con los del enemigo; pero, en fin, ya con esfuerzo pude cumplir lo que ofrecí a usted de hacer la campaña en este Estado, aun cuando nada se me enviase, pues mi deseo era principiar nuevamente arrebatando al enemigo lo que me era necesario".

(5) La generosidad del general Díaz, como Jefe del Ejército de Oriente, ha sido elogiada por los mismos escritores extranjeros. En cuanto a los mexicanos, baste recordar que cuando el glorioso caudillo hizo su entrada en la ciudad de México el 21 de junio de 1867, el ilustre literato y político don José M. Lafragua le dirigió en nombre de la Comisión Municipal las siguientes honrosísimas palabras: "Estos timbres (los de su honradez y su nobleza) más gloriosos que los que brindan cien batallas, forman vuestra corona cívica, y son los que legarán vuestro nombre a la posteridad, justamente honrado con el entusiasmo que arrebata el valor, con el amor que produce el patriotismo y con el respeto que inspira la virtud".

OTRO HÉROE MAGNÁNIMO

Antonio Rosales (1), vencedor de los imperialistas el 22 de diciembre de 1864, como todo el mundo sabe, en el vecino pueblo de S. Pedro (Sinaloa), es sin disputa una de las más salientes y simpáticas figuras de la historia universal. Su carácter caballeresco, su triple aspecto de guerrero, legislador y bardo, su indómito valor, su magnanimidad, y aun sus genialidades le singularizan de tal manera, que al ver su retrato pintado por Job Carrillo, se experimenta una impresión particular que no producen los retratos de otros grandes hombres. Recuerda uno sus hazañas, su grandeza de ánimo, su patriotismo, su muerte trágica, su talento; sin embargo, se contempla que revela humildad y modestia en la sencillez natural de la postura y en la ingenua expresión de la fisonomía.

La batalla de S. Pedro en sí misma y por sus consecuencias constituye una de las páginas más gloriosas de la historia del Nuevo Mundo. Cuando el tiempo transcurra y los siglos hayan depurado sucesos todavía tan recientes, Rosales y sus compañeros tomarán en la fantasía popular proporciones más gigantescas que la de la mayoría de los héroes que la antigüedad legó a las edades... Venció a las huestes invasoras con soldados bisoños, reclutados la vís-

pera. con inferioridad en todos sentidos de elementos de guerra; y sabido es que salió al encuentro de los enemigos de su patria sin esperanza en el triunfo; pero resuelto a salvar por su parte la dignidad nacional consiguiendo en el combate una muerte gloriosa..... La fortuna fué propicia a su genio, a su valor, a las armas nacionales: la victoria orló su frente con inmarcesible lauro, y sobre el mismo ensangrentado campo de batalla ungido para los siglos con su aliento heroico, desplegó luego la magnanimidad de su corazón y la energía de su carácter. Fué misericordioso con los vencidos, perdonando la vida a todos sus prisioneros..... como décadas antes lo había hecho también, en análogas aunque más aflictivas circunstancias, el egregio paladín insurgente D. Nicolás Bravo.

¡Gloria eterna y eterna remembranza al vencedor de S. Pedro!

Francisco Gómez Flores (2).

(1) Nació en Juchipila, Zacatecas, en 1827. En Guadalajara hizo estudios de latinidad y filosofía. Dedicóse algún tiempo a literatura. Fué periodista y poeta; después Gobernador del Estado de Sinaloa y General del Ejército. Murió trágicamente en Alamos el 24 de septiembre de 1865. Su victoria sobre los franceses tuvo tanta significación, que el esclarecido patriota don José M. Iglesias decía en aquella época: "Este triunfo es, en sus resultados materiales, el más importante que hasta ahora han alcanzado las armas republicanas. Por primera vez han quedado en nuestro poder la artillería y tren de guerra del enemigo, en unión de sus jefes y oficiales, con excepción únicamente de los que sucumbieron en el combate".

(2) Distinguido escritor, que ejerció brillantemente la crítica literaria. Nació en la ciudad de México el 9 de febrero de 1856; pero pasó la mayor parte de su vida en Sinaloa, en donde tuvo a su cargo importantes puestos públicos. Murió en 1892.

VENGO A NO SER VERDUGO

El humilde ciudadano a quien el gobierno centralista de Mazatlán vió con ojos sospechosos y arrojó a los confines del Norte del Estado, pronto se debía singularizar por su talento en los estrados de las oficinas públicas de Sinaloa, de las que llegó a ser jefe; el obscuro soldado, imberbe aún, que defendía a la Patria en las fronteras del Bravo, pronto debía ser el héroe aquilino de Escuinapa y de S. Pedro; y el hombre escarnecido por los propios republicanos, que le veían con celo, debía ser por ellos mismos glorificado cuando en sangriento hecho de armas "entregaba su alma a Dios y su venganza a la Patria".

Y ya que se ha conocido al político sagaz, al soldado indomable, al hombre de gran carácter, a quien tantas veces iluminó el sol de la gloria, preciso es que también se conozca al hombre íntimo, al caballero sin tacha, para lo cual basta referir algunas anécdotas que hasta nosotros han llegado de labios de sus contemporáneos.

Servía Antonio Rosales en clase de tropa en el 1°. de Coraceros de la Guardia que mandaba el coronel Francisco Güitián, en la época de la guerra con los Estados Unidos, cuando se le ordenó de parte de su

jefe, que le diera un banco de palos a un soldado que acababa de singularizarse por su valor en un encuentro de armas y que después había cometido una falta. La orden pasó por los conductos de ordenanza, y cuando se la comunicaron a Rosales contestó enérgicamente: yo no doy esos palos. Honda sensación causó aquella respuesta, que fué comunicada al coronel, a quien desagradó sobremanera, y repitió su orden en términos vehementes. Dos o tres veces insistió Rosales en su resolución, y deseando Güitián conocer al soldado que así se conducía—y a quien había mandado castigar severamente— ordenó que lo llevaran a su presencia y con tronante voz le dijo:

—¿Por qué se resiste Ud. a cumplir una orden superior?

—Mi coronel, contestó Rosales, porque yo no vengo aquí a servir de verdugo; yo vengo a defender a mi patria.

Conocidos después por el coronel los antecedentes de Rosales, no solamente le levantó el castigo sino que le colmó de atenciones y fijó en él su atención.

F. Javier Gaxiola.



NO QUISO FUSILAR A SUS VENCIDOS

—Esta es la infame guerra, la guerra cruel y tremenda en que estamos metidos... Hoy por ti, mañana por mí.... y al otro día por todos... Yo aguardo lo que venga... y que venga en buena hora.

Y se reflejó en el rostro moreno del coronel (1) una impresión de tristeza y de conformidad que parecía la resignación anticipada con una suerte incierta y lejana.

—Los demás tampoco tienen remedio; ya di el parte: dos generales, dos coroneles y un teniente coronel.

—Villagómez....

—Es un hombre peligroso.

—Villada....

—Es el único que me hace vacilar... Mis oficiales, no en cuerpo, porque las representacciones en cuerpo están prohibidas, pero sí aisladamente, han venido a pedirme que perdone a Villada....

—Concédales Ud. lo que solicitan.

—De buena gana lo haría; pero en México se conocen ya hasta los nombres de los que serán fusilados.... Me inclino a la clemencia, porque la buena causa, la causa de la humanidad, le debe a Villada

un gran servicio: el día que tomaron los chinacos a Uruapan, dispuso Arteaga que fueran fusilados todos los oficiales (imperialistas) de teniente arriba; dió la orden a Vicente Villada; eran treinta y cinco, y treinta cinco valientes que estaban ya dispuestos al sacrificio; pero el comandante Villada comprendió lo horrible del caso y le dijo a Arteaga con entereza: "Sé a lo que me expongo, que es a que Ud. me mande fusilar; pero yo no hago eso que Ud. me ordena, porque no soy carnicero." —"Cumpla Ud. la orden, señor comandante." —"Le ruego a Ud. me diga en dónde me presento arrestado para que se me forme consejo de guerra." Arteaga, ya con el aura epiléptica en los ojos, babeando de rabia y de enfermedad, se limitó a decir al atrevido muchacho: "Retírese Ud." Ya iba lejos el bizarro chinaco, cuando Arteaga le llamó de nuevo, diciéndole: —"Fusile nada más al prefecto, a Paz y a Lemus".—Y volviéndose a los presos que ya aguardaban la rociada de balas que había de acabar con ellos, les gritó a voz en cuello:

"Ustedes quedan perdonados; pero no por mi gusto, sino por el influjo del señor comandante Villada, a quien nada puedo negar este día."

—Pues vale la pena de que Ud. le perdone ahora.

—¿Y qué hago para comprobar el fusilamiento del quinto chinaco?

—Hay tanto bribón entre estas gentes, con cuya muerte, en vez de perder, ganaría el Imperio....

—Tiene Ud. razón..... me acaba de dar la gran

idea.... Sí, sí, en efecto, cualquiera de estos gavilleros puede tomar el sitio de Villada.... Y cabalmente hay uno que está ni mandado hacer para el caso, un tal Juan González (2) que fué sacerdote mercedario, dieguino o no sé qué, y que ahora anda robando y asesinando en compañía de estas gentes...

—¿Y el prefecto, señor?, dije dejando para lo último a quien más me interesaba.

—¡Oh, el prefecto!.... Ese es un viejo que tiene más de loco que de perjudicial.... Yo le mando a México y con eso cumplo.... De allá que lo envíen a Yucatán, a la Martinica, adonde quiera.

—No merece tanto, señor.

—¿Se interesa Ud. de veras por él? Le mando preso a Morelia por unos días, y luego que haya pasado la novedad le pongo libre. ¿Qué dice?

Dije que sí por temor de no obtener otra cosa, y seguí abogando largamente en favor de Villagómez.

—No, y no, señor. Y por Dios que no se empeñe mucho porque entonces no me decido por Villada...

Viendo la irremediable me retiré compungido, y al salir a la puerta me topé con Villada que salía de la capilla, mientras entraba un guerrillero que a la cuenta debe haber sido el fraile renegado.

Desde aquel momento Méndez se encerró en su tienda como Aquiles (el griego, no el mío) y se rehusó a recibir enviados y diputaciones que le fueran a poner en más torturas y dificultades.

Victoriano Salado Álvarez.

(1) Don Ramón Méndez, jefe imperialista en cuyo poder cayeron, en Santa Ana Amatlán, los jefes republicanos Arteaga, Salazar, Díaz, Villagómez y Villada, víctimas de una sorpresa, el 13 de octubre de 1865. Con excepción de Villada, que fué indultado en virtud del rasgo de generosidad referido en las anteriores líneas, los demás fueron pasados por las armas el 21 del mismo mes, en la ciudad de Uruapan. Corrió la misma suerte dolorosa el sacerdote Juan González.

(2) Natural de Texcoco. Fué fraile mercedario del convento de México. En la época de la Reforma abandonó el claustro para ir a alistarse en una guerrilla liberal que combatía en el Estado de Guanajuato. Después peleó contra la Intervención y el Imperio, en Jalisco y en Michoacán.



MIRAMÓN, CABALLERESCO

Tal fué el éxito de la acción de la Estancia de las Vacas (1) que puso en manos de los tacubayistas (2) todo el Bajío, desbaratando la tempestad que tan amenazante aparecía en los primeros días de noviembre. Enormes fueron las pérdidas de los liberales en armas, pertrechos y prisioneros; pero el jefe vencedor (Miramón)—no abusó de su triunfo; por el contrario, al llegar a Apaseo se dirigió al alojamiento del general constitucionalista D. Santiago Tapia, gravemente herido, quien dijo al verle:—"Disponga V. E. de mí: sólo recomiendo a mi ayudante, que por fidelidad no se ha separado de mi lado." A lo que contestó Miramón: "Siento encontrar a Ud. en estas circunstancias: nada tengo que disponer más que lo necesario para su pronto restablecimiento; deploro la desgracia que divide a la nación en dos partidos, y deseo, como nadie, que la lucha civil termine para no formar más que una familia de hermanos: nada tema Ud. por su ayudante: si Ud. muere, queda en libertad para ir adonde guste." Mejía se condujo de una manera semejante con el general D. José Justo Álvarez, que la víspera de la batalla perdió una pierna, herido casualmente

por la bala de una pistola que se disparó al caer. Estos rasgos de generosidad en medio de la febril agitación de las pasiones políticas, indicaban claramente el cambio que se había efectuado en el espíritu del joven presidente tacubayista, colocado bajo impresiones muy diversas de las que en él dominaban en la memorable jornada del 11 de abril.

J. M. Vigil.

(1) Ganada por el general Miramón al general Degollado el 13 de noviembre de 1859. Antes de ella, los dos caudillos celebraron una entrevista que no produjo ningún resultado, pues Miramón dando una muestra de laudable lealtad, se negó a aceptar las proposiciones halagadoras que se le hicieron para que reconociese al Gobierno Constitucionalista. Degollado, por su parte, reveló una vez más desinterés y patriotismo, puesto que, al intentar un arreglo con su adversario, no perseguía otro fin que el que cesase el derramamiento de sangre mexicana.

(2) Partidarios del Plan de Tacubaya proclamado por don Félix Zuloaga, según hemos dicho en páginas anteriores.



EL ALMA DE MORELOS

Una noche, en uno de esos horribles calabozos de la Inquisición, cuando más atormentado se hallaba Morelos por sus penosas circunstancias, sonó la puerta y no volvió el semblante porque era frecuente que lo fueran a insultar en su desgracia algunos españoles, que con tal objeto cohechaban al carcelero.

Pero cuál fué su sorpresa cuando se oyó nombrar con la mayor dulzura.

—Señor, vengo a pedir a Ud. un favor.

—¿Cuál es?

—Muy grande, señor. Aquí tiene Ud. las alhajas de mi mujer; esta es la cajita de mis ahorros, señor.

—¿Qué quiere Ud. decir con esto?

—El carcelero duerme el sueño de la embriaguez: Ud. no tiene grillos; en las puertas no hay centinelas. Sálvese Ud., señor, que su vida es el tesoro de mi patria.

Sin poder casi articular palabra Morelos, por el llanto del reconocimiento, dijo a su libertador:

"—Amigo mío, es muy fácil cosa averiguar que Ud. me ha sacado, pues Ud. entra y sale por razón de su destino, en estas cárceles; Ud. tiene familia y, por consiguiente, dentro de poco es perdido con ella.

El cirujano oía, con los ojos rasados de lágrimas, y en medio del mayor desconsuelo.—No permita Dios que le cause el menor daño, dijo Morelos. Déjeme morir y en mí terminará todo.

La resolución de Morelos fué inflexible. Se contentó el caudillo con que el cirujano le diese su nombre. Este, con un enojo mezclado de ternura, le dijo abrazándole: Francisco Montes de Oca.

En medio de la noche fué trasladado el Sr. Morelos a la Ciudadela, en donde permaneció con las seguridades correspondientes, mientras le formaba causa el Sr. Bataller, con un sigilo extraordinario....

Guillermo Prieto.



DOS AMIGOS EJEMPLARES

Una mañana—eran los últimos días de mayo de 1861—la hacienda de Pomoca se vió rodeada de soldados: un oficial español, seguido de un pelotón de soldados, se introdujo a la sala y se apoderó de D. Eutimio López, creyendo haber aprehendido al dueño de la finca. La tropa iba a retirarse, cuando salió D. Melchor Ocampo que se hallaba en las piezas interiores y que había sabido la presencia de los reaccionarios y la prisión de su amigo, cuyo silencio tenía por objeto salvar al filósofo, bien persuadido de que su muerte estaba decretada.

—¿A quién buscan Uds.?, preguntó D. Melchor lleno de tranquilidad.

—A Ocampo, respondió Lindoro Cajigas, comandante de la fuerza.

—Yo soy Ocampo, llévenme ustedes y dejen libre al señor, que está aquí de visita.

Cajigas ha de haber agradecido, no comprendiéndolo, este acto de heroísmo y de honradez; y sin permitir que su víctima tomase algunas monedas, un abrigo, ni siquiera un sombrero, dió la orden de marcha....

Amaneció el 3 de junio de 1861. Una escolta se presentó en la prisión.

—¿Ya es hora? preguntó Ocampo sin que en su fisonomía se notase la menor alteración. Se arregló su abundante cabellera y pidió recado de escribir.

Los soldados estaban admirados de tanto valor. Jamás habían visto serenidad como la de aquel hombre. Escribió su testamento....

Asegurados los intereses de su familia, con paso firme se dirigió al lugar de la ejecución; allí pidió de nuevo la pluma y el tintero, y sobre el tronco del árbol en que fué colgado después de su muerte, escribió su último pensamiento, al calce de la memoria testamentaria. Es el legado de su biblioteca al Colegio de San Nicolás.

Después apoyó sus manos en el tronco de aquel árbol, reclinó sobre ellas la cabeza y oró algunos minutos...

Una descarga de fusilería segó aquella vida tan fecunda en bienes para la patria.

Eduardo Ruiz.



UN MÁRTIR Y UN AMIGO



Gral. D Leonardo Márquez

A los pocos días, el 23 de junio de 1861, fué derrotado en el Monte de las Cruces el general don Leandro Valle (1) por Márquez y Gálvez, después de haberse batido bizarramente durante cuatro horas. Hecho prisionero, Márquez dispuso que fuese inmediatamente fusilado "sin consideración alguna a su valor, ni a los principios del derecho de gentes", como dice el general Ramírez de Arellano.

La muerte de Valle fué en extremo sentida, no sólo por la pérdida irreparable que sufría el partido liberal, sino por las nobles y recomendables dotes que adornaban a aquel jefe. Joven, instruído, de honradez inmaculada y de un valor a toda prueba, Valle se había distinguido por sus sentimientos humanitarios hacia los vencidos. "Cuando Miramón cayó en desgracia, dice un biógrafo suyo, ninguna persona le inspiró más confianza para encargarle a su familia que el general Valle cuya caballerosidad conocía bien a fondo: no vaciló, pues, en dirigirle una

carta (2). Nadie podía explicarse cómo Valle tomaba tanto empeño en hacer que la esposa de Miramón saliese del país sin ser molestada en lo más mínimo, y cómo pudiera acompañarla en unión de una hermana suya, a hablar con el Exmo. Sr. Presidente cuando corrió peligro de ser fusilado el licenciado don Isidro Díaz. Grandes cargos se le hicieron por estos hechos al malogrado Valle, y sólo contestaba que después de haber depositado en él su confianza Miramón, no podía faltar a la decencia, dejando burladas las esperanzas de su amigo de la infancia, de su antiguo compañero de colegio." De esta nobleza y de esta humanidad había dado pruebas recientes, tomando parte muy activa para salvar a los presos políticos Díaz y Casanova la noche en que se vieron amenazados a consecuencia del asesinato de Ocampo.......

La muerte de Valle fué acompañada de un episodio que debe calificarse de heroico. El coronel Aquiles Collín, ayudante suyo, había logrado escaparse de la derrota; pero al saber la prisión de Valle retrocedió a presentarse a Márquez, diciendo que iba a correr la suerte de su general: la respuesta fué hacerlo fusilar inmediatamente. Collín era un valitente oficial francés, proscrito de su patria por haber tomado parte en las jornadas de mayo; hizo en seguida la campaña de Italia en 1840, y después de permanecer en Londres y en los Estados Unidos, pasó a México en 1857, uniéndose al ejército liberal.

J. M. Vigil.

(1) Nació en México el 27 de febrero de 1833. Hizo sus estudios en el Colegio Militar, donde fué condiscípulo de Miramón. En 1847 ascendió a subteniente. En esa época peleó contra los "polkos" y contra los americanos. En 1854, poco después de haber sido nombrado capitán primero, tuvo un rasgo que lo honra sobremanera. Supo que el gobierno de Puebla había puesto preso a su padre; y en el acto, refiere un biógrafo, se presentó a la autoridad correspondiente pidiéndole su licencia absoluta "porque no le era posible servir a un gobierno que no respetaba al autor de sus días." En las guerras de Ayutla y la de Reforma distinguióse por su valor, habiendo tomado parte en las principales acciones, como fueron las de Cuevitas, la Coronilla, Silao, Guadalajara y Calpulálpam. "El amor le circuía, dice un escritor, las balas parecían respetarlo; los jóvenes se lo apropiaban; los viejos se complacían con una juventud tan hermosa. Pronto en la acción, elocuente en la palabra, jovial en la vida privada, nunca el rencor empañó su espíritu; una buena acción le conmovía hasta las lágrimas; el amor a sus padres y a sus hermanos era la vida de su corazón. Esa hermosa vida que formó remanso en un bosque de laureles. Cuando el rayo de un amor virginal venía a desatar con su casto halago nuevos tesoros de ilusiones y de esperanzas, lo llamó la voz del deber, y del centro de un festín partió para el patíbulo".

(2) La carta dice así: "Querido Leandro: No sería difícil que Concha necesitase de alguna persona de influjo del partido triunfante, y prefiero dirigirme a tí que a alguno de sus parientes, a fin de que hagas por ella, en nombre de nuestra antigua amistad, lo que en igual caso haría yo por tu familia. Disfruta de felicidad, y manda a tu amigo.—*Miguel Miramón.*—Diciembre 24 de 1860.—Señor general don Leandro del Valle.—Presente."



UN PRESIDENTE Y SU AYUDANTE



Gral. D. Anastasio Bustamante

El acta del Ayuntamiento de México proclamando la federación, fué subscrita en 30 de septiembre (de 1841), y el día 2 de octubre se rompían los fuegos entre los dos bandos beligerantes (1). Las granadas disparadas desde la Ciudadela, no sólo causaron daños en edificios particulares, sino en la Catedral. Los fuegos en San Francisco, en Sta. Isabel (hoy Av. del Teatro Nacional) y en el Hospital de Terceros (hoy edificio de Correos) fueron reñidos y constantes, y el día 3 se verificaba un terrible encuentro por el lado de la Viga (S. E. de la ciudad).

"Durante la acción, dice un escritor de aquellos días, fué herido el teniente coronel don Francisco Sánchez, comandante de la escolta del Sr. Bustamante (2), a quien amaba tiernamente por su valor y lealtad; esta desgracia le causó gran pesadumbre. Al llegar a Palacio fué vitoreado el Presidente por el pueblo; mas no hizo caso de sus vivas y exclamaciones, y sólo se ocupó de hacer bajar a Sánchez del

caballo; reconociéndole la herida, y aun se hincó para tomarle la sangre; y aquel corazón de león en la campaña, comenzó a llorar tan copiosamente que mezcló sus lágrimas con la sangre del herido. Este espectáculo consternó mucho a los circunstantes que lo observaban, y todos pagaron un tributo de lágrimas a la sensibilidad de aquel jefe noble, magnánimo y sensible, digno de mayor fortuna".

Alberto M. Carreño.

(1) El del Gobierno, y el de los partidarios de la revolución que se denominó entonces la regeneración política de la República. Iniciada por el general Paredes, y secundada por los generales Valencia y Santa Anna, Bustamente tuvo que celebrar los convenios de la Estanzuela, y que salir del país. "Antes de marchar, dice un historiador, repartió a los pobres de la Villa de Guadalupe la mitad de lo que había recibido para el viaje; dióselo Dios feliz hasta la Habana, donde se le recibió y trató con la magnificencia de un príncipe, pues aun cuando no hubiese sido recomendado por la bondad del señor enviado español, antes que allí se presentase en persona, ya se tenía idea de estos sucesos y de sus virtudes".

(2) Don Anastasio Bustamante, Presidente de la República. Nació en Jiquilpam el 27 de julio de 1780. Hizo en México los estudios de Medicina. En 1808 sentó plaza como oficial en un batallón compuesto por jóvenes de las principales familias de San Luis Potosí. Iniciada la guerra de independencia pasó a las filas de Calleja, y fué desde entonces uno de los militares que combatieron con más bizarría a los insurgentes, habiéndose encontrado en numerosas e importantísimas acciones de guerra. Proclamado el Plan de Iguala, adhirióse a él en la hacienda de Pantoja. Desde 1821 hasta 1848 figuró de una manera notable en los acontecimientos políticos del país. Censurado por los defectos que como gobernante tuvo, ha sido, en cambio, encomiado con mucha justicia por el valor temerario de que dió abundantes muestras no sólo en los campos de batalla, sino también en diferentes circunstancias de su vida; por la fidelidad que siempre profesó a Iturbide; por ciertos rasgos de nobleza que contrastan con otros de despotismo; por

sus indiscutibles aptitudes militares, y por su honradez en el manejo de los fondos públicos. A este propósito dice su ministro don Luis G. Cuevas, el ilustre autor de "El Porvenir de México": "No sólo íntegro sino muy desinteresado, jamás permitió que se le pagasen sus sueldos con preferencia a los demás servidores de la Nación, sin embargo de tener una autorización especial para esto, ni que se favoreciese ninguna clase de especulación sobre el Erario, ni que se hiciera nada que pudiera infundir sospecha de fraude o malversación. Nadie se atrevió a atacarle nunca por este lado; y cuando exacerbadas las pasiones políticas se divulgaban las más extravagantes calumnias para desacreditarlo, se añadía "pero es honrado".

Murió el 6 de febrero de 1853 en San Miguel Allende. El Gobierno le decretó grandes honores.



¡ERA INDIO, Y ERA LEAL!

Caída la plaza de Querétaro en poder del ejército republicano, el general Escobedo habló de la memorable jornada con don Benito Juárez, a su paso por esa ciudad, y en presencia de don Sebastián Lerdo de Tejada y de don José M. Iglesias, y puso en su conocimiento que había un secreto en lo relativo a las últimas operaciones militares. Don Benito nada pretendió que se le revelase.

—Pero hay otro secreto—prosiguió Escobedo—que sí me pertenece, porque es mío, y puedo comunicar a usted.

—Véamos.

—Yo quise salvar a Mejía: le ofrecí la vida, porque le debía atenciones y grandes favores.

—¿Y qué contestó?

—Me preguntó cuál sería la suerte de Maximiliano, y como en mis palabras advirtiese la verdad, me dijo terminantemente que no aceptaba nada y que corría la suerte de sus compañeros de infortunio.

Juárez quedó pensativo un momento y en seguida prorrumpió:

—¡Era indio, y era leal!

—No le insistí más—continuó Escobedo—porque en su lugar yo hubiera hecho lo mismo.

Ángel Pola.

UN HÉROE NIÑO.—EL CONSEJO DE UNA MADRE


Gral. D. Francisco A. Vélez

En marzo de 1847, cuando los norteamericanos atacaron la plaza de Veracruz, la bandera del baluarte de Santa Bárbara cayó repetidas veces por los proyectiles, y otras tantas fué izada gracias a dos héroes: el capitán de marina Sebastián Holzinger y un niño de doce años de edad, subteniente de la Guardia Nacional de Orizaba. Llegó vez en que este último, derribada la bandera, la levantase y sostuviera con el brazo tendido, frente a las baterías enemigas, mientras se traía una asta en que volver a izarla. La facción del subteniente Sebastián Hernández, su antecesor en el punto, duró veinticuatro horas, y dejó muerta una tercera parte de su fuerza. La facción del niño duró cuarenta y ocho horas y no quedaron vivos más que el capitán, dos sargentos, un soldado y él. En este lugar una recia y continua lluvia de balas sembraba la muerte. No había heridos.

Así que todo pareció perdido, el niño se apoderó

de la bandera y la guardó en su seno. Después los prisioneros desfilaron ante el general Scott, para recuperar su libertad. Cuando el niño pasó, se le detuvo y pidió que entregase la bandera.

—La entregaré solamente con mi vida, dijo tocándose el pecho.

El general Scott, después de esta respuesta, peroró a su Estado Mayor, y se le ordenó al niño que continuara su marcha. Habíase alejado como cincuenta metros, cuando se le mandó llamar para preguntarle si tenía recursos. Manifestó que ninguno; entonces el general Scott quiso darle un puñado de onzas de oro, las cuales rehusó, diciendo:

—Yo no puedo recibir nada de los que vienen a desgarrar a mi patria.

El general Scott, conmovido profundamente, hizo un cariño al prisionerito y con su media lengua dióle a entender que siguiera su camino.

Después, este niño fué cogido prisionero en el desastre de Cerro Gordo (1). Tres días y tres noches permaneció encerrado y olvidado en un cuartucho de un caserón que ocupaban fuerzas norteamericanas. Por más que llamó a la puerta, durante ese tiempo, nadie de los enemigos se acordó de él, quien, casi sin alientos, pegaba la lengua en el piso húmedo para apagar su sed, sin encontrar consuelo. Por fin, un día le abrió la prisión un soldado enemigo y haciéndole señas, por no hablar jota de castellano, dióle a entender que iba a ser pasado por las armas, y le condujo, indicándole que guardase silencio, a una caballeriza.

Allí metió al niño en un costal, entre desperdicios de pastura y estiércol, para ocultarle de la vista de la guardia, y luego se echó el bulto en hombros y salió hacia un muladar, donde vaciando el costal, surgió el prisionero y quedó salvo y libre.

Este valiente de tan cortos años se llama Francisco A. Vélez (2), nacido en Jalapa el 24 de julio de 1835, quien no había aprendido más que este consejo de su tierna madre: Pancho, hijo mío, no olvides nunca esto que te digo: al que de ti se fíe, no lo engañes.

Ángel Pola.

(1) El 18 de abril de 1847, fecha en que las fuerzas americanas al mando del general Scott derrotaron a las del general Santa-Anna. En esta batalla, que fué reñidísima, pues a pesar de su victoria los invasores tuvieron gran número de muertos y de heridos, sucumbió gloriosamente el general Ciriaco Vázquez.

(2) General de División, muerto el 25 de enero de 1919. Militó, primero, por cierto con gran bizarría, en las filas conservadoras; pero apartóse de ellas cuando se trató de defender la soberanía del país. Estuvo en el sitio de Querétaro, y ocupó el convento de la Cruz en que se hallaba Maximiliano. "Sus notas salientes de soldado, decía hace algunos años el señor Pola, han sido siempre: valor y humanidad. Sus valimientos notorios han hecho que ocupe altos puestos públicos, en que nunca se le ha dejado de querer. Alguna vez, compelido por nuestros ruegos, nos ha dicho: "Yo no he matado, ni he sido cruel, ni me he vengado de nadie, ni me he cogido nada." En efecto, tiene por testimonio los hechos. Este es el mejor elogio que puede hacerse del valiente paladín de otras épocas, que comenzó su vida militar con hechos heroicos, y que, al morir olvidado hace muy poco tiempo, diónos con ello una prueba de que las pasiones políticas desconocen hasta los servicios eminentes prestados a la patria.

ANÉCDOTAS DEL VIRREY REVILLAGIGEDO

Cierta noche, ya muy tarde, no lejos de la puerta de la ciudad llamada el Niño Perdido, Su Excelencia encontró a una señorita bastante bella que caminaba sola a toda prisa a esas horas extraordinarias, pero que tenía aire modesto y reposado. Deseando poner a prueba el acero de aquella señorita, el Virrey dejó atrás a sus oficiales y se aproximó a la linda trasnochadora, con cierta familiaridad, al mismo tiempo que pedía permiso para acompañarla, proposición que ella rechazó indignada.

—Anda, dijo el Virrey, no te des importancia; tú eres una mujercilla que anda en busca de aventuras.

Imaginad lo que sintió S. E. cuando en respuesta recibió una tremenda y bien aplicada bofetada. Los oficiales se apresuraron a reunirse con su jefe; pero se llenaron de admiración al ver al Virrey sonriéndose y observando cómo se alejaba la aventurera señorita.

—¿Cómo, Excelentísimo Señor? ¡Qué insolencia! ¡Qué audacia!

—Paso a paso, dijo el Virrey; esta señorita ha probado que merece nuestra simpatía. Mando que inmediatamente se investigue a qué familia pertenece, y qué razones tiene para andar sola a estas horas. Deben ser razones honrosas.

Tenía razón el Virrey; se trataba de una pobre muchacha que por medio de lecciones de música sostenía a su madre moribunda, y se veía obligada a caminar a pie, de casa en casa, a todas horas; entre sus discípulas estaba la hija de una anciana que vivía a las puertas de la ciudad, y de cuya casa por ser la última que visitaba, regresaba tarde con frecuencia. Al conocer estos datos el Virrey, le señaló una pensión vitalicia de trescientos duros al año.

*
* *

Un pobre indio compareció ante el Virrey, manifestando que había encontrado en la calle una bolsa llena de onzas de oro, la cual había sido anunciada en el periódico, con la promesa de entregar una buena recompensa a la persona que la devolviese al propietario. Dijo el indio, además, que habiendo llevado la bolsa al dueño, éste la recibió, contó las onzas, sacó dos que se metió en su bolsillo, y luego llenó de reproches al pobre hombre, acusándolo de haberse robado parte del dinero, llamándole ladrón y pillo y, por último, en lugar de recompensarlo lo expulsó de la casa. El Virrey se encargó de este asunto sin demora. Detuvo al indio y mandó a un oficial para notificar al propietario de las onzas que se presentase inmediatamente, con la bolsa. Llegó, efectivamente, el propietario, y el Virrey lo rogó que le relatase las circunstancias del caso; pero con su ojo penetrante, leyó la falsedad en la mirada de aquel hombre.

—Con permiso de V. E., dijo el ricacho; perdí una

bolsa que contenía monedas de oro. El indio que está ahora en presencia de V. E., me la trajo esperando una gratificación, pero primero hurtó parte del contenido. Lo eché de mi casa por ladrón, pues que en vez de recompensa merece castigo.

—Poco a poco, dijo el Virrey, aquí hay alguna equivocación. ¿Cuántas onzas contenía la bolsa que usted perdió?

—Veintiocho.

—¿Cuántas hay en esta bolsa?

—Sólo veintiséis.

—Contémoslas, concluyó el Virrey. Ya veo que está usted en lo cierto. El asunto es claro y todos nos hemos equivocado. Si el indio hubiera sido un ladrón, jamás habría devuelto la bolsa, ni se hubiera limitado a robar sólo dos onzas, sino que se las habría cogido todas. Es evidente que esta bolsa no es la de usted. Por consiguiente, ha concluído nuestra entrevista; siga usted buscando su bolsa. Y en cuanto a tí, buen amigo, puesto que no aparece el dueño de la bolsa que te encontraste, cógete las veintiséis onzas y llévatelas. Son tuyas.

Diciendo esto, el Virrey hizo una cortesía al bribón chasqueado y otra al dichoso indio.

La Marquesa de Calderón de la Barca. (1).

(1) La señora Francis Inglis de Calderón de la Barca nació en Escocia en 1804 y murió en Madrid en 1882. Vivió en México por los años de 1840 a 1842; vino con su esposo don Ángel Calderón de la Barca, distinguido hombre público español, que fué el primer ministro de España en México. Es autora de un libro sobre nuestro país llamado "La Vida en Méjico", lleno de viveza, de colorido y de verdad.

EL RESPETO A LA MADRE

Ahora (1887) la vida del general Escobedo es de mucho menos actividad. Sus energías han decaído a causa de una intensa anemia. Apenas puede hacer un corto ejercicio a pie. Pasa el tiempo en su hacienda San José del Salitre, cerca de Cuautitlán, Estado de México; en su hacienda La Laguna, Chamacuero, y en México, donde es interventor del Banco Nacional, representante del Gobierno en el Ferrocarril Nacional Mexicano y diputado al Congreso de la Unión, por Aguascalientes.

Vive en la villa de Tacubaya e inverna en Tehuacán, con cuyas aguas siente a intervalos rejuvenecerse.



Gral D. Mariano Escobedo

En sus haciendas se levanta casi con el día, monta a caballo, recorre sus siembras y dirige las labores agrícolas.

No obstante estar retirado del Ejército, trasluce en sus menores actos su larga vida de mando. Bien puede decirse que la Ordenanza he venido a ser en él una segunda naturaleza. Habla con pausa y acentúa to-

do final de frase. Cuando quiere algo, parece que ordena; pero ya no, ni por asomo, como cuando estaba en la plenitud de sus días, rodeado de brillante Estado Mayor, el cual le veía como al mismo Marte. Por aquel tiempo, en que su aureola deslumbraba, sólo había un sér a cuya voz, siempre sentenciosa, obedecía con mansedumbre de fanatizado devoto. Esta voz era de la que le dió a luz, doña Rita Peña. Cuando el valiente soldado alzaba la voz para alguna reprensión, aquel sér la acallaba como por encantamiento.

—Mariano—le decía dulcemente.

—Mande usted.

—Ven.

Y ya que estaba presente:

—Siéntate, hijo. ¿Qué es eso?

Y el severísimo general, jefe de miles de hombres, vencedor de todo un Imperio, sumiso ante aquel ángel del bien, sentábase cerca, encogido y silencioso, guardando compostura.

A veces, este adorado sér, al empezar la sobremesa se levantaba para perderse de vista. Algún comensal, de entre los muchos que de diario había, llegó a preguntarle por qué se alejaba, y contestó en secreto:

—Para que Mariano pueda fumar.

Ángel Pola.

(1) General de división, diputado, senador, gobernador de Nuevo León, Jefe del Ejército del Norte, presidente de la Suprema Corte de

Justicia Militar, ministro de la Guerra, etc., etc., etc. Nació en Galeana, Nuevo León, el 12 de enero de 1827. En su juventud dedicóse a la arriería, más por deseo de trabajar que porque ello le fuese necesario, pues su familia tenía excelente posición. Sentó plaza de soldado raso en la época de la Invasión Americana. Luchó entonces con el mismo arrojo que años más tarde contra las incursiones de los apaches, contra el partido reaccionario y contra la intervención de los franceses y el gobierno usurpador. Batióse en la Angostura, en Acultzingo, en la gloriosa acción del 5 de Mayo, en el épico sitio de Puebla, en Santa Gertrudis y en San Jacinto, donde derrotó a los imperialistas; y como jefe del Ejército del Norte, en el sitio de Querétaro, tocóle que cayera en sus manos la corona de un Hapsburgo Fué modesto, desinteresado, valiente y patriota; rehusó varias veces los ascensos que se le concedían, y retiróse con frecuencia a la vida privada después de haber prestado grandes servicios. Falleció el 22 de mayo de 1902.



LA AMISTAD DE DOS POETAS

Por esos días me había refugiado con la señora mi madre, moribunda, en una vivienda interior de la calle de los Gallos, de patio empedrado y caño descubierto, escalera torcida y falta de peldaños, chicos desnudos, mujeres encinta, vecinos lisiados, canes roñosos, farolillos de buche de pescado, en las noches, remendón aguardentoso y desvergonzado en el zaguán, durante el día.

Mi sueldo eran dieciséis pesos; mi amparo un estudiante de medicina tan en la chilla como yo, y mi esperanza la grandeza de mi fe.

El insomnio me procuró relaciones íntimas con la miseria y la tiniebla.

En una noche de congoja infinita, se me presentaron unas señoras muy respetables, señoras de la vecindad, a quienes debía favores, mostrándome a un rico, precisamente a las doce de la noche, en la puerta de las Capuchinas.

Decían las señoras, y era cierto, que al sonar la esquila del convento, cuando entraban las monjas a coro, si se daban tres golpes en la puerta de la iglesia, las santas monjas consagraban a Dios sus oraciones por el remedio de la necesidad que representaban los hermanos afligidos.

Lleno de gratitud acepté la invitación....

Pocos días después de esta escena, atravesaba la calle de Capuchinas, y me pareció que me veía con fijeza un hombre chaparro, moreno, bien peinado y bien vestido, medio abierto de piernas y con un enorme puro entre los labios, que arrojaba plumeros de humo.

Fijéme en aquella figura un tanto pretenciosa y suficiente, y el hombre me llamó.

—¿Usted es don Guillermo Prieto?

—Sí, señor.

—¿Un joven que hace versos?

—Servidor de usted.

—Pase usted.

Entró, se coló tras el mostrador, sacó una talega, y a mi vista deslumbrada, contó doscientos pesos, que yo vi como una columna fantástica de plata.

—Tome usted eso; es de usted.

Yo no sé lo que fué de mí, ni cuántas cosas pensé. Corrí a las tiendas, hice arreglos, alquilé coche, tomé casa en Tacubaya, y en la tarde volví triunfal a la mía a trasladar a mi madre al pueblo mencionado, seguro de que se había salvado su vida...

Un segundo y un tercer auxilio, recibidos con suma oportunidad y las mayores atenciones, hicieron que mi curiosidad se despertara de un modo incontenible, y un día que recibí dinero me acomodé a buena distancia del tenedor de libros, y vi: "Al Sr. Lic. don Fernando Calderón, (1) para don Guillermo Prieto".

Mi conmoción fué indescriptible. Yo, que había visto con indiferencia a Calderón; yo, que en mi in-

terior le había calificado de frívolo; yo, que por pedantería y suficiencia (no por envidia que jamás la he conocido), no había ensalzado suficientemente el mérito del poeta y las acciones heroicas del político... yo, debía a Calderón la vida de mi madre!...

Al siguiente día de mi descubrimiento, me dirigí a la casa de Fernando para manifestarle mi reconocimiento profundo, y tratar de hacerle el pago de sus dineros...

Oyó Calderón, con fisonomía entre dulce y socarrona, mi relación, y me dijo:

—¿Cuánto tiene usted de sueldo?

—Dieciséis pesos, como meritorio gratificado de la Aduana.

—¡Valiente sueldo! ¿Y cuánto me abonará usted?

—Ocho pesos.

—Ya estaremos grandecitos cuando acabe el pago.

Cierto acento de frialdad; aquel lenguaje que me parecía al de los usureros, con quienes yo trataba, no sé en fin qué me hirió, me acobardó, despedazó mis ilusiones... Tenía un nudo en la garganta, contenía raudales de lágrimas...

No comprendía yo que aquello lo hacía Fernando, para oírme hablar.

—¿En qué términos hago la obligación?

—En los que usted guste, dijo Fernando vistiéndose, todo depende de las garantías.

—¿Quiere usted pagarés de otros empleados?

—No, señor Prieto, porque estarán a la misma altura.

—¿Del Tesorero?

—Tampoco; usted no goza de sueldo: gratificación.

Nos acercamos a la mesa y se sentó Calderón.

—Acabemos, pues, dijo. Tomó la pluma y escribió unas cuantas palabras.

—Vea usted, me dijo, con un tono de voz que nunca olvidaré, vea si le convienen mis condiciones.

Yo leí... releí y me eché en sus brazos, llamándole: hermano mío, hermano de mi corazón, y anegado en lágrimas.

El papel decía:

"Si me das el dulce nombre de hermano, habrás satisfecho con usura el corto servicio que me debes.

"¿Aceptarás esta condición de tu hermano Fernando?"

Guillermo Prieto.

(1) "Abogado instruído, dice D. Francisco Pimentel, político consecuente, soldado valeroso y poeta notable. Calderón nació el 20 de julio de 1809 en la ciudad de Guadalajara". A pesar de que era heredero del título de Conde de Santa Rosa, sus ideas siempre fueron liberales y por ellas combatió con las armas en la mano. Sus composiciones líricas más notables son "El sueño del tirano" y "El soldado de la Libertad": sus obras dramáticas más aplaudidas, "El Torneo", "Ana Bolena", "A ninguna de las tres" y "Hernán o la vuelta del Cruzado". Murió en Ojocaliente el 18 de enero de 1845.



LAS REVOLUCIONES Y EL TALENTO

Ardiente partidario de las ideas liberales, Calderón no sólo quiso defenderlas con la pluma sino también con la espada en el campo del honor, y fué herido en un encuentro en 1835. Dos años después fué desterrado de Zacatecas y tuvo que emigrar a México, y entonces empezó a concurrir a la Academia de Literatura de S. Juan de Letrán, fundada por don José M. Lacunza. Por este tiempo compuso las obras dramáticas siguientes: El Torneo, Ana Bolena, Hernán o la Vuelta del Cruzado y A ninguna de las Tres. Esta última es una imitación de la Marcela de Bretón, y en ella se censura al mozalvete, del que hay tantos ejemplos en el país, que sólo viajó para volver charlatán; el espíritu de provincialismo, las niñas imbuídas en lecturas románticas y patéticas, y a las ligeras y coquetas. Sus dramas están llenos de rasgos nobles y caballerescos; y de calor, movimiento y vida, y nos pintan algunas escenas de la Edad Media.

El general Tornel, continuo admirador y protector de las letras, le permitió volver a su país, aunque lo consideraba como su enemigo político, diciéndole en una carta "que el genio no tenía enemigos, y que los talentos debían respetarse por las revoluciones".

Marcos Arróniz.

CASTELAR Y UN MEXICANO


D. Juan de Dios Peza

Esta noche voy a la casa de Castelar, me dijo un viernes el Gral. Corona, y ya le anuncié que está Ud. recién llegado de México, y que deseo presentárselo. Si cree conveniente llevar algunas de sus composiciones poéticas, puede hacerlo, porque allí leen los principales poetas, y me daría mucho gusto que fuera bien recibido por ellos, un mexicano que tanto los estima.

En efecto, a las nueve de la noche estábamos en la casa del eminente tribuno y allí me encontré con mis amigos recientes, pero con los cuales ya había adquirido cierta franqueza; así, pues, mantuve con ellos gratas conversaciones hasta el momento en que apareció el señor y dueño de la casa.

Se adelantó a saludar con íntima naturalidad al Gral. Corona, y éste me presentó con él en términos bondadosos y agregando: "hace versos".

—Bueno, bueno, respondió el gran orador; ¿nos ha favorecido Ud. trayéndonos a un joven poeta me-

xicano? Gracias. Tengo muchísimo gusto en conocerlo y ahora será él quien inicie las lecturas de esta noche, cuando ya veamos aquí a otros muchos amigos que aun no han llegado. Venga Ud. conmigo, joven, vamos a hablar de todo, pero especialmente de América; tengo pendiente la lectura de la Oda de Andrés Bello a la agricultura de la zona tórrida, sobre la cual discutíamos el viernes pasado. ¿Cómo deja Ud. México? ¡Qué tierra aquella tan interesante y tan querida para nosotros los españoles! Y qué mexicanos tan buenos para nosotros!

Señores, agregó volviéndose a un grupo que nos rodeaba, ¿ustedes saben todo lo que debo a un mexicano generoso? Volvía de Suiza a Francia, a fines de 1866, y me encontré en París a un republicano de México, firme partidario y grande amigo de Juárez y que tenía verdadera devoción por mí, porque leía y releía mis discursos, y conocía, acaso mejor que los españoles demócratas, mis constantes fatigas y mis luchas sin tregua.

Aquel mexicano era D. Lorenzo Ceballos que no me dejó hospedar en ninguna parte, pues desde que supo que iba yo a la capital de Francia, me preparó una casa con todas las comodidades apetecibles. Allí vivía sin que nada me faltara; parecía que un hermano mayor me cuidaba, me atendía y me procuraba esa felicidad que en vano buscaban los proscriptos. ¡Ah, mis amigos! Cuando yo dejé París, quise demostrarle mi gratitud de alguna manera extraordinaria; pero aquel magnánimo amigo se negó a

todo, y a instancias y ruegos me pidió únicamente que enviara yo revistas mensuales sobre los sucesos palpitantes de Europa a un diario llamado "El Monitor Republicano", que su amigo D. Vicente García Torres, quien después llegó a ser también amigo muy predilecto mío, redactaba desde muchos años atrás en México.

Comprometíme lleno de gusto a escribir en tan liberal periódico, y no me acuerdo que haya desde entonces faltado a este grato y para mí religioso ofrecimiento.

Juan de D. Peza.



LA LEALTAD DE OSOLLO

Filiado en uno de los partidos políticos en que radicalmente estuvo dividida la Nación, D. Luis G. Osollo (1) puso su inteligencia, su valor y su vida misma al servicio de la reacción, de que fué sin duda una de las figuras más prominentes como soldado. En cuantos combates se halló reveló dotes nada comunes, y en todos los actos de su vida manifestó una lealtad a toda prueba y una honradez acrisolada. Al triunfar la revolución de Ayutla de que hemos hablado en la biografía de su principal caudillo el Gral. D. Juan Álvarez, fué cuando Osollo comenzó a distinguirse. Cuando estalló la primera asonada de Zacapoaxtla, estaba en sus filas, las dirigió sobre Puebla, y ocupó la ciudad. En la célebre batalla de Ocotlán (2) adelantóse bajo una lluvia de metralla, al frente de su batallón, con el arma al brazo, hasta traspasar la línea de Comonfort y quedar envuelto por sus contrarios. Triunfantes éstos,



Gral. D. Luis G. Osollo

Osollo salió por breve tiempo de la República; y como el Gral. Comonfort le enviara una libranza de mil pesos para que pudiese subvenir a las necesidades que padecía en los Estados Unidos, la devolvió dando las gracias. Disfrazado de marinero desembarcó en Santa-Anna de Tamaulipas, y fué a unirse a las tropas pronunciadas en San Luis Potosí, y protegió, casi solo, la retirada en el descalabro de la Magdalena, perdiendo allí el brazo derecho. Prisionero de guerra, brindósele con la libertad y con halagüeñas promesas si reconocía al gobierno liberal; pero todo fué inútil.

El 11 de enero de 1858, estalló en México un movimiento revolucionario. Los bandos opuestos, liberal y conservador, se posesionaron de diversos puntos de la ciudad, se aprestaron a la lucha y rompieron al fin las hostilidades. Los honores de la jornada por lo que respecta al bando conservador, correspondieron a Osollo que dió ese día relevantes pruebas de heroico valor. Más tarde, en Salamanca y Guadalajara obtuvo nuevos triunfos y acrecentó su fama. Pero escrito estaba que el caudillo reaccionario había de brillar como fugaz meteoro, y cuando de su esfuerzo fiaba su partido, la muerte le sorprendió en San Luis Potosí un día antes de cumplir los treinta años, el 18 de junio de 1858. Pocos habrá que hayan hecho, como Osollo, una carrera más rápida y más brillante.

Francisco Sosa.

(1) Nació en la ciudad de México el 19 de junio de 1828. Hizo sus estudios en el Colegio Militar, y obtuvo por riguroso orden sus ascensos hasta llegar a General de brigada, en enero de 1858. Fué uno de los caudillos más notables del partido conservador, al cual sirvió con honradez de miras y con un denuedo extraordinario. Así lo demuestran los hechos referidos por el señor Sosa.

(2) Una de las más reñidas de esa época, librada el 8 de marzo de 1856 como consecuencia del pronunciamiento del cura de Zacapoaxtla don Francisco Ortega y García contra el Plan de Ayutla. A esta batalla concurrieron los jefes más distinguidos de los dos partidos beligerantes. Los conservadores se retiraron a Puebla, plaza que tomó Comonfort el 23 del mismo marzo.



A TODOS PERDONABA



D. Enrique Santibañez

Comonfort y sus amigos sabían que en el Ejército no todo estaba podrido y que tenía en su seno elementos dignos de conservación; deseaban que la Iglesia abandonase sus intransigencias más por el ejercicio de una presión razonada que por la fuerza, que a la postre le acarrearía el menosprecio que persigue al vencido y traería la falta de unidad religiosa, la única que conservaba la nación y que ellos cuidaban de que no se mancillase como buenos católicos que eran; y aspiraban por un régimen central, porque las prácticas federativas llevaban a los mexicanos a no considerarse una familia estrechamente ligada en todos los momentos de la vida, principalmente cuando la desgracia abate a uno o varios de ellos, y porque fomenta la aparición de odiosos cacicazgos.

Creían firmemente que el país solicitaba libertad y no libertinaje; reforma, pero no destrucción; pro-

greso, pero no violencias. Una política reparadora de todos los infortunios pasados, conciliadora de todos los intereses presentes y protectora de todas las esperanzas futuras; conservadora del buen espíritu nacional, de las buenas instituciones antiguas, de los buenos elementos sociales, y que la aislase de toda exageración por ser el origen de todas las reacciones revolucionarias que se habían padecido. En este párrafo extractamos con las mismas palabras, el pensamiento político dominante de Comonfort, expresado en uno de sus manifiestos.

Para esta simpática y grandiosa labor estaba provisto de una coraza de diamantes; su inagotable bondad, su afán de perdonar a todos, de abrir sus brazos fraternales hasta a sus más encarnizados enemigos. Y no una, sino dos y tres veces, olvidando lo que es difícil olvidar, lo que no se debe tal vez olvidar: la deslealtad.

Vencedor en Puebla, pidiósele protección para los heridos del bando contrario, y dijo: los heridos no me pertenecen, los protege Dios: quedan perdonados. (1) Perdonó a Holtzinger y Zambonino, oficiales de Santa-Anna, cuando éste fusilaba sin compasión a cuanto suriano caía en su poder. En Acapulco y en México dejó a centenares de oficiales reaccionarios que fuesen a tomar las armas en su contra, antes que fusilarlos, pues no había otro medio de impedirles que ejecutasen sus designios; ofertó auxilios a Osollo cuando se veía en la miseria en los Estados Unidos, sin pedir nada, lo que aquél rechazó

con dignidad, con la misma con la que se le tendía la mano; no fusiló a reos convictos y confesos de que pretendieron asesinarlo, y dejó libre a su protegido Zuloaga para que consumase su infame cuartelazo.

De ahí dimanaba la inmensa popularidad de que gozaba, y que el cariño de sus contemporáneos lo rodease.

Y sin embargo, nunca se le comprendió por los partidos extremos; la simiente cristiana del perdón y el amor al prójimo como a uno mismo, que sembraba a manos llenas, principalmente entre los militares, produjo la más triste, la más desconsoladora de las cosechas.....

Enrique Santibáñes. (2).

(1) El señor Lafragua, Secretario de Gobernación en aquella época, decía en una circular lo que sigue, a propósito de algunas censuras dirigidas al señor Comonfort por su conducta nobilísima: "No puede tacharse de debilidad al general que con diez mil hombres vencedores y cuarenta piezas de artillería, concede la vida a tres mil soldados extraviados por la ambición de sus caudillos... El Presidente de la República ha sabido ser grande en la victoria, olvidando tantos agravios, para no acordarse sino de que vencidos y vencedores son mexicanos, y de que en las luchas intestinas no siempre deben llevarse las consecuencias al extremo de rigor que en una guerra extranjera; porque promovidas aquéllas por descarríos o malas pasiones, los contendientes no por eso dejan de ser hermanos, y es indispensable la blandura por temor de que al aplicar la justicia surja la venganza."

(2) Erudito y sereno historiador. Nació en Oaxaca el 6 de noviembre de 1869. Ha publicado numerosos trabajos de distinto género; pero entre todos merece especial mención su interesantísimo libro "El Ejecutivo y su labor política," lleno de datos importantes y de atinadas observaciones. Le somos deudores también de tres volúmenes de documentos para la historia de la diplomacia mexicana; obra tan útil como curiosa que, por desgracia, no ha sido posible continuar.

REHUSÓ CIEN MIL PESOS

El 19 de abril de 1854 se supo la llegada de Santa-Anna a Acapulco (1), y ya pudimos disparar cañonazos hacia su real. Comonfort activo, nervioso y vigilante, no cesaba de recorrer los parapetos y líneas de defensa, excitando a los valientes, animando a los irresolutos, exaltando el valor de los indios y hablando al alma de los oficiales.....

Hubo un momento en que cesó el fuego de cañon. Comonfort subió más que de prisa a los baluartes y dirigió la palabra a los artilleros; pero no era que desmayaran ni que carecieran de parque: era que faltaba gente. Entonces D. Ignacio se acercó a un cañón viejísimo, el Felipe V. Introdujo el escobillón, colocó la carga, rectificó la puntería, acercó el estopín, y mandándose a sí mismo gritó con voz tonante:

—¡Primera pieza! fuego....

Otro tanto hacíamos sus ayudantes Montellano y yo; y como nos viera vacilantes al acercar la lumbre a las bocas de fuego, nos gritó:

—¡Segunda pieza! fuego....

—¡Tercera pieza! fuego....

El estruendo de las detonaciones hizo temblar las paredes, que se desconchaban, mientras los techos

dejaban caer trozos de hormigón y fragmentos de teja, y se estrellaban los vidrios verdosos soldados con lágrimas de plomo.....

A las cuatro se anunciaron dos parlamentarios procedentes del campo santa-annista. Eran el general don Manuel Céspedes y don Manuel Gener, empleado de la casa de Escandón.

Las diferentes conversaciones que con esos sujetos tuvo el jefe, se han conocido por causa de que las revelaron todas las personas asistentes.

Se empezó por amenazar con la toma del castillo a viva fuerza si no se entregaba en el término de doce horas; y como D. Ignacio insistiera en que seguiría batiéndose sin descanso, los comisionados iniciaron ya algunas ideas de transacción y acomodo.

—Señor general, cuentan que dijo Comonfort, yo no puedo recibir oficios, ni oír proposiciones sin permiso del Sr. Álvarez, que es nuestro general en jefe; le daré parte de todo, y veremos. Entretanto, quedan por mi parte abiertas las hostilidades, y puede Ud. decir al general Santa-Anna que ataque cuando guste la fortaleza; nosotros la defenderemos a todo trance.

—Pero, fíjese Ud., señor coronel, insistió Céspedes, en que el Gobierno está felizmente cimentado, en que cuenta con todos los elementos que podía apetecer, y en que es una verdadera locura quererse defender con menos de quinientos hombres contra más de cinco mil que atacan.

—Señor general, repuso Comonfort, cuanto Ud.

me dice estaba previsto y calculado por mí, y la prueba de que no me arredran sacrificios ni temo la pérdida del caudal ni de la vida, es que estoy aquí con este que Ud. llama puñado de hombres, y que he comprometido mi peculio y mi crédito en más de cincuenta mil duros, que he metido a la revolución.

—Ya lo sabía, saltó Gener, y la prueba de que el Gobierno considera y aplaude la buena fe con que Ud. ha tomado equivocadamente la defensa de una causa perdida sin remedio, es que está dispuesto S. A. S. a indemnizar a Ud. dándole cien mil pesos, que puede disfrutar en el país o en el extranjero, siendo dueño de continuar, si lo desea, con el destino de gobernador de la plaza de Acapulco. Así, rico, feliz y seguro de haber evitado a su patria grandes daños, Ud. vivirá respetado donde quiera.

—Agradezco al general Santa-Anna, respondió Comonfort, esas ofertas; mas no puedo admitirlas porque no he de faltar a los compromisos que me ligan con la revolución, ni a los de amistad que tengo con el general Álvarez.

—Bueno fuera eso, replicó Gener, si el general Álvarez hubiera de auxiliar a Ud. en el trance en que se verá muy pronto; pero sabemos de positivo que no vendrá, porque ni piensa en ello, ni podría hacerlo aunque lo intentara, estando de por medio un ejército de seis mil hombres que ha de estorbárselo....

—Yo sé que vendrá, repuso Comonfort con severo acento, y viendo que la conversación se prolongaba añadió: Es en vano insistir; mi conciencia de ciuda-

dano y de amigo me prohibe abandonar una causa que he jurado sostener en unión de mis compañeros.

Retiráronse Céspedes y Gener, dando por terminada la conferencia.

Victoriano Salado Álvarez.

(1) Al iniciarse la revolución de Ayutla el 1o. de marzo de 1854, Santa-Anna quiso sofocarla desde luego. Con este objeto salió al frente de cinco mil hombres para Acapulco; pero no habiendo podido tomar el castillo de San Diego, se retiró de la plaza. En el cerro del Peregrino tuvo que librar una sangrienta batalla, el 30 de abril, y aun cuando ambos combatientes se atribuyeron el triunfo, lo cierto es que Santa-Anna sufrió grandes pérdidas. Dirigióse a la capital de la República, donde entró el 16 de mayo. La revolución fué secundada entonces en diversas partes del país. Poco después —el 9 de agosto de 1855— derribado por ella, Santa-Anna vióse obligado a salir de México y a embarcarse para la Habana.



EL AMOR A UNA CAUSA

Al teniente coronel de ingenieros Manuel Aljovín, que fué herido gravemente en la batalla de Ocotlán, y conducido a Puebla, lo estuvieron asistiendo así como a otros oficiales, varias señoras de las principales familias de aquella ciudad, entre ellas la hermosa Doña Guadalupe Prieto de Arrioja; y habiendo oído Aljovín que repicaban, preguntó cuál era la causa, y se le contestó: que era por la entrada triunfal de Comonfort, y entonces se expresó diciendo: de nada ha servido el derramamiento de mi sangre, y el de la de mis amados compañeros: en seguida se quitó el vendaje, la curación, se desangró y murió.

Domingo Ibarra.



RECTITUD DE ZARCO

Al triunfar el Gobierno de la Constitución, D. Benito Juárez designó al valiente periodista D. Francisco Zarco (1) como jefe de su Gabinete y encargado del Ministerio de Relaciones. En esos puestos su gestión administrativa tuvo el sello de ilustrado liberalismo e inteligente actividad que caracterizan todos sus actos.... En esa época dió una prueba patente de sus arraigadas convicciones democráticas cuando, después de constituirse la Asamblea, sostuvo que los votos que cinco Estados de la República le habían dado, confiándole su representación en el Congreso, no llenaban los requisitos legales. Asimismo, convenciendo al gran Presidente de que su gabinete debía tener carácter parlamentario, dimitió su puesto en el ministerio y volvió a hacerse cargo de la redacción en jefe de "El Siglo XIX."

Durante la intervención francesa, nuestro ilustre biografiado emigró con el Sr. Juárez. En S. Luis Potosí fundó el diario "La Independencia Mexicana", lleno de ardor patriótico y de noble indignación ante la soberanía nacional lesionada, y con motivo de esa publicación dió una elocuente prueba de su honrado desinterés renunciando, en cuanto el pe-

riódico pudo sostenerse aunque precariamente, por sí mismo, la corta subvención que el Sr. Juárez le había concedido..... Fué un periodista cuando la prensa era una arena en que el gladiador derramaba su sangre en aras del más desinteresado ideal; fué un orador demócrata cuando la democracia era un apostolado y la tribuna parlamentaria el altar de la libretad.

José Juan Tablada.

(1) Político famoso por su talento y por su honradez. Nació en Durango el 4 de diciembre de 1829. A los 18 años desempeñó la Subsecretaría de Relaciones Exteriores. Perteneció al Congreso Constituyente, del que fué uno de los miembros más notables, y cuya historia escribió. Distinguióse de una manera brillante en la prensa y en la tribuna. El primer periódico que fundó, "Las Cosquillas," contribuyó a derrocar al general Arista. Más tarde, en las columnas de numerosas publicaciones, tuvo oportunidad de lucir sus excepcionales dotes de polemista. Distinguióse, igualmente, como crítico y como escritor de costumbres. Murió a los cuarenta años de edad, el 29 de diciembre de 1869, después de una fecunda existencia, en la que alternaron los triunfos y las persecuciones.



FIRMEZA DE ÍDEAS


D. Ezequiel Montes

Durante la intervención francesa, el Sr. D. Ezequiel Montes, acatando las leyes que prohibían a los mexicanos residir en los lugares ocupados por el invasor, abandonó la ciudad de México y partió rumbo al puerto de Mazatlán donde residió varios meses, no regresando a la Metrópoli sino cuando leyes menos conminatorias fueren promulgadas.

Su conducta durante el Imperio fué de un patriotismo ejemplar que no menguaron promesas ni amenazas y que le costó la violación del propio domicilio, el encarcelamiento y el destierro al extranjero. He aquí el comentario que un biógrafo del Sr. Montes hace de aquella época de su vida, de su noble civismo e inquebrantable lealtad.

"Y Montes fué en tiempo del Imperio un verdadero héroe, firme en su dignidad: inútiles fueron los halagos de una corte que siquiera en la apariencia deslumbraba. Inútiles las tentaciones y halagos que ablandan las resistencias débiles. Mientras sobraban los que perdían la mal disimulada pacien-

cia de ver llegado el instante de hacérselos perder, aceptando las invitaciones con que las majestades celebraban las espléndidas y alegres exequias de la autonomía nacional: mientras que tantos aspiraban a la alta distinción de ostentar los fuertes colores del esmalte con que las órdenes hacían resaltar las cruces propias de aquellas caballerías; mientras que esto acontecía por una parte, vemos a Montes por otra, como un centinela romano de su lealtad inquebrantable, encastillado en su firmeza, sitiada día a día por una multitud inextinguible de tentaciones halagadoras, que se alternaban de cuando en cuando con los peligros que el despecho fraguaba como consecuencia de una severa negativa."

El Lic. Montes pasó su exilio en Francia, y no pisó de nuevo el suelo patrio hasta que la caída del Imperio permitió el absoluto restablecimiento del gobierno constitucional....

Más prestigiosos que sus benéficos actos en la magistratura, en la diplomacia, en la administración en general, los sonoros y vibrantes ecos de sus cláusulas conmoviendo el templo de la ley, perdurarán en la memoria de los pósteros, manteniendo en torno de sus recuerdos un glorioso rumor imortal.

José Juan Tablada.

(1) Célebre político y jurisconsulto, nacido en Cadereyta (Querétaro), el 26 de noviembre de 1820. Murió en México el 5 de enero de 1883. Fué diputado, senador, magistrado, ministro, representante de México en el extranjero; humanista distinguidísimo, y orador de tal manera notable, que el mismo Castelar, dice el señor Sosa, tuvo en 1868 frases entusiastas de elogio para el señor Montes.

NO QUISO SER SU MINISTRO, PERO SÍ SU DEFENSOR

Un rasgo que demuestra la energía y la firmeza del carácter del Sr. D. Mariano Riva Palacio es el siguiente: circunstancias particulares le hicieron imposible salir de la capital de la República el 31 de mayo de 1863 con el gobierno nacional, y cuando en junio del mismo año recibió el nombramiento para formar parte de la Junta de Notables (1) no sólo no aceptó, sino que


D. Mariano Riva Palacio

que ni siquiera contesto el oficio relativo. A fines del propio mes de julio del año siguiente, Maximiliano le envió un comisionado a la hacienda de la Asunción en que vivía retirado, proponiéndole la cartera de Gobernación. El Sr. Riva Palacio declaró con lealtad que no quería ni debía servir a aquella administración extranjera y monárquica, siendo como era mexicano y republicano.

Separado de la vida pública el Sr. Riva Palacio hasta la caída del Imperio, recibió en mayo de 1867

una carta en que Maximiliano le nombraba su defensor en unión del inolvidable Lic. Martínez de la Torre. Noble, generoso siempre, inmediatamente se puso en camino; llegó a Querétaro, conferenció con el prisionero y continuó su marcha a S. Luis Potosí en busca del Sr. Juárez. Los esfuerzos poderosos que hizo para salvar a su defendido constan en el Memorándum que se publicó poco tiempo después del triste desenlace del drama de Querétaro...

"¿Qué significa en los anales de nuestra historia contemporánea el nombre de Mariano Riva Palacio? Significa el amor al bien por la satisfacción de rendirle perenne culto; significa el amor a la patria sin restricciones mezquinas ni ahorro de sacrificios, purísimo, inquebrantable y abnegado; significa la paz, la integridad inmaculada, la acción persistente en el trabajo, la iniciativa innovadora pero oportuna, y todo ello emanado de un espíritu que amaba la libertad como base del orden, y amaba el orden como la esfera única en que se desarrolla el humano progreso. Fué adolescente y sus bríos juveniles se quebraban a los dictados de una inteligencia vigorosa; cayó en sus cabellos la nieve de la edad, y el brío impetuoso dejó el puesto a la energía bien entendida, a la austera severidad de un hombre creado y crecido en la religión del deber; y si a los años debió la inflexibilidad que selló todos sus actos, los años, que sirven de coraza a un corazón anciano, no pudieron arrebatarle su dulce afabilidad, su amor al infortunio, su aspiración a hacer el bien y enju-

gar una lágrima, sin pensar ya no sólo en las bendiciones de los grandes, sino aun en las bendiciones de los desgraciados."

Francisco Sosa.

(1) Jurisconsulto respetadísimo por su saber y por su probidad. Fué hijo político del inmortal Guerrero, y padre del ilustre general don Vicente Riva Palacio. Desempeñó con el mayor acierto y patriotismo los puestos de senador, regidor, diputado, ministro, presidente del Ayuntamiento, gobernador del Estado de México. En el desempeño de este último cargo, llevó a cabo una labor de tal manera benéfica, que hasta la fecha es recordada con gratitud. Murió, siendo director del N. Monte de Piedad, el 20 de febrero de 1880. En política perteneció al partido moderado, del cual formaron también parte varones tan ilustres como Peña y Peña, Cardoso, de la Rosa, Lafragua, Herrera Yáñez y Couto. "Todos ellos, según observa atinadamente el señor don Enrique Santibáñez, tuvieron la superioridad indiscutible sobre los otros partidos de que no codiciaron el poder para enriquecerse o para perpetuarse en él; de que era un grupo que no obedecía a un caudillo despótico, sino al que designaban como jefe. Además, carecían de radicalismos, y tendían a desprenderse de los vicios nacionales: militarismo, despotismo, intransigencia y venalidades."



LEALTAD DE LOS CADETES

A las diez y cuarenta minutos de esa noche (30 de diciembre de 1845) un cañonazo disparado en la Ciudadela anunció que la defección iba a ser consumada, y lo fué en realidad, pues en todos los puntos se tocó diana, vitoreando a Paredes y a su plan (1); la tropa que daba guarnición en Palacio, aunque comprometida no hizo igual demostración, quizá por el respeto que le inspiraban el Presidente y el general en jefe, que lo era D Anastasio Bustamante. El general don Manuel M. de Villada, jefe del ex-convento de S. Pablo, no solamente no estuvo de acuerdo con los rebeldes, sino que trató de impedir que la tropa de su mando secundase el movimiento; al oir el cañonazo de señal y notar la actitud aprobatoria de sus subalternos, tiró de su espada, aunque no pudo hacer uso de ella, porque preparados con oportunidad a impedírselo, tres oficiales a su espalda y costados le sujetaron y condujeron a una pieza dispuesta al efecto, en la cual también fué arrestado el teniente de artilería D. José de la Luz Palafox, que igualmente trató de impedir el movimiento..... En la madrugada del 31 la tropa de Palacio hizo saber al general en jefe que se adhería al pronunciamiento, y dos horas después el honrado

D. José Joaquín de Herrera, no contando más que con su pariente el teniente coronel don Juan Alzugaray, con el general Bustamante, su ayudante el pundonoroso comandante de escuadrón don José Calderón y Tapia, con tres o cuatro oficiales más, mandó traer un coche de sitio o alquiler, y con toda calma, con dignidad y respetado por todos los circunstantes, salió del Palacio para su casa, situada frente a la Academia de S. Carlos, núm. 3.... Con el debido elogio y como un ejemplo que no tuvo imitadores, se refirió por un senador lo siguiente: un destacamento de tropas que estaba en Chapultepec, se pronunció aclamando con descompasados gritos a Paredes, y pretendió ocupar la altura en que se encontraba el Colegio Militar: los jóvenes alumnos que esto vieron, lanzáronse al reducto y abocaron un cañón a los pronunciados, vitoreando al Congreso: la tropa de línea hubo de retirarse, pidiendo se le dejara salir sin hostilizarla. A las tres y cuarto de la tarde la ciudad había vuelto a sus habitudes, y nada anunciaba que hubiérase consumado suceso de tanta trascendencia como la caída del gobierno.

Enrique de Olavarría y Ferrari.

(1) Fechado en San Luis Potosí el 14 de diciembre de 1845, y aceptado al día siguiente por el general don Mariano Paredes y Arrillaga. En él se hacían, entre otros cargos, al gobierno del patriota y recto presidente don José Joaquín de Herrera, el muy injusto de que había pisado nuestro territorio y estaba en la capital de la República el plenipotenciario de los Estados Unidos, que, de acuerdo con el Gabinete, venía a comprar nuestra independencia y nacionalidad.

FIRMES EN SU PUESTO

La mañana era espléndida; ni una nube surcaba en el cielo de zafir, peculiar a Michoacán; la Naturaleza majestuosa perecía sonreir al importante suceso que iba a verificarse; y por aquellas colinas cubiertas de florecillas doradas y color de aurora ¡oh florida tierra michoacana! serpenteaba el camino que descendía de la montaña y que seguía el ejército republicano.

El general Caamaño, al frente de la columna, nervioso, inquieto, escudriñaba el horizonte como si temiera encontrar al enemigo. De pronto avivó el paso de su caballo y se adelantó, escoltado por el coronel Espiridión Trejo y algunos dragones.

En cuanto Caamaño se adelantó, José Vicente Villada comenzó a aflojar el paso para detener a la columna. Había llegado el momento decisivo; no había un momento que perder.

Sólo esperaba llegar a un lugar conveniente para obrar, en la necesidad que tenía de dirigirse a toda la División.

A la última revuelta del camino se extendían las lomas de "Las Chinampas", un campo de flores que daban rojas y blancas tonalidades al verde esmeralda de la campiña.

Allí decidió salvar al ejército.

Rápidamente y con voz de trueno, ordenó a su batallón hiciera hileras a la derecha; apoyó sus guías generales y entró en formación de batalla. Toda la División, sin saber por qué, imitó el movimiento, y de pronto se vió una larga línea de batalla, creyendo todos que había llegado el momento de combatir.

Los jefes acudieron a Villada, y entonces éste, irguiéndose sobre los estribos, con voz vibrante, decidido, audaz, sublime, se dirigió a todos y les dijo:

"Compañeros, hermanos de armas: Uraga y Caamaño (1) nos quieren entregar a Márquez. Aquí tengo las pruebas (mostraba los pliegos del correo de Márquez); yo no lo puedo consentir, y como sé que todos vosotros sois buenos mexicanos, como os conozco por patriotas, como sois incapaces de traicionar a vuestra patria y a vuestra bandera, como estáis todos decididos a morir por la República y por la Independencia nacional, os invito a desconocer al general, y a que sigamos unidos combatiendo... El que no quiera servir más a la patria, que dé un paso al frente".

Un grito atronador se escapó del pecho de todos aquellos valientes; un grito que repercutió en las sinuosidades de la sierra y se extendió por la inmensidad de la llanura, un grito supremo de ¡Viva México!, que hizo derramar lágrimas a todos: los tambores redoblaron, los clarines tocaron diana; la música de un batallón, la única, entonó el Himno Nacional, y las banderas republicanas flamearon al viento, mientras los soldados tiraban sus chacots al aire, gritando vivas a la República...

Se habían salvado los gloriosos restos del Ejército del Centro. Y todos felicitaban al joven héroe, que sólo tenía el grado de comandante de batallón (2).

José R. del Castillo (3).

(1) En julio de 1864 el general don José López Uraga, que militaba en las filas de la República y que había luchado en ellas durante la época de la Reforma, se adhirió al Imperio, siendo secundado por el general Caamaño, jefe que contaba con buenos antecedentes. Uraga murió proscrito y olvidado en San Francisco California en febrero de 1885; Caamaño en México, el 9 de abril de 1895, sinceramente arrepentido de su conducta. El señor don Eduardo Ruiz, en su útil y amenísima "Historia de la Guerra de Intervención en el Estado de Michoacán", cuenta una conversación que tuvo con el general Caamaño, y que honra a este militar. El final de ella fué el que sigue: —Señor, le dije, cuanto usted me dice atenúa mucho su falta... —No, licenciado, me contestó, eso no fué una falta, ¡fué un crimen! —Un crimen que su conducta posterior ha disculpado. —Tampoco, amigo mío, ese crimen sólo pudo haberse borrado volviendo al campo de la lucha a pelear como soldado raso. Lo solicité, pero nadie entonces creyó en mi arrepentimiento. Tuve que devorar a solas mi vergüenza... Acababa ya la tarde cuando me despedí del general Caamaño. A los tres días supe que había muerto repentinamente."

(2) En la hoja de servicios del señor Gral. don José Vicente Villada, se lee lo que a continuación copiamos: "En las lomas Chinampas, mandando el Batallón de Toluca, desconoció al exgeneral Caamaño, cuando defeccionó éste a la causa nacional, poniéndose al frente de la 3a. División, y después de efectuado el movimiento, entregó el mando al coronel García por un acto de deferencia y disciplina. El comportamiento que tuvo en esa vez, le valió el ascenso a teniente coronel por el general Carlos Salazar."

(3) Abogado y escritor muerto recientemente. Publicó una obra sobre Juárez, la Intervención y el Imperio, digna de ser leída.

EL CAPELLÁN DE MAXIMILIANO

La conducta del general O'Horan contrasta con la del P. Fischer (1), quien al presentarse al general Díaz, en Tacubaya, le habló así:

—Señor general, vengo a pedirle la garantía de la vida de S. M. el Emperador.

El general Díaz le dijo:

—¿Cómo viene usted a pedirme garantía para Maximiliano, si usted, como extranjero, está en el mismo caso que él?

El P. Fischer contestó:

—Ahora no le vengo a hablar de eso, sino de S. M. el Emperador. De mí, puede usted disponer como guste, que es cosa muy secundaria.

El general Díaz nos ha manifestado que este rasgo del P. Fischer le causó impresión de simpatía.

Ángel Pola.

(1) Sobrevivió muchos años a Maximiliano, pues falleció en México el 18 de diciembre de 1887, siendo cura de San Cosme. Nació en Ludwigerburg el 24 de junio de 1825. Fué secretario particular y capellán de Maximiliano. En cierta ocasión, Alfonso XII quiso hacerlo capellán del Escorial y confesor de la Reina; pero él no aceptó deseoso de vivir y morir en México, según dice el P. Rivera. "Era, añade un escritor, una autoridad en bibliografía mexicana. Por sus manos han pasado durante más de cuarenta años, los libros más curiosos y raros, impresos en México durante los siglos XVI, XVII y XVIII".

LA PALABRA EMPEÑADA

Al volver Miramón a Querétaro, después de la derrota de San Jacinto (1), se le acercaron varias personas pertenecientes al partido conservador, y le aconsejaron que desconociera al Archiduque y se pusiera al frente del Ejército, proclamándose jefe supremo de la Nación.

Aquellos consejos se fundaban, no sin razón, en que no tenían seguridad ninguna de que Maximiliano estuviese resuelto a defender los principios conservadores. Miramón cerró los oídos a tales sugestiones, y se cuenta que a los que de ellas le hablaban, les contestó en estos términos: "Ruego a ustedes, si me aprecian, que no vuelvan a tocar este punto: tengo empeñada mi palabra de luchar en defensa del Imperio, y mi promesa de caballero está por encima de cuanto pudiera proporcionárseme".

Esta caballerosa respuesta no debió, sin embargo, dejar tranquilo a Maximiliano, quien no tardó en saberla, pues don Domingo Pazos, comisionado del Ejército, se dirigió luego a México, con objeto de ponerla en su conocimiento. Esto determinó, proba-

blemente, la disposición de ánimo poco favorable a Miramón con que llegó Maximiliano a Querétaro y que no tardó en manifestarse.

José M. Vigil.

(1) Sufrida por Miramón el 1o. de febrero de 1867, fecha en que fué derrotado por el general Escobedo



POBREZAS QUE HONRAN

En la campaña de pocos días que acabamos de referir, 700 hombres, que eran los que tenía don Manuel Mier y Terán bajo sus órdenes, combatieron en una extensión de terreno de unas cuarenta leguas, con cuadruplicado número de enemigos...

Reducido, después de la capitulación de Tehuacán, a grande estrechez, vivió en Puebla con un peso diario que ganaba sirviendo de escribiente en una oficina, y habiéndole echado en cara Rosains haber sido "pordiosero en Puebla", respondió con noble orgullo: "que esto valía más que descender de coronel patriota a teniente coronel realista", como se le había ofrecido por Bracho, porque la diferencia no era sólo de un grado como parecía, sino que en su concepto importaba tanto como abandonar o retener el honor en una desgracia. Este decoroso comportamiento de Terán, después de rendido, se realza aun más con el carácter humano que manifestó mientras tuvo el mando en Tehuacán: sólo cinco individuos fueron pasados por las armas, y esto por sentencia de guerra, con las formas legales.

Lucas Alamán.

(1) Insurgente. Nació en Tepeji del Río por los años de 1783 a 1786. Hizo sus estudios en el Colegio de Minería. En 1812 abrazó la

causa de la Independencia, a la que como militar prestó por su valor y por su ciencia muy importantes servicios. Obtuvo sobre los realistas las brillantes victorias de Silacayucan y Teotitlán; distinguióse en la toma de Oaxaca; organizó tropas, estableció una maestranza, emprendió una peligrosísima expedición a Coatzacoalcos para proveerse de armamento; defendió valientemente a Tehuacán en enero de 1817, y en esa misma población llevó a cabo en diciembre de 1815 la disolución del Congreso de Chilpancingo, organizando en su lugar una junta de gobierno de la que él formaba parte. Adhirióse al Plan de Iguala. Al triunfo de éste fué diputado al primer Congreso; después, Ministro de la Guerra, Comandante militar de Jalisco, y más tarde de las Provincias internas, las que recorrió completamente, dice el señor Villaseñor y Villaseñor, formando un atinado plan para su defensa y escribiendo como resultado un amplio informe en que ponía de manifiesto la necesidad de atender esa región si se quería conservarla, pues los Estados Unidos la ambicionaban ya. En 1829 peleó contra la expedición de Barradas. El 2 de junio de 1832 puso fin a sus días atravesándose con una espada, en Padilla; la misma población en que fué impíamente fusilado el Libertador Iturbide.



EL NIETO DE GUERRERO.—UN BRINDIS DE JUÁREZ

Recuerdo que restablecida ya la República, el general Riva Palacio obsequió al Presidente de la Nación (don Benito Juárez) con un banquete que se verificó en el Teatro de Chiarini la noche del miércoles 24 de julio de 1867, y que un periódico hizo la crónica de esta convivialidad: contaba que entre los brindis que se pronunciaron, fueron notables los siguientes....El Presidente de la República tomó la palabra a poco rato. Con la modestia sincera que ha mostrado en todos los actos públicos desde su llegada a la capital, declinó los encomios que acababan de hacérsele repitiendo que todo el mérito y todo el honor del triunfo son del pueblo mexicano y de sus caudillos. "Hay uno de éstos, añadió, en cuya patriótica conducta durante la guerra figura un rasgo que debo publicar, aprovechando esta ocasión para señalarlo a la imitación de todos los mexicanos. Pero esto me obliga a remontarme a la primera época de nuestra independencia, y a referir otro hecho que marca, por decirlo así, la filiación y consanguinidad del patriotismo. Cuando el pueblo mexicano luchaba por sacudir el yugo del poder español, hubo un hombre que todos recordamos, y cuyo patriotismo y perseverancia han dejado huellas heroicas en las mon-

tañas del Sur. Los reveses de la causa nacional habían encontrado en aquel hombre todas las esperanzas de los patriotas mexicanos, era casi su único caudillo, era la encarnación viva de la insurrección decadente. Ese hombre, como lo habéis ya comprendido, era el general Vicente Guerrero. Las vicisitudes de la lucha trajeron frente a este campeón de la independencia, a otro hombre que, después de haber hecho la guerra a su patria, venía a reparar su error, trayéndole la ofrenda de inmensos elementos de poder militar y de prestigio. Guerrero no pensó más que en el triunfo de su causa. Olvidó sus hazañas y sus méritos, y sin ocurrírsele siquiera una idea de rivalidad con el jefe recién convertido, le cedió el puesto y ocupó otro en apariencia subalterno; pero en el cual se conquistó los primeros honores debido a la abnegación y al patriotismo. Pues bien, señores, nuestra raza no decae; la abnegación patriótica se hace entre nosotros hereditaria: el nieto del inmortal Guerrero se ha mostrado en la última guerra digno de su ilustre progenitor. En medio de las vicisitudes que sufrió en Michoacán la causa nacional, hubo un momento en que las fuerzas de aquel Estado desconocieron a su jefe, lo aprehendieron y ofrecieron el mando al general Riva Palacio. Éste, para dominar la crisis y conservar un centro de organización entre aquellos patriotas extraviados, permaneció a su cabeza; pero vino el reflujo del buen sentido, el general depuesto recobró su libertad, y entonces Riva Palacio, insensible a las seducciones del mando, y sin pensar más que en la deferencia

debida al legítimo delegado del Gobierno, le repuso en su puesto, y fué el primero en prestarle obediencia. He debido hacer públicamente este homenaje de justicia y elogio al caudillo que nos reúne en este lugar, y señalar su patriótica conducta a la imitación de todos los mexicanos.

"Señores: brindemos por el general Riva Palacio".

Una salva estrepitosa de aplausos cubrió estas últimas palabras.

Eduardo Ruiz.



MODESTIA Y PATRIOTISMO

Don Nicolás Bravo, después de residir algún tiempo en Izúcar, se había trasladado a Cuautla, ilustrada por la heroica defensa de Morelos en 1812; allí recibió una carta de Iturbide invitándolo para la revolución que iba a promover. Desconfiando de la sinceridad de aquel jefe, que con tan implacable saña había combatido en otro tiempo por la dominación española, Bravo no contestó esa carta, y preciso fué que Iturbide insistiese, escribiéndole segunda vez por conducto de su comisionado Mier y Villagómez, para que el antiguo y magnánimo defensor de la independencia se resolviese a tener una entrevista con aquél. Dirigióse, en efecto, a Iguala, poco después de la proclamación del Plan, y allí Iturbide le manifestó extensamente sus proyectos e ideas, que fueron aprobados por Bravo, quien recibió el despacho de coronel, diciéndole Iturbide, al entregárselo, que no podía hacerlo más que lo que él mismo era, y lo comisionó para que levantase tropas donde pudiese. Bravo contestó con su acostumbrada dignidad que no aspiraba a distinciones, y que su único deseo era concurrir a la independencia y a la libertad de la patria.

Julio Zárate.

(1) Hízolo así con el mismo valor y patriotismo con que había luchado anteriormente: marchó a Chilpancingo, Tixtla e Izúcar para levantar tropas; cayó impetuosamente sobre Tlaxcala, donde se apoderó de once cañones; acudió presuroso a Tepeaca para auxiliar al teniente coronel don José Joaquín de Herrera, y ambos pelearon con la mayor bravura en una acción en la que los independientes embistieron con la bayoneta a los realistas; ocupó a Tulancingo; fundó allí una fábrica de pólvora y una imprenta, en la que se publicó un periódico defensor de la causa; hízose de armas y municiones en Pachuca, y al frente de 3,000 hombres marchó sobre Puebla. Nuevos elementos uniéronsele en el camino, y puesto sitio a la ciudad angelopolitana, durante muchos días libráronse encarnizados combates, hasta que el 28 de julio de 1821 capituló el jefe realista don Ciriaco del Llano, y el 2 de agosto siguiente hizo su entrada solemne don Agustín de Iturbide.



LA MODESTIA DE UN GOBERNANTE.—LOS CONSEJOS DE UN MÁRTIR

La integridad de don José M. Chávez, gobernador de Aguascalientes (1), era proverbial; su mansedumbre, su tolerancia le hacían accesible para amigos y enemigos, que encontraban en él una garantía en medio de la tormenta: a la hora del riesgo, cuando se trataba de defender la ciudad o de recuperarla, se hallaba en los puntos más vulnerables, con la serenidad y firmeza del hombre de conciencia que cumple con un deber; siempre que las fatigas del servicio público se lo permitían, acudía a sus talleres, al lado de sus hijos, de sus hermanos y compañeros, y poniéndose la blusa de artesano, tomaba su puesto con un júbilo que denotaba que aquel era el puesto que más prefería. ¡Oh corazón noble; corazón dulce, humano y generoso! ¿Por qué el destino te sacó de allí?

Un extranjero, filósofo e instruído, refería al que esto escribe, que pasando por Aguascalientes y teniendo que tratar un negocio con el gobernador, se dirigió al palacio a buscarlo; pero que no estando allí, se le condujo al establecimiento de "El Esfuerzo", donde aquél pasaba algunos ratos: "Yo vi, me decía, trabajando en el torno a un hombre algo encorvado, al cual se me señaló por el gobernador; lo que si

bien de pronto me causó sorpresa, lisonjeó mi imaginación al encontrar realizado de un modo tan sencillo y tan práctico el ideal que había formado de lo que puede ser el ciudadano que pertenece a su patria y a su familia".

Los cuidados amargos que se acumularon sobre el Sr. Chávez en la época de su gobierno, y las escaseces del erario, no impidieron que consagrara su atención a otros objetos de importancia: se le vió transformar una parte del convento de San Diego en colegio para la juventud, sirviendo después para hospital de las fuerzas francesas; se concluyó el puente del Chicalote, que es tan útil en la estación de lluvias; y se debió a su empeño la formación de una compañía para construir el teatro, cuyos primeros trabajos personalmente dirigió.....Su anhelo más entusiasta, su ilusión predilecta, era elevar a la clase de artesanos, sacándola del fango de la ignorancia y la miseria, e inspirándole el sentimiento de su dignidad y sus derechos. Podemos decir que el señor don José M. Chávez era el padre de una tribu, como los antiguos patriarcas... Para el que dude aún de la bondad de carácter del Sr. Chávez, de la luz cristiana que hermoseaba el alma del honrado y laborioso artesano, cuya vida hemos bosquejado con rasgos bastante débiles, será suficiente, si quiere rectificar su juicio, que dé lectura a la carta que copiamos, escrita con un pulso firme y sereno después del fallo mortal; ella es el testamento del padre de familia que lega a su esposa y a sus hijos lo único que le quedaba en la tierra: su amor profun-

do y su resignación volerosa; que los conforta en la desgracia, y proscribe en sus pechos todo sentimiento de rencor y de venganza:

"Instituto de Niños de Zacatecas, a 4 de abril de 1864.

"Querida esposa: ¿Qué podré decirte en estos últimos momentos para consolarte? Que la mano poderosa del Omnipotente que rige los destinos del mundo, dispone de mi vida como suya, y para que pague con ella las graves faltas que he cometido en el cumplimiento de mis deberes. Pero esa inmensa Providencia jamás abandona a los desvalidos y velará por todos ustedes; acógete a Ella, espera en su misericordia y confía.

"Yo muero por haber intentado defender la independencia de mi patria; no creo haber cometido una falta; mas si así fuere, Dios me perdonará; a Él me acojo.

Como no hay tiempo para hacer disposición testamentira, por esta te nombro a ti mi albacea, segundo a mi hermano don Pablo y tercero a mi hijo Eulogio, quienes conocen mis negocios, para que los arreglen del mejor modo posible, así como el pago de las deudas; y que los tres cuiden de la familia.

"Les recomiendo den a mi nombre las gracias a todas las personas que se empeñaron en salvarme.

"Amada esposa, tú has sido el bálsamo y el consuelo en todos mis trabajos; sé ahora, más que nunca, la mujer fuerte de la Escritura y el amparo y guía de todos mis hijos.

"Recibe mi corazón, tomando para ti una parte y

repartiendo lo demás en mi madre y todos mis hijos, que sabes amo con toda mi alma.—Adiós.—*José María Chávez*".

A la madrugada del día 5:

"Yo conjuro a todos mis hijos, no procuren tomar venganza de mi muerte, sino antes les mando y suplico que solamente se dediquen al trabajo, para el sostenimiento de la gran familia que les dejo".

Diccionario Geográfico, Histórico y Biográfico (2).

(1) Nació en el rancho del Palomito, villa de Encarnación, Aguascalientes, el 26 de febrero de 1812. En su juventud se dedicó a la carpintería, y desde esa época dió muestras de su amor al pueblo. Fundó un taller, una caja de ahorros, otra de socorros mutuos para artesanos, una imprenta, los periódicos "El Artesano" y "El Progresista" dedicados a la defensa de las clases menesterosas, e hizo cuanto estuvo a su alcance por el bienestar de sus conciudadanos. Estos lo eligieron, primero, diputado a la Legislatura del Estado, y después gobernador. El 24 de marzo de 1864 libró en la hacienda de Mal Paso una acción contra las fuerzas intervencionistas; pero habiendo sido rechazado, retiróse a Jérez, donde fué hecho prisionero al día siguiente. El 4 de abril lo condenó a muerte una Corte Marcial reunida en Zacatecas, y el 5 ejecutóse en la misma hacienda de Mal Paso la terrible sentencia. En el Paseo de la Reforma se halla la estatua que el Estado de Aguascalientes erigió a este preclaro hijo suyo, modelo de ciudadanos honrados, benéficos y patriotas.

(2) Publicado por don Antonio García Cubas en 1888-1891.



ASCENDIÓ AL QUE DESEABA FUSILARLO

En la imposibilidad de referir las rasgos que conocemos de la clemencia privada del general Díaz, citaremos algunos..... Si el General se resolvió a jugar el todo por el todo, tirándose al mar desde el vapor "Habana", fué porque oyó que el teniente coronel Arroyo dijo que estaba resuelto a fusilarle tan pronto como se apoderase de él, asegurando que así tendría el codiciado ascenso, acaso hasta de general, pues preveía que mandando a México al prisionero, el prestigio de éste inutilizaría la captura, y él que la había efectuado, sin saber extremar las cosas y echarse la responsabilidad de un atentado, quedaría en pésimo predicamento a causa de su importuna timidez... Sabemos ya cómo pasaron las cosas: a la inversa de como lo esperaba el ambicioso Arroyo, quien quedó burlado en sus proyectos, por lo que toca a la captura y al fusilamiento; mas no al ascenso, pues el general Díaz, al verle entre los prisioneros tomados después de la batalla de Tecoac (1), le dijo:

—Queda usted ascendido a coronel, porque es su grado inmediato; que si no, le daría el empleo de general que tanto ha pretendido.

Arroyo, confundido y avergonzado, le dió las gracias. Después, obtuvo el mando de uno de los cuerpos federales.

Moral en Acción (2).

(1) Ganada por el general don Porfirio Díaz al general don Ignacio R. Alatorre el 16 de noviembre de 1876. Esta victoria puso término a la administración del señor Lerdo, el cual tuvo que salir de la ciudad de México el 21 del mismo mes.

(2) Moral en Acción.—Porfirio Díaz y su obra.—Por un soldado de la Vieja Guardia.—México.—Talleres Tipográficos de "El Tiempo".—Primera de Mesones número 18.—1907.



DESINTERÉS ABSOLUTO


D. Santos Degollado

"Don Santos Degollado, decía "El Monitor Republicano" hablando de él en campaña, no tenía sueldo, ni gratificación, ni gastos; se hacía un vestido, y hasta que se le instaba no se hacía otro para reemplazar el que no estaba ya decente; comía la comida de sus ayudantes, y hubiera podido aparecer mezquino si no hubiese dado con liberalidad lo suyo, aplicando su economía a los intereses de la nación".

Degollado obtuvo el primer premio de una lotería, recibiendo una cantidad importante y la empleó en la guerra. Es el juarista Zarco quien nos da a conocer este admirable desinterés: "Degollado, pobre hasta la indigencia después de la revolución de Ayutla y de haber sido gobernador de Jalisco, salió de aquella posición porque la suerte le dió una lotería que empleó en las necesidades de la guerra".

Al terminar la revolución de Ayutla, Degollado renunció el generalato, declarando que no era soldado y que había tomado las armas como debe ha-

cerlo todo hombre libre contra una ignominiosa dictadura. Fué postulado para gobernador de Michoacán, y públicamente renunció su candidatura; sin embargo, a pesar de su renuncia, los michoacanos se honraron eligiéndolo. Fué postulado para presidente de la Corte de Justicia en varios Estados, y renunció; fué postulado magistrado y renunció; lo único que ese hombre no renunciaba eran los grandes sacrificios; había nacido para el deber como otros nacen para el crimen; su pensamiento sólo tenía un ensueño: la Democracia, y su voluntad un rumbo: la Patria... Es siempre el gran defensor y apologista de Juárez, Zarco, quien nos enseña: "No se paró (Degollado) en ningún sacrificio, ni en el de su reputación; y el embargo de la conducta de Laguna Seca será un rasgo apreciado por sus conciudadanos. No pudo hacer más el hombre que era la probidad misma, que declararse reo y sacrificar todo a su país. Nadie había llevado hasta allí la abnegación y el heroísmo. La cuestión Barron es uno de los episodios más gloriosos de su vida, y que siempre será un timbre para su nombre. Defendió el decoro del país con energía, y triunfante de sus enemigos, consintió en someterse a nuevo juicio, sólo por evitar conflictos a la República".

El sepulcro de Degollado se encuentra en tierra mexicana, pero en panteón extranjero; no tiene un monumento, es como el de Virgilio; no tiene laureles para proveer de hojas a los que le visitan, porque nadie lo visita: la ingratitud está bien consumada;

sobre la eternidad de la muerte está recostada la eternidad del olvido; este emblema de dos abismos: el desconocido y el conocido, el de los misterios y el de la miseria moral, es la única obra de arte que acompaña el sueño sin pesadillas del gigante.

Francisco Bulnes (1).

(1) Ingeniero, historiógrafo, economista, orador elocuentísimo, polemista brillante, matemático, químico. Tiene una inteligencia poderosa y una cultura muy vasta. Es, como dice acertadamente don Federico Gamboa, uno de nuestros más altos pensadores y de nuestros mejores sociólogos. Su palabra le ha conquistado en el Parlamento y en las agrupaciones políticas, triunfos memorables; su pluma, un lugar prominente en la prensa mexicana, en la que figuró de manera muy distinguida durante varios lustros; sus obras, por más que muchas de ellas, especialmente las históricas, hayan dado materia a calurosas discusiones, una gran reputación como escritor habilísimo, de ingenio peregrino y de criterio independiente. Ha sido catedrático, diputado, senador, miembro de numerosas comisiones científicas y director de varios periódicos importantes, entre otros de "El Siglo XIX".



HIDALGUÍA MEXICANA Y NOBLEZA ESPAÑOLA...

Don Benito, lo mismo entre el hielo de Paso del Norte que en el calor de Veracruz, acostumbraba levantarse a las seis y bañarse luego. La mañana siguiente a la de su llegada, salió a la azotehuela y pidió a una negra que por allí miró, le diera nueva agua; pero la mujerona, al ver un hombrecillo de mala traza, de tez cobriza, de aspecto humilde y maneras corteses, se figuró topaba con un individuo de la más ínfima servidumbre.

—¡Vaya, le dijo, un indio manducón que parece el "improsulto! Si quiere agua, vaya y búsquela.

Juárez oyó impasible aquella letanía, y como se lo indicaba la negra, fué a buscar el agua, que no tardó en encontrar... Volviendo al asunto de los preparativos de aquella mañana, diré que la gente empezaba a llegar; pero sin que supiera a qué embajador se recibiría, qué príncipe llegaría de visita o qué personaje determinaría acompañarnos en nuestro cálido destierro.

Los comentarios comenzaban y no acababan... Pero los dichos cesaron luego que hubo llegado el personal del Gobierno. A poco, introducido por Prieto y Ruiz, entró el gachupincillo de marras, el bizarro Antonio Bravo, llevando en la mano una cucharita y en el rostro un bochorno y una mortificación tan marcados, que me dió verdadera lástima verle.

Don Benito, desde lo alto de la plataforma, explicó que el Gobierno estaba verdaderamente satisfecho del comportamiento de Bravo, que corriendo mil riesgos y con sacrificio de su bolsillo, había desempeñado una comisión que se le había confiado, adquiriendo dinero, armamento y hombres en los términos que se le había dispuesto; que no pudiendo por entonces darle una muestra de lo mucho que se estimaban sus servicios, había determinado el Gobierno recibirle públicamente, haciendo saber que la persona de Bravo le era particularmente grata.

El ibero se turbó y nada pudo contestar a aquellas frases con que él estimaba suficientemente pagados sus afanes. Subió, estrechó las manos a Juárez, y las habría besado si no las hubiera retirado a tiempo el Presidente.

Quiso continuar por la derecha, estrechando las manos que se le extendían y los pechos que le saludaban entusiasmados, cuando se encontró con un rostro adusto y retraído.

—Señor, dijo Ocampo, que era el que hurtaba sus manos del contacto con las del héroe, yo doy mi mano a mis amigos; pero sólo soy amigo de quien merece serlo, porque le pago en moneda de afecto y consideración la que él me dispensa...Yo he sido lo suficientemente villano para hablar de un hombre que no conocía, sólo porque me era antipático su origen... Si usted quiere hacerme la merced de ser mi amigo, antes me ha de hacer la de perdonarme.

Bravo se había quedado parado y sin saber qué

hacer; pero al oír aquello fué más grande su confusión. Trató de coger por sorpresa la diestra de Ocampo; pero éste, previéndolo, la escondió de nuevo y le dijo:

—Veo que es usted tan generoso que conviene en perdonarme; pero yo no debo aceptar su perdón si no es público y claro... Dígame, si quiere complacerme: "Melchor Ocampo, yo te perdono". Antonio se resistía, buscaba fórmulas de acomodo; pero al fin hubo de transigir y de pronunciar con voz de doctrino que recita, una lección: "Melchor Ocampo, yo te perdono".

El grande hombre estrechó entre sus brazos al español, le dió muchas y muy cariñosas enhorabuenas y se ofreció su amigo para siempre.

El concurso aplaudía, lloraba y ponía en las nubes la lealtad de Ocampo y la modestia de Bravo, declarándolos digno el uno del otro por sus almas hermosísimas.

Victoriano Salado Álvarez.



CÓMO ERA MORELOS

Los escritos —de Morelos— revelan de continuo su poderosa intelectualidad, con sabios conceptos como éste: "Cuando la discordia comienza por los principales, corre como un fuego abrasador por todos los subalternos, da materia de arrepentimiento a los recién convencidos y de murmuración a los poco adictos". Libre de escrúpulos, supersticiones y fanatismo, se muestra, sin embargo, religioso sincero, y porque lo es positivamente, cree que sus victorias se deben, no a él, "sino a la Emperadora Guadalupana"; cuando conviene en que alguna parte de ellas corresponde a los insurgentes, lejos de atribuírsela a sí, la otorga liberalmente a alguno de sus subordinados, como a don Ignacio Ayala, de quien dice con peculiar laconismo que "ha llevado la tercia parte de la conquista del Sur", razón que le mueve a procurar que sea mejor atendido que él mismo. Es tal su modestia, que humildemente reconoce que ingresó en las filas de los independientes, más que por inspiración propia porque el Sr. cura Hidalgo, "su rector, le dijo que la causa era justa", y no obstante que tiene motivos sobrados para juzgarse necesario a ella, admite que otros insurgentes pueden substituirlo, y llega hasta

asegurar de una manera concreta que no hace falta donde está su segundo, el Sr. Matamoros. Enemigo de todo lo vil y de todo lo bajo, odia el engaño, e ingenuamente manifiesta que no puede "dejar de decir la verdad"; por lo que, natural es que confiese que no fueron edificantes sus costumbres, si bien advirtiendo que tampoco rayaron en el escándalo. Abiertamente opuesto, además, a la iniquidad, declara de un modo categórico que lo que no sufrirá jamás, "es una injusticia", y por no tolerarla, reserva largo tiempo los ascensos para los soldados "capaces de mantenerse impávidos al frente del enemigo", y censura al blando Bravo que deje sin reprimir asesinatos cobardes. Empero, sabe compadecer su sentimiento de estricta justicia con la más amplia generosidad: la América toda y aun las potencias extranjeras "están bien persuadidas, escribe, de que mis mayores glorias han consistido en ser, con mis enemigos, generoso, no por mera política e hipocresía, como César, sino por inclinación y carácter; pues, "¿están acaso reñidas las virtudes de la piedad y la justicia?" Sostenido por una serenidad ejempar, jamás siente el vértigo perturbador que comúnmente producen los triunfos repetidos, ni tampoco le sobrecoge nunca el desaliento que los desastres originan casi siempre en las almas de los hombres; de aquí que se muestre con idéntica entereza en vísperas de un combate que le promete la victoria más brillante, que a raíz de una derrota que pone fin a compañeros y amigos queridísimos y a esperanzas hala-

güeñas que hacían su mayor felicidad. Sintiendo un patriotismo infinito, se consagra en lo absoluto a la causa más santa por que haya luchado México, y a ella sacrifica con una abnegación sin igual todos sus intereses personales y también los de su ministerio religioso; "se creyó más obligado, dice, a seguir más (sic) el partido de la independencia que seguir en el curato"; y en esa nueva vía hace incesantemente los numerosos sacrificios que juzga necesarios "para conservar la armonía, la unión y la amistad" entre los insurgentes, y para "evitar males indecibles y funestísimos resultados". Aprehendido por los realistas, entregado al Santo Oficio, perdida toda esperanza de salvación, contadas las cortas horas que le quedan de vida, no da la más ligera señal de arrepentimiento por haber abrazado la causa de la independencia, sino que continúa inmutablemente adicto a ella sin alarde de valor personal, ni de desprecio hacia los jueces que le juzgan y condenan. Y así muere por su patria: religioso, modesto, sincero, firme y sereno. Tal fué a brevísimos rasgos el mexicano excelso a quien consagro la primera parte de este volumen (1).

Genaro García.

(1) Tomo XII de los *Documentos inéditos o muy raros para la Historia de México.*

ÍNDICE

Págs.

Págs.

ERRATAS NOTABLES

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
233	4	en ello era rico	en ella era rica
463	16	como poblaciones Pátzcuaro,	como poblaciones Pátzcuaro,
466	5	de la tal	de tal
548	8	era de la que	era, la de la que